PABLO ALAÑA

LA DOBLE VÍCTIMA



Grijalbo

PABLO ALAÑA

La doble víctima

Grijalbo

Para mis padres

PRIMERA PARTE

1

Carnaval

Santander, domingo 19 de febrero de 2023

Aquellas carcajadas odiosas le resonaron en la cabeza, otra vez.

Envuelta en la negrura de la habitación, Alba rodó por la cama y apretó los dientes con desesperación. Llevaba horas intentando ahuyentar esos recuerdos que la zarandeaban como un vendaval, pero era imposible. Su mente estaba fuera de control y no paraba de regresar a lo que había ocurrido por la noche.

La secuencia siempre era la misma. Primero, las melodías pegadizas, los disfraces, las miradas cómplices. Luego, la ira, los gritos, el pánico, el largo camino bajo la luz de las farolas hasta llegar a la cuesta…

Dio un manotazo al aire mientras una lágrima se le deslizaba por la cara. Se negaba a seguir reviviéndolo. Todo había sido un error, un terrible error. No tendría que haber ido a esa fiesta de carnaval.

A tientas, buscó el móvil en la mesita de noche. La luz de la pantalla la deslumbró al cogerlo. Tras unos segundos, sus ojos se acostumbraron y comprobó que no tenía mensajes pendientes. Ninguno. Tampoco de Raquel.

Iba a consultar la última hora de conexión de su amiga cuando oyó unos pasos que se aproximaban por el pasillo.

Se apresuró a bloquear el teléfono y la estancia quedó sumida de nuevo en la oscuridad. Aguzó el oído. Por cómo caminaba, adivinó que se trataba de su madre, la famosa actriz Sofía Ponte.

Por un instante, la invadió el impulso de levantarse, abrir la puerta y arrojarse a sus brazos. ¿Y si se lo contaba todo?

Sin embargo, enseguida lo descartó.

Esta vez no podía hacerlo.

2

Trajes blancos

Sofía entró descalza en el baño principal del dúplex de diseño en el que vivía con su familia, en el número 26 de la calle Joaquín Costa de Santander. Ocupaba dos plantas completas, las últimas del edificio, y gozaba de unas espectaculares vistas panorámicas a la Primera playa de El Sardinero.

Se quitó el pijama con aire distraído y se metió en la ducha mientras pensaba en la discusión que acababa de tener con su hijo Nico. Al ir a despertarlo, lo había encontrado pegado al pequeño televisor de su cuarto y, como cada fin de semana, el niño se había resistido a desayunar porque, según decía, sus dibujos favoritos estaban terminando y no podía perdérselos. Ella esperaba que cuando saliera de la ducha no pusiera más problemas y se alimentara como Dios manda. En una hora y media tenían que estar en el colegio para el partido de fútbol de esa semana, y todo apuntaba a que, después de sus tres goles en la jornada anterior, sería titular. Había mejorado mucho en los últimos meses y ahora, a punto de cumplir los diez años, jugaba como nunca. En eso era muy diferente a su hermana, una adolescente que no había nacido para los deportes.

Estaba enjabonándose el pelo, negro y sedoso, cuando un movimiento rápido al otro lado de la mampara acristalada la sacó de sus cavilaciones. Era Julio, su marido.

—Oye, ¿tú te has asomado a la ventana de la cocina? —le preguntó él con voz agitada.

Sofía fijó los ojos, de un intenso azul espectral, en los de su esposo, oscuros y parapetados tras unas elegantes gafas de pasta. Advirtió que esa mañana los subrayaban unas ojeras muy pronunciadas, probablemente provocadas por la falta de sueño. La noche anterior, Julio había tenido una cena de empresa y volvió tarde, tanto que ella ni siquiera lo oyó. Debía de haberse levantado hacía unos minutos. Jamás se perdía un partido de Nico, y ese día no iba a ser una excepción.

—No —respondió ella—. ¿Por?

—La calle está acordonada. La policía ha desplegado unos biombos de tela. Ha pasado algo…

Al escucharlo, Sofía se imaginó un cuerpo tendido en el suelo y el estómago se le encogió. Su hija no solía salir de fiesta, pero esa semana les había dicho que el sábado iría a tomar algo con su amiga Raquel por el carnaval y ellos no se lo impidieron. Al contrario, lo interpretaron como una señal positiva tras todo lo que había sufrido en los últimos tiempos. Por eso le fijaron una hora generosa para la vuelta a casa. Ella estuvo pendiente de su regreso hasta las dos menos cuarto de la madrugada, pero el sueño acabó venciéndola. Lo último que recibió de Alba fue un mensaje en el que le aseguraba que volvería pronto. Esa mañana había ido a su habitación nada más despertarse y, aunque las persianas estaban bajadas, al asomarse le

pareció distinguirla en la cama. Sin embargo, ahora los temores la ahogaban. ¿Y si había visto mal? ¿Y si le había sucedido algo?

Julio, que le leyó el pensamiento, la sacó de dudas al instante.

—¡Ah, no! Alba no es, ¿eh? He entrado en su cuarto y lo he comprobado: está durmiendo.

Sofía soltó el torrente de aire que, sin darse cuenta, había retenido durante unos segundos en los pulmones.

—De hecho, debió de dormirse al instante —aclaró él—, porque ni siquiera se metió en la cama ni se quitó el disfraz. Acabo de echarle una manta por encima.

A Sofía le extrañó que su hija se hubiera acostado así, aunque no dijo nada.

—Voy a bajar a ver si me entero de algo, ¿vale? —añadió Julio.

—Pero ¿crees que…?

Él adoptó un semblante sombrío.

—Hay agentes con trajes blancos. De esos que salen en las noticias.

3

La guardia

Liencres

En Liencres, una localidad cántabra a unos ocho kilómetros de Santander, el juez Santiago Belmonte se llevó a la boca un ibuprofeno y apuró su café. Le había costado un mundo levantarse de la cama después de que el viejo Nokia sonara, y era consciente de que debía ponerse en marcha cuanto antes. Hacía un rato que lo habían llamado desde la comisaría para darle el aviso: había aparecido el cadáver de un muchacho con signos de violencia en la calle Joaquín Costa, en El Sardinero.

Echó un vistazo al reloj de la cocina y chasqueó la lengua. Casi las ocho y veinte. Había dormido muy poco y sentía las sienes como si le fueran a estallar, seguramente por las copas de más que se había tomado con los compañeros del equipo de pádel. Ahora se arrepentía de haber acudido a esa cena y haber trasnochado pese a estar de guardia en el juzgado. Su mujer tenía razón: debería haberse quedado en casa.

Metió la taza en el lavavajillas mientras pensaba en el lugar donde se había descubierto el cuerpo. Era una de las zonas más

distinguidas de Santander, junto a las playas principales, con gran afluencia turística en verano, pero muy tranquila y poco transitada en invierno. Sería complicado dar con algún testigo.

Se sobresaltó cuando el teléfono que le entregaban en el juzgado para las guardias volvió a reclamar su atención. Soltó una maldición y descolgó a toda prisa. No quería molestar a su mujer, la conocida reportera Macarena Ortiz, que seguía acostada.

—Diga.

—Señoría, buenos días. Soy el inspector Sorozábal.

Santiago reprimió un resoplido. Sí, por la voz grave y cascada se había dado cuenta de que se trataba de Enrique Sorozábal, un policía con el que había compartido más de una investigación y al que, según tenía entendido, le faltaban menos de dos años para jubilarse. No lamentaría perderlo de vista. Estaba harto de que lo presionara en cada caso y que siempre cuestionara sus decisiones o pusiera mala cara cuando le denegaba una diligencia.

—Buenos días, inspect… —El juez se interrumpió con un carraspeo. Aún tenía la garganta reseca.

—¿Se encuentra bien, señoría?

—Sí, sí —gruñó Santiago, y cogió un vaso para llenarlo de agua—. ¿Qué pasa?

—Ya estamos en la escena del crimen. Fue un vecino el que lo encontró. Todo apunta a que el chico murió apuñalado, pero a ver qué opina el forense.

—Está avisado, ¿no? —inquirió tras dar un trago.

—Sí. De hecho, acaba de aparcar el coche. Lo estoy viendo desde aquí.

—Bien. Yo enseguida voy —zanjó Santiago, que no entendía para qué lo llamaba el inspector.

—Señoría —prosiguió el policía con tono serio—, el hombre que lo encontró dice saber quién es. No hemos registrado el cuerpo ni buscado el DNI sin que usted esté presente, pero… —Se detuvo unos segundos, como si estuviera eligiendo las palabras adecuadas —. Se supone que es el hijo de una compañera suya, señoría.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a que es el hijo de una jueza.

Santiago se pasó la mano por la barba y, a continuación, por la media melena de color castaño que tan reconocible lo hacía en el mundo judicial.

—¿Quién es la madre?

—Olivia Canals, la titular del Juzgado de Violencia sobre la Mujer.

Santiago exhaló un suspiro. La conocía. Era una magistrada de Barcelona que solo llevaba unos meses en Santander, su nuevo destino, pero de la que todo el mundo hablaba. Además de impartir justicia, escribía novelas, y a mediados del año anterior había saltado al estrellato literario al ganar un prestigioso premio de narrativa. Desde entonces era habitual que la entrevistaran cada semana en los medios de comunicación, aunque en los pasillos de los juzgados siempre se mostraba reservada y apenas salía a tomar café con sus compañeros. Algunos decían que era altiva y arisca y que cualquier día pediría la excedencia; otros, que era discreta y profesional y que tan solo buscaba trabajar con la máxima eficiencia para poder compaginar ambas cosas. En cualquier caso, eran pocos los que de veras estaban familiarizados con los detalles de su vida privada, al margen de lo que ella dejaba entrever en sus

intervenciones públicas. Hasta ese momento, él ignoraba que tuviera un hijo.

—Joder… —se lamentó mientras procuraba ignorar el dolor de cabeza—. Pobre mujer.

—Según este señor, el muchacho se llamaba Ignacio, aunque todos lo conocían como Nacho. Eran vecinos.

—¿Vio algo?

—Nada. Salió a dar una vuelta con el perro a primera hora y descubrió el cadáver en la acera.

—¿Cree que podría estar involucrado?

—Lo investigaremos, pero en principio no da el perfil. Su nombre es Agustín Rodríguez y está jubilado. Tendrá unos setenta años. Nos ha dicho que conoce a la familia porque alguna vez se paraba a hablar con ellos. Además, su mujer es fan de las novelas de la madre de la víctima. Ya sabrá usted que Olivia Canals también es escritora…

El juez asintió. Luego murmuró:

—Supongo que los padres aún no están al tanto de nada…

—No, en teoría no. Pero viven a unos cincuenta metros de aquí y ya tenemos varios curiosos mirándonos desde el otro lado de la cinta.

Santiago torció los labios. Aún tenía que ducharse, y el trayecto desde su casa al lugar del crimen le llevaría como mínimo veinte minutos. No quería que Olivia y su marido se enteraran de lo sucedido por terceros o a través de la prensa, así que tomó una decisión:

—Inspector, dígale al forense que empiece sin mí —ordenó en un tono que no admitía réplica—. Si se confirma la identidad del chico,

quiero que vaya usted a hablar con sus padres cuanto antes, ¿de acuerdo? Y ocúpense de asegurar las pruebas. Con rigor. En cuanto esto trascienda, tendremos a todos los medios encima. Y ya sabe cómo son algunos… —rezongó, y por su mente desfiló la imagen de algunas portadas de periódicos locales aparecidas unos meses atrás con su rostro y el de Inés Calderón, la fiscal adscrita a su juzgado.

—Seremos concienzudos, como siempre —repuso el inspector con un deje agrio, y luego añadió—: Por ahora no hemos encontrado el arma del crimen, señoría. Estamos buscando en papeleras y contenedores, y también a posibles testigos.

—Bien. Sigan con ello, palmo a palmo. Ah, y avise a la fiscal Calderón, por si quiere estar presente en el levantamiento.

—Entendido. Lo esperamos en Joaquín Costa. Verá el cordón policial al fondo.

4

Colgar la toga

Reinosa

—Paula, la clase de esquí, por favor…

—Ya voy, ya voy —resopló la abogada Paula Soler al tiempo que levantaba la vista del voluminoso expediente que reposaba sobre la mesa.

Teresa, su pareja, acababa de entrar en la salita del apartamento que habían alquilado ese fin de semana en la calle Mayor de Reinosa, a unos pocos kilómetros de la estación de Alto Campoo, y el sol, que ya escalaba el horizonte, la iluminaba de perfil. El flequillo pelirrojo le brillaba con intensidad. Su semblante era severo, igual que su postura, con los brazos en jarras junto al marco de la puerta.

—Martín está muy emocionado, no podemos llegar tarde —insistió Teresa refiriéndose al hijo de siete años que tenían en común—. Ya sabes que allí no esperan.

Paula la miró y hundió los dedos en su melena rubia de rizos pronunciados. Aunque había madrugado mucho, no había logrado avanzar tanto como deseaba en la preparación del juicio del día siguiente, y eso la inquietaba. Sabía de sobra que, entre la clase del

niño, el rato que pasarían disfrutando de las pistas y el picoteo con las otras familias, no regresarían a Santander hasta media tarde, y el asunto que tenía entre manos requería tiempo y dedicación. Era complejo, con cientos de folios de declaraciones, autopsias e informes periciales que debía repasar a conciencia si no quería que se le escapara nada. Sus clientes, acusados de homicidio imprudente y lesiones por un escape de gas en un hotel en el que murieron cinco personas y otra quedó en coma, merecían que pusiera todos sus esfuerzos en su defensa; y también el despacho Pomposo y Asociados, para el que trabajaba desde que se licenció. Además, el pleito había captado la atención de la prensa, y ese interés, aunque intentara convencerse de lo contrario, la tensaba aún más.

Teresa soltó otro bufido antes de abandonar la salita y Paula se obligó a cerrar la carpeta de cartón. Se dijo que, si hacía falta, trasnocharía. A fin de cuentas, no sería la primera vez. Ni la última.

O quizá sí.

Si todo salía bien, el correo electrónico que recibió el viernes y al que aún no había respondido le cambiaría la vida. De tanto releerlo se lo sabía de memoria, pero antes de apagar el ordenador le echó otro vistazo. Allí seguía, en la bandeja de entrada.

> Asunto: contratación nuevo miembro del Comité interno de Prevención de Delitos
>
> Estimada Paula:
> Te agradezco de nuevo la entrevista del jueves. Las impresiones fueron muy buenas y al director del área de Asesoría Jurídica le gustaría reunirse contigo para conocerte. ¿Te iría bien el próximo martes por la tarde?
> Quedo a la espera de tu respuesta.
> Un saludo,

Rosario Huertas
Directora de RR.HH. de Iberian Labs, S.A.U.

Paula suspiró y comenzó a retorcerse los rizos con nerviosismo. Cada vez que pensaba de forma seria en abandonar Pomposo y Asociados para incorporarse a ese gran laboratorio con oficinas en Santander se le formaba un nudo en la garganta. ¿De verdad iba a renunciar a vestir la toga? ¿Dónde quedaría entonces la estudiante apasionada por los juicios que una vez fue, esa chica fascinada por *Matar a un ruiseñor* y *Anatomía de un crimen*? A menudo se decía que esa estudiante no era más que una ilusa, una idealista confundida por el romanticismo de las novelas y las películas de Hollywood. Entonces no sabía nada de la dureza de la profesión y de la enorme carga que los abogados asumen con cada caso, del miedo a fallar al cliente y provocar que todo se venga abajo, o de la imposibilidad de revertir una situación injusta a pesar de una actuación brillante. ¿Cómo se consuela a una víctima de violación que no se ve resarcida, o a un chico maltratado al que nadie cree? ¿Y a un inocente que te observa desde el otro lado del cristal en el locutorio de la cárcel?

A ello se sumaba la desagradable sensación que la embargaba cuando conseguía que un tribunal absolviera a un cliente que, sin duda, merecía una pena de prisión ejemplar. En los últimos tiempos había ganado varios casos así, y la cola de culpables que solicitaban sus servicios en busca de una salvación improbable no dejaba de crecer. Antonia, su jefa, estaba encantada y le repetía que el sistema requería un abogado para toda persona. Inocente o culpable. Honorable o detestable. Daba igual. En el fondo, tenía razón, pero eso no impedía que a ella la idea de dejar los pleitos la sedujera

cada vez más. Así se descargaría de todas esas presiones y disfrutaría de más tiempo libre con Martín, algo que anhelaba desde el mismo día en que el niño nació. Su hijo había cumplido siete años sin que ella apenas se diese cuenta y, de no ser por Teresa, que solo trabajaba por las mañanas, habrían tenido que buscar a alguien para cuidarlo.

Aunque, si la contrataban en Iberian Labs, ¿cómo iba a decirle a Antonia que se marchaba? Ya se imaginaba su cara de decepción. Ella le otorgó toda su confianza cuando acababa de salir de la facultad y le enseñó cuanto sabía sobre la abogacía hasta convertirla, a sus treinta y ocho años, en una de las penalistas más prestigiosas de Cantabria. Las dos formaban uno de los tándems más famosos de la provincia, pero ahora, con ese proceso de selección sobre la mesa…

El sueldo en el laboratorio era abultado, la jornada acababa a las cuatro y media de la tarde y las vacaciones eran más largas de lo que nunca había soñado. ¿Qué más se podía pedir? Se trataba de una gran oportunidad, un tren que, en una región tan pequeña como Cantabria, quizá no volvería a pasar. Pero cuanto más se acercaba a él, más insegura se sentía. ¿Estaba dispuesta a dejar atrás todo lo demás?

—¡Paula, por favor! —oyó que gritaba Teresa desde el pasillo.

Hecha un lío, se levantó de la silla y fue corriendo a prepararse.

5

El cuerpo

Santander

El juez Belmonte condujo en paralelo a la Primera playa de El Sardinero, giró a la derecha y se internó en la calle Joaquín Costa. En su primer tramo discurría en línea recta, con dos carriles separados por una larga hilera de plazas de aparcamiento. Más adelante, arrancaba una pronunciada cuesta de unos ciento sesenta metros, tras la cual la calle describía una curva a la izquierda y comenzaba a serpentear en dirección al centro de Santander.

Precisamente al comienzo de esa cuesta, a la altura del portal 26, era donde la policía había establecido el perímetro de seguridad. Para no dificultar las maniobras del coche fúnebre, Santiago se desvió a un lateral y aparcó su Audi A5 frente a una tienda de alimentación.

Se bajó frotándose los ojos, todavía un poco adormilado. Al retirarse las manos del rostro reparó en una mujer de unos cincuenta años que se aproximaba con un cigarrillo en los labios. Se trataba de la fiscal Inés Calderón. Se la percibía despierta y concentrada, como si llevara varias horas levantada. Su pelo,

completamente liso, negro y cortado a la altura de los hombros, se bamboleaba al compás de sus pasos firmes. Transmitía una determinación que, en esos momentos, resacoso y con el problema que se les venía encima, él estaba muy lejos de sentir.

—Hola, Inés.

—Vaya cara traes, Santiago —le dijo ella, y lo observó fijamente con sus ojos de color grisáceo. Pese a sus palabras en apariencia jocosas, su tono era serio, de consternación.

—Mira qué hora es. Y vengo desde Liencres —gruñó él.

Se preguntó si Macarena, su mujer, todavía seguiría en la cama o ya se habría enterado de la noticia y estaría preparándose para salir de casa a toda velocidad. Al cerrar la puerta principal, le había parecido oírla hablando por teléfono. Se conocían desde que ella comenzó a cubrir sucesos para una emisora de radio, pero no intimaron hasta que, una noche de 2018, coincidieron en un bar con unos amigos comunes. A partir de ese momento empezaron a verse con frecuencia y su relación desembocó en un matrimonio poco común y que en las altas esferas judiciales no gustó demasiado por el aroma a posibles filtraciones que desprendía. Sin embargo, los dos eran muy escrupulosos a la hora de respetar los límites profesionales, y la periodista no había aportado un solo dato que procediera de él.

El juez dirigió la vista hacia el dispositivo policial. Observó a varias personas junto a la cinta.

—Por ahora solo son vecinos —murmuró la fiscal entre dientes—. A ver si acabamos pronto. Para la familia será lo mejor.

—¿Al final es el hijo de Canals?

La fiscal asintió con amargura y le explicó que el DNI que llevaba en la cartera lo confirmaba. Tenía diecisiete años, cumplidos hacía unas semanas, a principios de enero.

—Me lo ha dicho Sorozábal hace un momento —añadió ella, y dio una larga calada a su cigarrillo—. Por cierto, gracias por pedirle que me avisara.

No había necesidad de que fuera más explícita; Santiago lo había entendido a la primera. Unos meses atrás ambos fueron responsables de un error que echó a perder un importante procedimiento contra los cabecillas de una gran red de explotación sexual. La investigación tuvo que cerrarse porque a Inés se le olvidó pedirle que prorrogara el plazo legal para continuar con las pesquisas, y él no dictó ninguna resolución. En realidad, con la ley en la mano, él podría haber acordado la prórroga sin necesidad de que la fiscal lo solicitara. Pero, al no hacerlo, no le quedó otro remedio que soltar a los investigados, contra los que no habían reunido indicios suficientes para llevarlos a juicio. Aquello le deparó una gran bronca del presidente del Tribunal Superior de Justicia y numerosas críticas en los medios de comunicación. Él intentó que Macarena mediara para que al menos su emisora le diera un trato más amable, pero ella no pudo hacer nada. Fueron unas semanas muy difíciles y todo en su vida se tensó, incluso su matrimonio. Por fortuna, el transcurso del tiempo ayudó a que poco a poco la tormenta amainara y las aguas volvieran a su cauce, aunque en el fondo era consciente de que su prestigio había quedado dañado.

Inés también sufrió por aquel fallo, y las consecuencias aún la perseguían. No llegaron a abrirle expediente formalmente, pero ella aspiraba a suceder al actual Fiscal Superior de Cantabria, que se

jubilaría en dos años, y el toque de atención que recibió de la Inspección la inquietaba; no estaba segura de si ese desliz terminaría impidiendo su posible nombramiento. Él sabía que estaba decidida a hacer méritos para mejorar su situación cuanto antes y por eso, al recibir esa mañana la llamada de Sorozábal y comprender que los dos estarían de nuevo en el centro de todas las miradas, no había dudado en ordenarle que la telefoneara, pese a que la ley no lo exigiera.

—No hay de qué. ¿Tú conoces a la madre?

—Poco. Hemos cruzado alguna palabra en un par de ocasiones. Tiene que estar destrozada…

—¿Has visto el cuerpo?

—Sí —respondió ella, y compuso una mueca de disgusto—. Según el forense…

No llegó a finalizar la frase. Un hombre alto y de pelo blanco les hacía gestos desde el cordón policial. Era Sorozábal, que les pedía que se acercaran.

—Vamos —resolvió Santiago mientras Inés se apresuraba a apagar el cigarrillo.

Cuando llegaron a su altura, el inspector los guio por el lado izquierdo de la calle y subieron un tramo de cuesta. Allí, en paralelo a un banco de madera pintado de azul y un tanto desconchado, descansaba el cadáver.

Santiago se agachó con cautela. El muchacho yacía boca abajo, con el rostro girado hacia un lado, la coronilla apuntando hacia lo alto de la pendiente y los brazos extendidos por encima de la cabeza. Vestía lo que parecía un disfraz de color rojo chillón, como una especie de mono, y una cazadora del mismo color, y en la axila

izquierda se apreciaba al menos una puñalada que había rasgado la ropa y perforado la carne. Junto a él, en el suelo, había una gran mancha de sangre reseca.

Los agentes de la policía científica disparaban sus cámaras sin cesar por los alrededores, y el juez pensó que esas instantáneas y el informe provisional de la autopsia no tardarían en llegar a la mesa de su despacho. Esperaba que lo hicieran con un cúmulo de pistas que señalaran a un sospechoso de manera inequívoca. No quería sumirse en una investigación compleja, y el escenario de verse obligado a archivar la causa por falta de autor conocido ni siquiera se lo planteaba. Atraparían al culpable, costara lo que costara. Por el chico. Por los padres.

Y también por él mismo.

No iba a aparecer de nuevo en la prensa por otro fracaso.

6

La escena del crimen

Santiago saludó a Jorge Casas, el forense. Rechoncho y de unos cuarenta años, se encontraba a unos metros tomando notas en un cuaderno.

—¿Qué tenemos, Jorge?

—Buenos días, señoría —contestó él, y se acuclilló junto al cadáver—. Aparentemente, dos puñaladas en la axila izquierda causadas con un instrumento inciso punzante. Todo indica que murió de una hemorragia interna, quizá por seccionamiento de una arteria o afectación de un órgano vital. Ya sabe que hasta que no haga la autopsia es difícil ser preciso. Hemos tocado el cuerpo solo lo imprescindible —aclaró—. Estaba en esta misma posición.

—Bien. ¿Cuántas horas diría que lleva muerto?

—Varias, a juzgar por el *rigor mortis*. Está claro que fue bastante antes de que ese vecino lo encontrara, y posiblemente después de la medianoche. De momento, no me atrevo a concretar más.

Santiago asintió, satisfecho. Era más que suficiente para esbozar las primeras hipótesis.

—¿Cree que lo atacaron por la espalda?

El forense se incorporó ligeramente y alzó las manos.

—Necesito verlo bien en el IML —se excusó, aludiendo a las dependencias del Instituto de Medicina Legal en el Hospital Marqués de Valdecilla—. Lo que sí puedo adelantarle es que no parece presentar heridas defensivas de arma blanca. Eso podría sugerir un ataque por sorpresa o que no consiguió reaccionar a tiempo. Aunque aquí parece que tiene un hematoma, ¿lo ve? —añadió mientras señalaba el rostro del chico.

—Ah, sí. Entonces ¿tal vez se pelearon?

—No lo sé. Es posible.

—También tiene algunos restos de piel bajo las uñas —intervino el inspector Sorozábal—. Mis compañeros de la científica los analizarán y los meterán en la base de datos, por si salta alguna coincidencia de ADN con alguien fichado. Pero ya sabe que eso tardará.

El juez hizo una inclinación de cabeza. Los informes de los laboratorios no llegaban en cuestión de horas, al contrario de lo que se mostraba en las películas. A menudo, tampoco en unos días.

Santiago se dirigió de nuevo al forense.

—¿Le parece obra de profesionales?

—No necesariamente. Una puñalada en un costado es algo habitual.

—¿Qué opina del arma?

—Podría tratarse de un cuchillo, afilado y de bastantes centímetros. Aunque le insisto en que hasta que practique la autopsia no puedo pronunciarme con seguridad.

El juez asintió. Luego miró a Sorozábal y dijo:

—Que aún no ha aparecido, supongo…

—Así es —confirmó el policía—. Seguimos buscándolo, al igual que el móvil.

—¿La víctima no llevaba el teléfono encima? —se sorprendió Santiago.

—No.

—¿Cree que se lo quitaron, que pudo ser un robo que salió mal? Por aquí vive gente con mucho dinero…

—No lo parece. La cartera sí la tenía y dentro había veinte euros. También hemos encontrado un manojo de llaves, un mechero y algo de marihuana.

—¿Y las tarjetas de crédito? ¿Han comprobado si están?

—No hemos encontrado ninguna, aunque es posible que no tuviera. Yo a mi hija, cuando era menor de edad…

—Pero ¿no se lo ha preguntado a los padres? —lo cortó Santiago con impaciencia—. No me diga que aún no han hablado con ellos…

—Sí, claro que hemos hablado con ellos, pero estaban en shock. Se lo podrá imaginar, entiendo —replicó el policía sin ocultar su irritación—. Los interrogaremos después.

Santiago frunció el ceño, aunque no contestó. Luego cambió de tema.

—¿Algún testigo?

—Por ahora, no.

La fiscal Calderón, que se había mantenido en un segundo plano hasta entonces, mostró interés por un edificio blanco y elegante situado al comienzo de la cuesta, al otro lado de la calzada. Era el número 27. En su fachada relucía una placa roja: CONSULADO REAL DE DINAMARCA.

—¿Han hablado con el personal? —preguntó.

—Hemos llamado varias veces, pero no hay nadie —respondió Sorozábal.

—¿Hoy no está abierto? —se sorprendió ella.

—No, solo los días laborables. De todos modos, el consulado ocupa la planta baja y la primera. El resto son viviendas, pero de momento parece que nadie vio ni oyó nada. Estamos probando también en otros bloques más o menos cercanos, como el del portal 26 —añadió el inspector, y señaló con el mentón un edificio ubicado a unos diez o quince metros del lugar donde había aparecido el cadáver, en la misma acera. Estaba casi enfrente del consulado—. Vamos puerta por puerta. El problema es que ninguno está exactamente a la altura del banco y, si el crimen fue de madrugada, es difícil que hubiera alguien despierto.

La fiscal contempló una vez más el cadáver.

—¿De qué iba disfrazado?

—Según me ha dicho un agente, de personaje de una serie de televisión famosa —respondió Sorozábal—. Ahora mismo no recuerdo el nombre.

Inés Calderón suspiró y se mordió el labio, consternada.

—Pobres padres.

Santiago cruzó una mirada con ella, que inclinó la cabeza de forma elocuente.

—Inspector, cuando terminemos con el levantamiento iremos con usted, si no le importa. Nos gustaría darle el pésame a nuestra compañera.

7

Testigos

Aunque se suponía que estaba desayunando, Sofía no dejaba de levantarse para controlar lo que sucedía en la calle. Desde la ventana podía distinguir a su marido y a varios vecinos. También había algunos periodistas que acababan de llegar pertrechados con cámaras y micrófonos. Un rato antes, Julio la había llamado para informarla de que, en efecto, habían asesinado a una persona. Según él, se decía que había sido un apuñalamiento, y corría un rumor sobre la identidad del fallecido. Al escuchar el nombre, se había quedado helada.

—Mamá, ¿qué pasa? —le preguntó Nico por enésima vez al ver que no se despegaba del cristal.

El niño quiso imitarla y amagó con asomarse, pero ella se cruzó en su camino y lo obligó a volver a la mesa.

—No pasa nada, cariño.

—Pero se oye mucho ruido fuera, y tú…

—Venga, termínate el colacao, que hoy tienes que meter muchos goles.

Mientras se esforzaba en componer una sonrisa conciliadora, Sofía cayó en la cuenta de que, si se confirmaba que un alumno del

colegio había muerto en esas circunstancias, lo más probable era que todas las actividades lúdicas se suspendieran. Aun así, prefirió no comentárselo a Nico para no desanimarlo.

Pensó entonces en Alba, y el recuerdo de lo acontecido las últimas semanas le sobrevoló la mente.

—¡Ay, Luna! —rio de pronto el niño cuando la perra de la familia, una caniche marrón, le posó las patas delanteras en las piernas y aprovechó para darle un lametón en la mejilla.

Unos instantes después, el timbre sonó a lo lejos y Luna salió disparada hacia el recibidor entre ladridos. Sofía comprimió los labios. ¿Quién podía ser? Julio tenía llaves. Se acercó de nuevo a la ventana y comprobó que su marido seguía junto a la cinta policial.

—Espera aquí, Nico —dijo mientras se cerraba la cremallera de la elegante chaqueta azul marino, de marca, que usaba para estar en casa.

Cuando abrió la puerta se encontró a una mujer a la que no había visto antes. Tenía los ojos muy grandes y verdosos, la piel aceitunada y el pelo oscuro, que llevaba sujeto en una coleta tirante. Vestía vaqueros y una cazadora gris, y le calculó unos treinta y cinco años.

—Buenos días —la saludó la desconocida—. Soy la subinspectora Andrea Soto.

—Buenos… buenos días —balbuceó Sofía, que no esperaba que la policía se presentara en su casa.

—Disculpe que la moleste a estas horas. Necesito hablar con usted un momento.

—Pero ¿qué…?

—Es solo para hacerle unas preguntas. Usted es Sofía Ponte, ¿verdad?

Ella la miró inquieta. No le sorprendía que la hubiera reconocido, puesto que en los últimos años había protagonizado numerosas películas, series y campañas de publicidad, pero no comprendía cómo había averiguado dónde vivía ni qué hacía allí.

—El buzón. He leído sus datos en el buzón —le aclaró la subinspectora sin necesidad de que Sofía se lo preguntara. Luego comenzó a rebuscar algo en el interior de su cazadora—. No se preocupe. Estamos hablando con todos los vecinos.

La madre de Nico se ruborizó.

—Ya. Perdone, estoy un poco nerviosa. Dicen que es Nacho y…

Andrea Soto, todavía en el umbral de la puerta, sacó una pequeña libreta y un bolígrafo y la observó con curiosidad contenida.

—¿Lo conocía usted?

—¿A quién?

—A Ignacio Guerra. O Nacho, como usted lo ha llamado.

—¡Dios mío! Entonces ¿es él? —exclamó al tiempo que se llevaba las manos a la boca.

La subinspectora no lo desmintió.

—¿Lo conocía? —insistió.

—Eh, sí… Iba a clase con mi hija.

La respuesta acrecentó el interés de la policía, que al instante preguntó:

—¿Puedo pasar?

Sofía titubeó.

—Verá, es que mi hijo está desayunando y luego tenemos partido en el colegio, en el Picos de Europa. No está muy lejos, pero…

—No la entretendré.

Por el tono firme de la mujer, comprendió que negarse solo le acarrearía problemas. Acabó cediendo y se hizo a un lado.

Cuando entraron en la cocina, descubrieron al niño pegado a la ventana.

—¡Nico!

Él se apartó del cristal a toda velocidad, como si hubiera recibido una descarga.

—Mamá, ahí fuera… —musitó con el rostro pálido.

—Ahí fuera no pasa nada.

—Pero…

—Cariño, tengo que hablar con esta señora. Ve a tu habitación y espérame allí, ¿vale?

El muchacho hizo amago de protestar, pero al final obedeció y se retiró cabizbajo. En el tazón aún tenía la mitad del colacao.

—¿Vive sola con él? —preguntó Andrea Soto.

Sofía la escrutó. Si había leído su nombre en el buzón, tendría que haber visto igualmente el de Julio.

—No, también con mi marido y mi hija. Ella está durmiendo ahí al lado. Salió anoche hasta tarde.

—¿Puede avisar a su esposo?

—Eh…, pues ahora mismo está abajo.

—¿Abajo?

—Con otros vecinos…

La policía torció los labios. Era evidente que no le agradaban los curiosos que se agolpaban alrededor de los escenarios de los crímenes.

—¿Sería tan amable de llamarle y pedirle que suba?

—Sí, sí —contestó Sofía con aspereza.

Por suerte, Julio oyó el teléfono al momento y, en cuanto Sofía le explicó lo que ocurría, dio media vuelta.

Unos minutos más tarde, los tres se sentaron en torno a la mesa en un gran comedor, en la planta baja de la vivienda, con las aguas del Cantábrico agitándose al fondo.

Sofía se dio cuenta de que, mientras se acomodaba, la subinspectora recorría la estancia con la mirada y la detenía unos segundos en un mueble de madera de roble que se elevaba hasta el techo. En las estanterías había varias fotografías. Unas eran familiares; en otras aparecía ella en alfombras rojas junto a actores y directores de renombre. En lo profesional, había alcanzado la cúspide hacía tiempo. Tras años de intenso trabajo, ahora podía permitirse seleccionar cuidadosamente los proyectos para no pasar demasiado tiempo fuera de casa.

—Muy bien —comenzó Andrea Soto mientras abría su bloc de notas—, necesito que me digan si anoche vieron u oyeron algo sospechoso en la calle. Da igual la hora.

—Yo estuve esperando a Alba y no oí nada raro —contestó Sofía, que vio cómo la mujer apuntaba el dato.

—¿Hasta qué hora se quedó despierta?

—Las dos menos cuarto. No pude más y me acosté…

—Antes me ha dicho que su hija salió de fiesta, ¿no?

—Bueno, tanto como de fiesta no… Ella no es de correrse juergas. Simplemente estuvo por ahí con su amiga Raquel. Por el carnaval.

—¿Su hija era amiga de Nacho Guerra?

Sofía bajó la vista.

—No. Solo compañeros.

—¿Este curso?

—Sí.

—¿Y sabe dónde estuvo ayer?

—¿Quién? ¿Mi hija?

—Sí.

Julio cruzó las piernas con evidente incomodidad.

—Oiga, no pensará usted que…

—Como les he dicho, solo buscamos detalles que nos ayuden a reconstruir lo sucedido anoche, nada más —aseguró Soto—. Puede ser que coincidieran en algún lado.

—Pues no he hablado con ella —murmuró Sofía más tranquila—. Pero me dijo que iría al centro, donde están los bares.

—¿Sabe si regresó caminando?

—No lo sé. Ayer le ofrecimos recogerla en coche por la noche, pero quería quedarse hasta tarde con su amiga. Raquel vive cerca de aquí, en Pérez Galdós, así que casi todo el trayecto podían hacerlo juntas, y también le dimos dinero para un taxi, por si acaso. ¿Por qué… por qué quiere saberlo?

La subinspectora esquivó la pregunta y observó a Julio.

—¿Usted también se fue a la cama a esa hora?

—No. Yo tenía una cena de empresa y vine un rato después. Serían las dos y pico. Cuando llegué, Sofía ya se había dormido. Alba aún no había vuelto.

—Estuvo usted por el centro, supongo.

—No. Aquí cerca, en el restaurante Bruma.

Soto lo apuntó en su cuaderno.

—Y no vería a Nacho en algún momento por la zona, por un casual.

—No, no lo vi —respondió Julio moviendo la cabeza hacia los lados.

—¿Regresó usted andando?

—Sí, cuando cerró.

—Y no sabría decirme si a esas horas el cadáver del chico ya se encontraba en la acera, ¿no?

Al escucharla, Sofía comprendió la lógica del interrogatorio: la mujer estaba intentando determinar la hora a la que Nacho Guerra había muerto.

—No, no puedo decirle —confirmó Julio—. Si se fija, nuestro portal tiene dos puertas. Yo entré por la que da al otro lado, a la calle Calatayud. Desde ahí es imposible ver nada.

—Entiendo. Y me imagino que luego, mientras se acostaba, tampoco oyó ruidos llamativos, algún grito…

—No.

La mujer asintió y colocó el bolígrafo sobre la libreta.

—De acuerdo. Ahora, si son tan amables, ¿podrían despertar a su hija?

—¿De verdad es necesario? —se indignó Julio—. No veo por qué tiene que hablar con ella.

—Por favor. Podría ser importante. Les recuerdo que han matado a una persona.

8

Meterse en líos

Cuando la puerta se abrió, la muchacha se incorporó de golpe en la cama y profirió un gemido.

—Lo siento, cariño… —murmuró Sofía al tiempo que entraba en la habitación.

—¿Qué… qué ocurre?

—Nada, cielo, perdona. Es… es solo que tenemos que hablar contigo. Será un momento. Enseguida te dejamos descansar.

Sofía subió las persianas con rapidez y la claridad reveló el rostro sudado de su hija. Tal y como Julio le había anticipado a primera hora de la mañana, la cama estaba sin deshacer y Alba parecía haber dormido sobre el edredón. Seguía vestida con el disfraz blanco, rojo chillón y azul eléctrico de Harley Quinn, una de las villanas de los cómics de Batman, y la cazadora azul marino con rayas escarlatas, a juego con el conjunto, se encontraba tirada sobre uno de los brazos de la silla de estudio, junto a una peluca rubia con dos coletas. El rímel y el maquillaje, totalmente corridos, revelaban que había estado llorando.

—Cariño, ella es la subinspectora Soto —dijo Sofía señalando a la policía—. Quiere hacerte unas preguntas.

Al escuchar a su madre, la joven se estremeció como si hubieran derramado sobre ella un caldero de agua gélida.

—¿Qui… quién?

Apoyada en el marco de la puerta, Andrea Soto evaluó a la chica desde la distancia. Era morena y estaba extremadamente delgada, y desde luego no había heredado la belleza de su madre. En su rostro destacaban una nariz grande y puntiaguda, unos pómulos marcados y unos ojos pequeños que ahora la escudriñaban con desconfianza. Incluso con temor.

En ese momento, la perra entró en la habitación y se aproximó a Alba moviendo el rabo con alegría, pero ella la apartó de un empujón, sin miramientos.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no he hecho nada! —masculló con angustia.

Sofía se inclinó sobre ella y le apretó el hombro.

—No es porque hayas hecho algo, cariño. Tranquila, no tiene importancia.

La subinspectora dio dos pasos al frente y se situó en el centro del dormitorio. Las paredes estaban repletas de pósteres de dibujos japoneses, y en las baldas había numerosos cómics y novelas de fantasía.

—Hola, Alba —la saludó, y le sonrió para intentar que se relajara —. Te gusta leer, ¿no?

Ella se la quedó mirando con recelo.

—Sí…

—A mí también, mucho. Ya veo que tienes varias ediciones de *El señor de los anillos*. —Aguardó unos segundos y, como no

respondía, añadió—: Yo los leí cuando era adolescente, ¿sabes? Muy buenos. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Dieci… dieciocho —tartamudeó Alba—. Desde hace veinte días.

—Repitió cuarto de la ESO en otro colegio —explicó su madre—. Ahora está haciendo primero de bachillerato en el Picos de Europa.

La subinspectora asintió sin dejar de observar a la muchacha.

—Y ahí conociste a Nacho Guerra, ¿no, Alba?

Al oír aquello, los labios de la chica bailaron como si fueran un acordeón.

—Sí… En septiembre. ¿Por… por qué?

Soto se acercó a ella y se agachó sin dejar de sonreírle para parecer amigable.

—¿Estuviste ayer con Nacho, Alba? ¿Lo viste en alguna parte?

La joven sacudió la cabeza, pero a Soto le dio la impresión de que dudaba.

—Subinspectora, ya le he dicho que mi hija salió por el centro con una amiga —intervino Sofía—. Las dos juntas, ¿verdad, cariño?

Tras unos segundos de silencio, la chica confirmó las palabras de su madre.

—¿Y al venir a casa? ¿Tampoco lo viste?

—No. Yo… ¿Por… por qué quiere saberlo? —preguntó con voz entrecortada.

—¿Cómo volviste? ¿Cogiste un taxi?

—No…

—Necesito que me aclares una cosa, Alba. Para venir andando desde el centro, lo más directo es tomar Menéndez Pelayo, Canalejas o la calle Tetuán, y después bajar por Joaquín Costa, ¿verdad?

—Bueno, hay más opciones —apuntó Julio con frialdad.

—Sí, ya sé que hay más —replicó ella, molesta por la interrupción —. Pero el camino más corto es ese, ¿no, Alba? ¿Anoche viniste por ahí? ¿Bajaste la cuesta de Joaquín Costa?

La joven vaciló durante unos instantes.

—Sí, pero yo no… Yo no lo vi…

Por cómo respondía y evitaba el contacto visual, Soto tuvo la sensación de que ocultaba algo. No descartaba que al regresar se hubiera topado con el cuerpo y no quisiera revelarlo para no meterse en líos. O tal vez fueran solo los nervios que le provocaba su presencia. A fin de cuentas, la visita de la policía afectaba a cualquiera, tuviera algo que ver con los hechos o no.

—¿Estás segura, Alba? Si estuviste con él o sabes algo tienes que decírmelo. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, sí… Pero ¿qué ocurre? ¿A qué viene todo esto?

—¿A qué hora llegaste a casa? ¿Lo recuerdas?

—Pues… entre las tres y media y las cuatro… No lo sé.

—Sí, ese es el límite que le pusimos, ¿verdad, Julio? —corroboró Sofía.

La subinspectora escrutó a la joven. Pensó que tal vez su agitación se debiera a que alargó la fiesta más de la cuenta e intuyera que, si lo confesaba, recibiría un castigo. No sería la primera vez que los adolescentes entorpecían o dificultaban las investigaciones por esa clase de nimiedades. En momentos como ese se alegraba de su decisión de no tener hijos.

—¿Por qué acera viniste, Alba?

Ella arrugó la frente, como si no comprendiera la pregunta.

—¿Por… por qué acera vine?

—Sí. ¿Te acuerdas?

—Mmm…, no… no lo sé. Por la derecha, creo. Mirando al mar, quiero decir.

«O sea, por la del cadáver», se dijo Soto.

—¿Lo crees o te acuerdas?

—Me acuerdo. Me acuerdo, sí.

—¿Y no viste ningún cuerpo a la altura del banco?

Al oír aquello, la joven retrocedió en la cama y se chocó contra el cabecero. Hasta ese instante, la subinspectora había omitido deliberadamente cualquier referencia a la muerte de Nacho Guerra para no alterarla todavía más ni condicionar sus respuestas, pero había llegado la hora de ir de frente. Se fijó en que Alba miraba a sus padres con los ojos muy abiertos.

—Sí, hija —suspiró Julio, y luego se mordió el labio—. Está muerto.

Alba soltó un gemido.

—¿No viste ningún cadáver, Alba? —insistió la policía—. ¿Nada?

—No, no…

La subinspectora la estudió en silencio durante unos segundos. La acera era estrecha, de modo que, aunque fuera de noche, era improbable que algo así le hubiera pasado desapercibido. Si la muchacha decía la verdad, el crimen tenía que haberse cometido, como mínimo, a partir de las tres y media.

Echó un vistazo al reloj. Había avanzado en la investigación, pero aún le faltaba hablar con varios vecinos de otros edificios y poner en común sus averiguaciones con las de otros agentes que también se estaban ocupando de esa tarea.

Decidió dar por cerrado el interrogatorio y devolvió el bolígrafo y el cuaderno al bolsillo de la cazadora.

—Gracias, eso es todo. Les agradezco mucho su colaboración. Que tengan un buen día.

9

El que salió mal

Estación de esquí de Alto Campoo

—Ahí tienes un hueco, Paula —exclamó Teresa.

El aparcamiento de la estación estaba casi completo y llevaban varios minutos dando vueltas.

—Sí, sí, lo veo —contestó la abogada, y puso el intermitente a toda prisa.

De fondo se oía la voz aterciopelada de una periodista que amenizaba la mañana con una entrevista a una directora de cine. Mientras Paula realizaba la maniobra, la periodista se despidió de la invitada y anunció que daba paso a los compañeros de los informativos regionales. Sonó una sintonía alegre y, justo cuando la abogada se disponía a apagar el motor, un locutor de Cantabria entró en antena. Sin perder un segundo, el hombre avanzó que esa mañana había aparecido un cadáver en El Sardinero y conectó directamente con Macarena Ortiz, la reportera que se había desplazado al lugar de los hechos. Paula la conocía; era la mujer del juez Santiago Belmonte. Todos los abogados que se dedicaban al

derecho penal en Santander estaban al tanto de esa unión que en su día había despertado tanta curiosidad.

«—Buenos días, Macarena, ¡cuéntanos!».

«—Hola, Pepe. Estamos ahora mismo en la calle Joaquín Costa. Va a procederse al levantamiento del cuerpo de la vía pública y, de momento, la única información oficial que ha trascendido es que se trata de un adolescente que perdió la vida durante la noche de carnaval. Se rumorea que la víctima fue salvajemente apuñalada y que el arma no estaba en la escena del crimen, aunque la policía no ha querido hacer declaraciones. Además, algunos vecinos afirman que el fallecido…».

—Venga, Paula —la apremió Teresa mientras presionaba el botón para apagar el motor y se bajaba del coche—. Que no llegamos.

La abogada se mantuvo inmóvil en el asiento del conductor.

—Han matado a un chico en Joaquín Costa. ¿Lo has escuchado?

—Sí, una desgracia…

Paula suspiró de forma prolongada.

—En esa calle vive la chica a la que le llevé aquel procedimiento tan complicado —musitó sumida en sus recuerdos—. Ese juicio de menores que no salió bien…

Teresa le lanzó una mirada de reprobación al tiempo que cogía a Martín de la mano.

—Sabes de sobra que esa sentencia no fue culpa tuya. Sus padres se quedaron contentos con tu labor. Te lo dijeron, ¿no? Desconecta, por favor. Es domingo y estamos en la nieve.

Paula cabeceó y salió del coche.

10

Voces

Santander

El levantamiento del cadáver había concluido rodeado de una gran expectación. Los primeros periodistas se habían situado al otro lado del cordón cuando se iniciaba el trámite, y los demás fueron llegando en oleadas. Entre ellos estaba Macarena Ortiz. En cierto momento, Santiago la había divisado micrófono en mano y hablando sin parar, como si estuviera transmitiendo en directo. Al consultar el móvil, descubrió un wasap de ella: «Madre mía, ya me he enterado». En el fondo, pensó, prefería a su mujer informando sobre el crimen que a ese compañero suyo adicto al morbo, Edgar, que convertía cualquier noticia en un espectáculo dantesco. No obstante, temía que ese nuevo caso, que sin duda alcanzaría altas cotas mediáticas, terminara reabriendo entre ellos la herida que el proceso judicial de la red de prostitución causó en su relación.

Con el cuerpo ya camino de la morgue, Santiago e Inés pusieron rumbo al domicilio de la víctima acompañados del inspector. El piso estaba en un suntuoso edificio que destacaba por sus grandes ventanales, los pináculos ornamentales, los soportales que dibujaban

elegantes arcos de medio punto y unos jardines comunitarios cuidados con esmero. Era el número 29 de la calle Joaquín Costa, a apenas cincuenta metros de la escena del crimen. Solo había que terminar de bajar la cuesta, avanzar unos pasos y cruzar al otro lado de la calzada.

Cuando se estaban aproximando, les salió al encuentro la subinspectora Soto. Sorozábal se la presentó al juez y a la fiscal, y luego le preguntó si había averiguado algo de interés.

—Un par de cosas.

—¿Ah, sí? —dijo el policía, y los tres se detuvieron para escucharla con atención.

—En ese edificio de ahí enfrente, el 26, vive una chica que iba a clase con la víctima. Es hija de Sofía Ponte, la actriz. —Hizo una breve pausa y los demás asintieron para darle a entender que sabían quién era la madre—. Asegura que anoche salió por el centro con una amiga y que no vio a Nacho Guerra en ningún momento. Tampoco después, entre las tres y media y las cuatro, cuando regresó a casa por la misma acera donde ha aparecido el cadáver. Estaba muy nerviosa, demasiado para mi gusto, pero, si dice la verdad, ya sabemos a partir de qué hora se cometió el crimen —explicó Soto.

Sorozábal balanceó la cabeza, pensativo. Luego apuntó:

—Conocía a Nacho Guerra, ¿no? Puede que se alterara por eso.

—Sí, pero no le revelé hasta el final que estaba muerto, y ella no parecía saberlo. No sé, se la veía como desorientada.

El hombre se rascó la coronilla.

—¿Y la otra cosa?

—Un vecino de un edificio que hay más arriba, en lo alto de la cuesta. Allí, donde comienza la curva.

Los tres se giraron para ver el lugar que indicaba la subinspectora. Luego se volvieron hacia ella.

—¿Qué pasa con ese hombre? —preguntó Sorozábal.

—Dice que se levantó al baño y oyó voces fuera.

—¿Voces?

—Como una discusión. Pero no le dio importancia y regresó a la cama.

—¿Y a qué hora fue eso? —inquirió Sorozábal.

El juez y la fiscal la miraron fijamente.

—Sobre las tres o las cuatro —informó Soto—. Miró el reloj, pero no se acuerda con exactitud.

—Podría encajarnos.

—Sí, aunque me ha dado la sensación de que no estaba en sus cabales…

Sorozábal frunció el ceño.

—¿Y eso?

—Divagaba. Daba saltos en el tiempo y de pronto empezaba a hablar de cuando era niño… Además, es bastante mayor.

El juez soltó un gruñido y alzó el dedo índice.

—Quiero una instrucción impecable —advirtió—. Que los testigos sean fiables. No podemos fallar.

El inspector, visiblemente molesto por el comentario, estuvo a punto de replicar que su equipo no acostumbraba a fallar en las investigaciones, a diferencia de ciertos jueces. Sin embargo, logró contenerse; no era el momento de dejarse arrastrar por viejas rencillas.

—Lo comprobaremos, señoría —respondió, y luego se centró de nuevo en su subordinada—. Oye, ¿el hombre ha sido capaz de precisar si las voces eran masculinas o femeninas?

Ella negó con la cabeza.

—No lo recuerda.

—En cualquier caso —terció entonces la fiscal Calderón—, esto podría ser un indicio de que el asesino y la víctima recorrieron juntos un trecho, ¿no? Quizá discutiendo.

—Sí —convino Soto—. Unos ciento cincuenta metros o así, hasta llegar al banco de madera. Porque no hay ninguna señal de que el asesino arrastrara el cuerpo, ¿no?

—No, no hubo arrastre —confirmó Sorozábal.

—Quizá se conocían —pensó en voz alta Inés.

Sorozábal se encogió de hombros.

—O no. Pudo ser una discusión entre dos desconocidos que tuvieron un encontronazo.

—Todo eso está muy bien —zanjó Santiago—, pero insisto en que la información de ese testigo hay que ponerla en cuarentena. Lo mismo las voces estaban en su cabeza. O tal vez fueran parte de una conversación ajena al crimen, de otras personas. Si el vecino es incapaz de fijar la hora y nosotros ni siquiera sabemos en qué momento concreto se produjo la muerte…

—Sí, es verdad, pero ya tenemos una pieza más con la que jugar —atajó el inspector—. Buen trabajo, Soto.

11

Arenas movedizas

Alba se sentó en el borde de la cama, cogió el móvil y entró en la página web de *El Diario Montañés*, tal y como ya había hecho varias veces en los últimos minutos. Ella jamás leía periódicos, pero de pronto todo era diferente. Necesitaba saber. Desde la visita de la subinspectora se sentía aturdida, como si caminara entre arenas movedizas. Nacho estaba muerto, y no tenía la seguridad de si esa policía solo buscaba testigos o pretendía algo más.

Respiró hondo y trató de concentrarse en lo que mostraba la pantalla. Por fin habían actualizado la noticia sobre el cadáver encontrado en la calle Joaquín Costa. Ahora la información parecía más extensa.

Justo cuando comenzaba a leer, oyó que alguien se aproximaba a su habitación y se levantó para cerrar la puerta. Quería estar sola.

Retomó la lectura allí mismo, de pie, y la garganta se le fue cerrando a medida que descendía por el texto y veía las imágenes de su calle tomada por la policía.

La vibración del teléfono la interrumpió y le arrancó un respingo. Era Raquel, la estaba llamando. Pensó en contestar, pero se vio

incapaz de hablar. Ahora no, no con esa sensación de estar asfixiándose.

Apartó las cosas que estaban sobre la silla de estudio y se dejó caer en ella como un fardo. ¿Cómo podía estar pasándole aquello? ¿Qué se suponía que debía hacer?

El móvil se quedó en silencio y luego emitió tres zumbidos seguidos. Eran mensajes de Raquel. Se dijo que le respondería más tarde y eliminó la notificación del menú principal. Después, abrió de nuevo la noticia y cambió de postura en la silla.

Fue entonces cuando reparó en un detalle que le había pasado inadvertido y el pulso se le disparó. Miró a su alrededor y estalló en un llanto silencioso.

No podía seguir allí.

12

Refugio

—Alba, ¿seguro que estás bien? —le preguntó Sofía al cabo de unos minutos, cuando regresó a la habitación de Alba.

Observó que su hija, tumbada boca arriba en la cama, parecía encontrarse muy lejos de allí, y que en todo ese tiempo no había recuperado el color en el rostro. Al contrario, daba la impresión de estar más pálida, más desencajada. Eso la preocupó. Desde lo ocurrido el año anterior, sabía que ella desconfiaba de las autoridades y de todo lo relacionado con policías, jueces y abogados, pero, aun así, no terminaba de comprender su comportamiento. Aunque le daba miedo verbalizar ese pensamiento, en su fuero interno no podía negar que lo que le había sucedido a Nacho Guerra, en cierto modo, era beneficioso para Alba. Sin embargo, ella no parecía verlo así. Tal vez aún no estuviera preparada para interpretarlo de esa forma. Por eso era tan necesario que hablasen del tema cuanto antes. Le había dejado espacio mientras ellos desayunaban y se arreglaban, pero ya no podía demorarlo más.

—Cariño, todo esto…

En ese momento, se oyeron unos pasos junto a la puerta y Sofía se calló de golpe. Era Nico.

—Mamá, el partido…

Ella consultó la hora. El niño tenía razón: si no salían de inmediato, llegarían con el calentamiento empezado, y con el entrenador actual eso significaba perder la titularidad.

—Enseguida vamos, cielo. Ponte ya las botas, anda.

Antes de alejarse, Nico lanzó una mirada de preocupación a su hermana. Nunca habían tenido una gran relación, sobre todo porque Alba se empeñaba en levantar un muro entre ambos, como si el pequeño la molestara, pero Sofía sabía que Nico la adoraba.

Se volvió otra vez hacia su hija.

—Cariño, nosotros tenemos que irnos. ¿Te quedas aquí durmiendo?

Alba asintió y mantuvo la vista clavada en el techo.

—Oye, sobre lo de Nacho… —comenzó a decir Sofía.

—No… no quiero hablar de eso ahora —le espetó, y acto seguido se giró en la cama hasta situarse frente a la pared.

Sofía respiró hondo y se dio por vencida. Sabía que sería inútil insistir.

—Antes de acostarte, quítate el disfraz y ponlo en la cesta de la ropa sucia, ¿de acuerdo? Mañana vendrá Francisca a limpiar. —Se estiró y le dio un beso en la mejilla—. Luego nos vemos. Descansa.

Unos minutos más tarde, ya más calmada, Sofía salió del portal con su marido y su hijo. La zona seguía acordonada y llena de periodistas, así que echaron a andar por la calle Calatayud en dirección a la plaza del Alto de Miranda.

Cuando llegaron allí, un BMW pasó a su lado y frenó a pocos metros. Luego dio marcha atrás hasta colocarse a su altura.

—Dios mío, ¿os habéis enterado? Han confirmado que es Nacho. Han matado a Nacho Guerra…

Quien se dirigía a ellos desde el asiento del conductor, con la ventanilla bajada y gesto conmocionado, era José Luis Pardo, el director del exclusivo colegio privado en el que Alba y Nico estudiaban. Era un hombre entrado en años y que solo conservaba pelo en las sienes.

—Sí… —respondió Julio mientras Sofía observaba de reojo a su hijo, que había dejado de botar el balón y escuchaba con atención.

El director apretó el volante.

—Espero que atrapen pronto al responsable.

—Sí, nosotros también.

—¿Cómo está Alba?

—Pues… impactada —acertó a responder Sofía—. Como todos, supongo.

El hombre movió la cabeza en silencio.

—Vais al partido, ¿no? —Él tenía un sobrino que jugaba en el equipo y solía acudir a todos los encuentros.

—Sí.

—¿Os ha mandado algún wasap el entrenador? Aún no he podido contactar con él. Seguramente se suspenda.

Sofía, que se había unido al grupo de WhatsApp del equipo de fútbol al inicio de la temporada, se percató de que no había consultado el móvil desde hacía bastante rato. Ni siquiera estaba segura de haberlo cogido antes de salir de casa.

—No he leído nada, lo siento —contestó—. Con todo esto…

—Ya, te entiendo perfectamente. ¿Queréis que os lleve?

Pese a que apenas los separaban un par de calles del colegio, Julio aceptó el ofrecimiento. Sin embargo, Sofía se quedó callada y empezó a rebuscar en su bolso.

—Creo que voy a volver. Me he dejado el teléfono.

—Bah, luego lo coges —le restó importancia su marido.

—No, no. En un día como hoy, prefiero tenerlo.

—Pero llegaremos tarde, mamá —intervino Nico, que parecía confiar en que el encuentro se celebrara.

—Id vosotros. Yo enseguida estaré allí.

—¿Estás bien? —le preguntó Julio.

—Sí —dijo ella, y comenzó a darse la vuelta.

Varios minutos después, cuando se acercaba a su casa, Sofía divisó a una chica con una mochila al hombro que abandonaba el edificio. Se hallaba de espaldas a ella, pero por la forma de vestir y de caminar no albergó ninguna duda de que se trataba de su hija. Se había quitado el disfraz y ahora llevaba unos vaqueros oscuros y una cazadora negra. La llamó a voces, pero ella no se volvió. Sofía apretó el paso.

—¡Alba, Alba! ¿A dónde vas? —exclamó cuando la alcanzó—. ¿No ibas a dormir un rato?

La chica, que sin duda no se había imaginado que su madre la descubriría saliendo de casa, terminó girándose y balbuceó unas cuantas sílabas ininteligibles.

—¿Qué? ¿Qué dices? —repuso Sofía—. No te entiendo, cariño.

—Con… con Raquel. Iba… iba con Raquel.

—¿Con Raquel?

—Sí… A verla.

—Pero si ayer volvisteis a las tantas. Seguirá en la cama.

Alba bajó la vista al suelo.

—No… Está despierta y… yo… necesito hablar con ella.

Sofía la miró desconcertada, pero no discutió. Aunque ya había cumplido los dieciocho, todavía tenía una mentalidad un tanto infantiloide y, según le había explicado la psicóloga, era lógico que se mostrara hermética con sus padres ante cualquier problema y buscara refugio en sus amigas.

—Pero vendrás a comer, ¿no?

—No… no creo —respondió ella, y la voz le tembló.

—A ver, Alba, nosotros también queremos hablar contigo. Lo que le ha pasado a Nacho…

—En… en otro momento, mamá —la cortó evasiva, y a Sofía le pareció que los ojos se le tornaban vidriosos—. Adiós.

La madre murmuró una despedida.

Luego se resignó a ver cómo su hija se alejaba a grandes zancadas.

13

Los padres de la víctima

Santiago e Inés acababan de tomar asiento en el sofá que les había indicado Olivia Canals, la madre de la víctima.

Hacía unos minutos que la mujer les había abierto la puerta del lujoso piso y se había arrojado desolada a sus brazos. Aunque ninguno era íntimo de la jueza, ambos la habían apretado contra sí mientras les daban el pésame a ella y a su marido, que se había quedado detrás con el rostro surcado de lágrimas.

Ahora esperaban a que los dos policías regresaran del rellano, adonde se habían retirado para atender una llamada, y Santiago sintió que se ahogaba en aquel repentino silencio solo interrumpido por sollozos y lamentos. No sabía qué decir. No estaba acostumbrado a situaciones como esa y apenas conseguía mantener la vista sobre aquellos padres hechos jirones. Sentados en otro sofá, se aferraban entre sí como si buscaran consuelo en el dolor del otro. Eran la viva estampa del sufrimiento, reforzada por la atmósfera tenue que los envolvía, con las cortinas corridas y las persianas a medio bajar.

El juez se llenó los pulmones de aire y trató de distraerse centrando su atención en los cientos de tomos acumulados en las

estanterías que se desplegaban a ambos lados del televisor. Muchos eran novelas de Olivia Canals en diversas ediciones y traducciones a distintos idiomas. También había clásicos de la tragedia griega, otras obras de ficción, monografías jurídicas y algunos libros sobre buques y comercio internacional.

—Perdonen la espera —se disculpó Sorozábal al pasar al salón con su compañera. Se acomodaron en dos sillas que cogieron de la zona del comedor. Después, el inspector añadió muy serio—: Estamos poniendo todo nuestro esfuerzo en esclarecer lo sucedido. Se lo aseguro.

Olivia Canals inclinó ligeramente la cabeza y musitó un agradecimiento marchito.

—¿Cu… cuándo podremos ver a nuestro hijo?

—Muy pronto. Pero antes, si no les importa, necesitamos que nos aclaren algunas cosas —repuso Sorozábal con un tono que pretendía ser delicado.

—Esto… Todo esto no tiene sentido —balbuceó el padre de la víctima. Tenía la piel muy morena, la mandíbula cuadrada y el pelo muy corto. Sus ojos, de color miel, nadaban en una balsa de lágrimas—. Nacho…

La voz se le quebró y la estancia quedó sumida en un silencio denso.

—Sabemos que ahora mismo es muy duro para ustedes —dijo el inspector tras un carraspeo—, pero nos ayudará que nos hablen de él. Qué le preocupaba, qué relaciones tenía, si podía estar metido en algún lío… Los tres se mudaron a Santander en septiembre, ¿verdad?

Santiago advirtió que la subinspectora Soto sacaba de la chaqueta una libreta y un bolígrafo, dispuesta a tomar notas.

—Sí… —confirmó Olivia al tiempo que cogía un pañuelo para secarse el rostro—. Ascendieron a Samuel en su empresa a cambio de que nos viniéramos aquí. Yo… yo pedí el traslado de juzgado. Después de unos meses, nos instalamos. Fue al comienzo del curso.

—O sea que su hijo tuvo que empezar de cero —apuntó Sorozábal —. Hacer nuevos amigos.

—Sí…

—¿Hay alguno al que estuviera especialmente unido?

—Bueno… Ellos… tenían una pandilla. Eran cuatro, contando a Nacho…

—¿Cómo se llaman los demás?

—Rafa, Andrés y Miguel —enumeró la mujer en un murmullo mientras Andrea Soto escribía a toda velocidad—. Están… estaban siempre juntos.

—¿Tiene sus datos?

La madre solo pudo proporcionarles el número de teléfono de uno de ellos, Rafa. Según dijo, era el mejor amigo de su hijo. Luego se echó a llorar entre convulsiones y su marido, que hasta entonces había mantenido la compostura, se sumó a aquellos sollozos rotos que atravesaban a Santiago como cuchillos. Él no era padre, pero podía imaginarse la pesadilla por la que estaban pasando.

—¿Saben si Nacho estuvo anoche con ellos? —preguntó Sorozábal un rato después.

—Puede —gimió Olivia mientras estrujaba el pañuelo—. Seguramente… Se marchó de casa sobre las nueve.

Andrea Soto lo apuntó en su libreta.

—¿Y no les comentó a dónde iba? —inquirió el inspector.

Los dos sacudieron la cabeza.

—¿Hablaron con él más tarde? Alguna llamada, algún wasap…

—No —contestó Olivia con un hilo de voz—. No le gusta… no le gustaba que lo molestáramos…

Santiago no quería interrumpir el interrogatorio del policía, pero al escuchar esa respuesta se preguntó si no habrían estado inmersos en algún conflicto con su hijo.

—Yo no hablé con él, pero lo vi —intervino Samuel con voz ronca.

Sorozábal posó al instante los ojos sobre el padre.

—¿Dónde?

—Por el centro, en la zona de la rotonda de Puertochico. Estaba con un grupo bastante grande de chavales. Iba disfrazado, pero no llevaba puesta la careta. Cuando pasó cerca, lo reconocí.

—¿Y a qué hora fue eso?

—No lo sé exactamente. Las tres o así. Yo había tenido una cena de la empresa e iba a marcharme enseguida.

—¿No llegó a hablar con su hijo?

—No, no quería interrumpir. Y creo que él ni siquiera me vio… —Hizo una pausa y Santiago notó que el hombre se mordía el carrillo para contener las lágrimas—. Si hubiera sabido que después…

Conmovido, Santiago tragó saliva e intentó hacer memoria. Él también estuvo por esa zona tomando copas tras cenar con sus compañeros de pádel y se cruzó con grupos de chavales disfrazados, pero era incapaz de recordar si se topó con alguno que se pareciera a la víctima.

—¿Saben si Nacho se llevó el móvil? —preguntó Sorozábal—. No lo hemos encontrado.

Los dos padres se miraron con perplejidad. Según dijeron, nunca salía sin él.

—Bueno, en realidad, el suyo lo perdió unos días antes de Navidades —matizó Olivia—. Ahora… ahora utilizaba un teléfono viejo de Samuel. Un iPhone 8, ¿no?

Su marido lo corroboró con un gesto y les explicó que tenía algunos arañazos en la pantalla y que era de color rojo.

—Con su permiso, luego registraremos la vivienda —dijo el inspector—. Por si acaso aparece.

Como era de esperar, no se opusieron.

—Otra cosa —prosiguió el policía—. En la cartera no había ninguna tarjeta de crédito, pero sí dinero.

—No… no tenía tarjeta —murmuró Olivia con la mirada perdida—. Solo la paga que le dábamos.

—De acuerdo. ¿Y puede decirnos a qué hora se acostó usted? Entiendo que no se quedaría esperando a Nacho…

—No. Estuve escribiendo hasta las doce y luego me fui a la cama. Ni siquiera oí llegar a Samuel.

—Sí; cuando entré, ella ya estaba dormida —confirmó su esposo.

—¿Cómo volvió usted?

—En taxi. Lo compartí con tres compañeros que también viven en El Sardinero. Vinimos por Reina Victoria —añadió, refiriéndose a la avenida que bordeaba una parte de la bahía de Santander.

—Y cuando se bajó, ¿miró hacia la cuesta? ¿Se fijó en si había… —Sorozábal buscó una forma de aligerar sus palabras, pero no la encontró—, en fin, en si había un cuerpo en la acera de enfrente?

El padre de la víctima bajó la vista.

—No, no me fijé, lo siento. Eran alrededor de las tres y media y estaba cansado.

El inspector asintió con la cabeza. A continuación, cruzó las manos y las colocó sobre el regazo.

—Miren, ya sabemos que ahora mismo no le encuentran sentido a todo esto, pero piensen en alguien que pudiera desearle algún mal a Nacho. Alguien que se la tuviera jurada, algún enemigo.

—Entonces ¿creen que pudo hacerlo algún conocido? —farfulló Samuel con espanto.

—En este momento barajamos todas las posibilidades. Por eso necesitamos su ayuda.

Olivia suspiró y clavó los ojos en sus zapatillas de casa, como si dudara.

—Fuera del colegio, hasta donde nosotros sabemos, no tenía ningún problema —murmuró sombría—. Dentro…

—¿Dentro qué? —la espoleó Sorozábal.

La mujer alzó la mirada y escrutó a su marido durante unos instantes, como si quisiera recabar su beneplácito antes de lanzarse a hablar. El hombre agachó levemente la cabeza y entonces ella tomó una bocanada de aire.

—Nacho… Nacho se había peleado alguna vez con otros alumnos —susurró, y su tono se fue apagando hasta hacerse casi inaudible—. Tenía un carácter fuerte. No estamos orgullosos de algunas cosas…

El inspector entornó los párpados.

—Si concretara más, nos ayudaría.

—Eran cosas sin importancia, creemos. Salvo lo de esa chica, quizá…

Sorozábal y Soto se inclinaron hacia delante al mismo tiempo.

—¿Qué chica? —inquirió la subinspectora.

Olivia Canals volvió a retorcer el pañuelo.

—Verán, llevamos toda la mañana dándole vueltas, pero… no sé, es posible que no sea nada, que no tenga que ver. No queremos…

—Usted cuéntenoslo y luego nosotros ya lo valoraremos —la animó Sorozábal.

—Fue en enero, a la vuelta de las vacaciones. Nacho… Nacho la tomó con una compañera de clase.

—Quiere decir que…

—La insultaba. Se metía con ella. O eso nos aseguraron en el colegio.

El policía tardó unos segundos en proseguir con el interrogatorio, como si estuviera asimilando la información.

—¿Y dice que esto empezó en enero? Así, ¿de repente?

Ni Olivia ni Samuel contestaron.

—Y otros le seguirían la corriente, claro.

—Sí… —reconoció ella con expresión afligida, a todas luces avergonzada, mientras su marido se mantenía inmóvil en el sofá, como si de pronto lo hubieran convertido en piedra—. Pero Nacho se había comprometido a modificar su conducta. Y lo estaba haciendo. Hasta el jefe de estudios lo decía.

—Entonces ¿ya no tenía problemas con esa compañera? —quiso cerciorarse Sorozábal.

—No. Por eso no sabemos si es algo relevante. Además, la cambiaron de grupo mientras se tramitaba el expediente en el colegio, para que no coincidieran…

Un nuevo silencio se aposentó entre ellos y durante unos instantes solo se oyó el bolígrafo de Soto deslizándose por el papel. Fue ella la

que, al terminar de escribir, formuló la pregunta que sobrevolaba el salón:

—Y bien, ¿cómo se llama esa alumna?

Olivia y Samuel se miraron, como para asegurarse de que ambos estaban de acuerdo en dar el nombre, una conducta que no dejaba de sorprender a Santiago. ¿Por qué los padres de la víctima eran tan cautelosos a la hora de apuntar a una posible sospechosa?

—Alba —reveló al fin Olivia con tono monocorde—. Se llama Alba Ferrero.

14

Todo iba bien

Estación de esquí de Alto Campoo

Paula destensó los músculos mientras el sol le acariciaba el rostro. A su lado se encontraba Teresa, que contemplaba embelesada los progresos de Martín en la frenada con la técnica de la cuña. Faltaba casi media hora para que terminara la segunda parte de la clase de iniciación. Después, todos los padres entrarían en las pistas verdes para disfrutar con sus pequeños. Paula ya conocía a varias familias de las semanas anteriores y estaba convencida de que pasarían una bonita jornada. Hacía años que Teresa y ella no esquiaban, pero la fascinación de Martín por la nieve, que apenas había visto en Santander, las había decidido a sacar el pase de temporada en Alto Campoo y apuntar a su hijo a sus primeras clases.

No se arrepentía. Allí, rodeada de picos escarpados y de deportistas que se deslizaban por las laderas blancas, con el cielo límpido y el sol brillando sobre su cabeza, la vida fluía como si lo demás no importara, y esa sensación de libertad era la que la había impulsado a contestar finalmente a la responsable de Recursos Humanos de Iberian Labs. Para ella también fue un placer la última

reunión, y estaría encantada de acudir el martes por la tarde a la sede de la empresa para conocer al director de Asesoría Jurídica. Eso era lo que le había escrito. En el despacho pondría como excusa una consulta pediátrica de Martín o algo por el estilo, y así ni Antonia, su jefa, ni Marina, la secretaria, sospecharían nada.

Además, el contexto actual en el bufete resultaba ideal para cambiar de empleo. Quizá no se repitiera una situación como esa o, al menos, no a corto plazo. Antonia llevaba un tiempo con la idea de incorporar a un abogado más y, tras una larga búsqueda, había dado con un candidato que era de su agrado. Se llamaba Álvaro Silva y ejercía como fiscal sustituto en Cantabria. No había conseguido sacarse la oposición y estaba apuntado a una lista de interinos que solo le permitía trabajar de vez en cuando. Pese a no contar con plaza como fiscal, era muy bueno, y en cuanto a Antonia le llegó el rumor de que estaba descontento con su situación, se apresuró a ofrecerle un futuro en el despacho. Tras resolver unas dudas iniciales, él se mostró interesado, y habían concertado una reunión el lunes por la tarde para cerrar los términos del acuerdo. Antonia no buscaba sustituirla por Álvaro, pero ella entendía que, si de verdad quería abandonar el despacho, esa era la mejor ocasión, el momento en el que provocaría menos daño. Sería tan sencillo como pasarle los expedientes al nuevo y que él ocupara su lugar. Luego Antonia podría contratar a alguien más. No sería una salida tan traumática, y eso la tranquilizaba.

Paula cogió el móvil y comprobó que el correo electrónico había salido del buzón. Teresa, a la que no le pasó desapercibido el gesto, sonrió.

—¿Lo has mandado ya?

Paula le devolvió la sonrisa.

—Mañana lo leerán.

—De todos modos, si a última hora no lo ves claro, siempre puedes echarte atrás y no firmar —comentó Teresa.

—Lo sé.

La abogada guardó el teléfono en la cazadora y se concentró en las maniobras de su pequeño sobre la nieve.

Todo iba bien.

15

Mentira

Santander

—¿Seguro que era este?

Quien había formulado la pregunta era Sorozábal, que presionaba por tercera vez el botón del telefonillo que la subinspectora le indicaba. Después de que Olivia Canals les revelara que la compañera a la que insultaba su hijo era Alba Ferrero, todos habían coincidido en la necesidad de interrogarla de nuevo. Cierto que no tenían indicios de peso contra ella, pero había varios detalles que no podían ignorar. Primero, el nerviosismo que la muchacha había mostrado ante las preguntas de Soto. Segundo, el incomprensible silencio que tanto sus padres como ella habían guardado sobre la situación a la que el muerto la tuvo sometida. Y, por último, la posibilidad de que ambos hubieran coincidido en el mismo lugar la noche anterior. No habían recabado ningún dato que confirmara esta última circunstancia, pero todo apuntaba a que ambos estuvieron divirtiéndose en el centro de Santander, y la zona tampoco era tan grande.

Las primeras horas son fundamentales para encauzar las investigaciones y evitar que los implicados se deshagan de pruebas. Santiago lo sabía y por eso, tras echar un vistazo a la habitación de Nacho y no hallar el teléfono desaparecido, había ordenado que se precintara la estancia y que los policías fueran a ver de inmediato a aquella chica.

Lo normal habría sido que la fiscal y el juez se retiraran a los juzgados cuanto antes, pero, debido al interés mediático del caso y la proximidad del edificio donde vivía la joven, habían decidido acompañarlos.

—Sí, es ese —confirmó Soto.

Sorozábal compuso una mueca de resignación.

—Pues aquí no hay nadie.

—Ahora que lo pienso, su madre me dijo que tenían un partido de fútbol del niño. —La subinspectora entrecerró los ojos—. Sí, en el Picos de Europa.

—Ah, el colegio de los pijos… Sí, sé cuál es. No queda muy lejos de aquí.

—Nosotros nos marchamos ya —anunció Santiago—. Voy a declarar secreta la causa, así que no digan una palabra a los medios, ¿de acuerdo? También voy a redactar una orden para que las compañías telefónicas les informen de las llamadas que la víctima hizo y recibió anoche y de las antenas a las que se conectó su móvil. Quizá así podamos reconstruir su itinerario, aunque sea de forma aproximada.

Por experiencia, el juez sabía que el sistema de triangulación de conexiones a las antenas no era preciso y que a veces daba como resultado áreas demasiado amplias, con márgenes de error de más

de un kilómetro. Sin embargo, en ocasiones servía para orientar las pesquisas de manera decisiva o, cuando menos, para no avanzar en la dirección equivocada.

—También sería útil conocer los números de teléfono que anoche estuvieron enganchados a las antenas de esta zona, señoría —sugirió Sorozábal—. A esas horas esto suele estar desierto y no habría muchos móviles generando actividad, más allá de los teléfonos de los vecinos y de los huéspedes de los hoteles. Puede ser un hilo del que tirar, y ahora mismo no tenemos testigos del crimen, ni parece que vaya a haberlos… —añadió para reforzar su petición.

Santiago lo sopesó unos instantes y sondeó a la fiscal con la mirada, que asintió con la cabeza.

—De acuerdo —concedió el juez—. Les prepararé la autorización para que cursen el requerimiento a las compañías. Si le soy sincero, preferiría que esa chica no estuviera implicada. Las historias de inquinas entre adolescentes no me atraen nada. Y venden mucho —agregó con marcado desagrado.

En el pasado, cuando empezaba a navegar en las procelosas aguas del mundo judicial, no le habría importado convertirse en uno de esos jueces estrella. Por entonces soñaba con grandes casos y la repercusión mediática, pero ahora sabía que a veces, sobre todo cuando uno se equivoca, esos focos no proyectan luz, sino sombras, y pueden acabar destruyéndolo todo.

Estaban despidiéndose cuando el móvil del inspector empezó a sonar.

—Es la compañera que se encarga de revisar las redes sociales, por si quieren esperar —los informó Sorozábal. El juez le hizo un

ademán para que atendiera la llamada—. Manrique, nos pillas con su señoría y la fiscal. Pongo el altavoz.

—Buenos días —saludó la agente, con un marcado acento gallego —. Inspector, he encontrado algo. La víctima tenía dos cuentas de Instagram, ambas de acceso restringido.

La pluralidad de cuentas, pensó Santiago, no era nada excepcional, según había aprendido a lo largo de otras investigaciones: los adolescentes solían tener una oficial, que era la que conocían los padres, y otra oculta, secreta, de la que solo estaban enterados algunos amigos y en la que compartían detalles de sus noches de fiesta, fotos frente al espejo ligeros de ropa y cosas similares. En algunos casos había llegado a ver hasta tres o cuatro cuentas de la misma persona.

—Entonces ¿no has podido entrar? —preguntó Sorozábal sin esconder su decepción.

—A esas no, pero he llegado hasta una de otro chaval que estuvo con él. En realidad, con él y mucha más gente.

—¿Cómo se llama?

—Andrés.

—Ese era uno de los amigos de la víctima —recordó el inspector.

—Pues el chico tiene varias historias subidas a Instagram y…

—Espera, espera, Manrique —la interrumpió Sorozábal—. Eso de las historias son los vídeos que los demás solo pueden ver durante veinticuatro horas, ¿no?

—Exacto, aunque también pueden ser fotos. Lo importante es que, pasado ese plazo, se borran automáticamente y no dejan rastro, salvo que se guarden en una carpeta. Es la moda entre los adolescentes.

—De acuerdo. Y en esas historias entiendo que aparece la víctima, ¿no?

—Correcto. Se grabaron todas anoche, en una fiesta de disfraces. Parece que estuvieron en una casa muy grande, un chalet probablemente. La mayoría de los vídeos se hicieron en un sótano con zona de juegos. Billares y cosas así.

—¿Cuántas personas había?

—No estoy segura, pero por lo menos veinticinco.

El juez se pasó la mano por la barba, meditabundo. Luego le preguntó al inspector:

—¿Cree que Alba Ferrero estuvo ahí?

—¿Alba Ferrero? —repitió la agente sin comprender a quién se referían.

—Es una posible sospechosa, Manrique —le explicó Sorozábal—. No me ha dado tiempo a ponerte al día.

—Un momento —dijo la mujer y, tras unos segundos, añadió—: En una de las historias se menciona una cuenta que podría coincidir: @dawn_c2005. El acceso está restringido. Solo me deja ver la imagen de perfil, pero es muy pequeña.

—¿Dawn? —preguntó Sorozábal—. No veo con qué diablos coincide eso.

—Significa «alba» en inglés, jefe.

—Ah, joder.

—La chica me dijo que acababa de cumplir los dieciocho —intervino Soto con un deje de exaltación en la voz—, así que es del año 2005. Todo encaja. Manda unos pantallazos de esa historia, Sonia. Yo he estado con ella esta mañana. La reconoceré.

—Voy —contestó Manrique—. Por cierto, en su perfil no aparece iluminado el circulito que se activa cuando se suben historias, así que ella no debió de compartir nada anoche.

El móvil del inspector vibró a los pocos segundos. Sorozábal abrió el mensaje y en la pantalla se desplegaron tres imágenes de un montón de adolescentes en una sala enorme sin ventanas. Muchos sostenían vasos grandes de plástico y detrás de ellos se veía una mesa de color verde repleta de botellas de bebidas alcohólicas y restos de comida.

—Es ella —exclamó Soto, y señaló con el dedo a una chica rubia con dos coletas. Sorozábal amplió la imagen—. Esta mañana no llevaba puesta esa peluca rubia, pero es ella. No hay duda.

—Entonces la tenemos —sentenció Santiago con una mezcla de gravedad y excitación.

Sin cortar aún la comunicación con la agente Manrique, Sorozábal se volvió hacia la subinspectora y le dijo:

—Oye, a ti antes te confirmó que anoche no coincidió en ningún momento con la víctima, ¿no? Que estuvo sola con esa tal Raquel.

—Varias veces, de hecho.

—Pues ha mentido.

16

El partido

Aunque el campo de fútbol contaba con unas pequeñas gradas y faltaban pocos minutos para que comenzase el partido, esa mañana nadie ocupaba los asientos. El árbitro y los entrenadores estaban reunidos en el círculo central con el director del colegio, que hablaba por teléfono. A cierta distancia, en el patio, los niños daban pases para no enfriarse mientras los padres especulaban sobre lo ocurrido en la calle Joaquín Costa. La noticia se había difundido a toda velocidad gracias al efecto multiplicador de las redes sociales, y Sofía había decidido silenciar varios de los grupos de WhatsApp para no sentir cada dos por tres el zumbido del móvil en el bolsillo. Continuaba preocupada por la conducta de su hija y nada más llegar al colegio se había llevado a su marido a un aparte para comentarle el encuentro fortuito que había tenido con ella.

—No la entiendo. Por el camino he llamado a Olga, pero no me lo ha cogido —dijo en voz baja refiriéndose a la psicóloga de Alba.

Comprobó que Nico daba toques al balón con otro chico, hijo de un exfutbolista del Racing de Santander, sin atender a su conversación.

—Es que siendo domingo…

—Mañana insistiré a primera hora. A Alba, para bien o para mal, la muerte de ese… —Se interrumpió, como si comprendiera que no era el momento de excederse en calificativos—. No sé, incluso así parece seguir hiriéndola, ¿sabes? —se lamentó, y bajó aún más la voz—. Las últimas semanas estaba mejor, ¿no? Tal vez no debimos dejarla salir.

Julio le tomó la mano con aire conciliador.

—Hablaremos con ella, no te preocupes. No había nada de malo en que anoche diera una vuelta con Raquel, mujer. Al contrario, en ese sentido Olga fue muy clara. Será solo la impresión por la noticia, tranquila. Es normal que esté afectada.

—Ya, pero ¿y si se encontraron con Nacho?

—Pues Alba no le haría ni caso y listo. Sabía lo que tenía que hacer. Lo hablé varias veces con ella —se reafirmó con seguridad, y se ajustó las gafas al puente de la nariz.

—Ya, es fácil decirlo. No tendría que haberme acostado. Y tú podrías haberla esperado. Total, si llegaste a las dos y pico…

—Estaba agotado, Sofía, y hoy era el partido de Nico. ¿Qué querías que hiciera? Hasta las cuatro… Además, estaba con Raquel.

—No sé, le pasa algo, Julio. ¿Tú le has visto la cara esta mañana? Había llorado.

Él no replicó a eso. También se había fijado en el rostro de su hija cuando Sofía levantó las persianas.

—¿Quieres que la llame? —se ofreció—. Igual así…

De pronto, Julio se calló. Acababa de ver a la subinspectora Soto entrando en el colegio junto con un hombre alto, de piel bronceada y pelo blanco que, pese a su vestimenta de paisano, daba toda la

impresión de ser también policía. En ese instante atravesaban el patio con paso firme sorteando a los niños.

—Mira —le susurró a su esposa, y los señaló con disimulo.

Sofía dio un respingo al reparar en ellos. ¿Qué demonios hacían allí? Se le ocurrió que quizá quisieran recabar información sobre Nacho en el colegio. Tenía lógica. Sin embargo, enseguida descubrió que su objetivo era otro. Se dirigían hacia ellos.

—Buenos días de nuevo —los saludó Andrea Soto con semblante serio.

—¿Qué quieren? —preguntó Sofía, enojada al advertir que varios padres habían dejado de hablar y los miraban con curiosidad.

—Soy el inspector Sorozábal —se presentó el hombre de pelo blanco—. Disculpen, ¿podrían acompañarnos un momento a la calle? Fuera del colegio.

Sofía intercambió un gesto de desconcierto con Julio.

—Será solo un segundo —insistió la subinspectora en un tono que no admitía réplica—. Dejen aquí a su hijo, con los demás niños. No tienen de qué preocuparse, de verdad. Volveremos enseguida.

Sofía comprendió que, si se negaba, solo conseguiría llamar aún más la atención. Se tragó la respuesta que le quemaba en la garganta y echó a andar tras ellos intentando aparentar normalidad.

—Oigan, ¿hay algún problema? —inquirió Julio, irritado, cuando los cuatro franquearon la puerta principal.

—Necesitamos hablar con Alba —respondió el inspector con expresión hermética—. Hemos llamado a su piso, pero no nos ha abierto nadie.

—Eso es porque mi hija no está —les espetó Sofía—. Ha ido a ver a una amiga. —A continuación, lanzó a Soto una mirada de censura

—. ¿Por qué quieren hablar otra vez con ella? ¿No ha visto antes lo mal que lo está pasando?

—Bueno, si ustedes me hubieran informado de los problemas que tuvo con la víctima… —repuso la policía, cortante.

Sofía y Julio palidecieron.

—Señora, ¿la amiga con la que se supone que está ahora su hija es de nuevo la tal Raquel? —preguntó Sorozábal sin ocultar su escepticismo.

A Sofía la mandíbula comenzó a temblarle.

—Pero no creerán que… Alba nunca… Alba nunca…

—Cálmese. Solo queremos hablar con ella, que nos resuelva unas dudas.

—Vamos a llamar a nuestra abogada —amenazó Julio al tiempo que sacaba el móvil en actitud desafiante—. No permitiré que…

El inspector alzó la mano.

—No se precipiten, ¿de acuerdo? Solo queremos localizarla y comentar con ella dos detalles. Nada más. Luego la dejaremos tranquila.

—La amiga… la amiga es Raquel, sí… —terminó claudicando la madre.

—¡Sofía! —exclamó Julio al tiempo que hacía un aspaviento.

Ella negó con la cabeza. Prefería colaborar y evitar males mayores. Comprendía que meter a la abogada de por medio solo empeoraría las cosas y estaba convencida de que Alba no tenía nada que ocultar. Era una buena chica.

—Bien. Ahora, si es tan amable, ¿podría llamar a su hija y decirle que vuelva a casa? Nosotros la esperaremos allí, con ustedes.

No hizo falta que el inspector la presionara más. Sofía sacó el teléfono del bolsillo y marcó mientras su marido la contemplaba con los labios apretados. Sonaron varios tonos.

—No lo coge…

Tras unos segundos, saltó el contestador automático.

—Pruebe de nuevo —le ordenó Sorozábal.

Sofía obedeció, pero el resultado fue el mismo.

—¿Tiene el número de Raquel?

—Sí.

—Venga, inténtelo.

Raquel tampoco se encontraba disponible.

—Joder —maldijo el policía—. ¿Y la madre?

—Mmm…, se llama Luisa. Creo que tengo guardado su contacto.

—Llámela.

—Sí, sí, claro…

La mujer tardó un rato en responder.

—¿Sofía?

—Luisa… Eh, hola…

Con un ademán, el inspector le indicó a Sofía que activara el altavoz y, a continuación, que subiera el volumen. Por algún motivo, la madre de Raquel hablaba en susurros.

—Ay, querida, perdona que te deje con la palabra en la boca —murmuró Luisa—, pero estamos en un partido de tenis de la niña y ya sabes cómo son las reglas aquí… No se puede hacer ruido.

Al escuchar que Raquel no se encontraba en su casa, sino jugando al tenis, a Sofía se le aceleró el pulso. Tartamudeó varias veces y durante unos instantes fue incapaz de articular una frase coherente.

—Pero ¿cómo que en un partido?

—Sí, querida, en el club. Ah, ¿me llamas por lo de Nacho? Me acabo de enterar. —Se oyeron unas exclamaciones de fondo y a alguien que gritaba «¡Ventaja!»—. Ay, lo siento, tengo que colgar.

—¡Luisa, espera! Entonces ¿Alba no está con vosotros?

—¿Alba? Qué va. —De pronto, unos aplausos se elevaron por encima de su voz—. Ah, mira, acaba de terminar el tercer juego. ¡Gana Raquel! Un segundo, que me alejo un poco.

La mente de Sofía trabajaba a toda velocidad.

Notaba las miradas penetrantes de los policías sobre ella. También la de su marido, que debía de hallarse en el mismo estado de confusión.

—Tu hija no está aquí, querida.

—Hace un rato me ha dicho que iba a vuestra casa para estar con Raquel…

—¿Ah, sí? Pues qué raro. Si sabía de sobra que Raquel jugaba hoy… Lo estuvieron comentando el otro día, cuando cenó aquí.

Sofía se quedó sin habla y el inspector se inclinó hacia ella.

—Pregúntele por anoche.

—¿Hola? ¿Hay alguien contigo? ¿Es Julio? Hola, Julio.

—No, no es nadie, Luisa —se evadió ella con amargura—. Solo alguien que pasaba.

—Ah. Oye, tengo que volver, ¿vale? Que esto empieza.

—¡Un momento! ¿Tú sabes… tú sabes si anoche Raquel salió por ahí con Alba?

—¿Ayer? ¿De fiesta?

—Sí.

—Qué va. Raquel nunca sale si juega al día siguiente. ¿Por qué? ¿Te ha dicho eso tu hija?

Sofía colgó sin despedirse.

17

La fiesta

El estremecimiento que la sacudió estuvo a punto de provocar que el móvil se le cayera al suelo. Ni siquiera necesitó mirar a los agentes para concluir que, en efecto, sospechaban de su hija. Por eso habían ido a buscarlos, porque algún dato de la versión ofrecida por Alba no les cuadraba. Tendría que haberle hecho caso a Julio; ahora, tras la conversación con Luisa, todo había empeorado, y por su culpa. Aunque, en el fondo, seguía negándose a creer que Alba pudiera estar involucrada en la muerte de Nacho Guerra. Era imposible, ella jamás haría algo así. ¡La conocía! Lo que no comprendía era por qué diablos les había mentido, y encima por partida doble. ¿Dónde se había metido? ¿Y dónde había estado la noche anterior?

—Sofía, ¿y si se ha ido con Carlos? —sugirió Julio de pronto.

Ella sintió que una luz se encendía en su interior. ¿Cómo no había pensado en él?

—¿Quién es ese? —se interesó Sorozábal.

—Carlos Alonso —respondió Sofía—. Un compañero de clase.

—¿De la antigua o de la nueva? —intervino Soto con un deje mordaz—. Antes olvidó contarme que su hija había dejado de ser compañera de clase de Nacho…

Sofía se ruborizó.

—Eh…, tampoco vi motivo para…

—Da igual —la cortó el inspector—. ¿Qué pasa con ese chico?

Ante el nerviosismo de su mujer, Julio tomó las riendas:

—Después del último incidente con Nacho, le pedimos al jefe de estudios que cambiaran de grupo a nuestra hija. El sistema está muy mal montado, ¿saben? —espetó sin esconder su indignación—. Resulta que al acosador solo pueden mandarlo a casa unos días hasta que el expediente se resuelva definitivamente, y eso tarda más de un mes. Ah, y tampoco pueden moverlo a otro grupo mientras tanto, salvo que él y su familia estén de acuerdo. No, tiene que ser la víctima la que se cambie para protegerse. Así estamos, al menos en Cantabria.

Sorozábal se limitó a guardar silencio. Había escuchado quejas similares de otros padres, pero la modificación de las leyes quedaba fuera de sus competencias. Él se limitaba a esclarecer crímenes y a atrapar a los culpables. Y su prioridad, en ese instante, tenía nombre y apellidos.

—En la nueva clase —dijo Sofía tomándole el relevo— a Alba le tocó sentarse con ese chico, Carlos. Llevaban casi un mes compartiendo sitio, y a nuestra hija le estaba viniendo muy bien. De hecho, últimamente se la veía ilusionada y no paraba de hablar de él —agregó, y por primera vez esbozó una sonrisa.

—O sea, que ustedes piensan que quizá tienen una relación y que Alba les ha mentido porque no se atreve a contarles que se ve con él, ¿no? —concluyó el inspector.

—Sí, tiene que ser eso…

Sorozábal se planteó mostrarles el pantallazo en el que la chica aparecía con el grupo de adolescentes. Si Carlos estuvo en esa fiesta, seguramente podrían reconocerlo. Sin embargo, acabó descartándolo. Era pronto para destapar las cartas, y el juez había sido muy claro a la hora de pedirles discreción. En su lugar, se le ocurrió otra idea.

—¿Tienen su número?

—¿De Carlos? No —contestó Sofía.

—Pero estarán ustedes en el grupo de WhatsApp de padres, ¿no? ¿O eso en el bachillerato ya no se lleva?

—Sí, yo sí estoy —reconoció ella—. Puedo buscar el contacto de la madre, si es a lo que se refiere. Sé que se llama Jimena.

Un minuto más tarde, el inspector tenía el número en su poder. En esta ocasión, se alejó para llamar él mismo desde su teléfono. Sofía y Julio intentaron seguirlo, pero Soto les cortó el paso.

—Luego les pondremos al corriente —les prometió.

Cuando la madre de Carlos Alonso respondió, Sorozábal se presentó brevemente y, sin ofrecerle apenas detalles, le pidió que le pusiera con su hijo. Poco después, oyó la voz somnolienta del muchacho. Sorozábal no tardó en descubrir que ni siquiera estaba al tanto de la muerte de Nacho Guerra: según le dijo, se acostó nada más llegar a casa y su madre lo acababa de despertar. Tras meditarlo, el policía decidió que de momento lo mejor era mantenerlo en la ignorancia.

—O sea, que Alba Ferrero no está contigo ahora mismo, ¿verdad?

—¿Alba? No. ¿Por qué?

En vez de contestarle, Sorozábal le preguntó por la noche anterior. Fue entonces cuando el chico comenzó a mostrarse dubitativo. Se

perdía en vaguedades y daba rodeos con la evidente intención de obtener información, como si quisiera asegurarse del terreno que pisaba.

—Oye, Carlos, ¿qué es lo que ocurre? Dices que viste a Alba y que es posible que coincidiera con Nacho, pero no sabes precisar ni dónde ni cuándo. Y ni siquiera tienes claro en qué bares estuvisteis. ¿Se puede saber qué te estás callando y por qué?

El chico emitió una especie de gorjeo y Sorozábal decidió apretarlo:

—¿No hubo anoche una fiesta en una casa? La hubo, ¿verdad? ¿Dónde fue? ¿De quién era esa casa?

—Yo…, yo… Me encuentro muy mal y…

—Ya, pues en cuanto me respondas te dejaré descansar. ¿Dónde fue la fiesta y qué sucedió?

—Pero es que no entiendo nada. ¿Por qué me hace todas estas preguntas? Me duele la cabeza. ¡No puedo pensar! Casi no he dormido.

Sorozábal suspiró y se armó de paciencia. Malditos chavales. ¿Qué diablos estaban escondiendo?

—Vamos a ver, Carlos, ¿tienes idea de dónde puede estar Alba?

—¿Yo? No, no… ¿Es que no está en su casa?

—No, allí no está, y queremos hablar con ella urgentemente. Necesitamos tu ayuda, ¿comprendes? —Tras hacer una pausa, el policía decidió desvelarle la verdad—. Mira, hijo, ha sucedido algo terrible. Nacho Guerra, tu compañero de colegio, está muerto y todo apunta a que lo han asesinado, ¿entiendes?

Durante unos segundos, la línea quedó envuelta en un pesado silencio.

—¿Que… que han matado a Nacho?

—Así es. Comprenderás ahora lo importante que es esto.

—Pero… ¡joder! —exclamó el chico, y el policía se lo imaginó llevándose las manos a la cabeza—. ¿Y ustedes… ustedes quieren hablar con Alba? ¿No pensarán que ha sido ella?

—Da igual lo que pensemos.

El joven vaciló al otro lado del teléfono. Empezaba una frase, pero luego se detenía como si algo le impidiera hablar con franqueza.

—Anoche pasó algo grave, ¿no es cierto, Carlos? —insistió el inspector—. Entre Alba y Nacho. Tú lo viste. Tú lo sabes.

Volvió a hacerse el silencio. Luego Sorozábal oyó que el muchacho tragaba saliva con dificultad.

18

La desaparición

Estación de esquí de Alto Campoo

Habían completado el descenso de una de las pistas verdes. Paula se estaba agachando para retirarse los esquís cuando sintió que el móvil le vibraba en el bolsillo.

—¿Quién es, mamá? —le preguntó Martín al ver que sacaba el teléfono y que se quedaba atónita, con la vista fija en la pantalla.

Teresa se acercó a echar un vistazo.

—Madre mía, Paula, pero esa no es…

—Sí, sí. Es ella —farfulló la abogada.

—Qué casualidad…

Quien la llamaba era Sofía Ponte, la madre de la chica sobre la que habían hablado esa mañana mientras aparcaban el coche, tras escuchar en la radio la noticia del hallazgo de un adolescente apuñalado en la calle Joaquín Costa.

—¿Crees que puede haber alguna relación? —le preguntó Teresa con espanto.

La abogada, inquieta, se apartó unos metros y contestó.

—¿Sofía?

—Paula… —gimió la mujer, que lloraba con amargura.

—Sofía, Sofía, ¿qué pasa? Cálmate, por favor. ¿Qué pasa?

Después de medio minuto, la madre de Alba Ferrero consiguió recomponerse y, en apenas un murmullo, le resumió lo acontecido en las últimas horas. La letrada la escuchó con estupefacción y luego se pasó la mano por la frente. Rememoró el motivo que las había llevado a conocerse. A la hija de Sofía la acosaban en el colegio, y ella se encargó de llevar su caso. Por desgracia, perdieron el juicio, aunque al menos le quedó el consuelo de que los padres de la muchacha lograron trasladarla a otro centro donde, en teoría, estaría a salvo.

—Pero ¿por qué no me dijisteis que en el nuevo colegio también estaba teniendo problemas? ¿Por qué no me contasteis nada de ese chico? —protestó, aunque se figuraba el motivo.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Sofía se excusó entre balbuceos:

—Te prometo… te prometo que no fue porque no ganáramos lo otro, Paula. De verdad. Cuando empezó a sufrir los insultos de Nacho y nos avisaron, Alba nos hizo jurar que no la meteríamos en juicios otra vez. Por eso no presentamos ninguna denuncia. Y por eso no te llamamos…

Paula exhaló un suspiro. En cierto modo comprendía la postura de Alba, y eso la hacía sentirse todavía más culpable. Si no hubiera fallado en aquella ocasión…

—Conseguimos que la cambiaran de clase mientras tramitaban el expediente contra Nacho —continuó Sofía con una voz que amenazaba con quebrarse en cualquier momento—. Y la situación había mejorado…

—Pero, entonces, ¿anoche tu hija estuvo con él?

—¡No lo sabemos! La policía ha hablado con un compañero de Alba, Carlos Alonso, pero lo único que nos han contado es que no está con él… Y acabamos de llegar a casa y tampoco ha vuelto —farfulló con desesperación—. La policía la está buscando como si fuera una delincuente, Paula… Dios mío, no sé qué hacer —chilló, y rompió a llorar de nuevo.

—Tranquila, Sofía, tranquila, la encontraréis. Todo se aclarará, ya verás —dijo la letrada, intentando imprimir seguridad a sus palabras.

En realidad, consolar a sus clientes no era algo nuevo para ella, acostumbrada a hacer de asesora jurídica y de psicóloga a la vez, como la gran mayoría de los abogados. Si una persona acudía a su bufete, siempre era con un problema bajo el brazo, y por eso tenía una caja de pañuelos guardada en un cajón. Fue una de las primeras cosas que le enseñó Antonia: escuchar y empatizar, insuflar ánimos y confianza.

Pensó durante unos instantes en la víctima y su familia. Según Sofía, el chico muerto era hijo de Olivia Canals, la jueza de violencia contra la mujer. La conocía de haber intervenido tres o cuatro veces en su juzgado y le parecía buena profesional; meticulosa, seria, respetuosa. Había leído uno de sus libros, magnífico. En ese momento, se la imaginaba sumida en el desconsuelo más profundo, golpeada por aquella terrible pérdida.

—No hay manera de contactar con Alba —sollozó Sofía con desesperación—. Dios mío, Paula, perdona que te llame en domingo, pero es que… No me puedo creer lo que está pasando.

—No te preocupes, has hecho bien. Si no estuviera en Alto Campoo os ayudaría a buscarla, créeme. ¿Sabes de algún lugar

donde haya podido refugiarse? Quizá esté asustada.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iba a estarlo? Ella no…

De repente, la mujer se calló. A Paula le pareció distinguir la voz de Julio de fondo. Después, Sofía tartamudeó:

—¿Cómo… cómo que falta el dinero?

La abogada se mordió el labio temiéndose lo peor.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ay, Paula, nos ha cogido el dinero que teníamos en la cómoda. Seiscientos euros…

Aquello la puso en alerta.

—¡Está huyendo, Sofía!

19

La fila

Santander

La cola de las taquillas menguaba a medida que el reloj de la estación desgranaba los minutos. En paralelo, el corazón de Alba se aceleraba, le batía en el pecho como si le fuera a estallar. Ahora solo tenía a tres personas delante.

Agarró un asa de su mochila y se la ciñó a la espalda. Notó el peso de la ropa que había metido apresuradamente y aspiró una bocanada de aire mientras veía cómo un hombre, tras pagar su billete, bajaba las escaleras mecánicas que desembocaban en las dársenas, donde aguardaban los autobuses.

Se fijó en la pantalla que mostraba los destinos. Oviedo, Bilbao, Madrid, Barcelona… ¿Qué iba a decirle al empleado de la ventanilla? Ella solo buscaba un lugar donde estar a salvo, donde nadie pudiera perseguirla ni arrastrarla más por el fango. Pero ¿qué sitio era ese?

—Hola. Uno para Zaragoza, por favor —oyó que pedía una señora con tono exultante—. Voy a ver a mi hija, ¿sabe? Ha aprobado una oposición allí.

El trabajador de la estación asintió con desgana, le tendió el datáfono a la señora y, cuando ella hubo pasado la tarjeta de crédito, le deseó buen viaje. Tras murmurar un agradecimiento, la mujer se dio la vuelta. Alba, que estaba pendiente de ella, la siguió con la mirada. Era alta, morena y tenía los ojos azules, y no pudo evitar que le recordara a su madre.

Con un nudo en la garganta, devolvió la vista al frente e intentó dejar la mente en blanco, pero no era capaz. «Voy a ver a mi hija, ¿sabe?». La frase le retumbaba en los oídos, y ya solo una persona la separaba de las taquillas.

¿Cuándo volvería ella a ver a su familia? ¿Y qué pensarían?

Con un estremecimiento, comprendió que no podría hacerlo y se apartó de la fila.

20

La Cuervo

Santiago se colocó tras la butaca que ocupaba Inés Calderón y aguardó a que ella encendiera el ordenador.

La luz entraba a raudales en el despacho de la fiscal, situado en el palacio de justicia de Las Salesas. El complejo, formado por un antiguo convento y un edificio de planta rectangular, albergaba la sede del Tribunal Superior de Justicia de Cantabria, la Audiencia Provincial, los juzgados de instrucción de Santander y el especializado en violencia sobre la mujer, entre otros órganos judiciales. De lunes a viernes era habitual verlo repleto de gente desfilando de un lado para otro. Sin embargo, ese día, al ser domingo, todo estaba desierto, a excepción de algunos policías y varios detenidos durante el fin de semana.

Unos minutos antes, con el informe favorable de la fiscal, Santiago había ordenado la puesta en libertad de tres treintañeros que se pelearon de madrugada a la salida de un bar, y ahora ambos se disponían a hacer una consulta en Vereda, la base de datos de procedimientos judiciales en Cantabria. Buscaban una posible pista para lo que la prensa ya había bautizado como el «crimen del Carnaval», y sabían que no disponían de mucho tiempo; en breve

llegarían los abogados del resto de los detenidos y tendrían que regresar a la sala de vistas.

Lo último que conocían, porque así se lo había contado Sorozábal en una llamada previa, era que Alba Ferrero había mentido a sus padres y a la subinspectora Soto sobre lo que hizo la noche anterior. Su compañero de pupitre, Carlos Alonso, había reconocido que los dos estuvieron en una fiesta de carnaval organizada por otro compañero en el sótano del chalet en el que vivía. Acudieron casi todos los alumnos de los dos grupos de primero de bachillerato de Ciencias Sociales del colegio Picos de Europa, y allí Alba y Nacho se encontraron. Según Carlos, en la casa se respiraba cierta tensión cada vez que ambos estaban próximos, pero durante varias horas no sucedió nada destacable. Hasta que, sobre las dos y media de la madrugada, todo saltó por los aires.

El inspector les había explicado que Alba debió de creer que su nuevo compañero se sentía atraído por ella y, en un contexto que todavía no estaba muy claro, se lanzó a besarlo. Lo hizo delante de todos y sin cortarse un pelo, en palabras del muchacho, y a él no le quedó otro remedio que esquivarla. En ese momento, las risas estallaron y Nacho, el más vehemente, empezó a emitir graznidos y a gritar que a la Cuervo le habían hecho una «cobra» y que con esa cara no daría un picotazo en su vida. Las carcajadas fueron en aumento y Alba, que no se había movido del sitio, comenzó a temblar con violencia.

Y, al final, respondió.

La Cuervo… El juez tamborileó con los dedos mientras pensaba en aquel apodo cruel. Carlos Alonso le había asegurado a Sorozábal que Nacho llevaba utilizándolo desde principios de enero. Aludía a la

nariz de la chica, pero no se le había ocurrido a Nacho; ya la llamaban así en el anterior colegio de Alba, donde al parecer también tuvo problemas.

Aunque Inés no pertenecía a la sección de menores, disponía de acceso a todos los procedimientos. Una vez que el ordenador hubo arrancado, introdujo el nombre y los apellidos de la muchacha en los parámetros de búsqueda de Vereda. Enseguida comprobaron que la intuición no les había fallado.

—Mira, ahí está —señaló Santiago cuando el sistema detectó una coincidencia.

Se trataba de un expediente tramitado en el Juzgado de Menores de Santander, con el Ministerio Fiscal como acusación pública y los padres de Alba Ferrero como acusación particular, actuando en nombre y representación de su hija.

Inés abrió el índice electrónico y comenzó a descender con el ratón por los folios que conformaban la causa. Ambos leyeron con atención y en silencio.

El procedimiento se había dirigido en 2021 contra cuatro compañeros de Alba por presuntos delitos contra la integridad moral y de amenazas, y también civilmente contra el colegio por falta de medidas de prevención y control.

Sin embargo, aquello no llegó a buen puerto: a mediados de 2022, el juez de menores absolvió a los acusados por falta de pruebas y el caso quedó cerrado.

Inés soltó el ratón y miró a Santiago.

—¿Crees que ha sido ella, que lo que ocurrió en la casa fue la gota que colmó el vaso?

Él inspiró hondo.

—Aún es pronto para saberlo. Pero es la hija de una actriz muy conocida. Como la imputemos, el terremoto mediático será de aúpa. Joder…

La fiscal se recolocó en la butaca y fijó la vista en la estantería de enfrente, donde reposaban varios ejemplares del Código Penal. Según les había contado la subinspectora Soto esa mañana, Alba Ferrero ya era mayor de edad, así que, si acababan deteniéndola y llevándola a juicio, las consecuencias no serían un internamiento en un centro de menores, sino años de prisión. Una larga temporada en la cárcel.

Inés rebuscó en su pantalón y sacó un paquete de tabaco.

—¿Te importa que fume? Lo necesito para pensar, y más en domingo. Malditas guardias…

Él hizo una mueca de desagrado, pero no se opuso.

—Si lo hago en la ventana no se nota, lo tengo comprobado —adujo la fiscal, y fue a abrirla. A continuación, se apoyó en el marco, se llevó un pitillo a los labios y lo encendió—. No podemos fallar, Santi.

Él se aproximó y observó el patio ajardinado de Las Salesas.

—Sorozábal es un prepotente y siempre se está quejando de que no le autorizo diligencias o que les hago perder tiempo, pero trabaja bien. Nos ayudará.

Inés dio una calada y soltó el humo por la boca.

—Eso espero. Porque tú te encargarás de la instrucción, pero yo soy la que tiene que actuar ante el jurado. Y ya sabes cómo tengo a los de arriba… Encima, siendo el hijo de una jueza…

—Se cogerá la baja, supongo.

—Estaba destrozada…

No pudieron hablar más. El teléfono de Santiago había empezado a sonar.

—¿Sí? —respondió.

—Señoría, la tenemos —anunció el inspector Sorozábal—. La hemos detenido.

21

La clienta

Estación de esquí de Alto Campoo

Había sucedido.

Paula lo intuyó cuando su móvil comenzó a vibrar y en la pantalla apareció el número de una centralita. El agente que la llamaba se lo confirmó en el acto: Alba Ferrero estaba detenida. La habían localizado en la estación de autobuses de Santander y la chica la había designado como abogada para su defensa. Si rechazaba asistirla o tardaba más de tres horas en llegar a la comisaría, le advirtió el policía con tono hosco, se pondrían en contacto con el Colegio de la Abogacía de Cantabria para que nombraran uno de oficio; ella decidía.

Paula, que tras su conversación con Sofía fue incapaz de seguir esquiando y se había quedado sola en el bar de la estación tomándose un café, no supo qué contestar. ¿Cómo iba a explicarles a Teresa y a Martín que se marchaba a toda prisa a Santander para trabajar? Intentó hacerle entender al policía que era domingo y que se encontraba fuera de la ciudad; necesitaba tiempo para darle una

respuesta. Después de mucho insistir, consiguió arrancarle un margen de unos minutos.

En cuanto hubo colgado, le entró otra llamada. Era Sofía, rota, desesperada.

—¡Está detenida, Paula! —chilló—. ¡Detenida! Acaba de llamarnos y…

—¿Qué os ha dicho?

—Que es… —La voz se le entrecortó por los sollozos—. Que es inocente, Paula. Que todo es un error. Tienes que ayudarla…

Con la mano que le quedaba libre, Paula agarró la tela de su traje de esquí y empezó a retorcerla. Pensó en su familia. Les había prometido pasar juntos el fin de semana. Además, si de veras pretendía abandonar la profesión de abogado de tribunales en breve, ¿qué sentido tenía hacerse cargo ahora de un caso así? Cualquier letrado sabía que era mejor no empezar aquello que no se podía terminar.

Trató de excusarse ante Sofía, pero la estrategia no le funcionó. En vez de darse por vencida, la madre de Alba comenzó a proferir gemidos agudos que se colaron en el cuerpo de Paula y la desgarraron por dentro. De fondo, oyó a Julio pedirle ayuda y asegurar con tono angustiado que le pagarían lo que quisiera.

—No es un problema de dinero, de verdad —dijo Paula.

—Por favor —le rogó la mujer—, por favor…

De pronto, se le ocurrió que tal vez su jefa pudiera ocuparse del caso, pero entonces recordó que Antonia estaba en Madrid con su marido.

—Hay muchos abogados que lo hacen igual o mejor que yo, Sofía… —insistió, aunque en el fondo sabía que sería difícil que

alguno los atendiera en festivo. Tan solo lo harían los que se encontraban de guardia en el turno de oficio, y ella no tenía ni idea de quiénes podían ser.

—Nosotros te conocemos a ti, Paula… Da igual que la otra vez no saliera bien. Te vimos trabajar y confiamos en ti… Además, tú has hablado mucho con Alba, sabes cómo es, lo que ha sufrido… Tú…, tú… —Sofía titubeó, y la abogada creyó adivinar el motivo por el que ambos querían que defendiera a su hija, más allá de la confianza que les inspirara—. Tú sabes que es inocente —soltó al fin—. Tú lo sabes. La conoces. Tú eres su abogada…

Paula desvió la vista a las pistas de esquí que se recortaban en la distancia. La sensación de culpa y el peso de la responsabilidad que siempre llevaba a cuestas volvían a treparle por la espalda y a aferrársele al cuello. Suspiró. Claro que era su abogada. Fue ella la que, cuando los tres acudieron a su despacho en septiembre de 2021, convenció a Alba de que diera el paso de denunciar la grave persecución que, al parecer, venía sufriendo en el colegio Peñas Arriba desde el curso anterior y que solo entonces, tras una traumática vuelta a las clases, había decidido confesar a sus padres. Había que ponerle fin, hacer que los culpables pagaran. También fue ella la que, pese a su esfuerzo, vio cómo el caso se torcía poco a poco, hasta que, en junio de 2022, perdieron el juicio. La sentencia fue tan contundente que ni siquiera apelaron. Luego ella volvió a su vida y se dedicó a sus asuntos, pero ¿y Alba? ¿Qué fue de la muchacha? Tenía entendido que, cuando la resolución se hizo pública, hubo gente que la tomó por una mentirosa, alguien que solo buscaba llamar la atención, y que esas últimas semanas de colegio se le hicieron durísimas. Por eso sus padres la cambiaron al

Picos de Europa, para alejarla de todo aquello. Pero ¿y si con eso no fue suficiente? ¿Acaso podía haberse convertido en una asesina? ¿Su clienta?

Apretó el puño y notó que las uñas se le hundían en la carne. Ahora que la chica la necesitaba, ¿iba a mirar para otro lado? Eso fue lo que hicieron aquellos compañeros de colegio a los que creían tener de su parte para sustentar la acusación. De repente, no sabían nada del tema, no recordaban o no querían hacerlo para no buscarse problemas. Y aquello selló su destino en el juicio.

Apretó aún más el puño.

No, ella no miraría para otro lado.

No se hizo abogada para salir corriendo.

Aunque, si aceptaba, ¿sería capaz de sacarla del atolladero? Sofía y Julio seguían confiando en ella, y en teoría Alba también, pero ¿era eso suficiente? Además, ¿qué haría con la entrevista de Iberian Labs? Bien mirado, quizá no fuera algo incompatible. Si la detención de Alba era un error, pronto se aclararía. Tal vez la pusieran en libertad y la policía se olvidara de ella después de aquel primer interrogatorio. A veces sucedía…

Divisó a Martín a lo lejos. Esquiaba en una pista para principiantes. Se le distinguía con facilidad por su cazadora de color amarillo fosforito. Por un momento, la abogada se imaginó que él fuera Alba. Y el sentimiento de congoja que la invadió terminó de inclinar la balanza.

—Voy a intentarlo, Sofía —prometió, y al instante oyó cómo la mujer prorrumpía en sollozos de alivio y agradecimientos atropellados—. No hay de qué, de verdad, pero antes tengo que hablarlo con mi pareja.

22

Algunas hipótesis

Santander

Estaban a punto de dar las dos de la tarde cuando Sorozábal entró en el despacho del juez.

Tras la detención de Alba Ferrero, la abogada había telefoneado a comisaría para informar de que tardaría dos o tres horas en llegar, puesto que se hallaba fuera de la ciudad y debía regresar con su familia, y el inspector no había perdido el tiempo. Primero registró con sus compañeros la vivienda de la víctima, sin ningún resultado significativo. Luego se ocupó de interrogar a los amigos de Nacho y, cuando terminó, llamó a Santiago para resumirle las novedades y solicitarle una orden de registro de la vivienda de la detenida. Sin embargo, el juez se negó. No estaba dispuesto a autorizar una medida de esa naturaleza sin conocer antes todos los avances de la investigación, y eso requería que se vieran en persona, según su criterio. La chica contaba con una abogada prestigiosa, hábil y peleona, y no iba a arriesgarse a dar un paso en falso. Si más adelante la Audiencia Provincial consideraba que no había existido base suficiente para entrar en el domicilio de la sospechosa, todo lo

que hubieran encontrado se convertiría en nulo y no serviría de nada. Y él no podía permitirse un revés de ese calibre.

Mientras Sorozábal se sentaba al otro lado del escritorio, Santiago dio un trago al enésimo café de la jornada, que acompañó de otro ibuprofeno. A continuación, estudió el rostro del inspector. Saltaba a la vista que no le había hecho ninguna gracia tener que desplazarse hasta allí.

—Entonces la detenida estaba en la estación de autobuses, ¿no? —dijo Santiago como preámbulo, todavía con el sabor amargo del café solo y sin azúcar en la boca.

—Sí, en uno de los bancos. Hecha un ovillo y sin parar de llorar. Con sacudidas y todo, como una niña…

El juez entrecerró los ojos.

—Lo que no termino de entender —repuso— es para qué fue allí. Usted antes me ha dicho que quería huir, pero no subió a ningún autobús. Y ni siquiera sacó un billete…

Sorozábal, que había pensado en eso mismo durante todo el trayecto, le expuso su teoría:

—No pretendía esconderse en la estación, eso está claro. Cualquier persona podía verla con facilidad. No, iba a huir —se reafirmó con rotundidad—. Por eso llevaba seiscientos euros y una mochila con muda para varios días. Si no, ¿para qué los quería?

—Ya. Pero, insisto, ¿por qué no subió a ningún autobús? ¿Para qué coño mintió a su madre si luego iba a quedarse ahí tirada? Encima, eso la hace más sospechosa…

—Quizá tuvo miedo y se quedó paralizada. ¿A dónde iba a marcharse, señoría? Además, hay algo curioso: no llevaba cartera. No estamos seguros de si la olvidó con las prisas…

—¿Y dónde llevaba el dinero?

—En la mochila.

El juez frunció el ceño.

—O sea, que no tenía el DNI…

—Correcto. Es posible que eso la detuviera, aunque para viajar por España tampoco hace falta.

—Pero para alojarse en cualquier sitio sí —advirtió Santiago, que volvió a dar un sorbo al café mientras buscaba una explicación a ese extraño comportamiento—. ¿Y el cuchillo y el móvil de la víctima?

—La hemos registrado allí mismo y no los tenía. Tampoco en la mochila.

Santiago chasqueó la lengua sin disimular su decepción, aunque en el fondo era de esperar.

—¿Y en la estación? ¿Han revisado las papeleras?

—Sí, y no había nada. Ahora mismo mis compañeros están reconstruyendo y peinando las rutas desde su casa hasta la estación. Aunque es probable que los tenga escondidos en su domicilio, señoría, y que por eso no aparezcan… Y lo mismo le digo de la ropa. Esta mañana, cuando Soto la ha interrogado, la chica seguía con el disfraz de anoche. En la estación ya no lo llevaba, y tampoco estaba en la mochila… Si encontráramos en él manchas de sangre…

El juez se pasó la mano por la melena con aire meditabundo.

—¿Han hablado con ella?

Sorozábal abrió los brazos en señal de protesta. Esa pregunta siempre era incómoda, además de capciosa, puesto que en teoría la policía solo podía interrogar al detenido en presencia de su abogado. No obstante, los dos sabían que en ocasiones algunos agentes fingían que esa norma no existía.

—No ha querido decir nada. Estaba muy nerviosa, asustada. Incluso se ha meado en los pantalones cuando la hemos metido en el coche. Suerte que la prensa no estaba allí. He dado orden de que la dejen sola.

—¿Y los padres?

—Yo ya me había marchado cuando se han presentado en comisaría. Según mis compañeros, juran y perjuran que su hija no ha tenido nada que ver. También dicen que no sabemos quiénes son ni dónde nos estamos metiendo. Que estamos cometiendo un grave error y que esto tendrá consecuencias.

Santiago apretó los dientes. No le gustaba nada la deriva de los acontecimientos, y menos aún esa clase de presiones y bravuconadas.

—¿Y los amigos del chico muerto?

El policía se reclinó en la silla.

—Su versión concuerda punto por punto con la del otro alumno, Carlos Alonso —resumió—. El primero con el que he hablado es Rafael Santamaría, el mejor amigo de Nacho. Me ha costado que se abriera. Estaba conmocionado. Además, se ha alterado mucho al descubrir que ya estábamos al tanto de la fiesta de carnaval que celebraron.

—¿Quería ocultarlo? —se sorprendió Santiago.

—Esa sensación he tenido, sí.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Su amigo ha muerto…

—Supuestamente, porque el chico que la organizó lo hizo a espaldas de sus padres, que estaban pasando el fin de semana fuera. Les pidió a todos máxima discreción para que no le pillaran.

—O sea, ¿que eso pesaba más que ayudar a esclarecer la muerte de su amigo? —se escandalizó el juez.

—Eso parece. Aunque me imagino que, tarde o temprano, nos lo habría dicho. Veo que no está usted muy habituado a tratar con adolescentes… —comentó Sorozábal, y se permitió distender el tono.

Santiago no se ofendió. Era verdad. En su entorno no había chavales y él no había querido tener hijos, siempre centrado en su carrera.

—Lo que tampoco comprendo —dijo— es por qué coño la chica fue a esa casa. Lo lógico habría sido evitar a Nacho, ¿no le parece?

—Tal vez no quería perderse la fiesta.

El juez hizo una mueca de escepticismo. Tenía que haber algo más.

—¿Y lo del incidente? ¿Se lo han confirmado?

Sorozábal inclinó la cabeza con solemnidad. Las explicaciones de los tres amigos coincidían con la versión de Carlos Alonso. Según ellos, cuando Nacho empezó a ridiculizar a Alba por aquel beso frustrado a su nuevo compañero de pupitre, la chica se puso furiosa y al final no aguantó más. Cogió un cuchillo que había en una mesa cercana y se lanzó contra él. Por suerte, varias personas reaccionaron con rapidez y la agarraron. Consiguieron retenerla y hacerla retroceder, aunque por unos instantes todos temieron que comenzara a dar puñaladas y que aquello acabara en tragedia. Estaba ida, fuera de sí. La tensión se disparó cuando Nacho, que había tardado unos segundos en reaccionar, enrojeció de ira, profirió un grito y se abalanzó sobre la mesa en busca de algo con lo que contraatacar. Algunos de los presentes chillaron y, presa del pánico, Alba logró zafarse de quienes la sujetaban y echó a correr escaleras

arriba. Nadie la siguió. Ni siquiera Carlos. Y el cuchillo que llevaba en la mano no volvió a aparecer.

Santiago suspiró.

—¿Alguno recuerda cómo era ese cuchillo? —preguntó.

—De cocina. En cuanto podamos, iremos a la casa y comprobaremos si hay otros iguales.

—Para analizar la compatibilidad de las heridas, ¿no? —dedujo el juez.

—Exacto.

Santiago se mantuvo en silencio unos segundos y entrelazó las manos sobre el escritorio.

—Estoy de acuerdo con su criterio, Sorozábal —dijo—. Si le ponen trabas para entrar en ese chalet, dígamelo y firmaré de inmediato la orden. Y respecto al domicilio de Alba Ferrero, lo mismo —resolvió, y el inspector se lo agradeció con un gesto—. Hay que encontrar la ropa y el cuchillo. Y más indicios, si puede ser. Porque, según entiendo, ninguno de los amigos presenció el crimen, ¿no?

—No. Cuando se lo he preguntado, los tres se han puesto muy nerviosos, pero lo han negado.

Santiago se rascó la barbilla, pensativo.

—¿Cree que alguno de ellos puede estar detrás?

—No, no lo creo. No hay nada que los señale y, en principio, tampoco tenían motivos. Se supone que eran amigos. Los tres mantienen que, después del incidente, todo el grupo fue a la discoteca Babylon. Bueno, todos salvo el organizador de la fiesta, que se quedó en casa, y Alba, a la que nadie volvió a ver. Llegaron allí alrededor de las tres de la mañana, y Nacho se marchó sobre las cuatro menos veinte.

—O sea que estuvo menos de una hora… Es poco, ¿no?

—Pues sí, porque desde el chalet de la fiesta hasta la discoteca hay unos veinte minutos andando. Y desde allí hay otros tantos hasta su casa. No le salieron muy a cuenta los paseos, la verdad. Igual se cansó de tanta juerga, quién sabe. —Sorozábal se encogió de hombros—. Andrés, que se fue con él, no ha sido muy claro en ese punto.

—Entonces ¿volvieron los dos juntos?

—Sí, casi todo el camino. Fueron por Canalejas y se separaron a unos ciento setenta metros del lugar del crimen.

—Andrés vive un poco más cerca del centro, entonces —coligió Santiago.

—Así es, en una casa individual, en el número 11 de Joaquín Costa, algo antes de la cuesta donde murió Nacho.

De pronto, el juez se acordó del testigo que la subinspectora Soto había localizado esa mañana.

—Está pensando en el hombre que oyó voces, ¿verdad? —adivinó Sorozábal—. El que vive a la altura de la curva y que, según mi compañera, no estaba en sus cabales.

—Sí. Quizá las voces que oyó eran las de los dos chicos al despedirse.

El inspector movió la cabeza hacia los lados.

—Le he preguntado a Andrés si iban discutiendo y lo ha negado. Si no gritaban, es difícil que ese hombre escuchara algo.

—Ya —murmuró Santiago, meditabundo—. Y los otros dos amigos, ¿qué hicieron desde que Nacho se marchó?

Sorozábal cogió aire.

—Pues mire, Rafael afirma que estuvo en la discoteca unos minutos más y que después se fue. Vive en la calle Ramón y Cajal.

—Es una de las más próximas a Joaquín Costa, ¿no?

—Correcto, está pegada. Aunque asegura que no vio ni oyó nada.

—¿Y el último?

—Miguel. Dice que se quedó en el Babylon hasta las cinco y que luego se fue a casa en taxi. Será fácil comprobarlo.

Santiago intentó memorizar todos los datos, aunque sabía que podría consultarlos en el atestado que la policía debía entregarle, como máximo, en setenta y dos horas. Ese era el plazo que los investigadores podían retener a Alba Ferrero antes de ponerla a disposición judicial.

—¿Hay alguna noticia sobre el teléfono de la víctima?

—Anoche lo tenía —contestó Sorozábal—. Los tres amigos lo vieron utilizándolo en la fiesta. Y Andrés, en concreto, se acuerda de que, cuando volvían a casa, Nacho lo sacó y se quejó de que se había quedado sin batería. Puso a parir a sus padres. Al parecer, se negaron a regalarle uno nuevo por Reyes después de haber perdido el suyo, y aquel modelo viejo de su padre le estaba dando problemas.

Santiago maldijo por lo bajo. Un móvil sin batería era imposible de rastrear. No se conectaba a las antenas de telefonía y, por tanto, no había señal que triangular. La única manera de localizarlo era que quien lo tuviera en su poder lo enchufara a la corriente.

—Trabajamos con la hipótesis de que Alba se lo llevó después de matarlo —explicó el inspector—. Quizá intercambiaron algún mensaje comprometedor, amenazas o algo así, y quiso hacerlo

desaparecer. Hemos avisado a los del vertedero para que estén atentos.

—¿Y el móvil de Alba? ¿Lo han incautado?

—Sí, lo llevaba encima. Cuando llegue su abogada, le pediremos la clave y el consentimiento para analizarlo.

—Bien. Si se niega, llámeme y les firmaré la autorización para que puedan hacer el volcado.

—De acuerdo. Ya sabe que en ese caso nos llevará un tiempo desbloquearlo, pero al final lo haremos —dijo Sorozábal con convicción, y el juez asintió—. Por cierto, mis compañeros han averiguado que anoche también hubo una fiesta en el Lábaro —agregó el inspector. Se refería al hotel Lábaro, situado a unos quinientos metros del lugar donde había muerto Nacho Guerra—. La organizaba el Colegio de Psicología por su patrón y por su vigésimo aniversario, y terminó a las cuatro y media. Al parecer, asistieron más de doscientas cincuenta personas. Autoridades, psicólogos, sus parejas… Aunque ni el hotel ni el Colegio de Psicología tienen una lista nominativa de los asistentes.

Santiago se pasó la mano por la melena.

—Entonces en los registros que hemos pedido a las compañías telefónicas figurarán un montón de números conectados a las antenas que no corresponderán a vecinos, ¿no? Y no solo de los invitados. También de quienes fueran a recogerlos…

—Bueno, eso depende de cuántas personas se quedaran hasta esas horas y también de cuántas antenas haya por allí y su alcance. Puede que exista alguna que dé cobertura al lugar del crimen y no al hotel Lábaro. Pero sí, podría complicarnos la labor —reconoció Sorozábal—. En cualquier caso, si se confirman los indicios contra la

chica, tal vez no sea necesario estudiar esos registros. Y quizá entre los asistentes a la fiesta encontremos algún testigo, alguien que se marchara y fuera hacia Joaquín Costa. No están a la misma altura, pero podría ser —agregó—. Profundizaremos en ello.

Justo cuando el juez mostraba su conformidad, el teléfono del inspector comenzó a sonar.

Era Soto. La letrada de la detenida ya había llegado.

23

Información esencial

Paula entró en el ascensor de la comisaría de La Albericia acompañada por un agente. Después de una discusión acalorada con Teresa en la estación de esquí, había logrado convencerla de que no tenía otro remedio que regresar a Santander para defender a aquella chica. Sin disimular su decepción, Teresa terminó aceptándolo, pero dijo que volverían juntos; no tenía sentido que Martín y ella se quedaran en Alto Campoo, solos y sin saber cuándo iría a recogerlos. Eso sí, cedió con la condición de que esquiaran un rato más para apurar las horas que le había concedido la policía.

Paula había dispuesto del tiempo justo para cambiarse de ropa en casa y presentarse en la comisaría con un traje gris de rayas, su cartera de abogada y un bolígrafo en el bolsillo. No era un bolígrafo cualquiera, sino el que utilizaba desde hacía muchísimos años, el que sus padres le regalaron cuando terminó el bachillerato y decidió estudiar Derecho. Eso fue antes de que un andamio se desplomara de improviso a su paso y los sepultara para siempre. Huérfana y sin más familia en Valencia, la ciudad en la que nació, se vio obligada a trasladarse a Santander, con sus abuelos maternos. Se refugió en los estudios y se esforzó al máximo. Aspiraba a ser abogada. Una de las

mejores, como Atticus Finch en *Matar a un ruiseñor*. Y, en cierto modo, lo había conseguido, pese a que últimamente se sintiera perdida, como un barco a la deriva. ¿Acaso no tenía la vida con la que soñaba en aquella época? ¿O acaso se esperaba otra cosa?

Las puertas se abrieron y el agente enfiló por un largo pasillo. Ella se apresuró a seguirlo.

Cuando pasaron por delante de una sala con la puerta abierta, una mujer de pelo negro que lloraba cabizbaja en una silla de plástico alzó la vista y se levantó de un salto.

—¡Paula, Paula! —gimió, y se arrojó a sus brazos.

Era Sofía Ponte, y la abogada la abrazó con fuerza. Detrás vio a Julio, el padre de Alba, que también se había incorporado. Tenía las gafas descolocadas, el pelo revuelto y el cuello de la camisa impregnado de sudor.

Paula trató de esbozar una sonrisa de consuelo.

—Tranquilos, todo irá bien. Todo irá bien —les susurró al tiempo que se separaba de Sofía.

—Tiene que volver a casa. Tienes que sacarla de aquí… —le imploró la madre, y juntó las palmas a la altura de la nariz. Los ojos le brillaban con intensidad—. Esto la destrozará…

Mientras asentía, Paula oyó pasos a su espalda. Al girarse, se encontró frente a frente con una mujer joven que la miraba con semblante pétreo.

—Buenas tardes. Soy la subinspectora Soto. Acompáñeme —le ordenó la policía, que dio media vuelta sin aguardar una respuesta.

La abogada se despidió a toda prisa de los padres de Alba y echó a andar tras la subinspectora.

—Oiga, necesitaré el atestado —le advirtió.

—Su señoría ha decretado el secreto de sumario —replicó Soto, como si eso lo explicara todo.

Paula expulsó con fuerza el aire por las fosas nasales y se frenó en mitad del pasillo. Estaba harta de discutir sobre lo mismo cada vez que asistía a un detenido en circunstancias más o menos comprometedoras. Siempre ese truco.

—Subinspectora, usted sabe que tiene que facilitarme la información esencial para defender a mi clienta, por mucho secreto que se haya decretado. No me obligue a pedir nulidades o a solicitar el *habeas corpus*.

Soto dejó de caminar y la observó con frialdad, lo que no sorprendió a Paula. Estaba acostumbrada a ese trato distante hacia los abogados. Formaba parte de la partida de póquer que daba comienzo cuando se les comunicaba que su cliente había sido detenido.

—Y usted también sabe que eso no supone que debamos entregarle el atestado. Le daremos los datos que nos permita el secreto de las actuaciones, nada más. Por otra parte, el cadáver ha aparecido hace unas horas. Comprenderá que no hemos tenido tiempo para sentarnos a escribir.

—Para detenerla sí lo han tenido —contraatacó Paula, incapaz de contenerse.

La policía no respondió. Se limitó a reanudar la marcha. Unos segundos después, se detuvo ante una puerta con mirilla. Le señaló el interior.

—Es aquí. La está esperando.

A continuación, subiendo el tono, Soto llamó a un compañero, que no tardó en acudir con unos folios grapados.

—Ahí lo tiene, letrada —anunció la subinspectora con aspereza.

Paula cogió las escasas páginas impresas por una cara que el hombre le ofrecía. La supuesta información esencial. Empezó a leer allí mismo, delante de los agentes.

Contenían un informe esquemático sobre el hallazgo del cuerpo de Nacho Guerra con signos de violencia, y en concreto de apuñalamiento, junto a un banco de madera cerca del número 26 de la calle Joaquín Costa, así como sobre la detención de Alba Ferrero como presunta autora de un delito contra la vida cometido esa madrugada. Como indicios contra ella se mencionaban una violenta discusión previa con la víctima y la posesión de un arma blanca, según el testimonio de varias personas. No se proporcionaban más detalles. En las últimas páginas figuraba el auto por el cual el juez Belmonte acordaba abrir la investigación y declararla secreta durante treinta días por el riesgo de ocultación y destrucción de pruebas, lo que, según argumentaba, podría perjudicar gravemente el desarrollo de las pesquisas.

Paula protestó por la insuficiencia de la información, pero fue en vano. Al final, entre resoplidos, pasó a la sala y la puerta se cerró a su espalda.

Miró hacia la mesa que había en el centro.

Allí, derrumbada, se encontraba Alba. Tenía la cabeza enterrada en los brazos, que había cruzado sobre la mesa, y sollozaba con desconsuelo. Paula concluyó que llevaba mucho tiempo llorando en diferentes posturas, pues se adivinaban lágrimas dispersas por una buena parte de la superficie metálica.

Sintió que el corazón se le encogía.

24

Alba

—Alba… —susurró Paula mientras rodeaba la mesa y se agachaba junto a ella.

Le colocó una mano en la espalda, pero, en lugar de calmarse, la chica redobló el llanto entre fuertes convulsiones.

—Alba, he venido para ayudarte… Todo se aclarará. De verdad…

Por su experiencia, sabía que lo mejor era permanecer a su lado y continuar hablándole. Si Alba veía que ella no estaba alarmada, poco a poco se relajaría.

No se equivocaba. Al cabo de unos minutos, la respiración se le fue acompasando y alzó la cabeza con lentitud. Trató de enjugarse las lágrimas que le inundaban el rostro. Tenía la piel enrojecida y escamada, y varios arañazos le surcaban las mejillas.

—No fui yo…

—Calma, calma —intentó consolarla Paula, y le apretó el hombro.

—Se están equivocando, ¡se están equivocando!

—Por eso estoy aquí, Alba. Todo se aclarará —repitió, y se separó de ella con delicadeza para sentarse al otro lado de la mesa—. Lamento que nos veamos en estas circunstancias, pero necesito que me expliques lo que pasó. La policía quiere interrogarte —agregó,

intentando que su semblante transmitiera sosiego, sensación de control.

—Pero yo… ¡yo no he hecho nada! —chilló a la vez que todo el cuerpo se le contraía en una violenta sacudida.

—¿Te han dicho algo? ¿Sabes por qué sospechan de ti? Vamos, Alba, no tenemos mucho tiempo.

—No lo sé, no lo sé… —gimió ella mientras las lágrimas volvían a rodarle por la cara y se estrellaban en la mesa.

Paula se llenó los pulmones de aire.

—Alba, ayer mentiste a tus padres. ¿Por qué?

—¿Qué? Yo no…

—Sí. Les dijiste que saldrías con tu amiga Raquel, pero no estuviste con ella.

La chica no respondió y desvió la vista.

—Alba, ya te lo expliqué la otra vez: si me mientes, esto no saldrá bien. Yo solo quiero ayudarte, ¿comprendes? Sacarte de aquí.

Ella se miró las manos, que no dejaban de temblarle, y Paula se preguntó si unas horas antes no habrían estado manchadas de sangre.

—¿Tú… tú crees que lo maté?

—Da igual lo que yo crea. No importa. Te defenderé en cualquier caso. Es lo que hago como abogada.

Se esforzó para que su tono sonara firme porque, aunque desde el plano profesional aquello fuera cierto, desde el punto de vista personal esa posibilidad la horrorizaba. Se negaba a creer que esa adolescente que en su día acudió a su despacho devastada, hecha pedazos, se hubiera convertido de pronto en una asesina. No, no podía oír eso.

—¡Yo no lo hice! ¡Lo juro!

—Pues lo demostraremos, Alba —respondió con convicción—. Pero tienes que explicarme qué pasó anoche. ¿Por qué piensan que fuiste tú?

—No lo sé. No lo sé…

—Tus padres dicen que la policía ha hablado con un chico llamado Carlos Alonso —le reveló Paula, y la escudriñó—. ¿Lo conoces?

Alba dejó caer los hombros y, por un instante, a la abogada le pareció que una sombra le desfilaba por los ojos.

—¿Lo conoces? —insistió.

—Sí… ¿Qué… qué le ha dicho a la policía?

Paula torció los labios. Esa pregunta no presagiaba nada bueno.

—No lo sabemos, pero tengo la impresión de que tú sí.

La chica apretó los labios y guardó silencio. Paula lanzó un resoplido y se inclinó hacia ella.

—Alba, te lo repito: si no confías en mí, no podré sacarte de aquí. ¿Es que no te das cuenta?

Ella se mordió el labio y observó a la abogada como si la calibrara. Luego suspiró largamente y empezó a hablar con voz tenue.

Lo primero que le contó fue que, a la vuelta de las vacaciones de Navidad, Nacho comenzó a reírse de ella en clase y a humillarla recurriendo al mote que en su día se inventaron los chicos del colegio Peñas Arriba: la Cuervo. Fue de pronto, sin causa aparente, y ella, que no quería problemas, intentó ignorarlo, no seguirle el juego. Pensaba que era algo aislado que acabaría igual que se había iniciado: sin previo aviso. Pero se equivocaba. Nacho no solo no paró, sino que fue a peor. Además, a diferencia de lo que hacían los alumnos del otro colegio, que siempre se metían con ella a

escondidas, Nacho la insultaba y la despreciaba en público, como si no le importara que le pillaran. Varios profesores enseguida fueron testigos de su conducta y pusieron los hechos en conocimiento de Joaquín, el jefe de estudios, y del director, que tomó cartas en el asunto mediante advertencias, amonestaciones y la imposición de trabajos, e informó a las familias.

Sin embargo, eso no detuvo a Nacho. Siguió comportándose igual, y el viernes 20 de enero se produjo otro incidente. Aquella mañana, por alguna razón, estaba furioso y se ensañó con ella. No solo la ridiculizó y la humilló con ferocidad, sino que además empezó a darle violentos empujones hasta arrinconarla y hacer que se estampara contra la pared del aula. El profesor de Lengua y Literatura, escandalizado, lo llevó de inmediato a jefatura de estudios y luego, por orden del director, lo mandaron cinco días a casa como medida cautelar. Se abrió un expediente por posible acoso y empezó a extenderse el rumor de que, después de aquello, quizá acabaran expulsándolo del centro. Esa posibilidad, aunque resultara favorable para ella, la aterró. ¿Y si a la vuelta de esos días de suspensión se lo hacía pagar? Sin embargo, cuando Nacho regresó, a ella ya la habían cambiado de clase a petición de sus padres y, sorprendentemente, él no la persiguió por el patio, no le salió al encuentro en los pasillos ni la intimidó. Dejó de molestarla, como si hubiera recapacitado.

—Hasta anoche, ¿no? —dedujo Paula.

Alba asintió con pesadumbre y le confesó que, en realidad, estuvo en una fiesta privada que organizaba un compañero de su nueva clase. Aunque estaban invitados todos los alumnos de primero de bachillerato de Ciencias Sociales, se suponía que Nacho y sus amigos

no irían; llevaban días diciendo que saldrían de botellón por Santoña, un pueblo famoso por su carnaval. Por eso ella decidió apuntarse. Por eso y porque sabía que allí estaría Carlos Alonso. Se sentaba con él desde que la habían cambiado de grupo y no podía quitárselo de la cabeza. Era educado, amable, atento y se preocupaba por ella, algo a lo que no estaba acostumbrada, en especial cuando se trataba del sexo masculino. En medio de todo ese sufrimiento, Carlos se había convertido en su luz entre tanta oscuridad, y en cuestión de días sintió que se estaba enamorando de él. El pasado fue difuminándose en su mente, igual que esos defectos físicos que tanto la obsesionaban y que a Carlos no parecían importarle en absoluto, y cuando vio la ocasión de pasar toda una noche con él no lo dudó. El anfitrión les había pedido que no lo comentaran en casa, puesto que la fiesta se celebraría en secreto, y por eso mintió a sus padres. Además, temía que, como lo del colegio estaba tan reciente, quizá no la dejaran ir.

—¿Y por qué Nacho acabó allí? —preguntó Paula—. ¿No iba a salir por Santoña con sus amigos?

Alba asintió y le explicó que, en teoría, un chico mayor de edad iba a llevarlos a todos en coche, pero que algo debió de pasar y cambiaron de planes. Al final, Nacho se presentó en la fiesta con Rafa, Andrés y Miguel, y, al verlos aparecer, ella amagó con marcharse. Sin embargo, se dio cuenta de que, si lo hacía, quedaría como una cobarde ante Carlos y se obligó a seguir allí. Durante una buena parte de la noche creyó haber acertado, puesto que todo transcurría con normalidad e incluso llegó a relajarse.

Hasta que, ya de madrugada, cometió aquel error imperdonable.

Estaba en una esquina del sótano, apoyada contra la pared y con Carlos de frente, y hubo un momento en que él la miró con las pupilas brillantes y los labios entreabiertos. De pronto, con la música sonando de fondo, tuvo la impresión de que Carlos se inclinaba hacia ella para besarla, y fue entonces cuando, sin pensarlo, se lanzó. Fue algo instintivo, inexplicable, y quedó como una idiota. Al principio, como había cerrado los ojos, ni siquiera se percató de que él había apartado la cara a toda velocidad. Luego, al no notar su boca, los abrió y entendió lo que acababa de suceder. Enrojeció hasta las raíces y sintió que una ola de calor le recorría el cuerpo, un calor que no tardó en transformarse en dolor e ira cuando la gente empezó a reírse a su alrededor. Incluso Carlos sonrió con sorna. Pero el peor de todos fue Nacho, que iba pasado de alcohol. Soltó una riada de carcajadas y después comenzó a humillarla con una crueldad insoportable. La mofa fue creciendo y, al final, no pudo más. Vio que había un cuchillo en una mesa cercana y, sacudida por la cólera, lo empuñó ante él.

—Pero nunca quise clavárselo, ¡lo juro! —chilló Alba mientras las lágrimas volvían a caerle por el rostro.

—¿Lo hiciste? —masculló la abogada con espanto.

—¡No! Ni siquiera lo intenté. Los demás me agarraron y…

La chica se atragantó y comenzó a toser.

—¿Y qué, Alba? ¿Y qué?

—Me fui —carraspeó a duras penas—. Nacho quiso atacarme y salí corriendo…

Paula soltó un suspiro de alivio.

—¿Y el cuchillo?

—Me lo llevé… —dijo, y se estremeció—. Ni siquiera me di cuenta. Yo… Cuando me vi con él pensé en tirarlo, pero tenía miedo de que Nacho fuera a por mí, de que me persiguiera… Por eso… por eso me lo guardé en el bolsillo y seguí corriendo hasta que ya no me quedaron fuerzas…

—Entiendo. ¿Y qué ocurrió después?

—Yo… Llegué al portal, pero no podía… —La voz le tembló—. No podía subir.

La abogada la escrutó.

—¿Estabas borracha, Alba?

—¡No!

—¿De verdad? ¿No tomaste nada?

—Bueno, bebí algo, pero… No se lo digas a mi madre, por favor.

—¿Por qué? Tienes dieciocho años.

—Sí, pero mis padres piensan que yo no…

—Ya, pero tienes que comprender que, en esta situación, eso es lo de menos.

La chica asintió con pesar.

—Entonces ¿te quedaste en la calle a esas horas? —preguntó Paula.

—Sí, serían casi las tres, pero necesitaba llorar, hablar por teléfono con Raquel, desahogarme… Me senté en un banco que hay un poco más arriba. Uno azul…

La abogada contuvo un respingo. Según le había dicho Sofía y se deducía del informe que le había entregado la policía, aquel era el lugar donde habían encontrado el cuerpo

—¿Y el cuchillo? —inquirió, consciente de que, a medida que avanzaba la narración, se amontonaban los indicios en su contra.

Vio que Alba tragaba saliva antes de contestar.

—Se me cayó cuando iba a sentarme… —murmuró—. Fue al sacar el móvil para llamar a Raquel, ¡lo juro! No llevaba bolso, por el disfraz, y lo había metido todo en un bolsillo…

Paula tuvo la sensación de hundirse en el suelo de la comisaría.

—Entonces ¿se te cayó allí? ¿Delante del banco?

La chica hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Muy leve. Casi imperceptible. Sin duda era consciente de la importancia de aquel detalle.

—¿Y no lo recogiste? —balbuceó la abogada.

—No… Me puse a hablar con Raquel y luego… se me olvidó. No lo quería para nada y…

Paula estuvo a punto de soltar un improperio, pero lo ahogó a tiempo en la garganta. No quería acongojarla aún más.

Decidió concentrarse en la conversación que Alba había mantenido con Raquel. Llegado el caso, podría utilizarla como testigo.

—Vale, dices que estuviste hablando con Raquel, ¿no?

—Sí. Ella no había salido, pero dejó el móvil en vibración y lo cogió.

—¿Y qué le contaste?

—Lo que había pasado en la fiesta. Necesitaba su ayuda…

—Cuando os estabais despidiendo, ¿le dijiste que ibas a subir a casa?

—Mmm… Sí, creo que sí.

—¿Y lo hiciste?

—Bueno, miré un poco Instagram y TikTok. Vi en el perfil de Carlos que todos se habían ido al centro, y también releí algunos chats antiguos con él —murmuró—. Y luego subí a casa, sí…

—¿Recuerdas a qué hora fue eso?

—No lo sé, a las tres y media o las cuatro, creo…

—¿Y ya está? ¿No sucedió nada más?

Alba sacudió la cabeza.

—No, nada. Me quedé tumbada en la cama. No podía más y ni siquiera me quité el disfraz, pero no conseguía dormir. No dejaba de pensar en todo… Y por la mañana entró mi madre. Y estaba con esa agente…

Sus labios empezaron a temblar y Paula se imaginó el pánico que debió de sentir al enterarse de que la policía quería hablar con ella y que Nacho estaba muerto.

—Y por eso corriste a la estación. Ibas a huir.

Alba subió las piernas a la silla, las dobló y se abrazó a ellas.

—Yo… Cuando esa mujer se fue, me metí en internet. Decían que lo habían apuñalado —gimió—. Y que el arma no estaba…

—Y pensaste en el cuchillo.

La chica se llevó las manos al rostro y rompió a llorar de nuevo.

—Pensé… pensé que la policía volvería a por mí, que nadie me creería… Pero en la estación… —Las palabras se le entrecortaron—. Mis padres, mi hermano. No podía…

Paula hizo una pausa y la estudió. ¿Estaba siendo sincera?

—¡Es la verdad! —exclamó Alba entre lágrimas, como si le hubiera leído la mente—. ¡Es la verdad!

La abogada trató de componer una sonrisa conciliadora, aunque se quedó en una mueca desvaída. Después de aquel relato, tenía claro lo que debía aconsejar a su clienta.

Callar. Callar y esperar.

Observar. Analizar la estrategia de la policía y buscar la brecha, el lugar por donde colarse y escapar.

Así lo había hecho en otras causas bajo secreto de sumario cuando defendía a un detenido en circunstancias comprometedoras. Daba igual si el investigado era inocente o no. Esa era la táctica más prudente, al menos en los primeros compases del procedimiento. Y, sin embargo, también una de las más complicadas de explicar a los clientes.

—Alba —empezó, y la miró con aire de gravedad—, cualquier paso en falso que demos ahora será difícil de corregir en el futuro, ¿lo entiendes? No sabemos qué tienen ni qué están buscando, y cuantas menos explicaciones proporcionemos, mejor. Siento decírtelo con tanta crudeza, pero no creo que hoy vayan a dejarte en libertad. Por el momento, es preferible guardar silencio. Aunque tú no seas culpable, podrían utilizar cualquier dato en tu contra…

El rostro de la chica se contrajo en un rictus de pavor y el pecho empezó a subirle y bajarle con frenesí.

—Pero así no podré convencerlos… Si no declaro, todo el mundo pensará que fui yo, ¿no? Tiene que haber otra solución. Mis padres…

—Será solo hasta el miércoles, Alba. Ese día, si no te liberan antes, tendrán que ponerte a disposición judicial y te ofrecerán declarar directamente ante el juez. Entonces podrás hablar, ¿de acuerdo? —Hizo una pausa y alargó el brazo para cogerle la mano—. Si no fuera necesario, no te lo pediría. Yo me ocupo de explicárselo a tus padres.

25

Una situación delicada

Sofía atendió la llamada de la psicóloga de su hija con el corazón en un puño. Aún seguía con Julio en aquella sala de la comisaría, sin noticias de Alba ni de la abogada.

—Olga…

—Discúlpame, Sofía, esta mañana he estado ocupada y no me he dado cuenta de que me habías llamado. Acabo de enterarme de lo de Nacho. Dios mío, qué tragedia… —murmuró con tono agitado la terapeuta, una mujer de cincuenta años especializada en niños y adolescentes, con consulta en el centro de Santander. Tras unos segundos de silencio, preguntó—: ¿Cómo está Alba?

Sofía aguantó como pudo las ganas de echarse a llorar.

—Está detenida, Olga… —gimió al tiempo que Julio la rodeaba con el brazo—. Detenida…

Dio la impresión de que la psicóloga se atragantaba al otro lado de la línea.

—¿Qué? Pero ¿cómo…?

Sofía no fue capaz de articular más palabras y Julio cogió el móvil. Con voz débil y quebradiza, puso a Olga al corriente de lo ocurrido en las últimas horas.

—No entendemos nada —acabó musitando, abatido.

—Ahora lo más importante es que os mantengáis fuertes y unidos. Y que no perdáis la calma… —respondió la mujer, que había conseguido reponerse del impacto inicial—. Seguro que hay una explicación y todo se aclara. Yo estoy aquí para lo que haga falta, ¿vale? Podéis llamarme a cualquier hora, de verdad. Y la abogada también.

Justo en ese momento, Paula entró en la sala y Julio se despidió de la psicóloga de forma atropellada.

Tras tomar aire, la letrada los informó de que Alba se había acogido a su derecho a no declarar por expresa recomendación de ella y que, hasta nuevo aviso, se quedaría allí retenida. El plazo máximo eran setenta y dos horas.

—¿Qué? Pero ¿cómo que no va a declarar? —exclamó Sofía—. ¿Por qué…?

Paula le pidió que bajara la voz y que le permitiera continuar. Luego, para que comprendieran el motivo por el que le había aconsejado que guardara silencio, les resumió todo lo que Alba le había contado durante su entrevista privada.

—La situación es delicada. Solo busco lo mejor para vuestra hija… —dijo, consciente del sufrimiento que los atravesaba. Sin duda, hasta entonces ni siquiera habían contemplado la posibilidad de que Alba tuviera que pasar la noche en los calabozos.

Sofía hundió la barbilla en el pecho y se tapó el rostro con las manos. A su lado, Julio se había quitado las gafas y apretaba con fuerza las patillas, que cada vez se combaban más, a punto de romperse.

De repente, alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Letrada, tenemos que irnos ya —anunció el inspector Sorozábal al asomarse. Su semblante no reflejaba ninguna emoción—. Prepárense.

Sofía se volvió hacia Paula.

—¿Ir a dónde? —La confusión y el miedo provocaban que su voz sonara aguda y descontrolada.

La abogada miró al policía, que sostenía un papel en la mano.

—A vuestra casa. Tienen una orden.

26

Infierno

El pomo de la puerta principal de su casa crujió cuando Sofía se agarró a él para no desplomarse.

—Vamos, señora, ¡abra! —la acució Sorozábal, que dirigía el operativo policial encargado del registro de la vivienda.

Ella cerró los ojos, incapaz de asumir lo que estaba sucediendo. ¿Cómo habían llegado a ese punto?

—Haz lo que dice, por favor —musitó Julio a su lado, desencajado.

Sofía respiró hondo. No había en él ni rastro de la seguridad, la actitud calculadora y el aplomo que lo habían ayudado a triunfar en el mundo de los negocios. Parecía asustado, tanto como lo estaba ella. Pensó que en esos momentos no eran nadie, que toda su fama y su posición de pronto ya no importaban. Ese juez y esos policías implacables estaban decididos a arruinarles la vida. Sentía que la corriente los arrastraba, y su abogada era incapaz de pararla.

Sofía apoyó la frente en la madera. Sabía que, cooperara o no, la policía acabaría entrando igualmente, aunque ¿y si dentro había algo que incriminaba a su hija? Pero no, no podía ser. ¡Ella era inocente! Todo era un error. Un error inmenso.

—Señora, no lo haga más difícil —le advirtió el inspector.

Sofía dejó escapar un lamento. Luego, consciente de que no podía demorarse más, giró la llave y empujó la puerta con el hombro.

Coordinados con precisión, varios policías con maletines irrumpieron en el domicilio y se desplegaron por el lugar. La subinspectora Soto se apresuró tras ellos mientras Sorozábal se quedaba en el recibidor con la detenida, sus padres, la abogada, el juez y el letrado de la Administración de Justicia, un hombre de mediana edad cuya función era levantar acta.

La única que no había acudido al domicilio de la sospechosa era la fiscal Inés Calderón. Santiago Belmonte habló con ella unos minutos antes de desplazarse a la vivienda y ambos coincidieron en que serían demasiados. Él se encargaría de ponerla al día de los hallazgos, si es que se producía alguno.

El juez observó a la investigada. Lívida, temblaba de pies a cabeza y no levantaba la vista del suelo, como si la avergonzara mirar a sus padres. Ellos se mantenían en silencio, probablemente porque esa era la consigna que habían recibido de la abogada, que en esos momentos prestaba atención a los pasos de los agentes.

—¡Inspector!

La voz, masculina y autoritaria, provenía de uno de los baños de la planta baja del dúplex. Sorozábal se puso en marcha de inmediato y los demás fueron tras él. Paula lo hizo en tensión. Aquel grito significaba que habían encontrado algo.

En el servicio, un agente les señaló unos pantalones, una camiseta y una chaqueta fina que había sobre un cesto de ropa sucia. Las tres prendas combinaban el rojo, el azul eléctrico y el blanco.

—Es el disfraz —confirmó Soto.

Con cierto temor, la abogada se volvió hacia Alba. La vio inmóvil en el pasillo, la cabeza gacha y la mirada extraviada. Paula se dijo que, si estuviera ocultando algo, se mostraría sobresaltada, aterrada, y ese pensamiento la sosegó.

El registro se prolongó durante casi dos horas. Al concluir, el sol ya declinaba en el horizonte. Cuando el letrado de la Administración de Justicia le tendió el acta, Paula la firmó convencida de que, salvo que hubiera pasado algún detalle por alto, la policía no había encontrado nada que perjudicara a su clienta. O, al menos, nada que probase su culpabilidad. Tenían el disfraz de Alba, sí, pero no parecían haber detectado sangre en la tela; tampoco en la ropa que guardaba en su habitación, ni en ningún otro lugar u objeto de la casa. Aun así, los investigadores se llevaban casi todos los cuchillos para analizarlos. También habían incautado el portátil de la chica y el ordenador de sobremesa familiar, y antes, en la comisaría, le habían requisado el teléfono móvil.

Tal y como ella le había recomendado, Alba se había negado a autorizar el acceso al contenido de los dispositivos, lo que obligaría a los investigadores a solicitar una orden judicial y a burlar la seguridad de los terminales para volcar la información y acceder a ella. En realidad, la chica le había asegurado que no tenía guardado nada contra Nacho que pudiera comprometerla, pero, como abogada, ella siempre mantenía la tesis de que era mejor no confiarse y no facilitar las cosas a la policía. ¿Quién le decía que en su WhatsApp no figuraba alguna conversación desafortunada en la que hablaba mal de Nacho, o incluso juraba vengarse? En ocasiones, esos comentarios arrebatados se olvidan, y no sería la primera vez que alguien inocente acababa siendo juzgado por una serie de

indicios aislados que, interpretados conjuntamente, le hacían parecer culpable. No ignoraba que esa actitud obstruccionista, si se filtraba a los medios, se percibiría por la gente como algo negativo, propio de un delincuente, pero, en su opinión, aquella era la única decisión coherente con la de negarse a declarar. A fin de cuentas, ella no estaba allí para aparentar inocencia ante el público, sino para librar a su clienta de una acusación infundada. De todos modos, también era consciente de que, si las sospechas contra Alba se mantenían, la policía conseguiría saltarse las medidas de seguridad de los dispositivos tarde o temprano.

Después de aquel registro, lo más doloroso fue el momento de la despedida en la calle. Dos agentes agarraron a Alba por los brazos y la condujeron hasta el coche. La chica amagó con resistirse y gritó que era inocente, pero ni los policías ni el juez se inmutaron. Los padres, devastados, echaron a correr hacia ella, pero otros agentes les cortaron el paso. Así, inmovilizados por la policía, contemplaron cómo Alba se giraba hacia ellos antes de que le bajaran la cabeza para que entrara en el vehículo. Tenía los ojos arrasados en lágrimas y los labios exangües, y murmuró algo que no llegaron a entender, quizá una súplica de que la salvaran de aquel infierno que la engullía.

A unos metros, decenas de periodistas disparaban las cámaras sin parar.

27

El buen camino

Inmóviles frente al ventanal de su casa, con la cabeza girada hacia la derecha, los padres de Nacho Guerra presenciaban en silencio la dramática escena que se estaba produciendo junto al número 26 de la calle Joaquín Costa. Los gritos, los flases de las cámaras de los reporteros y las luces parpadeantes de los vehículos policiales los habían atraído, igual que a otros vecinos.

—Se la llevan… —musitó Samuel, como si quisiera dejar constancia de lo evidente.

Olivia, sombría, se mantuvo callada. En efecto, todo apuntaba a que la chica, cuyo nombre había proporcionado aquella mañana a los investigadores, estaba arrestada y habían registrado su casa. No estaba segura de si ese descubrimiento tendría que haberle producido algún tipo de alivio, o tal vez un acceso de odio incontrolable, pero solo sintió vacío y dolor. Se mordió los carrillos hasta provocarse una herida al recordar lo que Rafa, el amigo de Nacho, les había contado hacía unas horas, cuando le telefonearon y por fin atendió la llamada: una fiesta en un chalet de un compañero llamado Víctor, un incidente con Alba, un cuchillo…

Siguió con la vista a los coches de policía, que habían emprendido la marcha.

—No debí hacerte caso, Samuel —murmuró con voz arenosa—. Yo sabía que no era lo correcto, que Nacho no iba por el buen camino, pero tú…

Olivia no llegó a terminar la frase. A su lado, el rostro del hombre se crispó mientras un silencio inabarcable se desplegaba entre ambos.

Tras unos segundos de tensión, Samuel se dio la vuelta y se alejó sin mediar palabra.

28

La autopsia

La imagen de Alba Ferrero subiendo esposada al coche de policía se había hecho viral. Aunque aún faltaban muchos detalles por conocerse, ya había trascendido que era la hija de la célebre actriz cántabra Sofía Ponte y compañera de colegio de la víctima, y el interés público y el morbo se habían desatado. La noticia había saltado a canales de televisión y periódicos nacionales, y ya era tendencia en las redes sociales, donde arreciaban los insultos contra la presunta asesina y comenzaba a circular toda clase de especulaciones. Hacía unos minutos que Olivia Canals había compartido en su perfil de Instagram una fotografía de su hijo sonriente junto a la bahía de Santander, y los mensajes de consternación y apoyo no dejaban de sucederse. Según la información de la cuenta, tenía más de cincuenta mil seguidores.

Santiago, que en esos instantes estaba leyendo en su despacho un artículo en el que se mencionaba que el juez instructor del caso había sido cuestionado recientemente, soltó un bufido y levantó los ojos del teléfono.

—Olivia Canals me ha llamado cuando venía hacia aquí —le comentó a la fiscal Calderón, con la que se había reunido en los

juzgados, una vez concluido el registro y después de haber pasado por casa para descansar un poco y reponer fuerzas—. Alguien le ha dado mi número.

—¿Y qué te ha dicho? —se interesó ella al tiempo que buscaba algo en su bolso.

—Quería saber las novedades.

—¿Y se las has contado? —inquirió ella con incredulidad.

—No, no. Claro que no, aunque ya estaba enterada de lo de la fiesta. Sorozábal quiere investigarla, y también al marido. Por si acaso.

—Sí, mejor no dejar cabos sueltos —coincidió Inés—. Aunque, sinceramente, no creo que tengan nada que ver.

—Por cierto —dijo Santiago, y se reclinó en la butaca—, he pensado ordenar a la policía que requiera a la operadora del móvil de Alba su registro de llamadas y los datos de conexión a las antenas la noche del crimen. Tenemos indicios más que de sobra para justificar la medida, ¿no te parece?

—Yo no me voy a oponer, desde luego —convino ella mientras sacaba del bolso un paquete de tabaco.

Santiago se fijó en que la cajetilla era nueva. Ni siquiera estaba desprecintada.

—Fumas demasiado, Inés.

—Si tuviéramos casos más sencillos… —se excusó ella, y se dirigió a la ventana.

Santiago abrió la carpeta de la causa y aproximó a la luz del flexo el acta del registro domiciliario practicado esa tarde. En el documento figuraba la descripción de todo aquello de lo que la policía se había incautado, pero, lógicamente, no se mencionaba lo

que los agentes habían echado en falta. Como la investigación estaba bajo secreto de sumario, Sorozábal y Soto no habían querido comentarle nada en casa de la detenida, con la abogada delante, pero después ambos le habían llamado por teléfono para compartir sus inquietudes.

Según la subinspectora, cuando interrogó a Alba por la mañana había una cazadora azul con rayas rojas tirada en la silla de estudio. Suponía que la chica se la había puesto la noche anterior, pues, tal y como habían comprobado, la chaqueta del disfraz era muy fina para febrero. Sin embargo, por la tarde ya no estaba allí, y Alba tampoco la llevaba encima ni la tenía en la mochila en el momento de la detención. Por más que habían revuelto toda la casa, no habían logrado localizarla. Lo mismo les había ocurrido con la cartera. No parecía utilizar ninguna, pero eso era imposible porque ¿dónde diablos guardaba entonces el DNI y el resto de la documentación? Se lo habrían preguntado de buena gana durante el registro, pero la abogada, que era como un perro de presa, había dejado claro que su clienta no respondería absolutamente a nada. En esa tesitura, prefirieron no dar pistas sobre lo que estaban buscando.

La fiscal abrió la ventana y él sintió que el frío se colaba en el despacho y se le metía en el cuerpo. Había anochecido y la temperatura se había desplomado.

Se cerró la americana y puso a Inés al corriente de su conversación con los policías.

—También han averiguado que esta mañana la chica se bajó de un autobús municipal muy cerca de la estación —añadió.

Ella se llevó un cigarrillo a los labios con aire meditabundo.

—O sea, que no fue andando desde su casa…

—No —confirmó Santiago—. Lo que no sabemos es dónde lo cogió. Hay una parada a unos cuatrocientos metros de su domicilio, frente al Casino. Podría ser esa.

—¿Qué insinúas?

—Que si se deshizo de la cazadora y la cartera de camino a la estación, tuvo que ser en uno de esos dos momentos, al subir o al bajar del autobús.

La fiscal encendió el pitillo y dio una calada apoyada en el marco de la ventana.

—Pues que lo registren todo —dijo mientras torcía la boca para expulsar el humo.

—Están en ello, aunque de noche la búsqueda se complica.

—Puede que también tirara el cuchillo y el móvil del muerto, y por eso no los hemos encontrado.

—Sí, yo he pensado lo mismo. Si aparecieran, la verdad es que el caso quedaría encarrilado. Del todo.

Ella cabeceó. Aunque los indicios que manejaban apuntaban en una dirección evidente, persistían algunas lagunas que impedían formular una acusación sólida. No se le olvidaba que no podía permitirse otro desliz.

—Oye, ¿qué tal con Macarena? —preguntó al acordarse del calvario que también pasó Santiago tras aquel error en el caso de prostitución y del conflicto que tuvo con su mujer por culpa de las informaciones que emitían en su emisora—. La he escuchado antes, mientras conducía.

Él se encogió de hombros.

—Pues aún no la he visto. Un poco caótico todo.

—Normal.

—¿Y tú con Jaime?

Ella agitó la mano, y el cigarrillo dibujó arabescos en el aire de la noche.

—Bah, él es procurador. Ya sabe lo que hay cuando nos caen cosas así. Me verá menos —sonrió.

Santiago se recolocó en la butaca y de repente su teléfono empezó a sonar.

—Joder. Llevo todo el día oyendo este chisme.

Lo cogió. Era Sorozábal y parecía acelerado.

—El forense ya ha terminado la autopsia, señoría. Mañana recibiremos el informe preliminar, pero me ha anticipado las conclusiones.

—¿Y bien? —inquirió Santiago al tiempo que activaba el altavoz.

—Considera que las puñaladas las asestó una persona diestra y de una altura similar a la de la víctima. Esa descripción encaja con la detenida: Alba Ferrero escribe con la derecha y es alta. Mide un metro setenta y seis, más o menos como el chico muerto. Además, el forense dice que no se requiere mucha fuerza para causar esas heridas.

—¿Cómo cree que fue el ataque?

—De frente, con un cuchillo con un solo filo, de unos once o doce centímetros de largo y unos dos de ancho. Aunque ya sabe que cuando se trata de armas blancas y tejidos blandos es difícil ser preciso. Fueron dos puñaladas. Entraron directas al pulmón y le seccionaron la arteria pulmonar. Debió de morir rápidamente.

—¿Podría ser alguno de los cuchillos incautados en el registro?

—No. Esos son más pequeños.

La línea quedó en silencio durante unos instantes.

—Entonces ¿la hipótesis es que hubo una pelea y lo apuñaló? —intervino Inés acercándose al móvil.

—Lo dice usted por el golpe que la víctima presentaba en la cara y los restos de piel en las uñas, ¿no? —intuyó Sorozábal.

—Eso mismo.

—Pues, a decir verdad, el forense no lo tiene claro. Considera que pudo producirse un forcejeo entre el asesino y la víctima, sí, pero tampoco descarta que fuera algo previo y ajeno al crimen.

—Con eso no nos ayuda mucho… —dijo Santiago sin esconder su decepción—. ¿Se sabe la hora de la muerte?

—Entre las doce y las cinco de la madrugada, más o menos.

Santiago intercambió una mirada elocuente con la fiscal. Esa horquilla temporal les permitía seguir abogando por la teoría de Alba Ferrero como autora del crimen.

—De acuerdo. Estaremos atentos al informe —dijo el juez.

—Hay otra cosa que quería comentarle, señoría. Mi compañera ha ido antes al chalet donde se celebró la fiesta.

—¿Y ha descubierto algo? ¿Hay algún juego de cuchillos que coincida?

—No lo sabemos. El chaval se llama Víctor Hermoso y…

—Un momento, ¿no será el hijo del abogado?

—Lo es.

—Joder, ese tío es un pesado.

—Precisamente. El chaval se ha acojonado al abrir la puerta y ha llamado por teléfono a su padre. Aparte de montarle a su hijo un follón importante, el hombre ha prohibido que entremos hasta que él llegue. Quiere estar presente.

Santiago puso los ojos en blanco.

—¿Y eso cuándo será?

—Mañana por la mañana. Está en Canarias con su mujer. Aterrizarán a las nueve y media. De todos modos, señoría, si usted nos autoriza…

Pese a que Sorozábal no podía verlo, Santiago sacudió la cabeza de forma instintiva.

—No, no, inspector. Ese chico no es sospechoso de nada. Si su padre ha dicho que mañana no pondrá problemas, esperaremos.

El policía comenzó a articular una protesta, pero el juez lo cortó en seco. Odiaba cuando ese hombre y sus compañeros pretendían hacerle cambiar de opinión. Si fuera por ellos, se pasarían el día interpretando la ley a su favor, con las consecuencias que eso traía.

—Sorozábal, no siga. No vamos a jugarnos una nulidad por esto, ¿entendido? Entrarán mañana —sentenció con tono inapelable.

El inspector dejó escapar un resoplido.

—Muy bien, señoría.

29

Los chicos

Los tres chicos se reunieron donde solían hacerlo en invierno para estar tranquilos: en el aparcamiento de la playa del Camello, muy cerca de la península de la Magdalena. Allí, pegados al muro y cobijados por las sombras, era difícil que alguien los molestara. Además, a las ocho de la tarde de un domingo, aquello estaba desierto.

Llegaron casi a la vez y caminaron cabizbajos hasta el punto donde habían quedado. Se encendieron un cigarrillo sin decir nada, conscientes de que estaban pensando lo mismo: faltaba su amigo Nacho.

Fue Rafa, tapado con una bufanda negra hasta la barbilla, quien rompió el silencio.

—Gracias por cubrirme esta mañana —dijo en voz baja, a pesar de que nadie los escuchaba. Al hablar, frunció tanto el ceño que sus cejas, gruesas y pobladas, casi formaron una sola línea—. Si se enteraran de eso…

Miguel dio una calada y la brasa brilló en la penumbra, iluminando su rostro pálido y su pelo rubio.

—Han detenido a Alba. No te preocupes.

Rafa balanceó la cabeza en un gesto ambiguo y escrutó al otro muchacho, Andrés, como si esperara que él se pronunciara en ese mismo sentido. Sin embargo, Andrés se mantuvo callado e hizo girar el filtro del pitillo entre los dedos, con aire ausente. Tenía el cabello castaño, cortado al estilo casco, y el flequillo le bailó ligeramente sobre los ojos, agitado por la brisa del mar.

—A mí el policía me preguntó por Alba en cuanto entró en mi cuarto —murmuró Miguel—. Está claro que sospechaban de ella desde el principio. —Apretó los dientes y, al cabo de unos segundos, negó con la cabeza, lúgubre—. Joder, no puedo creer que…

Ni Rafa ni Andrés contestaron, y los tres observaron el vacío donde tendría que estar Nacho. Fumaron en silencio mientras los pensamientos giraban en su cabeza, con las aguas oscuras del Cantábrico gimiendo de fondo al morir en la orilla. Sobre ellos, el humo tejía telarañas que volaban hacia el cielo de aquella noche desapacible.

—¿Y lo otro? —preguntó de repente Rafa con un hilo de voz.

Miguel dio un respingo. Después, arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisoteó.

—Eso mejor no mencionarlo.

30

Antonia

Paula pasó una página del voluminoso informe pericial y, a continuación, escribió una pregunta adicional en el guion del interrogatorio que estaba preparando para el juicio por el escape de gas previsto para el día siguiente. Serían tres sesiones, todas por la mañana, y el tiempo se le estaba echando encima. Se encontraba en el sofá de su casa con el tomo sobre las rodillas. Teresa se había sentado a su lado y leía absorta una novela de aventuras. A sus pies, en la alfombra, Martín jugaba con unos muñecos junto a la chimenea del chalet adosado al que se habían trasladado hacía tres años.

La abogada hizo una pausa y contempló a su hijo con arrobo. Sintió una punzada de culpa. Ese mediodía había sido difícil explicarle que debían abandonar la estación de esquí antes de lo acordado, cuando él ya se había hecho la ilusión de pasar el día con sus amiguitos de la nieve. Por suerte, a los niños de su edad les duraban poco las rabietas.

—¿Qué harás con lo de Iberian Labs? —le preguntó de pronto Teresa, al advertir que su pareja había emergido por un momento del asunto que la tenía tan ocupada.

Paula se volvió hacia ella. No había acritud en su mirada, solo preocupación.

—No lo sé. Supongo que seguir adelante. Y si me contratan, hablar con Antonia para que continúe con la defensa de Alba.

Teresa esbozó una ligera sonrisa.

—También puede hacerlo el nuevo.

—Sí, también, si al final se incorpora —concedió Paula, aunque esa idea la seducía menos, y no estaba segura de que Sofía y Julio fueran a aceptarlo.

—¿Crees que la llevarán a juicio?

—¿A Alba? No lo sé. Es pronto para decirlo, aunque tiene pinta de que será una instrucción complicada. —Se mordió el labio inferior—. Siento que debería seguir a su lado, pero…

Teresa colocó el marcapáginas por la mitad del libro y lo cerró de golpe.

—Paula, tu vida no puede depender de los demás. Ya te lo he dicho otras veces: si sigues en el despacho, que sea por ti. Nada más. Porque lo disfrutas y quieres hacerlo.

La abogada la miró y le apretó la mano. Teresa no era psicóloga, pero, si hubiera estudiado esa carrera, Paula estaba convencida de que se le habría dado bien. En realidad, su cargo de trabajadora social en un centro de personas con discapacidad no dejaba de comportar ciertas dotes de comprensión y empatía.

—¿Cómo están los padres de la chica? —preguntó Teresa.

—Desesperados. Intentando hablar con algunos compañeros de su hija por si averiguan algo que la salve. Algo a lo que aferrarse…

La vibración del móvil de Paula las interrumpió.

—Igual son ellos —aventuró Teresa.

Sin embargo, la pantalla le mostró el nombre de Antonia. Paula se excusó y salió al pasillo mientras Martín la observaba con curiosidad.

En cuanto contestó, su jefa le explicó que estaba regresando a Santander en tren y que, al consultar las noticias, se había enterado del crimen cometido en la calle Joaquín Costa. La había visto en varias fotografías a la salida del registro de la vivienda de la detenida.

Paula le hizo un resumen rápido.

—Puf, menudo asunto… —murmuró Antonia, y carraspeó ligeramente—. Te vas a hacer famosa en toda España.

—Pues preferiría que no, la verdad. A ver si lo cerramos rápido…

—Esto no se va a resolver de hoy para mañana, Paula. Es un caso gordo. Por cierto, en las imágenes aparecía Belmonte. ¿Por qué estaba durante el registro si él no tiene competencia en los expedientes de menores?

—Alba cumplió los dieciocho hace unas semanas —respondió Paula sin disimular su disgusto.

—Dios, entonces habrá juicio con jurado…

—Sí, pero espero que no con ella.

—Claro, claro… —farfulló Antonia, y volvió a carraspear—. Oye, mañana empiezas el juicio del hotel, ¿no?

—Sí. Entro en sala a las diez.

—Perfecto. Si puedes, pásate antes por el despacho, por favor. Quiero comentarte una cosa.

31

Humo negro

En el calabozo, Alba se acurrucó en la fina colchoneta que servía de cama y se pasó el dorso de la mano por la frente, perlada de sudor. Aunque hacía mucho frío, tenía las puntas del flequillo empapadas, igual que la camiseta, y no conseguía que se le secaran. Se sentía exhausta, al límite de sus fuerzas, y desde hacía rato se le estaba cayendo el pelo. Cada vez aparecían más mechones sueltos en ese trozo de plástico sucio donde se suponía que debía dormir.

Había perdido la noción del tiempo que llevaba allí tumbada, en aquel agujero lúgubre y diminuto situado en el sótano de la comisaría. Intentaba consolarse pensando que al menos no se veía obligada a compartir el calabozo con otra persona, con alguien que pudiera hacerle daño, pero aun así el miedo seguía enroscándosele en la garganta, apretando cada vez más, como una boa.

Se tapó con la manta hasta el cuello y, para calmarse, se dijo que aquello solo era un mal sueño, que pronto se despertaría en su cama, con sus padres asomados a la puerta. Cerró los ojos con fuerza para dejarse llevar, para convencerse.

Sin embargo, esa ilusión delirante duró poco.

Se desvaneció en cuanto oyó los golpes en los barrotes de los calabozos contiguos, los lamentos y los gritos de otros detenidos y las carcajadas metálicas y desquiciadas de una mujer que había entrado allí poco después que ella y que, al cruzar el pasillo, le había sonreído con sus dientes negros y carcomidos.

La posibilidad de acabar con todos ellos en la cárcel flotó en su mente como un humo negro, y comenzó a toser como si realmente se estuviera intoxicando.

¿Y si el juez no la dejaba en libertad?

Dio la enésima vuelta en la colchoneta y luchó por olvidarlo todo.

32

Pomposo y Asociados

Lunes 20 de febrero de 2023

Paula salió del aparcamiento donde dejaba siempre el coche y cruzó el paseo de Pereda, que se extendía en paralelo a la majestuosa bahía de Santander. Se detuvo frente al número 17 y contempló la placa dorada: POMPOSO Y ASOCIADOS. ¿Cuántas veces más entraría en ese portal?

Introdujo la llave y se internó en el edificio.

Nada más empujar la puerta del primero A, se topó con su jefa en el recibidor. Antonia Pomposo, de cincuenta y cinco años, era una mujer alta y de espaldas anchas, aunque no rolliza. Tenía las facciones angulosas, el pelo teñido de un rubio platino que la hacía reconocible en cualquier punto de la ciudad y unas gafas de montura negra que se había comprado el año anterior y le daban un aire intelectual. Tras las lentes se escondían unos ojos verdes y profundos que siempre miraban con intensidad. La mujer estaba de pie detrás del mostrador consultando la agenda de citas del bufete. Marina, la secretaria, aún no había llegado.

—Ah, hola, Paula —la saludó, y esbozó una sonrisa deslucida.

—¿Qué tal el viaje? Pareces cansada.

Antonia cerró la agenda y le hizo un gesto para que la acompañara a su despacho, que se encontraba a mano derecha. Era una estancia amplia y elegante, y en uno de sus laterales había un sofá ocre que nadie utilizaba. Sin embargo, para sorpresa de Paula, en esa ocasión su jefa se lo señaló y ambas tomaron asiento.

—Oye, Antonia, ¿ocurre algo?

La veterana letrada se miró las manos. La sonrisa se le había borrado de la cara.

Paula le repitió la pregunta, cada vez más inquieta, y la mujer alzó al fin la vista. Varias lágrimas amenazaban con descolgársele de las córneas.

—Tengo cáncer —musitó.

Al escucharla, Paula sintió que se mareaba y que todo su cuerpo se hundía en aquellos iris verdes.

—¿Qué? —alcanzó a articular.

—Lo sé desde hace unas semanas —dijo Antonia. Su respiración se había vuelto trabajosa, como si le faltara el aire—. He estado esperando a que me dieran el resultado de una prueba en Madrid, una segunda opinión, y…

Paula le cogió las manos. Entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Qué te han dicho?

Su silencio fue respuesta suficiente.

—Es… es de mama —consiguió explicar con un hilo de voz—. Está bastante avanzado. Dicen que, con una operación, radioterapia y quimio, quizá salga adelante. Pero no es seguro.

Paula apretó los labios para reprimir el llanto y la abrazó. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Todo irá bien, ya verás —se obligó a decir.

—Sí, eso espero…

La voz se les apagó a las dos y se quedaron abrazadas durante varios segundos. Cuando se separaron, Paula le prometió que la apoyaría en todo lo que necesitara. Al pronunciar esas palabras, de pronto fue consciente del obstáculo que aquel compromiso suponía en su propósito de abandonar el despacho, pero se forzó a alejar ese pensamiento de su mente. En ese momento, aquello era lo de menos.

—Me tendrás para lo que haga falta —repitió con determinación.

Antonia le acarició la mejilla y, aunque la mujer amagó con sonreír, tan solo consiguió que los labios le bailaran.

—Paula, el bufete…

—No te preocupes por eso.

Antonia asintió con la cabeza y murmuró un agradecimiento. Luego añadió:

—Necesito que hoy vengas a la entrevista con Álvaro. Sé que estás hasta arriba, pero… Tiene que incorporarse cuanto antes, y si no encajáis bien…

Paula hizo un repaso mental de la jornada que la aguardaba. La primera sesión del juicio le llevaría toda la mañana, de eso estaba convencida. También de que, en cuanto terminara, se encontraría con varias llamadas de Sofía y con algún avance en el caso de Alba que requeriría su inmediata atención; era lo habitual en ese tipo de asuntos. Y a eso debía sumar los preparativos para la siguiente sesión del juicio y otros expedientes de los que también tendría que ocuparse… Ahogó un resoplido de ansiedad y se consoló pensando que al menos esa tarde no había citado a clientes.

—Por eso aceleraste la búsqueda de candidatos, ¿no? —dedujo con tristeza.

—Sí. A mi hijo aún le quedan dos años para acabar la carrera, más el máster… No quiero perder todo lo que he conseguido. Y esto es demasiado para ti sola.

Paula bajó la mirada. Abandonar a Antonia en esa situación sería lo más ruin que cabría imaginar. Tenía que ponerse en contacto con Iberian Labs cuanto antes y cancelarlo todo.

—No faltaré a la entrevista —prometió—. Me las arreglaré como sea.

A la mujer se le iluminaron los ojos.

—Gracias.

Paula volvió a tomarle las manos.

—¿Cuándo… cuándo empiezas el tratamiento?

Antonia ladeó los labios, como si le costara admitir lo que estaba por llegar.

—En unas semanas.

33

Moguer & Cía.

Liencres

Santiago se sirvió una taza de café y se giró para saludar con un beso a Macarena, que acababa de entrar en la cocina con aire somnoliento. La noche anterior, agotado tras una jornada frenética, él se había acostado temprano y al despertarse no había querido molestarla.

Reparó en que ella llevaba el iPad en la mano.

—¿Has visto esto? —le preguntó Macarena al tiempo que se lo tendía.

Santiago advirtió que era una noticia de un conocido periódico regional.

—La verdad es que aún no he tenido tiempo de leer la prensa —dijo mientras cogía la tableta y se sentaba a la mesa.

—Los de la emisora me lo mandaron ayer poco después de que te fueras a la cama. Igual para vosotros no es ninguna novedad, pero…

Santiago desvió la vista a la pantalla. La mera lectura del titular provocó que soltara un improperio.

—No lo sabíais, ¿verdad?

Santiago no contestó, aunque su actitud lo delataba. Claro que no lo sabían. En el juzgado no tenían ni idea de que Julio Ferrero y Samuel Guerra trabajaban en la misma empresa. Según el artículo, el padre de Alba era el director general de Moguer & Cía., una importante naviera constituida en Santander hacía más de un siglo y propietaria de grandes buques mercantes. La compañía tenía delegaciones en numerosos puertos nacionales y en varios países de todo el mundo, y en septiembre de 2022 había incorporado a sus oficinas centrales, ubicadas en la capital cántabra, a un nuevo director de Logística: Samuel Guerra, el padre del chico asesinado. Samuel ya era empleado de Moguer & Cía. desde unos años antes en Barcelona, aunque con un cargo inferior.

—No sé si hoy irán a trabajar, pero como coincidan se va a montar una buena —musitó Macarena, atenta a la reacción de su marido, que no apartaba los ojos de la noticia.

Santiago apretó la mandíbula. ¿Cómo podía habérsele escapado ese detalle a Sorozábal? El padre de la sospechosa era superior jerárquico del de la víctima, y cabía la posibilidad de que incluso hubiera tomado partido en la decisión de ascenderlo y trasladarlo a Santander.

—Tal vez lo haya filtrado el propio Samuel —especuló Macarena—. En algún medio también se comenta que hará unos cinco años Julio Ferrero estuvo cerca de convertirse en Secretario de Estado de Infraestructuras y Transportes. Por lo visto tiene buenos contactos en política, pero hubo un grave accidente laboral en la empresa y su nombramiento quedó aparcado. ¿Vosotros no habéis…?

—Déjame leer, ¡joder! —estalló Santiago al tiempo que daba un golpe en la mesa—. Además, no sé para qué me preguntas. Ya

sabes lo que hay.

Macarena se ruborizó durante unos instantes. Luego le espetó:

—Encima de que te aviso…

La periodista se levantó de la mesa con un movimiento rápido, dejó su taza en el fregadero y salió como un vendaval.

Cuando dejó de leer, Santiago comprendió que había pagado con ella su frustración. Sin embargo, no fue a buscarla para disculparse. En su lugar, cogió el Nokia de la encimera y llamó a Sorozábal.

—¿Ha leído el puto periódico, inspector?

—Sí, ya sé a lo que se refiere —suspiró el policía—. Iba a llamarle ahora. La información nos llegó ayer a última hora. No sé cómo…

—¿No sabe cómo pudieron obviar algo así? —lo cortó el juez, irritado.

—Había cosas más urgentes y no se nos ocurrió preguntar por… —Sorozábal se interrumpió, como si hubiera entendido que era absurdo buscar excusas—. Mire, respecto a eso, hay algo que la prensa ha pasado por alto.

Santiago se pegó el teléfono a la oreja aún más.

—¿El qué?

—Quizá no sea importante, pero es posible que poco antes del crimen los dos padres estuvieran juntos. Ayer, cuando la subinspectora Soto subió al piso de la sospechosa, Julio Ferrero le contó que tuvo una cena de empresa esa noche. Y luego, si lo recuerda, el padre de la víctima nos habló a los cuatro de algo parecido.

—Sí, me acuerdo. Y Samuel también dijo que vio a su hijo en el centro y después cogió un taxi.

—Exacto. Pues la cena debió de ser la misma.

—Joder, ¿y su compañera no se dio cuenta? En febrero no suele haber ese tipo de eventos, y dos personas diciendo lo mismo…

—Sí, tendría que haber atado cabos, pero todo estaba sucediendo muy rápido, señoría. Además, Julio Ferrero le dijo que la cena había sido en la zona de El Sardinero y, sin embargo, el padre de Nacho comentó que, cuando se cruzó con su hijo, estaba con sus compañeros en Puertochico… —replicó Sorozábal, y el juez tuvo la seguridad de que en ese instante el policía se hallaba junto a su compañera.

Santiago estuvo a punto de espetarle que la explicación era tan sencilla como que Samuel Guerra debió de ir allí a tomar unas copas tras el cierre del restaurante, pero entendió que era inútil seguir hurgando en la herida.

—Vayan a interrogar de nuevo a Samuel Guerra y a Olivia Canals —ordenó—. Yo les veré a las diez y media para el registro del chalet donde se celebró la fiesta, ¿entendido?

—Entonces ¿contamos con usted? —se sorprendió Sorozábal, puesto que no era habitual que los jueces participaran en esa clase de diligencias secundarias.

—Sí, quiero estar presente para hacerme una idea. Ayer me llamó el presidente del Tribunal Superior de Justicia para preguntarme por el asunto. Según me dijo, conoce bastante a Olivia porque pertenecen a la misma asociación de jueces. Está muy preocupado por la repercusión social de todo esto, y no me extraña, joder —masculló al tiempo que suspiraba largamente—. Van a ser días duros. Vamos a tener a todo el mundo encima opinando, criticando, poniendo cosas en duda… Les pido la máxima implicación. No vuelvan a dejarse nada por el camino, ¿de acuerdo?

—Sí, señoría.

34

Derrumbarse

Santander

Aún no eran las diez de la mañana y las malas noticias no dejaban de sucederse, y lo que Julio acababa de contarle por teléfono había sido la puntilla. ¿Qué iban a hacer?

Con manos temblorosas, Sofía recuperó el móvil, que había lanzado al sofá en un arrebato de angustia. Marcó el número de Paula. No se le escapaba que ofrecer consuelo no estaba entre las funciones de la abogada, pero necesitaba hablar con alguien más, alguien que no fuera su marido. La soledad en aquellos momentos se le hacía insoportable. Solo Luna, la caniche, estaba allí con ella.

Esa semana no era lectiva en Cantabria y, antes de marcharse a trabajar, Julio había llevado a Nico con los abuelos paternos, con quienes ya estuvo casi todo el día anterior en Santander.

Esa mañana a Julio y a ella no les había quedado otra opción que mentirle. El pequeño estaba apuntado hasta el viernes a las actividades de un campus deportivo a las afueras de la ciudad y, si acudía, era obvio que otros niños le contarían lo ocurrido e incluso podría ser objeto de mofas y comentarios hirientes. Ya se había

mostrado bastante inquieto por la noche con la presencia de los periodistas, que no se marcharon de los alrededores del edificio hasta bien tarde, así que nada más levantarse le habían dicho que el campus se había suspendido y que, en lugar de eso, viajaría con los abuelos al pueblo, a la casa de campo que tenían en la comarca de Liébana. Abrigaban la esperanza de que allí estuviera controlado y aislado del ruido, y que, si Alba quedaba libre pronto, quizá ni se enterase de aquella catástrofe, o que, para cuando lo hiciese, aquello ya no pudiera dañarlo. Además, en la aldea Nico no podría pedir que lo llevaran a jugar con sus amigos, y así se evitarían ponerle excusas absurdas. Aunque, a decir verdad, ella tampoco tenía claro que los demás padres fueran a permitir que sus hijos se juntaran con Nico en esa situación. Muy pocas personas se habían interesado por ellos tras lo sucedido, y eso la desgarraba por dentro. Si el móvil sonaba, en general era algún periodista que buscaba una exclusiva. Nada más. Y por el momento no habían logrado que nadie del entorno de Alba los ayudara a entender qué diablos había sucedido esa noche, ni siquiera Raquel.

Todo parecía derrumbarse a su alrededor.

A Julio, que había hecho acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para ir a la oficina, le habían comunicado nada más llegar que el consejo de administración había acordado que se cogiera unos días libres. Sería un permiso retribuido, algo temporal, y cuando la tormenta amainara todo volvería a la normalidad. Sin embargo, no habían sabido concretarle el tiempo que duraría ese inesperado paréntesis.

Eso era lo que su marido acababa de explicarle por teléfono.

Y a ella, que tenía varios proyectos a punto de firmar, la había llamado su agente unos minutos antes para informarla de que dos productoras habían retirado su propuesta sin dar explicaciones. Al igual que una empresa internacional de cremas y productos de belleza, de la cual era embajadora, con una campaña de publicidad que estaban negociando. En Instagram, por salud mental, se había obligado a no entrar.

Pensó que era como si de pronto el mundo quisiera desprenderse de ellos, como si se hubieran convertido en portadores de una enfermedad contagiosa. ¿Y si la sociedad ya los había condenado?

—Vamos, Paula, vamos… —murmuró con el móvil en la oreja.

Cuando se dio cuenta de que la abogada no contestaría al teléfono, se dejó caer en el sofá y enterró el rostro en los cojines.

35

Nada más

Había medios de comunicación por todas partes y Paula oía voces que se enroscaban a su alrededor. Sus clientes, nerviosos frente a la puerta de la Audiencia Provincial, no dejaban de parlotear, pero ella, que ya se había colocado la toga y cargaba con un pesado maletín, se sentía muy lejos de allí. En concreto, su mente se mantenía en el despacho de Antonia Pomposo. Continuaba sentada en aquel sofá mullido, escuchando esas palabras que no dejaban de retumbarle en los oídos.

«Tengo cáncer».

De repente, la puerta de la sala de vistas se abrió y la funcionaria salió al pasillo.

—Procedimiento abreviado número 50/2022 —anunció—. ¡Pasen!

Paula se irguió e hizo una seña rápida a sus clientes para que la siguieran al interior de la sala, donde declararían como acusados. Ella sostenía que el escape de gas que provocó la muerte de cinco personas y dejó en coma a otra no era atribuible a una negligencia de los administradores del hotel o del personal a su servicio, sino a un fallo de dos trabajadores de la empresa de mantenimiento, también acusados. Según su tesis, procedía la libre absolución de

sus defendidos, pero todo dependía del criterio del tribunal, formado por dos hombres y una mujer que los recibieron con semblante inexpresivo.

El ambiente estaba cargado y a los cinco acusados les costó sentarse, como si las piernas se les hubieran congelado. Paula intercambió una mirada con sus clientes. Sus ojos suplicaban auxilio ante una situación que los asfixiaba. La acusación particular pedía para ellos una pena de cinco años de prisión, y la fiscalía cuatro, lo mismo que para los empleados de la empresa de mantenimiento. En esas circunstancias, lo lógico habría sido que todos hubieran alcanzado un acuerdo con el fiscal y el abogado contrario para evitar el riesgo de acabar en la cárcel. Sin embargo, el acuerdo requería que se indemnizara debidamente a los perjudicados y eso no había sido posible. Por una razón u otra, las aseguradoras y las propias empresas no habían pagado, y los acusados no disponían de solvencia suficiente para hacer frente a unas cantidades tan elevadas. En resumen, estaban abocados a ese juicio donde se lo jugaban todo.

Paula se acomodó a un lado del estrado y, mientras sacaba el expediente y lo desplegaba sobre la mesa, se obligó a concentrarse, a olvidarse de cuanto sucedía en el exterior. Ahora solo importaban sus clientes. El mundo se reducía a esa sala y ese tribunal.

Nada más.

36

Una monstruosidad

El juez Belmonte aparcó el coche y fue caminando hasta la cafetería donde lo aguardaban Sorozábal y su compañera, pegada a la Primera playa de El Sardinero. Aunque no llovía, hacía frío y su aliento formaba volutas de vaho que se contoneaban en el aire. Tras saludarse, entraron y escogieron una mesa apartada. Pidieron tres cafés.

—Bien, ¿qué les ha contado el padre de la víctima? —preguntó el juez con tono malhumorado. Antes de salir de casa, había discutido de nuevo con Macarena. Ella se había marchado sin despedirse.

—Samuel Guerra nos ha confirmado que trabaja con Julio Ferrero y que, tal y como sospechábamos, la noche del sábado estuvieron en la misma cena —contestó Sorozábal.

—¿Y por qué no lo mencionó cuando hablamos con él y su mujer? No saberlo nos ha hecho quedar como unos idiotas.

—Los dos se han disculpado. Nos han pedido que nos hagamos cargo del momento que estaban viviendo. No pensaron en eso, no le dieron importancia.

—¿Le han preguntado a Samuel cómo era su relación con Julio hasta ayer? —quiso saber Santiago.

El inspector asintió.

—Según él, complicada. Tuvieron algunos encontronazos en enero a raíz del comportamiento de Nacho con Alba, hasta que el chaval dejó de meterse con ella casi a finales de ese mes. Ahora se hablaban lo justo.

—¿Y de quién fue la decisión de nombrarlo director de Logística y traerlo a Santander? —inquirió Santiago.

—Fue cosa del consejo de administración de la naviera, aunque Julio no se opuso —respondió Sorozábal—. Se respetaban, al menos al principio. De hecho, parece que fue Julio quien lo ayudó a buscar casa y le avisó de que había un piso disponible en el número 29 de Joaquín Costa.

—Supongo que ninguno habrá ido a trabajar hoy, ¿no?

—Samuel no, le han dado un permiso por la muerte de su hijo. En cuanto a Julio, no lo sabemos.

—Cuando coincidan, será un problema —dijo Soto.

El juez recordó que su mujer había dicho exactamente lo mismo en casa. Removió el café y dio un trago largo.

—Me imagino que Julio tampoco tendría en mucha estima al chico, ¿no? —apuntó, y devolvió la taza, vacía, al platillo.

—No, en ninguna —confirmó Sorozábal—. Al parecer, un día llegó a decirle a Samuel que, como su hijo no dejara de humillar a Alba, tomaría medidas.

Santiago lo miró fijamente.

—¿Usted cree que…?

—No, no creo que se refiriera a matarlo —contestó el policía, que consultó el reloj y también apuró el café—. Suena más a medida de tipo laboral. Una represalia.

—Julio no tiene coartada, por cierto —les recordó Soto con gesto de concentración—. Dijo que volvió de la cena a las dos y pico, pero su mujer ya se había acostado. No hay pruebas de que regresara a esa hora.

Sorozábal se giró hacia su compañera.

—Andrea, ya tenemos una sospechosa. Además, ¿tú dejarías que tu hija fuera a la cárcel por ti? Es una monstruosidad.

—Bueno, aún no ha ido a la cárcel. Solo está en los calabozos.

—Da lo mismo. O mucho cambia esto, o la chica acabará entre rejas. Ella lo sabe. Y por eso quiso huir.

Santiago empujó la silla hacia atrás.

—Venga, vamos al chalet de la fiesta, que ya casi es la hora.

37

Juicios paralelos

Era el turno de la acusación particular.

El fiscal había finalizado su interrogatorio y Félix Villar, el abogado que defendía los intereses de los afectados por el escape de gas, revisaba sus notas antes de lanzarse en picado contra el primero de los acusados. Paula lo observó con detenimiento al otro lado del estrado. Era un hombre de cincuenta y seis años con ligero sobrepeso, el pelo ralo y peinado a raya, y una barba totalmente blanca y recortada de forma impecable. No era la primera vez que se enfrentaban y, al parecer, no sería la última. Al entrar en la sala, Villar se le había acercado para murmurarle con tono malicioso que los padres de Nacho Guerra se habían puesto en contacto con él para que se hiciera cargo del caso por el asesinato de su hijo. Eso, por desgracia, significaba que, además de con la fiscalía, ahora también tendría que pelear con ese hombre para lograr que Alba quedara al margen de la investigación.

La designación de Villar no suponía una buena noticia para su clienta, y mucho menos en el supuesto de que tuviera que sentarse en el banquillo. Era uno de los mejores abogados de Santander y no acostumbraba a perder. Además, había sido decano del Ilustre

Colegio de la Abogacía de Cantabria hasta el año anterior y, solo por haber ostentado ese cargo, infundía respeto y generaba credibilidad, lo cual no resultaba baladí ante un jurado, a menudo integrado por gente que, fuera de su hábitat natural, se volvía impresionable. Paula confiaba en que no fuera necesario verlo desplegar sus artes ante los miembros del jurado, aunque, sin conocer qué datos concretos manejaba la policía contra Alba y qué podía estar pasando por alto aquel inspector, ¿cómo iba a ayudarla? Era consciente de que, si la situación no cambiaba radicalmente, en dos días el juez Belmonte tendría que pronunciarse sobre si dejaba en libertad a Alba o decretaba su ingreso en prisión provisional, a la espera de juicio. De momento prefería no pensar en esa posibilidad y confiar en que, por un lado, los padres de la chica consiguieran alguna información de interés y, por otro, los agentes hicieran su trabajo.

Villar alzó el mentón y formuló su primera pregunta. Era buena. Contundente. Una estocada en toda regla. Pero no pilló por sorpresa al acusado, que la esquivó con agilidad. Ella lo había preparado a conciencia.

El abogado dejó traslucir cierta decepción por la respuesta, pero volvió a la carga. Fue entonces cuando Paula notó otra vez que su teléfono vibraba en la americana, a la altura de las costillas. La estaban llamando desde que había comenzado el juicio. Tuvo la tentación de sacarlo del bolsillo y ojearlo, pero temía distraerse y perderse algún detalle del interrogatorio que luego pudiera resultar relevante, o que el tribunal la amonestara por su conducta.

Unos segundos después notó tres vibraciones adicionales, cortas y seguidas, como una cadena de wasaps, y Paula se rindió y abandonó toda cautela. No podía aguantar sin saber qué estaba sucediendo

más allá de esas paredes. Sacó el móvil y lo depositó con delicadeza en la mesa, al lado del expediente y de su bolígrafo. Levantó la mirada. Nadie se había fijado. Envalentonada, lo desbloqueó mientras se esforzaba por no perder el hilo del interrogatorio. Ahora Villar estaba abordando la firma del contrato de servicios con la empresa de mantenimiento de las calderas del hotel. Era un asunto importante, pero el letrado había comenzado dando un rodeo, quizá con la esperanza de que el acusado se relajara.

Paula se permitió volver al teléfono. Lo primero que vio fue la notificación de un correo electrónico remitido por Rosario Huertas, de Iberian Labs. La respiración se le aceleró y pulsó sobre el mensaje para abrirlo. Era lo que se imaginaba: le confirmaban que el martes, a las seis de la tarde, la esperaban en las oficinas de la multinacional para la entrevista con el director de Asesoría Jurídica. Maldijo para sus adentros. Durante el trayecto a los juzgados no había sido capaz de enviar el correo para cancelar la reunión. ¿Y si no volvía a surgir una oportunidad así? Pero, al mismo tiempo, ¿cómo iba a dejar tirada a Antonia en su situación? ¿Es que no tenía humanidad? Tampoco se había atrevido a consultarlo con Teresa.

De pronto se percató de que no estaba prestando atención a Villar y al acusado. ¿Habrían dicho algo importante? Se disponía a centrarse de nuevo en ellos cuando se fijó en que tenía otras dos notificaciones. Echó un vistazo rápido. La primera indicaba que Sofía la había llamado cinco veces. La segunda, que Antonia le había escrito dos wasaps. Uno de ellos era una imagen. El otro, un mensaje en el que le preguntaba si estaba al corriente de aquello.

Paula no pudo resistir la tentación. Abrió la imagen. Era un pantallazo de un reportaje que una conocida revista había publicado

en su versión digital.

ACOSO Y MUERTE.

LA BOMBA QUE TERMINÓ ESTALLANDO.

Ese era el titular. Y debajo, un montaje en el que aparecían, por un lado, Sofía y Julio posando con su hija en la proa de un velero y, por otro, Nacho y sus padres en las inmediaciones del colegio Picos de Europa. Ambas instantáneas estaban separadas por lo que simulaba ser un reguero de sangre.

Paula frunció el ceño y siguió leyendo. El periodista informaba de que el padre de la presunta asesina y el de la víctima trabajaban en la misma empresa, algo que Julio le había contado a ella la tarde anterior, y se hacía eco de algunas discusiones acaloradas que, por lo visto, ambos habían tenido no solo en la oficina, sino también en el centro escolar con motivo del trato que Nacho dispensaba a Alba. Según una fuente que el autor no citaba, eso podía haber afectado a la chica, recrudeciendo la situación y, al final, empujándola a matar.

A la abogada se le escapó un bufido que el micrófono amplificó. Lamentaba que, como ocurría en muchos otros casos, los juicios paralelos y las especulaciones tóxicas ya estuvieran circulando cuando la investigación no había hecho más que arrancar. ¿Cómo iba a respetarse así la presunción de inocencia?

—Letrada, ¿quiere decir algo?

Paula se sobresaltó y retiró la mano del teléfono. Quien se había dirigido a ella era el presidente del tribunal, que en ese momento la escudriñaba con hosquedad.

—No, no. Disculpe, señoría.

—Bien. Pues ahórrese los ruiditos, ¿de acuerdo? Y haga el favor de guardar eso.

Azorada, Paula obedeció en el acto e intentó no preocuparse por el ridículo que acababa de hacer. Pero ¿qué estarían pensando sus clientes?

38

Juego de cuchillos

Augusto Hermoso, el padre del chico que tuvo la ocurrencia de celebrar aquella fiesta de la que algunos medios ya empezaban a hablar, abrió la puerta del número 103 de la avenida Reina Victoria con semblante desconfiado. Al otro lado se encontró en primer lugar con el inspector Sorozábal. El policía encabezaba la comitiva integrada por Andrea Soto, el juez Belmonte, el letrado de la Administración de Justicia y varios efectivos de la policía científica.

Augusto los saludó y de inmediato les hizo saber que, aunque acababa de llegar de viaje con su mujer, lo esperaban en el despacho y no podía demorarse demasiado.

—Si no fuera por su negativa de ayer, hoy no estaríamos aquí —le recordó Sorozábal con acritud.

El abogado ladeó la cabeza.

—Por favor, inspector, entiéndalo. Se produce un crimen, ustedes quieren entrar en mi domicilio, yo estoy a miles de kilómetros… Será deformación profesional, pero prefería ser precavido —añadió, y miró al juez. Él se dedicaba a asesorar y defender a empresas, y ambos habían coincidido en algunos casos de delito corporativo.

—¿Pasamos? —fue todo lo que le contestó Santiago.

Augusto asintió y se hizo a un lado.

El juez fue tras Sorozábal y se internó en los jardines de aquel inmenso chalet. Estaba pintado todo de blanco y el perímetro se hallaba delimitado por un alto muro. Las casas vecinas se encontraban lo suficientemente lejos como para que la vivienda gozara de total privacidad.

Nada más acceder al recibidor, se toparon con el chico. Era un calco de su padre, la misma piel bronceada, el pelo castaño y ondulado y los ojos oscuros. La única diferencia era el modo en que el adolescente se encorvaba, sin atreverse a mirarlos a la cara.

—Víctor, haz el favor de saludar —le ordenó Augusto.

Imprimió a sus palabras un tono duro y cortante, y Santiago comprendió que seguía furioso por la fiesta que el chaval había montado a sus espaldas.

El muchacho balbuceó un «Buenos días» sin apartar los ojos del suelo. En ese instante, una mujer de mediana edad salió de una estancia próxima y se les acercó con paso nervioso. Santiago la reconoció: se trataba de Rosa de Frutos, madre de Víctor y heredera de un potente grupo metalúrgico fundado en Cantabria hacía más de un siglo. Era alta, delgada y rubia, tal y como se apreciaba en las fotos de internet que el juez había consultado a primera hora al investigar a esa familia. Sin embargo, sus atractivas facciones se veían deslucidas por unos ojos húmedos e irritados. Daba la impresión de haber estado llorando antes de que llegaran.

—Les presento a mi mujer, Rosa —dijo Augusto.

Ella murmuró un saludo y le estrechó la mano al inspector, que se había adelantado para ofrecérsela. A continuación, Sorozábal observó al muchacho.

—Víctor, ya sabes por qué estamos aquí. Parece que el sábado celebraste una fiesta con bastante gente, ¿no?

Él se retorció las manos y asintió de un modo casi imperceptible.

—Ayer, cuando le abriste la puerta a mi compañera, te asustaste mucho —prosiguió el policía.

—Bueno, es que…

—La fiesta era secreta, ¿no? Creías que ni tus padres ni nosotros nos enteraríamos.

El joven lo confirmó con un sonido gutural.

—Pero ha muerto un chico, Víctor. ¿Entiendes lo importante que es esto?

—Lo entiende perfectamente —intervino Augusto—. Hemos hablado con él.

—Bien. Estuvisteis en el sótano, ¿verdad?

—Sí… ¿Quién les ha dicho que…?

—Eso da igual —le cortó Sorozábal, que no iba a darle a ese chaval detalles de la investigación—. ¿Podrías llevarnos hasta allí?

Víctor miró a su padre, que dio un paso al frente.

—Síganme —resolvió Augusto con firmeza.

Recorrieron un largo pasillo y, tras dar un giro, bajaron por unas escaleras que se escondían detrás de una puerta de madera maciza. Como esperaban, el sótano se correspondía con la estancia de ladrillos cara vista de las fotos de Instagram que la agente Manrique les había enviado el día anterior. Allí abajo hacía bastante frío, y Santiago se fijó en que no había radiadores ni estufas. La comida y las botellas de alcohol habían desaparecido. Al pasar un dedo por la mesa, el juez comprobó que Víctor había hecho un buen trabajo: ni una mota de suciedad.

—Alba Ferrero estuvo aquí, en la fiesta, ¿no es así? —le preguntó el inspector.

Víctor volvió a retorcerse las manos.

—Sí… Ella, esto…, creo que pensaba que él no vendría —dijo con voz ronca—. En realidad, todos lo pensábamos. Yo solo lo supe un poco antes.

—¿Te refieres a Nacho?

—Sí.

—¿Y por qué Alba no se enteró?

—Supongo que nadie la avisó. A mí no se me ocurrió, aunque tampoco nos imaginábamos que…

Dejó la frase a medias y el inspector decidió completarla:

—¿Que fuera a atacarlo con un cuchillo?

Víctor cabeceó.

—¿Tú lo presenciaste? —indagó Sorozábal.

—Sí. Yo… Bueno, estaba a un par de metros.

—¿Y de dónde lo cogió exactamente?

—¿El cuchillo? De una mesa auxiliar. Está guardada en el trastero. La puse aquí para tener más espacio.

—Entonces ¿el cuchillo estaba sobre la mesa?

—Sí. Habíamos comprado cubiertos de plástico, pero puse algunos cuchillos buenos, de esos especiales. —Se detuvo para tragar saliva —. Ese ni siquiera lo habíamos utilizado, pero ella lo tenía cerca y…

Santiago le sostuvo la mirada.

—¿Tú fuiste uno de los que la sujetaron, Víctor?

El chico le respondió que sí y confirmó punto por punto la versión que manejaban los investigadores sobre lo ocurrido allí. Luego añadió que, unos minutos después de que Alba saliera corriendo, los

demás se fueron al centro de Santander para seguir la fiesta, pero que él se quedó porque estaba agotado y se metió en la cama tras recoger un poco.

De soslayo, Santiago vio que la subinspectora Soto anotaba todo en su libreta.

—¿Recuerdas si Alba se marchó con el cuchillo? —continuó Sorozábal.

Víctor exhaló un suspiro nervioso.

—No lo sé. Con todo el alboroto… Pero aquí no está.

—Pertenece a un juego de cinco piezas que compramos hace unos meses —intervino su padre—. Y ahora solo quedan cuatro. Lo he comprobado.

—¿Y antes de la fiesta conservaban los cinco? —preguntó entonces Santiago, consciente de que esa sería la típica pregunta de un abogado defensor.

—Sí, porque los saqué todos y los conté —dijo Víctor con convicción.

El juez asintió para sí, satisfecho.

—¿Nos los pueden enseñar? —pidió Sorozábal.

El padre se ofreció a guiarlos hasta la cocina.

Cuando llegaron, formaron un semicírculo en torno al cajón que el hombre se dispuso a abrir. Sacó los cuatro cuchillos y, a instancias del inspector, los depositó sobre la encimera. Un agente de la policía científica se adelantó y tomó uno de ellos con cuidado. El metal refulgió bajo los rayos de sol que se filtraban por la ventana. Parecía afilado y ligero, y uno de sus extremos estaba encajado en un mango negro. El agente sacó una cinta métrica del bolsillo y la colocó sobre la hoja.

Santiago se aproximó y fijó la vista en la cinta. Después, miró al inspector y supo que ambos estaban pensando lo mismo.

39

Faldas

Dos horas y media después, en su despacho, Santiago examinaba con la fiscal Calderón el contenido del informe preliminar de la autopsia. Desde su llegada, el juez había celebrado tres vistas consecutivas en la sala asignada al juzgado de guardia, y ese era el primer momento del que disponía para retomar el «crimen del Carnaval» e intercambiar impresiones con ella. Por fortuna, era su última jornada de guardia y al día siguiente le cedería aquel teléfono infernal a otro compañero. Aunque la investigación del asesinato de Nacho Guerra seguiría a su cargo.

Según el informe, la causa del deceso era el seccionamiento de la arteria pulmonar a consecuencia de dos puñaladas en la axila, lo que ocasionó a la víctima un intenso hemotórax que resultó letal. En el documento se indicaba que las dos incisiones, que penetraron hasta el pulmón, fueron asestadas de frente y en trayectoria oblicua por una persona diestra, y la descripción que se hacía del arma, a juicio de Santiago, podía encajar con los cuchillos incautados en el domicilio de Víctor Hermoso. Ese era un punto sobre el que tendría que pronunciarse el forense cuando se los entregaran, aunque el juez, por experiencias anteriores, sabía que sería casi imposible

determinar con total seguridad cuál era el arma del crimen. Era de esperar que existieran otros modelos en el mercado que causaran heridas similares.

Faltaba el informe de vísceras, lo cual no era de extrañar, puesto que los análisis toxicológicos se realizaban en Madrid y el resultado solía retrasarse semanas o incluso meses. La misma demora se produciría, seguramente, con la obtención del ADN de los restos de piel encontrados bajo las uñas de la mano derecha del fallecido. Era lo habitual, y por eso debían armarse de paciencia y avanzar mientras tanto por otros caminos.

Esa mañana, la agente Manrique había empezado a recorrer uno de esos caminos. Sorozábal le había encomendado rastrear hasta el último rincón de las redes sociales y, mientras ellos visitaban a la familia Hermoso, ella se había zambullido en los perfiles de Instagram y de TikTok de Alba con ayuda de Carlos Alonso, el compañero de pupitre de la chica, a quien había citado en comisaría. Sin embargo, Manrique no había sido capaz de dar con nada incriminatorio. Alba no era muy activa en sus cuentas; en general, se limitaba a compartir selfis y alguna foto de paisajes con reflexiones sobre la vida que aspiraban a resultar profundas. La agente se lo había comentado por teléfono a Sorozábal cuando abandonaban la casa de la familia Hermoso, y este se lo había trasladado a Santiago para que estuviera al corriente de todo.

Además, hasta donde el juez sabía, la policía estaba siguiendo otras dos vías indagatorias. Una era Raquel, la amiga de Alba, a quien había ido a ver el propio Sorozábal. La otra era la discoteca Babylon, donde supuestamente Nacho y otros chavales continuaron la fiesta la madrugada del domingo. Esa parte la había asumido

Andrea Soto, quien, según le comunicó un funcionario en ese momento a Santiago, acababa de presentarse en el juzgado preguntando por él.

—Señoría, asegura que es urgente.

El juez alzó la mirada del informe de la autopsia.

—Sí, sí, que pase.

El funcionario se ausentó y al cabo de unos segundos la policía entró con una carpeta bajo el brazo. Tras los saludos, tomó asiento junto a la fiscal Calderón, al otro lado del escritorio.

—El inspector me ha pedido que viniera. Ahora mismo él está hablando con Raquel Peña. Le ha costado localizarla y no quería dejarlo a medias.

—No se preocupe. Díganos.

La subinspectora abrió la carpeta y sacó un DVD.

—Son las grabaciones de seguridad del Babylon de la madrugada del domingo.

Santiago comprendió que contenían algo importante y tomó el DVD que Soto le tendía. Lo introdujo en el lector del ordenador e inició la reproducción. Soto y la fiscal se levantaron y se colocaron al lado del juez.

—Debe poner el cursor a las tres y treinta y cinco minutos —señaló la subinspectora.

Santiago lo hizo y en la pantalla se materializó un grupo de personas arremolinadas en torno a dos jóvenes que se empujaban con violencia a la puerta del bar. El juez, que había reconocido las facciones de uno de ellos, congeló la imagen y, acto seguido, la amplió.

—Joder, este es…

—Sí, señoría. Es Nacho Guerra —confirmó Soto.

—¿Y el otro? Su cara me resulta familiar.

—Es su amigo Rafa —dijo Soto—. Estaba en la fiesta del chalet. Lo vimos en las imágenes que mandó la agente Manrique.

Santiago asintió y se apresuró a reanudar el vídeo. En menos de diez segundos, los dos amigos llegaban a las manos y se agredían a base de puñetazos y agarrones, hasta que el portero intervenía y los separaba. A su alrededor, los demás chavales miraban e incluso llegaron a jalearlos. El juez se fijó en una chica apartada de la multitud, que parecía llorar.

—¿Sabemos quién es ella? —preguntó Santiago.

—Sí —respondió Soto al instante—. He conseguido localizar al portero y hablar con él. Por lo visto, se llama Gabriela y es la novia de Rafa. O al menos lo era en ese momento.

—¿Un lío de faldas?

—Correcto. Resulta que Nacho fue a fumar con ella y estuvieron tonteando. Rafa, que ya debía de andar con la mosca detrás de la oreja, salió de la discoteca y comenzó a empujar a Nacho. Se insultaron y, como se aprecia en el vídeo, tuvieron más que palabras.

—Mire, ahora Nacho se está yendo —murmuró Santiago, que seguía observando las imágenes—. Lo acompaña otro chico. No se le ve bien…

—Aún no lo he verificado, pero debe de ser Andrés. Él le dijo al inspector Sorozábal que se marchó con Nacho. Las horas cuadran. Y si esperamos unos cinco minutos, veremos a Rafa abandonando también el bar. Solo.

Dejaron correr el vídeo y comprobaron que la subinspectora estaba en lo cierto.

—¿Cree que Rafa decidió ir tras ellos? —inquirió el juez.

La subinspectora se encogió de hombros.

—Ayer le dijo al inspector que se dirigió a su casa, y hay que tener en cuenta que buena parte del camino era el mismo. Ahora bien, él aseguró que no los vio…

Santiago chasqueó la lengua.

—Hay que volver a interrogarlo —dijo.

—Por eso estoy aquí —respondió Soto, y volvió a sentarse al otro lado del escritorio. Juntó las yemas de los dedos y miró al juez—. Salvo que usted nos autorice a registrar su casa, creemos que por ahora es mejor ser cautos y ponerle seguimiento, señoría, para ver qué hace. De hecho, ya hay un compañero vigilando sus movimientos.

Santiago balanceó la cabeza mientras lo sopesaba. Obviamente, no iba a ordenar un registro solo por esas imágenes. Resultaba desproporcionado, excesivo, y cualquier abogado conseguiría que más adelante se declarara nulo.

—Como tenemos a Alba detenida —continuó Soto—, Rafa pensará que está a salvo. Si él cometió el crimen, habrá bajado la guardia o lo hará pronto. Y con el arma del crimen y el teléfono de la víctima desaparecidos…

—Creen que, si ha sido él, podría delatarse, ¿no? —completó Santiago mientras cogía un bolígrafo y lo hacía girar entre los dedos.

—Exacto. Podemos retener a Alba hasta el miércoles, así que disponemos de cierto margen.

—Sí, pero no olviden que la chica intentó huir. Y que se marchó de la fiesta con un cuchillo que podría ser el arma del crimen. Además, tampoco hay rastro de la cazadora que llevaba esa noche…

—Solo contemplamos todas las opciones, señoría. Es una posibilidad remota, pero, si ponemos ahora a Rafa sobre aviso, luego será más difícil cogerlo.

Santiago estudió el rostro de la fiscal.

—Inés, ¿tú qué piensas?

Ella levantó ligeramente las manos.

—No me parece mal.

El juez centró de nuevo su atención en la subinspectora.

—Y esto implica no hablar tampoco con los otros amigos, claro —dedujo.

—En efecto, aún no. Lo que no quita para que sigamos investigando.

—Bien. Hagan esa vigilancia —zanjó Santiago—. Pero no apuren demasiado. Cuando el miércoles tenga que resolver si envío a la chica a prisión provisional, quiero tomar la decisión con conocimiento de causa y tenerlo todo comprobado. A esas edades la cárcel puede marcarte para toda la vida y no me gustaría cometer un error. No puedo permitírmelo, mejor dicho. Por ella, por su familia y por la familia de la víctima —remarcó.

Tanto la fiscal como la policía fueron conscientes de que el fantasma de su anterior fracaso volvía a sobrevolarlo.

—Descuide. Se lo transmitiré al inspector.

40

Un huracán

Paula pisó el acelerador. Eran casi las cuatro de la tarde y, al terminar la primera sesión del juicio por el escape de gas, ni siquiera había pasado por casa. En realidad, habría podido hacerlo, puesto que el último interrogatorio concluyó al filo de las dos, pero no se sentía con fuerzas para hablarle a Teresa de la enfermedad de Antonia y, por extensión, tampoco de su futuro cada vez más difuso en Iberian Labs. En su lugar, le había mandado un wasap en el que le decía que las declaraciones se estaban alargando y le pedía que recogiera a Martín de la casa de los abuelos y comieran sin ella. Se sentía mal por mentirle, pero ¿qué podía hacer en una situación así? Necesitaba estar sola.

Había tomado un par de pinchos absorta en sus pensamientos y ahora buscaba aparcamiento en la zona de Valdenoja, en las inmediaciones del piso donde vivía Joaquín Martos, el jefe de estudios del Colegio Picos de Europa. Había quedado allí con los padres de Alba. Según le había explicado una desesperada Sofía, todo el mundo les estaba volviendo la espalda. La gente se resistía a ayudarlos, no quería hablar con ellos y mantenía las distancias. El único que había aceptado mantener una reunión era ese hombre.

Sofía y Julio tenían buena relación con él y, tras insistir, habían conseguido que accediera. Unos meses atrás, había sido fundamental para aligerar los trámites que complicaban la inscripción de Alba en aquel colegio, que estaba casi al completo, y se había implicado desde el primer día en su integración en el grupo, consciente de sus problemas en el otro centro. De hecho, según Sofía, era quien había convencido al director de abrir directamente un expediente disciplinario por acoso contra Nacho después del último suceso. Además, la hija de Joaquín era compañera de Alba en la nueva clase y al parecer había acudido a la famosa fiesta, y Sofía tenía la esperanza de que esa conversación pudiera arrojar algo de luz sobre lo ocurrido. Por eso le había rogado a Paula que los acompañara: ella sabría qué preguntar, y quizá no tuvieran otra oportunidad. Al final, la abogada se había comprometido a estar presente, aunque no olvidaba que no podría entretenerse demasiado, puesto que Antonia la esperaba en el despacho para la entrevista con Álvaro Silva.

Encontró un hueco y aparcó, y luego echó a andar hacia el portal. Cuando dobló la esquina, vio que el matrimonio ya la estaba esperando. Se les veía hundidos, desolados, y aunque solo había transcurrido un día desde la detención, cuando los saludó tuvo la sensación de que habían perdido varios kilos. Trató de ponerse en su lugar. ¿Cómo se afrontaba un proceso así, con una hija sospechosa de asesinato? Antonia siempre le había recomendado que tomara distancia con sus clientes, que no se implicara emocionalmente, pero ya era tarde para eso.

En la segunda planta les abrió la puerta un hombre alto, corpulento y calvo. Tenía un gran lunar en un lado del cuello y los

ojos pequeños, y vestía una camisa sudada en las axilas y unos vaqueros.

—Buenas tardes —dijo al tiempo que le tendía una mano a Paula —. Soy Joaquín. Disculpe que no les atienda también José Luis, el director. Tenía programado un viaje. Esta semana no hay clase y, en fin, ha decidido no perder los vuelos…

—Encantada. No se preocupe.

Cuando Paula se apartó, el hombre se acercó a los padres de Alba y, tras un breve titubeo, se fundieron en un abrazo.

Unos minutos más tarde, los cuatro se sentaron en el salón. Joaquín vivía con su hija, Esmeralda, salvo cuando ella estaba en casa de su madre. Según le había explicado Sofía a Paula, se habían divorciado hacía unos años y tenían la custodia compartida de la menor, que ese curso cumpliría los diecisiete.

—Esmeralda vendrá en un rato, está comiendo con unas amigas —repuso Joaquín al ver las miradas que Julio y Sofía lanzaban a su alrededor—. Aunque su madre no quiere que hable con vosotros…

—¡Pero Alba es inocente! —exclamó Julio, y su voz sonó aguda, descontrolada—. Necesitamos ayuda…

Joaquín los contempló con pesar mientras se frotaba la nariz. Parecía atenazado, vacilante, como si no supiera bien qué hacer.

—Antes he hablado con mi hija —musitó al fin con tono lúgubre—. Sé que me está diciendo la verdad, y cuando le he preguntado qué ocurrió en esa fiesta… —Se detuvo y se pasó la lengua por los labios, como si no se atreviera a continuar.

—Qué —lo espoleó Julio.

Joaquín desvió la vista hacia una ventana cercana. La luz que entraba era escasa y plomiza, y en menos de dos horas sería de

noche.

—Según ella, Alba se alteró mucho. Me ha dicho que, cuando cogió el cuchillo, todos gritaron de terror. Creyeron…, en fin, creyeron que iba a matarlo.

Se hizo un silencio perturbador, tan espeso que el aire se volvió irrespirable. Paula pensó que, si aquella muchacha y otros testigos declaraban lo mismo, el caso se le pondría muy cuesta arriba. Sintió que su confianza en Alba flaqueaba. ¿Y si, después de todo, ella lo había matado? ¿Y si esperó al acecho hasta que Nacho apareció? ¿Y si estaba defendiendo a una asesina que la había manipulado, que la estaba engañando como a una tonta? Trató de ahuyentar esos pensamientos y tomó la palabra:

—Usted estaba a cargo del expediente disciplinario que se le abrió a Nacho Guerra, ¿verdad?

—En realidad, no —respondió el jefe de estudios—. La investigación la llevó a cabo un profesor, como marca la norma. En concreto, el de Matemáticas. Y quien tenía que dictar ahora la resolución y decidir qué sanción se le imponía al alumno era el director, José Luis. Aunque yo estaba al tanto de todo, claro. Tras el último suceso, el del 20 de enero, había indicios claros de *bullying* y no podíamos mirar hacia otro lado ni ser tibios. Por eso, ese mismo viernes se le mandó cinco días a casa con carácter inmediato y se inició el expediente por posible acoso. Hasta entonces habíamos intentado solucionarlo con apercibimientos, amonestaciones, trabajos y castigos similares, y también habíamos puesto sobre aviso a las familias, pero no sirvió de nada… —explicó, y luego imprimió dureza a su tono—. Su comportamiento era recurrente, cada vez iba a más y había que pararle los pies. Sobre todo, sabiendo que Alba

había denunciado otro caso en su anterior colegio, aunque luego perdiera el juicio —añadió, y observó muy serio a los padres de la muchacha.

—¿Ella reaccionó alguna vez de forma violenta? —quiso cerciorarse Paula.

—No, nunca. De hecho, intentaba aparentar que estaba bien, aunque era evidente que sufría. La propuesta del profesor de Matemáticas, el que instruyó el expediente, era expulsar a Nacho durante veinticinco días, casi el plazo máximo legal, aunque el director dudaba. Decía que igual no convenía pasarnos de severos, que su madre era jueza y podría llevarnos a los tribunales… —dijo, y por la inflexión de su voz resultó obvio que él no estaba de acuerdo con eso—. En los colegios es muy difícil lidiar con esas situaciones, la burocracia que conlleva, las decisiones…

—Tengo entendido que, después de lo del 20 de enero, él dejó de molestarla —prosiguió Paula—. ¿Es cierto?

—Sí, lo es. Aunque también es verdad que para entonces ya la habíamos cambiado de clase a petición de Julio y Sofía, que estaban muy preocupados, y en el patio nosotros estábamos atentos.

—¿Y a usted, que la conoce, le parece posible que después del arrebato en la fiesta lo estuviera esperando cerca de su casa para apuñalarlo? —inquirió Paula—. Porque, por lo que hemos sabido, ella no fue al centro con los demás, ¿no? Se marchó.

El hombre vaciló.

—Eso no lo sé. Quiero decir, que no sé si mi hija volvió a verla. Para responderle, tendría que preguntárselo a ella.

Paula oyó sollozos a su lado. Era Sofía, apoyada en el hombro de su marido. Las lágrimas le resbalaban por el rostro y le temblaba

todo el cuerpo.

—Alba no fue. Alba no pudo ser…

En ese momento, la puerta principal se abrió y les llegó el sonido de unos pasos dubitativos.

—¿Papá?

Una adolescente delgada, de pelo castaño muy fino y ojos de color avellana, se asomó al salón. Paula se percató de que palidecía al ver a Sofía derrumbada, llorando sin parar.

—Perdón, yo… Lo siento —farfulló azorada al tiempo que se llevaba la mano a la nuca.

Sofía la miró con un rictus suplicante y luego hizo lo mismo con Joaquín. Necesitaban hablar con ella, necesitaban encontrar respuestas.

El hombre exhaló un suspiro.

—Hija, siéntate aquí, por favor.

El rostro de la chica reflejó alarma. Al principio no se movió del sitio, pero no tuvo otro remedio que obedecer cuando su padre le insistió.

—Les presento a Esmeralda.

—Creo que ya nos hemos visto alguna vez por el colegio —dijo Julio, y Paula advirtió que forzaba una leve sonrisa, quizá con intención de ganarse la confianza de la muchacha.

—Hija, una cosa: ¿tú recuerdas si la madrugada del domingo volviste a ver a Alba? —preguntó Joaquín.

La joven se revolvió el cabello y desvió la vista.

—No… Ella, bueno, ella salió corriendo de la fiesta y ya no supe nada más. Yo pensé en seguirla porque me daba pena, pero la vi tan furiosa, y con ese cuchillo… Me dio miedo.

—Pero tú has estado en clase con ella casi un mes —gimió Sofía mientras intentaba secarse las lágrimas con el dorso de la mano—. Sabes que no es así.

La chica levantó la mirada y luego se mordió el labio, como si no se decidiera a hablar.

—Por favor, Esmeralda —le suplicó Sofía, y juntó las manos para enfatizar su ruego—. Si hay algo que sepas, algo que nos ayude… Alba dice que es inocente, que tuvo que ser otra persona…

De pronto, la mandíbula de la joven empezó a temblar. Paula, que estaba habituada a detectar ese tipo de reacciones en los juicios, intervino de inmediato:

—Esmeralda, soy Paula, la abogada de Alba. Tienes que contárnoslo todo, ¿lo entiendes? No solo por ella, también por ti. Si la condenan, pasará muchos años en la cárcel. ¿Y si es inocente? ¿Estás dispuesta a cargar con algo así? —La miró a los ojos—. Hay algo que sabes, algo que no te atreves a contarnos, ¿no es eso?

Esmeralda se pasó las manos por el rostro.

—Me da miedo que…

—No tienes nada que temer. Hablaremos con la policía. Te protegerán. ¿Qué ocurre?

La chica tragó saliva con dificultad. Luego fijó los ojos en la abogada.

—Aquella noche… aquella noche fuimos todos al Babylon. Todos menos Alba y Víctor, el chico que montó la fiesta. Y allí…, bueno, allí hubo una pelea —confesó, y bajó los hombros como si de repente se descargara de un gran peso.

Sofía y Julio contuvieron la respiración. Paula se inclinó hacia la joven con los músculos en tensión.

—¿Una pelea?

La voz de la joven se convirtió en un susurro tenso.

—Nacho… Nacho estaba lanzado… Parecía que todo le daba igual, era como un huracán. En la casa yo ya me había fijado en que estaba intentando ligarse a Gabriela, la novia de Rafa, y él…, bueno, él también debió de darse cuenta. Llevábamos un rato en el Babylon y, cuando Nacho y Gabriela salieron a fumar, Rafa fue detrás para vigilarlos. Creo que los vio muy juntos y entonces… entonces fue a por él y se pelearon.

Paula procesó a toda velocidad las palabras de la muchacha.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Los separaron y Rafa le gritó que como se lo volviera a cruzar lo mataría. Nacho le dijo que él haría lo mismo. Yo los oí. Después, Nacho se marchó con Andrés, que es amigo de los dos. Supongo que quería poner calma…

—¿Andrés vive cerca de Nacho?

—Sí, en la misma calle. Es una casa blanca. Está algo antes de la de Nacho.

Paula memorizó el dato.

—¿Y Rafa qué hizo?

—Se metió en la discoteca con nosotros, pero no duró nada. Estaba como loco…

—¿Cuánto tardó en irse?

—Cuatro o cinco minutos, como mucho…

—¿Lo acompañó alguien?

—Gabriela se ofreció, pero él no quiso. Se fue solo.

41

Discreción

Llevaban media hora sentados en una sala de espera de la comisaría cuando, por fin, la puerta se abrió.

Tras la revelación de Esmeralda sobre el altercado que había tenido lugar la madrugada del crimen, Paula había empleado todas sus dotes de persuasión para convencerla de que prestara declaración ante la policía. Como abogada de la defensa, sabía que podía solicitar que la chica testificara directamente ante el juez de instrucción, pero hasta que su escrito se tramitara pasarían días, y en investigaciones de esa naturaleza la premura era fundamental. Por eso había querido acompañar a Esmeralda y a su padre a la comisaría. A Sofía y a Julio les había pedido que se marcharan a casa; estaban demasiado alterados para soportar el paso de los minutos en aquel sitio y, además, su presencia no aportaría nada.

Quien apareció en el umbral de la puerta no fue el inspector Sorozábal, como Paula esperaba, sino una mujer a la que no conocía. Entró taconeando con furia y fulminó a Joaquín con la mirada.

—¿Por qué coño la has traído? —escupió, y lo señaló con el dedo.

El hombre apartó la vista.

—Ella es Julia, mi exmujer… —le dijo a Paula en un murmullo.

La recién llegada ni siquiera la saludó. En su lugar, le espetó a Joaquín:

—Te he hecho una pregunta, joder. Sabías de sobra que yo no quería implicarla en esto. ¿Es que te importa un bledo lo que piense o qué? ¿Es que no has aprendido a cuidar de tus hijas?

Aquello fue una puñalada directa al corazón, y Paula se volvió al instante hacia Esmeralda, que parecía haber empequeñecido varias tallas arrebujada en aquella silla de plástico.

Por lo que le había contado Sofía ese mediodía, hubo una época en la que aquel matrimonio era feliz, pero todo cambió cuando la hermana pequeña de Esmeralda falleció en un accidente hacía cuatro años. Aquel día, la niña estaba en casa de una amiga y su padre la esperaba con el coche aparcado en doble fila al otro lado de la calle. Al ver que había policías por la zona, la llamó para decirle que se diera prisa, y unos minutos después ella se lanzó a la carretera sin fijarse en la furgoneta que acababa de doblar la esquina. Murió en el acto, y esa desgracia devastó al hombre, que, devorado por la culpa, se sumió en una honda depresión. Para cuando logró recuperarse, en el matrimonio se había levantado un muro de reproches, sufrimiento y dolor que lo oscurecía todo y acabó separándolos para siempre. A juzgar por la última frase de la mujer, la herida no había dejado de supurar pese al tiempo transcurrido. De lo contrario, no se entendía que se hubiera referido a sus hijas en plural.

Joaquín, que pareció interpretarlo del mismo modo que Paula, saltó como un resorte. El color había desaparecido de su rostro.

—No te atrevas a… Es tu hija quien ha tomado la decisión de venir, no yo —masculló con los puños apretados.

—¿Hola? ¿Interrumpo algo?

El inspector Sorozábal apareció en la puerta.

Paula suspiró aliviada.

—Inspector, hay una testigo con información relevante —anunció al tiempo que Julia, la madre de la chica, le clavaba una mirada llameante.

—Eso me han dicho mis compañeros. Disculpen, estaba fuera de la comisaría.

En ese momento, Julia agarró a su hija y dijo:

—No, no. Nosotras nos vamos ya.

Sin embargo, el policía se interpuso en su camino.

—Señora, si su hija sabe algo, tiene el deber de colaborar. —A continuación, se dirigió a Esmeralda—. ¿Cómo te llamas?

La chica se presentó y Sorozábal le pidió que fuera con él.

—Y ustedes, los padres, también —añadió el inspector—. Espero que sepan comportarse.

Paula amagó con seguirlos, pero el inspector alzó la mano.

—Letrada, solo los padres.

Otra espera.

A varios kilómetros de allí, la reunión entre Antonia y Álvaro Silva estaba a punto de empezar y ella iba a perdérsela. No podía marcharse de la comisaría en esa situación. Llamó a su jefa para explicárselo. Su tono de decepción fue evidente, pero a la vez comprensivo.

—Antonia, Álvaro me parece una buena elección, de verdad —le dijo Paula—. Si no ves nada raro, siéntete libre de contratarlo.

Una hora después, Teresa le envió una foto con Martín en el parque, los dos abrigados hasta las orejas. Al verlos, sintió un pinchazo en el estómago y, tras meditarlo, contestó con el emoji de la cara con corazones.

Por fin, alguien golpeó con los nudillos en la puerta.

Era Sorozábal.

—Letrada, la testigo y sus padres ya se han ido. Acompáñeme a mi despacho, por favor.

Ella comprimió los labios extrañada, pero no replicó.

Cuando se sentaron, el policía le agradeció que hubiera convencido a la testigo de que declarara. Luego, con semblante serio, le dijo:

—Aprovecho para recordarle que el caso está bajo secreto de sumario. Ni usted ni los padres de su clienta deben revelarle a nadie lo que esa chica les ha contado. Tampoco que ha estado aquí, ¿de acuerdo? A nadie —recalcó.

Ella cruzó las piernas y lo estudió.

—¿Me está diciendo que…?

—Le estoy diciendo que no se les ocurra interrogar a Rafael Santamaría u obstaculizar la investigación haciendo uso de esa información —respondió él con contundencia—. Déjennos trabajar. No pongan en peligro la instrucción.

Al escucharlo, Paula intuyó que lo que el inspector pretendía era no poner sobre aviso al amigo de Nacho Guerra y vigilarlo. No le sorprendía. Era una táctica habitual de la policía. La abogada se llevó una mano al mentón. Era su momento de pedir algo a cambio.

—Lo entiendo, pero tendrán que dejar en libertad a mi clienta. Ahora hay otro sospechoso.

Él esbozó una sonrisa sarcástica.

—Letrada, por favor. No podemos hacer eso, lo sabe de sobra. Déjennos trabajar y todo irá bien. Sea sensata. ¿Les transmitirá a los padres de Alba Ferrero lo que acabo de decirle?

Paula se debatió durante unos instantes. ¿Qué debía hacer? A veces la policía no solo jugaba con los investigados, sino también con sus abogados. ¿Podía fiarse de ese inspector? ¿De verdad iban a tirar de ese hilo? En realidad, a ella el secreto de sumario no le impedía hacer pública una información que había obtenido por sus propios medios; tampoco presentarse en casa de Rafael Santamaría para intentar interrogarlo. Aunque, si lo pensaba fríamente, ¿qué ganaba ahora mismo actuando por su cuenta? Desde luego, no parecía que con ello fuera a obtener la inmediata liberación de Alba y, además, existía el riesgo de que acabara perjudicándola por desvelarle al verdadero asesino que seguían su rastro. No, era más prudente esperar un poco. En cualquier caso, si para el miércoles la policía no había dejado a su clienta en libertad, siempre podía alegar ese descubrimiento durante la vista de medidas cautelares.

Pese a la decisión que había tomado, abandonó la comisaría sin comprometerse a nada con el inspector. Era abogada defensora. No le correspondía dar facilidades a los investigadores.

42

Presión

Liencres

Santiago bajó el volumen del televisor cuando su mujer entró en casa y encendió la luz del recibidor. La oyó guardar las zapatillas en el zapatero y a continuación vio cómo se asomaba al salón con semblante taciturno. No habían vuelto a hablar desde esa mañana y, sin duda, seguía molesta.

—¿Qué haces ahí? —le soltó Macarena desde el umbral de la puerta.

Tras un segundo de titubeo, Santiago se levantó del sofá y avanzó hacia ella.

Eran demasiados frentes abiertos para él: aquel caso mediático que al parecer no estaba tan claro como pensaban al principio, las presiones desde el Tribunal Superior de Justicia, las llamadas desgarradoras de su compañera Olivia Canals tras la muerte de su hijo, la discusión con Macarena… Necesitaba a su mujer. Ahora más que nunca.

Él, que siempre había ansiado triunfar y medrar en la carrera judicial, no podía soportar la idea de convertirse en un fracasado. Se

había pasado casi toda su vida profesional presumiendo de su poder y su labor en la Justicia, haciéndose el importante, y en los últimos meses, tras aquel sonado error, había intentado convencerse de que la fama le daba igual, pero ¿y si en lugar de alcanzar la categoría de juez estrella acababa obteniendo la de juez estrellado? Si no lograban desenmascarar al culpable o daba cualquier paso en falso que echara por tierra la futura acusación, ¿quién se acordaría entonces de todos sus esfuerzos en asuntos complejísimos y que apenas gozaron de visibilidad, o del interés que siempre ponía para que se hiciera justicia? No esperaba que nadie le diera las gracias por su trabajo, pero sí buscaba reconocimiento y, por qué no decirlo, también admiración. Sin embargo, sentía que aquel desliz que cometió había derribado de un plumazo el castillo que llevaba décadas construyendo. Desde que inició la investigación de la muerte de Nacho Guerra, había apuntado hasta en tres calendarios distintos el plazo que tenían para instruir. Se repetía que no le volvería a pasar una cosa así, que no se despistaría a la hora de acordar la prórroga correspondiente, pero de pronto se sentía vulnerable, inseguro sobre las decisiones que estaba tomando. ¿Y si el registro del domicilio de Alba Ferrero había sido prematuro? ¿De verdad contaban con indicios suficientes para llevarlo a cabo contra la voluntad de esa familia? ¿Y si la abogada conseguía que se declarara nulo? Aún peor, ¿y si el culpable era el otro chico, Rafa? ¿Obraba bien la policía no interrogándolo y limitándose a seguirlo? Nunca se había cuestionado tanto su propio criterio. ¿Qué diablos le estaba ocurriendo?

La mente le daba vueltas cuando llegó a la altura de Macarena y le pidió perdón. Ella no aceptó su disculpa y le espetó que no podían

continuar así. No estaba dispuesta a que, en cuanto le cayera un asunto relevante, se desatara una tormenta y de repente ella se convirtiera en una amenaza para él. No, no iba a tolerarlo, le advirtió como si le diera un ultimátum.

—Lo siento, Maca, de verdad… Tienes razón. Es esta puta presión. No soy capaz de…

—Presión no, obsesión —exclamó ella, iracunda—. ¿Qué coño importa lo que piense la gente? ¿Qué coño importa si los de arriba te revocan las resoluciones? Tú haz tu trabajo, y punto. Te lo he dicho mil veces. Nadie es perfecto, y además se trata de una profesión. Nada más.

Él asintió cabizbajo. Hubo un tiempo en que incluso pensó que ella se había sentido atraída por él debido a su condición de juez, por la autoridad que exudaba. Menuda gilipollez. Menos mal que nunca se lo dijo.

—Lo siento —repitió—. Te prometo que no volverá a pasar.

Ella lo observó con desconfianza.

—¿Qué tal en la radio? —preguntó Santiago para distender el ambiente.

Macarena dejó el bolso en la mesa del comedor. Luego se sentó en el sofá.

—Muy ocupada —dijo con frialdad—. Me he pasado casi todo el día informando desde El Sardinero.

Santiago estuvo tentado de confiarle que habían descubierto una pista que implicaba a una tercera persona, pero se contuvo; esa no era la forma de lograr una reconciliación, y se recordó que cuando empezó a salir con ella se prometió que jamás filtraría un solo dato confidencial.

—¿Qué vas a hacer? —se interesó.

—Pues creo que ir al gimnasio, a una clase de spinning. Necesito despejarme. —Relajó el rostro y lo miró—. Y a ti tampoco te vendría mal.

Santiago reconoció que tenía razón, pero señaló el viejo Nokia, que había dejado en uno de los brazos del sofá.

—Sigo de guardia. Termino esta noche, por fin.

—Ya. Pero, aunque te necesiten, podrán esperar un poco, ¿no?

—Sí, pero…

—Que esperen, Santi —insistió tajante—. Por una hora no les va a pasar nada. Eso si te llaman, claro. Venga, así desconectas.

Él no supo negarse. No obstante, antes de salir de casa se aseguró de meter el teléfono en la bolsa de deporte.

43

Un buen equipo

Santander

Cuando Paula llegó a Pomposo y Asociados solo estaba Marina, la secretaria. La mujer, de cincuenta y cinco años, tez pecosa y cuerpo menudo, le explicó que, al acabar la reunión con Álvaro Silva, Antonia se había sentido muy cansada y se había marchado.

—Sí, me lo ha contado por teléfono mientras venía —aclaró Paula —. Supongo que ya te ha dicho lo de…

Dejó la frase en el aire al reparar en que quizá se había precipitado. Sin embargo, Marina asintió con pesar.

—Sí, me lo ha dicho. Ojalá todo vaya bien. Menos mal que nos tiene a nosotras —dijo esbozando una sonrisa triste, y a Paula se le encogió el estómago, consciente de que aún no había contactado con Iberian Labs para dar marcha atrás en el proceso de selección—. Ah, y ahora también a Álvaro.

—Sí, ya me ha contado que lo ha contratado.

—Empieza el miércoles. Es encantador. Haréis un buen equipo.

—Eso espero, sí —dijo Paula, y echó a andar por el pasillo.

—Oye, ¿no os lleváis bien o qué? —le preguntó Marina desde la distancia.

—No, no es eso. Es solo que… —Paula se dio cuenta de que no podía sincerarse totalmente y añadió—: Echaré de menos trabajar con Antonia.

—Volverá, ya lo verás.

Paula asintió y luego se dirigió a su despacho. Una vez allí, se dejó caer sobre la silla, la hizo girar y contempló la bahía, envuelta en la oscuridad.

Rememoró su trayecto hasta el bufete. No solo había aprovechado para hablar por teléfono con Antonia, también con Sofía, a la que le había rogado que no comentaran con nadie lo que sabían sobre la pelea en el Babylon. Al principio, la mujer se negó a guardar silencio. ¿Cómo iba a quedarse callada mientras tenían detenida a su hija? Pero ella la había convencido de que, en esa situación, lo más recomendable era esperar. En aquel preciso momento el inspector y su equipo estarían avanzando, cercando al sospechoso, y muy pronto se aclararía todo.

Paula sacó el expediente del escape de gas y encendió el ordenador. Ahora debía concentrarse en preparar la segunda sesión de ese juicio. Al día siguiente declararían los testigos y los peritos, y, aunque tenía ya redactados unos guiones de interrogatorios, debía ajustarlos a lo que habían declarado los acusados esa mañana. Después se ocuparía de responder los correos electrónicos urgentes que había recibido, que no eran pocos.

Para colmo, Marina apareció al cabo de unos segundos con un folio repleto de notas. Era el registro de las personas que la habían

llamado al despacho a lo largo del día. Echó un vistazo rápido. Contó doce.

Resopló. Supo que esa noche, cuando regresara a casa, Martín ya estaría dormido.

44

Sangre

Liencres

Eran las ocho de la tarde cuando Santiago, exhausto tras la paliza en la bici, abrió su taquilla y miró el teléfono.

—¡Joder! —farfulló al ver las notificaciones.

Notó que el hombre que estaba cambiándose a su lado lo observaba con curiosidad, así que se apresuró a ponerse una sudadera, cerró la taquilla y abandonó el vestuario. Salió a la calle para hablar con el inspector Sorozábal, de quien tenía varias llamadas perdidas. El frío le mordió el cuerpo cuando pisó la acera y marcó.

—Inspector, ¿qué…?

—La cazadora de la chica, señoría —anunció el policía con triunfalismo—. Ha aparecido.

—Joder, ¿dónde? —exclamó Santiago, y su aliento formó una nube de vaho que se elevó en la oscuridad de la noche.

—En el vertedero de Meruelo. Ayer les dimos la descripción y les pedimos que estuvieran atentos. Suponemos que se deshizo de ella en alguna papelera o contenedor que no revisamos a tiempo.

El juez lo celebró apretando el puño. Aquello era un avance muy importante en la investigación. De pronto, reparó en un detalle.

—Una cosa: ¿cómo saben que es la misma?

Sorozábal carraspeó.

—En realidad, aún no lo sabemos. Pero la subinspectora Soto cree que es idéntica a la que vio en la habitación de la chica.

—¿Cree?

—No recuerda cada detalle porque en aquel momento buscaba testigos y no pruebas, pero está casi segura de que es idéntica, azul con las rayas rojas. Además, tiene varios cabellos sueltos.

—¿De la detenida?

—Es probable. Algunos son rubios, presumiblemente de la peluca que llevaba, y otros morenos, como los de la sospechosa. Los analizaremos. Ah, y hay otra cosa —añadió, y por su tono Santiago comprendió que se trataba de algo relevante.

—¿El qué?

—Hemos hallado sangre. No mucha, pero se aprecian unas pequeñas manchas en la manga derecha. Si coincide con el ADN de la víctima, no habrá duda.

El juez volvió a apretar el puño. En efecto, de acreditarse la coincidencia, el camino para acusar a Alba Ferrero quedaría casi despejado. Eran ya demasiados indicios en su contra.

Pensó en el otro sospechoso, Rafa. ¿Significaba eso que era inocente? Se dijo que no debían sacar conclusiones precipitadas y que lo más conveniente era mantener la vigilancia. Tenían que actuar con el mayor rigor posible, no dejar cabos sueltos.

—Oiga, inspector, ¿y lo demás? El teléfono de Nacho, la cartera de la chica…

El policía tardó en contestar y Santiago intuyó que el hallazgo no había sido pleno.

—Los encontraremos, señoría.

45

Oculto

Santander, martes 21 de febrero de 2023

El descubrimiento de la cazadora no había trascendido. El secreto sumarial obligaba a mantener aquel dato oculto incluso a los abogados de las partes, y por el momento no se habían producido filtraciones. Solo Inés Calderón, la fiscal del caso, estaba enterada de aquella novedad.

Ajena a ello, Paula se había levantado esa mañana con la esperanza de que los policías, al investigar la relación entre Nacho Guerra y su amigo Rafa, dieran con algo que permitiera la puesta en libertad de Alba. La cuestión era cuánto tardarían en lograrlo. Al día siguiente se cumpliría el plazo máximo de detención. Si para entonces no la habían soltado, Alba debería comparecer ante el juez Belmonte y después él decidiría si la mandaba a prisión provisional. Paula ya se había reservado un hueco en su agenda esa tarde para acudir a los calabozos a preparar con ella la posible declaración. Iría a las cuatro, dos horas antes de su cita en Iberian Labs.

La noche anterior, al llegar a casa, se había sincerado con Teresa. Le habló de la enfermedad de Antonia, del dolor que le causaba la

noticia y la traición que, en su opinión, supondría abandonar el despacho en esas circunstancias. Álvaro Silva, el nuevo abogado, sería incapaz de hacerse cargo de todos los litigios pendientes. Y luego estaba el caso de Alba, la confianza que la muchacha y sus padres habían vuelto a depositar en ella. Ya no podría cederle el asunto a Antonia. Al filo de la una de la madrugada, decidió que iría a la cita en Iberian Labs, pero no en busca de una contratación inminente, sino para explicar las razones que le impedían incorporarse a corto plazo. Les propondría que la esperaran un tiempo, aunque no se hacía ilusiones; podía imaginarse la respuesta. El tren partía, se alejaba, y ella no podía hacer nada por impedirlo. O sí, pero renunciando a sí misma, a lo que era.

Ahora miraba con ternura a Martín, que removía su taza con entusiasmo, listo para pasar una mañana más con los únicos abuelos que le quedaban, los padres de Teresa. Era pequeño, pero ya celebraba no tener clase.

—¿Esta tarde jugamos al fútbol, mamá? —le preguntó a Paula con los ojos brillantes.

Teresa, que estaba sentada al lado del niño, le acarició el pelo y contestó por ella:

—Mamá está muy ocupada, cielo. Pero en cuanto pueda echará un partido con nosotros, ¿a que sí?

Paula se obligó a sonreír. Según sus cálculos, ese día tampoco los vería hasta la noche. Se puso en pie.

—Me voy a los juzgados —anunció mientras los besaba con ternura—. Pasad un buen día. Os quiero.

46

Creer

Sofía caminaba de un lado a otro del salón. Desde el ventanal podía distinguir la legión de periodistas que, insensibles al cansancio, se arremolinaban un día más en la calle, frente a su casa. Cada vez que salían, se lanzaban hacia ellos sin ningún tipo de miramiento. A algunos los conocía de entrevistas que había concedido en el pasado y les había pedido que los dejaran en paz, pero no había servido de nada.

Ya ni siquiera ponía la televisión. Los demás asuntos de actualidad informativa habían pasado a un segundo plano y, cuando escuchaba a los tertulianos haciendo elucubraciones sobre la culpabilidad de su hija o incluso dándola por sentada, notaba que le faltaba el aire.

—¿Es que no van a parar? —masculló con el rostro inflamado.

—Solo han pasado dos días —trató de tranquilizarla Julio desde el sillón, con aire alicaído. Su padre fue periodista antes de jubilarse, y comprendía que no podía enfadarse por el hecho de que las cámaras apuntaran a su vivienda a todas horas—. Olvídate de ellos. Alba es lo importante.

Sofía no contestó. Por supuesto que Alba era lo importante. Se sentía tan impotente y alejada de ella, sin noticias… No soportaba la

idea de imaginársela en una pequeña celda, temblorosa, deshecha, abandonada.

De pronto, notó que las piernas le flaqueaban y se apoyó en el marco del ventanal, con el mar Cantábrico extendiéndose a lo lejos en toda su inmensidad.

—¿A qué esperan para detener a ese chico? —gritó en un arrebato de rabia—. ¡No lo entiendo! —agregó, y estrelló el puño contra la madera.

Julio se levantó del sillón y la agarró por la espalda.

—Cometerá un error y lo cogerán, ya verás. La policía sabe lo que hace.

Ella soltó una risotada desquiciada.

—Sí, ya se nota. Mira dónde está Alba. Y mira lo que nos ayudaron en el otro caso. Estamos solos, Julio. ¡Solos!

—Tenemos a Paula. Y ella nos ha pedido que seamos pacientes. Además, ¿qué quieres que hagamos? —explotó él—. ¿Que vayamos a su casa y lo agarremos por el cuello? ¿Que nos arriesguemos a echarlo todo a perder? ¿Eso quieres?

Sofía se soltó, pero no se giró hacia él.

—Y si no hace nada sospechoso qué, ¿eh? ¿Qué pasará?

—Pues lo interrogarán. Entonces lo interrogarán.

—Sí, y mientras tanto que nuestra hija se pudra en esos calabozos, ¿no? Además, Paula ni se ha dignado a visitarla —dijo arrastrando las palabras—. ¿Cómo piensa defenderla así?

Se había pasado la noche dándole vueltas a si se habían equivocado al designarla como abogada. Ya habían perdido una vez con ella. ¿Y si volvían a hacerlo? Ahora no se trataba de una denuncia de acoso contra cuatro chavales. Se jugaban la libertad de

su hija; se jugaban muchos años de encierro y un estigma del que jamás podría escapar: la condición de asesina.

—Habló con ella el domingo, y sabes que esta tarde irá a verla —respondió Julio—. Y su jefa y ella son las mejores. Todo el mundo lo dice.

—Ya, pues mira cómo nos fue en su día.

Julio contó hasta diez para tratar de calmarse y evitar que la discusión fuera a más. Como ejecutivo, tenía claro que en los momentos de crisis resultaba fundamental mantener la integridad y no dudar de los profesionales en los que se venía confiando. Además, esa mañana había conseguido hablar por teléfono unos minutos con un magistrado del Tribunal Supremo con el que había jugado al golf en alguna ocasión y, aunque le había dejado claro que no podía hacer nada para ayudarlos, le había asegurado que, con ese bufete, y en particular con Paula Soler, estaban en muy buenas manos. No encontrarían a nadie mejor en Cantabria.

—Sofía, aquello lo perdimos por otros motivos. Tú estuviste allí, viste el juicio igual que yo. Además, ya lo hemos hablado: ella conoce a nuestra hija, sabe por lo que ha tenido que pasar y también que jamás haría algo así. ¿Prefieres a otro abogado que ni siquiera confíe en ella? Paula la aprecia y ha ganado muchísimos casos. Y ahora lo que necesitamos es alguien en quien creer.

Sofía dejó de observar a los periodistas y se volvió hacia su marido. Los ojos se le habían inundado de lágrimas.

—¿Y si la meten en la cárcel, Julio? ¿Y si mañana…?

Él la estrechó entre sus brazos.

47

Las cartas sobre la mesa

Santiago salió de la sala de vistas para servirse un café en la máquina del pasillo. Aunque ya no estaba de guardia, los martes celebraba juicios rápidos y juicios de delitos leves, y el ritmo era frenético. Llevaba una hora y ya estaba harto. Alcoholemias, pequeños hurtos, abogados acicalados que repetían sus monsergas hasta la saciedad. En fin.

Mientras el café caía en el vasito de plástico, su mente viajó al «crimen del Carnaval», como seguía denominándolo la prensa. El forense había analizado el juego de cuchillos de la casa de los Hermoso y su conclusión era positiva: las dimensiones y morfología eran compatibles con las heridas de la víctima. Eso significaba que el que faltaba, el que la chica se había llevado, podía ser el arma del crimen. La policía científica ya tenía en su poder la famosa cazadora, pero los resultados de los análisis tardarían semanas en llegar. Por su parte, Sorozábal y su equipo habían investigado si la prenda podía formar parte del disfraz y lo habían descartado. La etiqueta indicaba que era de una marca generalista que nada tenía que ver con los disfraces. Además, pertenecía a una temporada anterior, y era probable que la chica la tuviera desde hacía bastante tiempo.

Suponían que, si conseguían acceder a su ordenador o su teléfono, encontrarían alguna foto en la que saliera con ella. El problema era que, de momento, los sistemas de seguridad de ambos dispositivos se les resistían. Para poder avanzar, Sorozábal le había pedido a Carlos Alonso, el compañero de pupitre de la sospechosa, que se acercara de nuevo a la comisaría para confirmar si Alba llevaba una cazadora igual en la fiesta.

Por otro lado, el día anterior el inspector se había entrevistado con Raquel, la amiga de Alba, pero los resultados fueron decepcionantes. Por más que la asaeteó a preguntas, la chica le aseguró que la noche del crimen no tuvo ningún contacto con Alba; tampoco al día siguiente.

Sobre la información requerida a las compañías telefónicas, aún no tenían nada. Las operadoras respondían que estaban desbordadas de trabajo y que mandarían los datos lo antes posible.

Santiago cogió el vaso de café, dio un pequeño sorbo y regresó a la sala de vistas. Volvió a ponerse su toga, rematada con puñetas blancas y un gran escudo dorado en el pecho. Lo observó con orgullo para recordarse quién era. Luego se dejó caer en la butaca, situada en el centro del estrado, y comenzó a ojear el expediente del siguiente juicio.

—Señoría, antes le estaba vibrando el móvil —le dijo la funcionaria desde la mesa de grabación.

—Ah, pues haberme avisado, mujer.

Vio que tenía una llamada perdida de Sorozábal y se la devolvió al momento. El inspector le informó de que acababa de reunirse con los agentes encargados de vigilar a Rafael Santamaría, el amigo de Nacho. Habían transcurrido ya casi veinticuatro horas y el muchacho

solo había hecho un movimiento reseñable. Según el policía que lo había seguido la noche anterior, Rafa salió de casa sobre las once, estuvo caminando por la zona de El Sardinero y se detuvo en un cruce. Tras mirar el móvil, sacó un billete de la cartera y permaneció allí hasta que, al cabo de un minuto, un taxi paró a su altura. El chico se acercó, metió la mano en la ventanilla y cogió algo que se guardó en el bolsillo. Después el taxi arrancó y Rafa volvió andando a casa.

El juez soltó un bufido.

—Vamos, que fue a comprar droga.

—Tiene toda la pinta, sí —coincidió Sorozábal con tono de disgusto—. Ya hemos visto antes este *modus operandi*: taxistas que aprovechan su trabajo para distribuir estupefacientes.

—Ya —acertó a decir Santiago mientras cavilaba.

En teoría, él debía concentrarse en la muerte de Nacho Guerra, pero, si lograban demostrar que ese taxista trapicheaba con menores y lo atrapaban en una investigación dirigida por él, sin duda se anotaría un buen tanto para recuperar parte del crédito que perdió con su famoso error en el caso de prostitución.

—¿Tienen la matrícula?

—Sí. ¿Quiere que lo investiguemos?

Santiago contestó que sí y le anunció que abriría unas diligencias.

—Volviendo a Rafa —dijo Sorozábal—, hemos observado que siempre sale a la calle con una bufanda al cuello y ni siquiera se la quita cuando entra en un establecimiento.

El juez entrecerró los ojos, pensativo.

—¿Creen que oculta algo?

—Cuando estuve con él también lo llevaba parcialmente tapado. Sospechamos que podría ser algún arañazo que le hizo la víctima.

—Durante la pelea en el Babylon, ¿no? Eso cuadraría con los restos de piel en las uñas del muerto.

—Sí. O después, si es que volvieron a encontrarse —deslizó Sorozábal—. Pero le insisto en que, salvo eso, no hemos visto nada llamativo.

—¿Ha estado con sus amigos?

—Sí, ayer por la tarde.

—¿Algo de interés?

—En apariencia, no.

—Yo creo que ya es hora de que los interroguen a todos sobre ese altercado en la discoteca —decidió Santiago, que no olvidaba que al día siguiente tendría que pronunciarse sobre la puesta en libertad de la detenida—. Después de encontrar la cazadora, no podemos perder más tiempo. Hay que ir poniendo las cartas sobre la mesa.

48

La decisión

Eran las dos de la tarde cuando concluyó la segunda sesión del juicio por el escape de gas. El último perito había declarado que, según su análisis, el origen de la fuga se hallaba en una caldera que no cumplía los requisitos técnicos exigidos por la normativa y en un conducto dañado. En su opinión, los empleados de la empresa de mantenimiento deberían haberlo detectado y comunicado a los administradores del hotel, quienes, de haberlo sabido, habrían ordenado su sustitución y evitado así la mezcla de humos que, en último término, provocó aquella tragedia. Los tres magistrados que conformaban el tribunal no habían variado su ensayada expresión de hermetismo, pero todos los que estaban en la sala de vistas se habían percatado de lo que esas palabras podían suponer para el desenlace del pleito.

Paula estaba exultante. Todo lo que podía salir mal en las declaraciones había ido bien, y algunos detalles que podían perjudicarlos se habían mencionado de modo velado, casi inapreciable. En realidad, ella estaba convencida de que sus defendidos no tenían responsabilidad alguna en el luctuoso suceso, pero, al mismo tiempo, no se olvidaba de que, en los tribunales, la

verdad a menudo es mutable. Y que el final cambia según cómo se represente la obra, porque habitualmente a eso se reducen los pleitos más complejos, a cómo actúan y declaman los actores en el teatro en que se convierte la sala de vistas.

Tras esa segunda jornada, todo apuntaba a una sentencia absolutoria de sus clientes, pero no podía confiarse, y aún restaba uno de los trámites más complicados: los informes o, en terminología anglosajona, los alegatos de los abogados, que tendrían lugar en la siguiente sesión. Se sentía exhausta, pero debía preparar el suyo con la mayor dedicación posible. ¿Cuántas horas había dormido en los últimos días?

En el pasillo, sonrió a sus clientes para agradecerles sus cumplidos, pero les pidió que bajaran el tono. Los magistrados seguían dentro de la sala y la madera de la puerta no era tan maciza como para aislarlos por completo. No convenía mostrar euforia. ¿Quién sabía lo que podían tener en la cabeza? Además, había que respetar a los letrados contrarios y al resto de las partes implicadas.

Villar, el abogado de la acusación, pasó a su lado. Si la Audiencia absolvía a los clientes de Paula pero condenaba a los empleados de mantenimiento, él también ganaba el pleito, y por eso no se le notaba disgustado.

—Mañana nos vemos, Paula —murmuró—. Dos veces, supongo.

Ella tardó unos segundos en entender el mensaje. ¿Acaso Villar ya sabía que Alba sería puesta a disposición judicial? ¿Tenía la confirmación de que la policía no la soltaría antes? Quiso preguntárselo, pero uno de sus clientes no dejaba de hablarle y se contuvo para no parecer impertinente.

Los acompañó hasta la salida y quedaron en encontrarse de nuevo allí al día siguiente.

Después, cuando se hubo quedado sola, consultó el móvil. Nada, ninguna noticia de la policía o del juzgado de Belmonte. Marcó el número de la comisaría. La atendió un agente que la informó de que tanto Sorozábal como la subinspectora Soto se hallaban fuera. No estaba seguro de cuándo volverían.

—Ya, pero yo tengo que preparar a mi clienta por si mañana la llevan al juzgado —replicó ella con frialdad—. ¿No le han dicho nada?

—Sí. Que suponían que llamaría y que no hay ningún problema en que venga.

Aquello fue como un puñetazo en la boca del estómago.

—Entonces ¿eso significa que no han encontrado nada, que mañana…?

—A mí solo me han dicho eso.

Paula intentó sonsacarle más información, pero el agente, pese a la juventud que revelaba su voz, la cortó como un veterano.

—Letrada, todo esto es confidencial y no puedo decirle más. Usted verá.

Paula se mordió los carrillos.

—Vale, en dos horas estaré allí —respondió, y colgó.

Se quedó mirando el móvil. Ahora venía lo más difícil: llamar a Sofía y dejarle caer que, salvo que en las próximas horas la policía descubriera algo relevante, al día siguiente Alba tendría que declarar ante el juez y enfrentarse a su posible encarcelación. Sintió que el júbilo y la adrenalina con los que había abandonado la sala de vistas se evaporaban. Esas eran las emociones fuertes a las que siempre se

refería Antonia, las que tanto le gustaban. ¿Cómo demonios se las arreglaba su jefa para no implicarse demasiado y disfrutar incluso en los momentos de máxima tensión? ¿Por qué ella lo vivía como si fueran a meter en prisión a su propio hijo, como si fuera la responsable de todo?

Además, ¿qué iba a recomendarles a Sofía y a la propia Alba? Como abogada defensora, tenía clara cuál era la mejor estrategia en los casos en que un investigado declaraba en una causa sometida a secreto sumarial. Lo recomendable, mientras se estuviera a oscuras sobre todo lo que había en su contra, era guardar silencio. Así tenía la certeza de no cometer ningún error, de no pisar, sin saberlo, terreno minado. Daba igual que la versión del cliente pareciera sólida, contundente y sin fisuras. Su experiencia profesional le había enseñado que declarar en esas condiciones siempre entrañaba un riesgo. Era verdad que, según la ley, en principio la policía y el juzgado tenían el deber de informar al detenido y a su abogado de todos los indicios recabados, pero eso cambiaba cuando se había declarado el secreto de sumario. Entonces solo facilitaban aquello que no pusiera en riesgo las líneas de investigación, y eso, aplicado a ultranza, podía ser casi cualquier cosa. En especial si el arma del crimen continuaba sin aparecer, algo sobre lo que ella no tenía ninguna información.

Callar. Eso fue lo que le aconsejó a Alba ante la policía cuando la detuvieron, con la esperanza de que para el miércoles aquel galimatías se hubiera aclarado. Sin embargo, dos días después su clienta permanecía en los calabozos y ella seguía sin poder acceder al detalle de la investigación policial. Nada hacía presagiar que la situación fuera a cambiar en menos de veinticuatro horas.

Recordaba haberle dicho a Alba que, si finalmente la llevaban al juzgado, podría declarar ante el juez, contar la verdad. Su verdad. Aunque ¿no iba eso en contra de su criterio profesional de guardar silencio hasta disponer de toda la información? Sí, por supuesto que iba en contra, admitió en su fuero interno, pero si la chica no explicaba absolutamente nada de lo que hizo esa noche, de todo lo que pasó y cómo lo vivió, estaba convencida de que el juez decretaría su ingreso en prisión provisional sin pensárselo dos veces.

Y es que, salvo que a última hora aparecieran otros indicios contra Rafael Santamaría aparte de aquella pelea nocturna, Alba seguía siendo la principal sospechosa. Además, se cumplían dos de los tres requisitos posibles para acordar la prisión provisional. El primero, el riesgo de ocultación o destrucción de pruebas, que en este caso era obvio, aunque tal vez el cuchillo ya se encontrara en poder de la policía y ella no lo supiera. Y, el segundo, el riesgo de fuga. Quizá se antojara menos evidente en ese momento, pero lo cierto era que el domingo Alba había intentado esfumarse, por más que a última hora se arrepintiera o el miedo la paralizase en aquella estación de autobuses.

Marcó el número de Sofía mientras se debatía entre las dos opciones.

Cuando la madre de Alba contestó, a Paula le vino a la mente lo que Antonia solía aconsejarle para sacudirse la presión y la responsabilidad: «Que decida el cliente».

Pero, a menudo, el cliente decide guiado por su abogado, por la persona de su máxima confianza en ese instante.

49

Algo que cubrir

Liencres

En el televisor de la cocina, una presentadora daba la previsión del tiempo cuando Macarena llegó a casa y encontró a Santiago poniendo el lavavajillas.

—Uy, llegas pronto —se sorprendió él.

—Sí, aunque han sido unas horas intensas —dijo la periodista con gesto cansado—. Y mañana se espera un día movidito.

A Santiago le resultaba difícil prever cuándo coincidirían en casa. Los horarios de Macarena a veces eran caóticos, en parte porque ella amaba su profesión y quería estar siempre al pie de la noticia.

—¿Te mandarán a cubrir lo del juzgado?

Ella lo miró divertida. Parecía haber olvidado la discusión del día anterior.

—¿Por qué? ¿Hay algo que cubrir?

Santiago maldijo para sus adentros por su indiscreción. Sí, claro que habría algo que cubrir. Ese mediodía había acordado con Sorozábal y Soto que, al día siguiente, cuando se cumpliera el plazo legal de las setenta y dos horas, pondrían a la detenida a su

disposición. A menos que antes se produjera un hallazgo providencial que alterara el escenario por completo, obviamente.

Pero eso no le parecía probable. A lo largo de la mañana, los dos policías habían vuelto a interrogar a los tres amigos de la víctima, y su relato resultaba compatible con la culpabilidad de Alba Ferrero. Por lo visto, Nacho había bebido mucho durante la fiesta y estaba desinhibido. Andrés y Miguel sabían que él se sentía atraído por Gabriela desde el comienzo del curso, pero, como era la novia de Rafa, siempre se había mantenido al margen. Hasta que en las últimas semanas su comportamiento fue cambiando y todos apreciaron que, de algún modo, intentaba seducirla. Afirmaban que, unos días antes de la fiesta, Rafa y Nacho ya tuvieron alguna discusión, y aquella noche todo estalló en el Babylon. Por suerte, uno de los porteros intervino y los dos chavales apenas intercambiaron unos puñetazos y algún manotazo, los suficientes, según el inspector, para que el cadáver presentara aquel hematoma detectado por el forense desde el primer momento.

Sorozábal le había confirmado que, en efecto, Rafa escondía un largo y profundo arañazo en el cuello. El chico aseguraba que Nacho se lo había infligido durante la pelea, y no después, y que tras aquel incidente no volvieron a coincidir. Alegaba que en el primer interrogatorio policial no mencionó nada de lo ocurrido en la discoteca por miedo a verse involucrado de forma injusta en aquel crimen. Andrés había corroborado que Rafa ya tenía el arañazo la última vez que lo vio aquella noche.

Según el inspector, en esa ocasión los chicos no se habían mostrado tan nerviosos y dubitativos como la vez anterior y le habían resultado convincentes.

Con esos testimonios, y a falta de otros indicios, poco más podían hacer desde el juzgado que seguir adelante con Alba, sobre todo tras el hallazgo de la cazadora. Carlos Alonso, el compañero de pupitre de la chica, le había dicho al policía que ella llevaba una idéntica la noche de la fiesta.

Como juez de instrucción, solo le restaba esperar y prepararse para escuchar al día siguiente la versión de Alba, si es que quería compartirla, así como los argumentos de la fiscal y los abogados. Estaba enterado de que Paula Soler y Félix Villar tenían programada la última sesión de un juicio bastante sonado, y era previsible que no acabaran hasta la una, de modo que fijaría la declaración de Alba Ferrero y la vista de medidas cautelares para justo después.

—Holaaa. ¿Hay algo que cubrir? —repitió Macarena para sacarlo de sus pensamientos.

—Eh, no lo sé, no lo sé —mintió él, y pulsó un par de botones para poner en marcha el lavaplatos. Luego, más sombrío, añadió—: Ya he visto que en todos los medios no paran de hablar del caso. Es tremendo.

—Hombre, normal. Pero lo habéis encauzado muy rápido. Esta mañana el padre del chico ha hecho unas declaraciones para dar las gracias a la policía y al juzgado por su trabajo.

—Las he escuchado antes. Y Olivia, la madre, me ha llamado para lo mismo.

—Por cierto —dijo Macarena al tiempo que se apoyaba en la encimera—, esta mañana me ha escrito tu hermano para decirme que mañana por la tarde trae a tu madre. Y que no le contestabas…

El rostro de Santiago se crispó.

—¿También te ha escrito a ti? ¡Estaba en sala, no podía responderle! Ya he quedado con él. No se me ha olvidado que mi madre estará con nosotros estos dos meses.

—Según dice, llevas varios días sin llamar.

—Joder, pues desde que me cayó este marrón. ¡Qué fácil es criticar cuando uno no da un palo al agua! —masculló.

Su hermano, seis años mayor que él, trabajaba como funcionario de la Agencia Tributaria, en Oviedo, con un horario estupendo, sin tener que encerrarse por las tardes para estudiar complicados expedientes judiciales y dictar autos y sentencias.

Macarena, a la que cada día se le hacía más difícil soportar las salidas de tono de su marido y esas envidias entre hermanos, le espetó:

—Nadie te obligó a ser juez, ¿sabes? ¿No eres tú el que dice que, cuando tomas una decisión, tiembla toda la comunidad? —le soltó con retintín, imitando una frase que le oyó un día y la sacó de quicio. ¿Ese era el hombre con el que se había casado? ¿Qué diablos le estaba pasando? ¿Por qué a medida que cumplía años se consideraba más importante? ¿Era la adulación de ese grupito del equipo de pádel del que se había rodeado?—. De todas formas, no dejas de ser un puto trabajador más, por mucho que te creas —añadió—. Lo que tienes que hacer es preocuparte por tu madre. No todo se reduce a tus malditos casos y lo que la prensa dice de ti. Haz el favor de llamar y hablar un rato con ella.

50

La llave de un sueño

Santander

—Niña, ¡deja de moverte de una puta vez! —gritó el inquilino del calabozo situado a la derecha del asignado a Alba.

Ella dio un respingo y detuvo el paseo nervioso y frenético que había emprendido hacía algo menos de un minuto en su diminuto recinto, cuando un agente le anunció que su abogada acababa de llegar a la comisaría y en breve la conducirían a una sala para reunirse con ella.

Era consciente de que no tenía por qué obedecer las órdenes de ese hombre y que podía moverse si quería, pero prefería no enzarzarse en ninguna discusión. Llevaba evitándolas desde el primer momento. Lo único que ansiaba era salir de allí cuanto antes sin ningún tipo de problema o enfrentamiento, dejar atrás esa atmósfera opresiva y deprimente y espantar al fin la amenaza de su entrada en prisión. Tenía la sensación de no haber pegado ojo ningún día, cada vez más asustada al ver que ni la policía ni su abogada acudían a decirle que los indicios contra ella se habían considerado infundados o no concluyentes, o que incluso había

aparecido otro sospechoso, y que quedaba libre. Tampoco había probado bocado pese a la insistencia de los agentes encargados de su custodia. ¿Cómo iba a comer en esa situación? Era como si le hubieran sellado el estómago, como si en cierto modo hubiera dejado de vivir allí abajo y, por tanto, ya no necesitara alimento ni descanso. Lo único que la mantenía en pie, consciente y cuerda, era esa brizna de esperanza a la que se aferraba, el sueño de recuperar y recomponer todo lo que aquella fiesta y lo que vino después habían quebrado. La llave de ese sueño, si es que existía, solo podía tenerla Paula Soler, su abogada, y no aguantaba más aquella desesperante espera.

Necesitaba hablar con ella. Saber lo que tenía que contarle.

51

Inclinar la balanza

El agente que guiaba a Paula por el pasillo accionó la manecilla y la letrada entró en la sala. Era la misma donde había estado reunida con su clienta dos días antes. Sin embargo, en esta ocasión Alba la recibió con una actitud diferente. En su rostro, demacrado por la desazón y la falta de sueño, asomaba un pequeño destello, la expectativa de que, si su abogada había vuelto, era para sacarla de allí.

En cuanto la vio pasar, la chica se levantó de la silla y amagó con echar a correr hacia ella. Sin embargo, Paula la contuvo con un gesto. Le dolía hacerlo, pero entendía que, si se fundía en un abrazo con ella, daría lugar a equívocos, a falsas ilusiones, y no quería alimentarlas. De momento, solo tenían a su favor el dato de aquella pelea nocturna en el Babylon, y, salvo que la policía encontrara algo más, no creía que fuera suficiente. Al llegar a la comisaría se había cruzado con la subinspectora Soto, quien, después de confirmarle que por el momento no iban a soltarla, se había negado a facilitarle cualquier información sobre la investigación a Rafael Santamaría. Es más, le había advertido que estuviera atenta al teléfono en las

próximas horas por si recibía una llamada del juzgado, lo que no presagiaba nada bueno.

Tras acariciarle las mejillas con delicadeza, Paula se sentó y puso a Alba al corriente de la situación. También le explicó que, si llegaba el momento de comparecer ante el juez, tendría que tomar una decisión; una decisión que, como investigada, solo le correspondía a ella.

Después de escucharla durante varios minutos, la chica la observó con el pánico pintado en sus facciones, embutida en la silla.

—Pero entonces, haga lo que haga…

—Tanto si declaras como si no, no hay ninguna garantía de que te dejen en libertad, no —admitió Paula con un nudo en la garganta.

—Pero yo creía que estos días…

—Yo también, Alba, yo también pensaba que saldría algo a la luz. De hecho, ahora sabemos que Nacho tuvo una pelea con Rafael Santamaría, pero…

—¿Y mis padres quieren que declare? —gimió la chica.

—Sí, eso me han dicho —admitió—. Antes he hablado con ellos. Y, al igual que estoy haciendo ahora contigo, les he explicado que, si hablas, quizá reveles algo que la policía no conozca y que no nos venga bien en el futuro.

—Pero si digo la verdad, ¿cómo…?

Paula se aproximó a ella y le tomó la mano.

—Alba, hay algo que debes entender: por muy duro que te suene, en el juzgado no se busca la verdad material, sino la jurídica, es decir, la que se puede probar. La otra da lo mismo.

La chica abrió la boca y por un instante pareció que fuera a vomitar sobre la mesa.

—Pero ¿no se supone que ellos tienen que probar que soy culpable, y no al revés?

—Sí, pero ahora no estamos en esa fase. Lo que el juez decidirá mañana es si te pone en libertad mientras continúa la investigación o si te mete en prisión para evitar que ocultes o destruyas pruebas, desaparezcas o cometas otros delitos.

Alba empezó a hacer aspavientos mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Pero yo no…

La voz le falló, y Paula rebuscó en su bolso un pañuelo y se lo dio.

—Gracias —dijo la muchacha.

La abogada pensó cómo retomar la conversación.

—Mira, aunque tú guardes silencio, yo estaré allí para alegar que todo es un error fruto de la precipitación policial. Diré que soltarte no supone ningún peligro para nadie ni compromete el desarrollo de la investigación, pero… —Se detuvo mientras escogía las palabras adecuadas—. Quizá no baste, no quiero engañarte.

Alba asintió con torpeza al tiempo que se llevaba el pañuelo al rostro para enjugarse las lágrimas. Luego se lo acercó a la nariz, colocó los dedos sobre la punta y el tabique y empezó a ejercer presión, como si quisiera meterla hacia dentro. Paula la contempló con desconcierto, pero no hizo ningún comentario.

—Es como un callejón sin salida… —gimió—. ¿Qué hago?

Paula recurrió a las enseñanzas de Antonia, tal y como había hecho un rato antes con los padres de la chica.

—Es tu decisión, Alba.

La joven se retiró el pañuelo de la nariz y la miró con aire suplicante.

—Pero tú eres mi abogada…

Paula inspiró hondo y trató de mantenerse fría. Entendía el reproche, pero como profesional no podía hacer otra cosa.

—Lo siento. Yo solo puedo exponerte los riesgos.

—¡Pero todo es malo! —chilló Alba, y estalló en sollozos.

Paula, alarmada, se levantó y la rodeó con los brazos.

—Alba, por favor…

—Dime qué hago —lloró ella, y hundió la cara en el hombro de la letrada—. Dímelo… No quiero ir a la cárcel. No puedo…

Paula la abrazó con fuerza. Luego, cuando notó que los jadeos se reducían y la respiración se le acompasaba, se separó unos centímetros de ella.

—Tú… ¿Tú qué harías? —musitó Alba temblando de los pies a la cabeza.

La abogada suspiró. Sabía que su respuesta inclinaría la balanza, por mucho que la decisión, parafraseando a Antonia, le correspondiera a la clienta.

También sabía que, si contestaba con sinceridad, los padres de Alba no se lo perdonarían.

52

El tren

Cuando la puerta automática de Iberian Labs se abrió ante ella, en el Parque Científico y Tecnológico de Cantabria, pasaban diez minutos de la hora concertada para la entrevista. Había comenzado a llover de forma torrencial y Paula plegó el paraguas nada más entrar en la recepción. Tras un gran mostrador circular, una mujer rubia le sonrió con amabilidad.

—Buenas tardes. Puede dejarlo ahí, en el paragüero que tiene al lado.

Paula asintió, siguió la indicación y después se aproximó al mostrador.

—Hola. He quedado con Rosario Huertas.

La mujer consultó algo en el ordenador.

—Es usted Paula Soler, ¿verdad?

—Sí. Llego un poco tarde…

—No se preocupe. Espere un momento.

Descolgó un teléfono fijo que había en un lateral y marcó tres dígitos. Luego informó de que la abogada ya había llegado.

—Tome el ascensor del fondo. Primera planta —le dijo a Paula cuando colgó, y volvió a sonreírle—. Mucha suerte con la entrevista.

Paula le dio las gracias y se alejó cargando con su maletín. Por el camino, intentó no dejarse deslumbrar por la belleza del edificio, sus impresionantes cristales y el silencio que reinaba en el lugar. Antonia, tenía que pensar en Antonia, se dijo.

En cuanto salió del ascensor, la recibió la responsable de Recursos Humanos, una mujer de unos cincuenta años, delgada y pelirroja. Guardaba cierto parecido con Teresa, aunque Rosario Huertas llevaba el pelo más largo.

—Bienvenida, Paula —la saludó con afabilidad mientras le estrechaba la mano—. Menudo tiempecito, ¿eh?

—Sí, y que lo diga. Perdone la tardanza, Rosario. Estaba con una detenida y…

Ella sacudió la cabeza.

—No hay problema. Acompáñeme.

La mujer la guio por el pasillo y abrió la cuarta puerta a la derecha. En la sala se hallaba sentado un hombre que también rozaría la cincuentena. Se levantó en cuanto las vio, se abotonó la americana y se ajustó el nudo de la corbata mientras se acercaba a ellas. Era alto, y Paula se fijó en que tenía el rostro impecablemente afeitado y el cabello muy negro y peinado a raya.

—Buenas tardes. Soy Paula Soler, un placer —se presentó ella.

—Ildefonso Pulido, director de Asesoría Jurídica —dijo él al tiempo que le tendía la mano—. Siéntese, siéntese.

Los tres se colocaron alrededor de una mesa de cristal sin una mota de polvo.

—Paula, lo primero que me gustaría es darle las gracias por venir a nuestras instalaciones para reunirse conmigo —comenzó Ildefonso —. Sé que está bastante atareada. Algo he leído en los periódicos.

—Ah, no es nada, encantada.

—Estamos muy contentos de tener una candidata como usted. Su currículum es muy bueno, y también sus referencias.

Ella murmuró un agradecimiento. Lo acababa de conocer, pero ese hombre que podría haber sido su jefe le parecía agradable. En su mente vislumbró la imagen de un tren que se alejaba y dejaba a su paso una bonita estela de humo.

Él prosiguió con su discurso y le detalló las tareas que, de incorporarse a la empresa, le serían asignadas. En algún momento dejó entrever que ya casi se daba por hecho que ella sería la elegida y, cuando le preguntó si alguna de esas funciones le supondría algún problema, o si había algo sobre lo que necesitara alguna aclaración, Paula sintió que la sangre le martilleaba las sienes. No podía posponerlo más, debía sincerarse. Inspiró hondo y comenzó a hablar con lentitud para no cometer errores.

—Tengo experiencia en todas esas materias, sí. Pero me ha surgido una circunstancia de fuerza mayor que me impedirá incorporarme a corto plazo.

Ya está, ya lo había dicho.

El rostro de Ildefonso Pulido se contrajo en un gesto de contrariedad, y la responsable de Recursos Humanos la miró con extrañeza.

—No sé si la estoy entendiendo —murmuró el hombre.

Paula se dispuso a repetir la idea con otras palabras, pero él la interrumpió.

—Creo que en la oferta quedaba claro que era para empezar enseguida. —Se volvió hacia su compañera—. ¿No?

Rosario Huertas asintió sin ocultar su decepción. Luego dijo:

—Paula, supongo que se trata de algo importante, pero, si no puede trabajar con nosotros, nos está haciendo perder el tiempo. ¿O es que hablamos solo de unos días?

La abogada desvió la vista. ¿Días, semanas, meses? No tenía la menor idea, pero el escenario descrito por Antonia no era halagüeño.

—Ahora mismo no lo sé. Me acabo de enterar y… Solo quería que supieran que, en cuanto se solucione, pueden contar conmigo. Pero aún no puedo decirles cuándo, lo siento.

—¿Se encuentra usted bien, Paula? —se interesó entonces Ildefonso—. ¿Su familia?

—Sí, sí. No es eso, gracias. Miren, no puedo ser franca por respeto a la persona, pero en este momento me es imposible cambiar de trabajo. Todo esto me sabe muy mal y soy la primera que lo lamenta, de verdad…

Al escuchar aquello, el semblante del hombre se destensó. De pronto, ya no parecía molesto.

—Paula, creo que comprendo lo que quiere decir —aseguró inclinándose hacia delante con aire de gravedad—, y me parece que mi compañera también —añadió mirando de soslayo a Rosario—. Me hago cargo de por qué ha venido y le agradezco que, dentro de lo que cabe, haya sido tan transparente con nosotros. Y por eso mi deber es serlo también con usted. Ahora mismo tenemos necesidades acuciantes de personal en prevención de delitos y no podemos esperar. Hay más aspirantes y cubriremos la plaza en cuestión de días, pero eso no quita para que, en el futuro, si usted puede y a nosotros nos encaja, volvamos a reunirnos, ¿de acuerdo?

Paula esbozó una sonrisa de gratitud y abandonó el edificio preguntándose si de verdad algún día volverían a verse.

Después se montó en el coche y marcó el número de Sofía.

53

El último adiós

Faltaban cinco minutos para las siete de la tarde y la muchedumbre ya superaba el centenar. La iglesia de San Roque, ubicada en el corazón de El Sardinero, se estaba quedando pequeña. A sus puertas no solo se agolpaban familiares y allegados de la familia Guerra Canals —muchos de los cuales habían viajado desde Barcelona ese mismo día—, sino también compañeros, curiosos, periodistas y un par de policías a los que Sorozábal había enviado por si sucedía algo de interés.

Había varios jueces y fiscales que charlaban en voz baja en la escalinata, pero ninguno era Santiago Belmonte. Tampoco Inés Calderón. Tras debatirlo, habían decidido no acudir. Pese a los notables avances, el crimen aún seguía bajo investigación, y ambos consideraban que presentarse allí habría supuesto involucrarse desde el punto de vista emocional. Además, no querían atraer los focos en un momento en que toda la atención debía volcarse sobre aquellos padres que se disponían a dar el último adiós a su hijo, rodeados de los suyos.

Como cabía esperar, tampoco se encontraban allí Sofía y Julio, que no querían alimentar polémica alguna y poco tenían que decir a

Olivia y a Samuel en tales circunstancias. Llevaban evitando cruzárselos en el barrio desde que se conoció la muerte de Nacho y por ahora lo estaban consiguiendo. En parte, ayudaba que ambos matrimonios apenas hubieran salido de casa en los últimos días. En esos instantes los padres de Alba se hallaban recluidos en el salón de su piso, en completo silencio y con el televisor apagado. Trataban de asimilar su última conversación con Paula Soler, que ya les había comunicado la decisión de su hija sobre cómo actuaría en el juzgado al día siguiente.

Alguien hizo una señal en el interior de la iglesia y la gente que aún quedaba fuera fue entrando sostenidamente. Rafa, Miguel y Andrés, los tres amigos de Nacho, cruzaron la nave y, siguiendo las indicaciones de un familiar del fallecido, ocuparon un espacio libre en uno de los bancos más cercanos al altar. Se veía perfectamente el féretro, que estaba cerrado y después sería incinerado en un crematorio a las afueras de Santander. Los tres se santiguaron y observaron a Olivia y a Samuel, que vestían de riguroso negro y parecían a punto de derrumbarse. Habían estado con ellos cinco horas antes, en el tanatorio, para darles el pésame. Allí, los muchachos habían aprovechado para reunirse en un pasillo apartado y comentar en susurros los interrogatorios a los que los había vuelto a someter la policía.

Una música triste empezó a sonar y todos los presentes enmudecieron. Los chicos intercambiaron una mirada. Luego fijaron las pupilas en el sacerdote, que se preparaba para pronunciar las primeras palabras.

Samuel acercó la mano a la de su esposa y sus dedos se tocaron durante un segundo, el tiempo que ella tardó en encogerse y

apartarse.

Con los ojos llorosos, Olivia siguió el comienzo de la ceremonia.

54

El trato

Miércoles 22 de febrero de 2023

El rumor de las teclas del ordenador se esparcía por la salita mientras Paula escribía a toda velocidad. Aún no había amanecido y la abogada ya se había levantado para trabajar.

La tarde anterior, después de hablar por teléfono con los padres de Alba, se había marchado al despacho para preparar su alegato en el juicio del escape de gas. Sin embargo, al cruzar la puerta principal recibió una llamada que alteró sus planes por completo. Era el abogado de los empleados de la empresa de mantenimiento: al comprender que el procedimiento se les volvía peligrosamente en contra, había logrado que sus clientes y la propia empresa se lanzaran a la desesperada a buscar financiación para pagar las indemnizaciones y alcanzar un acuerdo con el que los dos hombres pudieran eludir la cárcel. En el fondo, a Paula esa maniobra no la había sorprendido. El acuerdo de última hora era habitual en los juicios penales. Aunque, en este caso, la situación tenía una particularidad: el abogado sostenía que, por más que lo habían intentado, ellos no podrían hacerse cargo de la totalidad de la

indemnización, solo del ochenta por ciento. Por tanto, los clientes de ella tendrían que asumir la parte restante. Si no lo hacían de ese modo, no habría acuerdo y todos quedarían a expensas de la sentencia que dictara la Audiencia Provincial.

Paula dejó de teclear y consultó su teléfono bajo la luz del flexo. Nada, ningún mensaje. Suspiró. Habían pasado unas doce horas desde que había hablado con sus defendidos para exponerles la situación. El juicio estaba saliendo bien, sí, pero no había garantías de que fueran a obtener una sentencia que les diera la razón y los absolviera. Ante los tribunales nunca existía la certeza absoluta. Si querían la seguridad de no acabar en la cárcel, la única opción era pactar, abonar el veinte por ciento de la indemnización y declararse culpables de los delitos junto con los empleados de la empresa de mantenimiento. A cambio, el fiscal y la acusación particular rebajarían su petición de condena y se mostrarían favorables a la suspensión de la pena, lo que en la práctica supondría que nadie entraría en prisión.

Al escuchar la propuesta, ellos le habían pedido tiempo para meditarlo y ver si podían conseguir los fondos necesarios. De la respuesta que le dieran esa mañana dependía que tuviera que seguir defendiendo su inocencia o comparecer ante el tribunal para anunciar que habían llegado a un acuerdo. Siendo egoísta, ella prefería esa segunda opción. Aunque no le parecía probable que sus clientes acabaran en la cárcel, no quería correr riesgos.

—Pero ¿ya estás aquí?

Quien había lanzado aquella pregunta a modo de reproche era Teresa, que entró en la salita con el pelo revuelto y frotándose los ojos.

La abogada se giró en la silla y la recibió con una sonrisa.

—Cada vez trabajas más —murmuró Teresa al tiempo que la besaba en los labios y se sentaba sobre sus rodillas—. Y ahora sin esa oferta…

—Bueno, quizá en el futuro. No sé, ya te dije que tampoco me cerraron la puerta definitivamente… —Se interrumpió al oír que su móvil comenzaba a vibrar en la mesa—. Perdona, tengo que cogerlo. Puede ser importante.

Teresa apretó los labios con resignación y se levantó mientras Paula se llevaba el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

—Ya está. Aceptamos el trato.

55

El cerco

No eran más que las nueve y cinco de la mañana, pero la entrada de los juzgados ya estaba llena de periodistas. Santiago los esquivó como pudo mientras ascendía la pequeña rampa.

Una de las pocas personas que no se le acercó micrófono en mano y que se mantuvo en segundo plano fue Macarena. La noche anterior habían vuelto a discutir por culpa de aquel maldito caso y todo lo que lo rodeaba.

La mujer revivió la pelea mientras veía a su marido dejar atrás la nube de reporteros. ¿Y si la única manera de salvar su relación era que a partir de ahora se dedicara a informar de otros temas, por ejemplo de política? Pero no, por ahí no iba a pasar, desde luego que no. Él también podía cambiar de especialidad si lo deseaba y ocuparse de asuntos menos mediáticos, como las reclamaciones civiles o los divorcios. Ella disfrutaba con todo lo relativo a sucesos y tribunales, era su pasión, y no pensaba dar un paso a un lado por Santiago.

Ajeno a las tribulaciones de su esposa, el juez se dirigió a su despacho. En la puerta lo esperaba Sorozábal.

—Inspector, ¿qué hace…?

—Buenos días, señoría. Vamos a ponerle a disposición a la detenida enseguida. Y ya tiene el atestado.

Santiago abrió la puerta y lo hizo pasar. Cuando se sentaron, el juez lo observó extrañado.

—Se lo agradezco, pero no hacía falta que viniera hasta aquí para informarme de eso.

—No estoy solo por eso —respondió Sorozábal mientras abría una mochila y sacaba una carpeta de cartón. Señaló el escritorio del juez —. ¿Me permite, señoría?

—Claro, claro.

El policía extendió una decena de folios sobre la mesa. Santiago se inclinó para examinarlos.

—Son imágenes de una grabación de seguridad —dijo el inspector con evidente euforia, y a continuación blandió un DVD—. También le traigo el vídeo. Lo captó la cámara de vigilancia instalada en un chalet en El Sardinero. Aunque no debería, graba un pequeño trozo de calle, y mire…

—¿Es Alba?

—Sí —confirmó Sorozábal al tiempo que le mostraba uno de los folios—. Aquí está ampliado. Aunque era de noche y está casi al borde de la imagen, se distingue su cara con claridad. Ah, y lleva puesta la cazadora.

Santiago lo celebró en su fuero interno. Luego se fijó en los datos que figuraban en la parte inferior derecha: «Domingo. 04.15 AM».

—¿No se supone que a esa hora la chica ya estaba en su casa?

—Eso le dijo a la subinspectora Soto, sí —corroboró Sorozábal—, que se fue a la cama entre las tres y media y las cuatro. Pero vamos, ya ve que no fue así.

—Tal vez se retrasó un poco y se confundió… —adujo entonces Santiago, pensando en voz alta.

—No sé si se retrasó o no, señoría, pero la chica va en dirección contraria a su domicilio. No estaba volviendo, sino que se dirigía a otro lugar.

El juez lo miró sin pestañear.

—¿Cómo sabe que iba en dirección contraria?

Sorozábal sonrió.

—El chalet está en la calle Duque Santo Mauro y, por la disposición de la cámara, queda claro que caminaba en dirección a la avenida Reina Victoria.

Santiago levantó la mano.

—Espere, en Reina Victoria es donde se hizo la fiesta —exclamó—. Donde tienen la casa los Hermoso.

—Correcto. Y no solo eso. Allí está la playa de Peligros, con toda esa vegetación y el arbolado que hay en la ladera, de camino a la arena. En muchos puntos los jardineros tienen la hierba cortada al milímetro, pero en varios lugares hay zarzales, arbustos, restos de troncos, muros con recovecos… Es un buen sitio para esconder algo.

Santiago bajó la vista hacia las imágenes impresas. Por desgracia, no se apreciaba bien si la chica llevaba algo en la mano, como un cuchillo.

—Eso explicaría por qué al día siguiente no encontramos el arma en su casa —murmuró el juez—. Y también por qué no ha aparecido en el vertedero, a diferencia de la cazadora…

—Exacto. Y puede que también se deshiciera allí del teléfono de la víctima.

—Y de su propia cartera. Aunque sigo sin entender por qué coño querría ocultarla. ¿Han peinado esa zona?

—Sí, pero no en profundidad —reconoció Sorozábal—. Nos hemos centrado en otros lugares más próximos a la vivienda de la sospechosa.

—Pues pónganse con ello de inmediato.

—Ya lo he ordenado, señoría. Aunque necesitaremos tiempo. Es una zona complicada.

Santiago asintió y se puso en pie. Coincidía en que, evidentemente, no sería una tarea sencilla, pero tenían que intentarlo. En todo caso, aunque el cuchillo y el teléfono no aparecieran, los indicios que se estaban acumulando contra la chica comenzaban a ser difíciles de rebatir. A Alba Ferrero se le estrechaba el cerco.

—La cámara no la grabó a la vuelta —añadió Sorozábal—, así que suponemos que regresó por la otra acera, o que quizá lo hizo por la misma, aunque un poco más alejada. En cualquier caso, tenemos lo más importante.

El juez no pudo estar más de acuerdo.

—Buen trabajo, inspector. Si hay alguna novedad, avíseme.

56

El pozo

Tumbada boca arriba en el calabozo de la comisaría, Alba aguardaba a que los agentes aparecieran por el pasillo y la trasladaran a los juzgados. La incertidumbre la devoraba. ¿Dónde estaría al cabo de unas horas? ¿Y qué debía hacer? La tarde anterior, asesorada por Paula, había tomado la decisión de no declarar, pero ¿de veras era la correcta? Jamás se había encontrado ante una encrucijada como aquella, con dos caminos completamente cubiertos de niebla. Una niebla espesa, insondable.

Trató de imaginarse su comparecencia en el juzgado de instrucción para volver a analizar sus opciones y, casi sin darse cuenta, su mente viajó al pasado, a la otra vez que pisó una sala de vistas, también asistida por Paula. Aquel juicio se celebró a mediados de 2022, pero todo había empezado mucho antes. Fue en cuarto de la ESO, en el curso 2020/2021, cuando comenzó a sufrir las mofas por su aspecto, los insultos y las agresiones de aquellos cuatro compañeros de clase. Ellos, que además eran de los chicos más populares del colegio Peñas Arriba, la humillaban sin piedad y a escondidas, lejos de los ojos de los profesores y amparados en el silencio del resto de los alumnos, y cada vez se recreaban más. Fue

un error intentar aguantarlo todo, pero no se vio con fuerzas para pedir ayuda ni quiso preocupar a sus padres. Poco a poco, y casi sin ser consciente de ello, fue deslizándose por un pozo oscuro y profundo, silencioso, hasta tocar fondo y quedar anulada por completo, como si la anterior Alba, tímida y callada pero vital, hubiera desaparecido allí abajo, reemplazada por la Cuervo, como muchos, riendo las gracias de aquellos cuatro, también la llamaban.

Al repetir curso, creyó que los perdería de vista y que, pese al dolor que seguía produciéndole la visión de su rostro en el espejo, su vida mejoraría, se recompondría. Pero fue una vana ilusión. Uno de ellos también había suspendido varias asignaturas y, cuando comenzaron las clases en septiembre de 2021, volvió a coincidir con él en el aula. Los otros tres no tardaron en unírsele durante un recreo para aparecer por sorpresa y rodearla. Le dijeron que la habían echado mucho de menos. Después empezaron a emitir graznidos como posesos mientras cerraban cada vez más el círculo, la empujaban, se reían a carcajadas y le propinaban una lluvia de collejas y puntapiés, como una bandada de buitres ante un cadáver del que alimentarse. A cierta distancia, algunos alumnos se lo tomaban a broma, otros permanecían impasibles y una tercera categoría miraba hacia otro lado fingiendo no enterarse. Entretanto, los profesores proseguían con su vigilancia en otro punto del patio, sin percatarse de lo que ocurría a sus espaldas. Pasados unos días, no pudo soportarlo más y, cuando llegó a casa llorando, vomitó toda la verdad. Sus padres pidieron cita de inmediato en el despacho de Paula Soler y, poco después, la maquinaria judicial se puso en marcha. Entraron en escena el fiscal de menores, el juez, la policía… Durante unos meses, aquello sirvió para que los chicos la dejaran en

paz. La observaban con odio, pero desde la distancia. Hasta que llegó el juicio y nadie dijo la verdad; ni siquiera aquellos pocos a quienes aún consideraba sus amigos. El juez no la creyó. Y todo se vino abajo.

—Te esperan en el juzgado, chica.

El metal de la cerradura resonó cuando el policía introdujo la llave. Sumida en sus pensamientos, Alba ni siquiera lo había oído acercarse. Se puso en pie mientras el hombre abría la puerta.

—Andando.

57

Darle la vuelta

Todo había salido tal y como estaba previsto. Una vez realizadas las transferencias bancarias, los acusados habían entrado en la sala de vistas de la Audiencia Provincial y habían dado su conformidad con los términos del acuerdo. La pena impuesta, al no superar los dos años, quedaba suspendida y no irían a prisión.

La satisfacción de los clientes de Paula no era plena, pues seguían sin considerarse responsables del terrible suceso que los había conducido hasta allí, pero ¿qué se puede hacer cuando tu abogada te dice que, si sigues adelante con el juicio, cabe la posibilidad de que acabes entre rejas?

Al abandonar la sala, le estrecharon la mano.

—Gracias, Paula —murmuró el más veterano con expresión de alivio—. Somos conscientes de que, sin tu actuación, esto habría sido imposible. Cuando puedas, mándanos la factura, por favor.

La letrada les respondió que había sido un placer y se despidió de ellos con una sonrisa mientras se quitaba la toga y la guardaba en el maletín.

En cuanto echó a andar por el pasillo en dirección a los calabozos de los juzgados, su semblante se tornó tenso. La mañana había

pasado volando entre todos aquellos trámites, y el momento en que Alba tendría que declarar estaba cerca. Según le habían comunicado, comparecería ante el juez Belmonte a la una. Antes quería hablar con ella y asegurarse de que, dentro de lo posible, se encontraba tranquila y decidida a seguir la estrategia que habían trazado.

Por el camino aprovechó para consultar el móvil. Tenía un mensaje de Antonia.

¿Qué tal lo del escape de gas? Mucha suerte con la declaración de Alba. Lo harás genial. Como siempre.

Paula le respondió al instante:

Buenas noticias. Acuerdo y suspensión de la pena. Lo de Alba, veremos. Gracias.

Antonia, que estaba en línea, contestó mientras ella subía unas escaleras que se sabía de memoria:

Nuestro fichaje irá a verte. Trátalo bien.

Paula ni siquiera tuvo tiempo de procesar la información. En cuanto pisó el último peldaño, Álvaro Silva, el antiguo fiscal sustituto, le salió al encuentro. Era delgado, alto, bien parecido, con barba morena de unos días y unas ligeras entradas. Sus ojos, de un marrón muy oscuro, sonrieron al verla.

—Hola, Paula. Pensaba que aún seguirías en la Audiencia. Iba a buscarte —dijo, y se inclinó para darle dos besos—. Ya sabrás la noticia.

—Sí, bienvenido al despacho —lo saludó con tono cálido—. Perdona que el lunes no pudiera…

—No pasa nada. Ya me dijo Antonia que estabas hasta arriba. Enseguida tienes la declaración de esa chica, ¿no?

Paula compuso una mueca de disgusto.

—Sí, Alba. Voy a verla ahora. Y también a mendigar en el juzgado más detalles sobre la instrucción, aunque no creo que me los den.

—Pero ¿vais a declarar? —preguntó él arqueando las cejas.

—No, no. Pero cuanta más información, mejor.

—Ya me ha dicho Antonia que el asunto pinta feo.

A Paula no se le escapaba que su jefa tenía razón, pero aun así el comentario la soliviantó.

—Da igual. Le daremos la vuelta —aseveró, y por un instante pareció que hablaba consigo misma, como si quisiera convencerse de ello.

—¿Quieres que te acompañe a la sala de detenidos?

—Mmm… Creo que Alba no se sentirá cómoda delante de un desconocido.

—De acuerdo. Te espero entonces en la sala de vistas.

—Perfecto, aunque no estoy segura de que te dejen pasar —dijo ella.

—Bueno, Belmonte me conoce. Y le explicaré que voy como compañero tuyo.

Tras despedirse, Paula reemprendió el camino a los calabozos del juzgado.

58

Cambiar de bando

El reloj de pulsera de Paula marcaba las 12.59 cuando Santiago Belmonte se aproximó por el pasillo. La abogada dejó salir el aire lentamente de los pulmones. Había llegado el momento. Se percató de que a unos metros Félix Villar levantaba los ojos de su teléfono con expresión concentrada. Él también se jugaba mucho esa mañana. No podía permitir que el juez pusiera en libertad a la principal sospechosa.

—Esa es la fiscal, ¿no? —murmuró Sofía a su lado con voz trémula cuando Inés Calderón apareció por el extremo opuesto.

Paula les había explicado a los padres de Alba que no era necesario que se desplazaran a los juzgados. Como a cualquier otra persona ajena al procedimiento, no les estaba permitida la entrada a la sala de vistas durante la fase de instrucción, pero ellos habían insistido en presentarse. Querían que su hija los viera allí fuera, apoyándola. Ni siquiera las hordas de reporteros que esperaban en la puerta del edificio los habían disuadido de su propósito. Según le habían contado, ambos se habían negado a hacer declaraciones y, con la ayuda de varios vigilantes de seguridad convertidos

provisionalmente en guardaespaldas, habían conseguido dejarlos atrás.

—Sí, es ella —respondió la abogada con sequedad. Su relación con Sofía se había tensado sobremanera la tarde anterior, cuando les comunicó que su hija no iba a declarar.

Se giró al oír pasos a su espalda. Divisó a Alba y a dos agentes que la llevaban esposada y casi a rastras, no porque ella se resistiera a que la condujeran ante el juez, sino porque le costaba caminar, como si las fuerzas la hubieran abandonado y el cuerpo no le respondiera. Se fijó en su rostro. Tenía la mirada empañada y los párpados hinchados y enrojecidos de tanto rascárselos, y la barbilla le temblaba con violencia.

Cuando vio a sus padres, las piernas le flaquearon y los policías tuvieron que sostenerla para evitar que se desplomara. Sofía profirió un gemido y amagó con echar a correr hacia su hija. Paula la agarró del hombro a toda prisa.

—Déjala, déjala. No puedes hacer nada… —le susurró mientras la sujetaba.

Julio, a su lado, apretaba los puños y los labios con gesto desencajado.

En silencio, contemplaron cómo los agentes seguían las instrucciones de la funcionaria del juzgado y entraban con la detenida en la sala de vistas. Paula intentó establecer contacto visual con su clienta, pero iba con la cabeza gacha y ni siquiera la miró.

—Ustedes son los abogados, ¿verdad? —dijo la funcionaria dirigiéndose a Paula y a Villar.

Los dos respondieron que sí.

—Bien, pueden pasar. Y ustedes… —Observó con extrañeza a Inés Calderón y a Álvaro Silva—. Vaya, ¿vienen dos fiscales?

—Oh, no, no —se apresuró a aclarar él—. Ahora trabajo en un despacho de abogados. Vengo con ella —añadió señalando a Paula —. Si su señoría me permite pasar también…

La mujer se retiró un instante para comentarlo con el juez.

—Dice su señoría que no hay problema. ¡Y que menuda sorpresa!

Inés Calderón, que tenía en mucha estima a su antiguo compañero, apuntó sonriendo:

—Y que lo diga. Se nos ha cambiado de bando.

59

Un grave error

La puerta de la sala se cerró con un crujido y Sofía empezó a dar vueltas por el pasillo. De un lado a otro. Una y otra vez. ¿Y si no volvía a ver a Alba fuera de la cárcel hasta dentro de muchos años?

Cerró las manos con fuerza y sintió el impulso de estrellar los puños contra la pared de pura impotencia. ¿Cómo habían consentido que su hija se callase como una vulgar delincuente? ¿No era eso lo que hacían los culpables? ¿En qué estaban pensando? Ahora se arrepentía de no haber pedido una segunda opinión a otro abogado, pese a la negativa de su marido.

¿Acaso Paula esperaba que no hicieran nada mientras Alba no se defendía de una acusación injusta?

Se acercó a la puerta y colocó la mano sobre el tirador.

Iba a entrar.

Iba a detener esa farsa.

Le ardía la sangre al pensar en la escena casi jovial que había presenciado hacía unos segundos. No podía creer que, antes de intervenir en un acto que sería crucial para la vida de su hija, el juez y la fiscal se permitieran hacer bromitas sobre la incorporación de ese joven al despacho de Paula. ¡Y la abogada ni se había inmutado,

como si aquello le pareciera normal! Entendía que aquel era el día a día de todos ellos, pero aun así… ¿Es que no veían que estaba en juego el futuro de una niña? ¿No se daban cuenta de todo el daño que aquello estaba provocando, de la agonía que estaban pasando?

—Pero ¿qué haces? —exclamó Julio, que acababa de descubrirla con la mano sobre el tirador de la puerta. Dio cuatro zancadas hacia ella y la sujetó del antebrazo—. No puedes entrar, Sofía. ¡Quítate de ahí!

—Esto es un error —sollozó ella—. Es un error… Hay que explicar lo que pasó. Alba, ¡tienes que explicarlo! —comenzó a chillar de repente, convencida de que, por muy gruesa que fuera aquella puerta, su hija la estaría oyendo—. ¡Tienes que contar la verdad! ¡Eres inocente!

Siguió gritando a pleno pulmón mientras su marido intentaba hacerla callar.

De pronto, la puerta se abrió.

Era la funcionaria, que les lanzó una mirada furiosa.

—¡Señora, no puede hacer eso! —le espetó, e hizo un aspaviento —. Guarde silencio ahora mismo o pido que la desalojen. ¿Me ha oído?

—¡Mi hija es inocente! ¡Cometen un grave error! —vociferó Sofía, totalmente descontrolada y con el rostro anegado en lágrimas—. ¡Es inocente! No ha hecho nada…

—Llévesela ahora mismo —le ordenó la funcionaria a Julio.

Pero él era incapaz de hacerla entrar en razón y no estaba dispuesto a utilizar la fuerza. Dos vigilantes de seguridad irrumpieron en el pasillo y la tomaron por los brazos.

Sofía comenzó a forcejear y clavó los pies en el suelo, tratando de resistirse. Mientras tanto, chillaba como un animal apaleado.

—¡Señora, por favor! —masculló uno de los guardias con tono amenazante.

Julio, estupefacto, se hundió los incisivos en los labios. ¿Qué demonios estaba haciendo su mujer?

—Sofía, cálmate, ¡joder! ¿No ves que estás perjudicando a Alba? El juez… Su cara… —La puerta de la sala se había quedado abierta y Julio lo había visto sentado al fondo con expresión colérica.

Al escucharlo, Sofía enmudeció y lanzó una mirada a Santiago Belmonte. Sintió sus pupilas incandescentes sobre las suyas.

—Perdón, perdón —gimió al tiempo que se encogía sobre sí misma—. No diré nada más, nada más. ¡Lo prometo!

Pero la decisión de los vigilantes de seguridad era irrevocable:

—Vamos.

60

Declarar

Paula había asistido estupefacta al caos desatado a unos metros por la madre de su clienta. ¿Cómo no había sido capaz de prever algo así después de la discusión de la tarde anterior? Antes de la pandemia, las declaraciones se llevaban a cabo en los despachos de los jueces de instrucción, a cuyas puertas era improbable que se congregasen familiares y curiosos, puesto que se hallaban en otra planta del edificio. Sin embargo, en 2020 se trasladaron a las salas de vistas, y desde entonces era la costumbre. En los pasillos a veces había gente muy alterada, al límite, y no era descabellado que se produjeran episodios como aquel, que podían alterar la marcha del proceso. En el interior de la sala habían oído con nitidez todo lo que Sofía gritaba de forma enloquecida, y lo peor era que esos chillidos parecían haber afectado a Alba.

Paula la había observado todo el rato. Aunque la chica estaba sentada en una silla, el temblor que le sacudía el mentón hacía unos minutos se había extendido a todo su cuerpo, y ahora jadeaba como si estuviera en mitad de una carrera, como si el pecho le fuera a estallar.

La abogada intentó de nuevo establecer contacto visual con su clienta. Quería calmarla, hacerle ver que lo sucedido no cambiaba sus planes. Pero fue imposible: Alba la rehuía de forma deliberada. Por su experiencia, supo que aquello no era buena señal. Por lo general, los clientes se refugian en los ademanes y las miradas de sus abogados, y Alba, en lugar de buscarlos, los evitaba.

—Letrada, es inadmisible que pasen estas cosas —la reprendió el juez—. ¿Es que usted no ha hablado con la familia de su clienta?

—Disculpe, señoría. No sabía…

Santiago Belmonte alzó la mano para cortarla, como si no le interesaran sus excusas, y se volvió hacia Alba.

—Señora Ferrero, póngase en pie y acérquese al micrófono.

Alba, con una palidez cadavérica, no reaccionó.

El juez elevó el tono:

—Señora Ferrero. Póngase en pie y acérquese al micrófono.

La chica se estremeció y pareció volver en sí.

—Señora Ferrero, le he pedido que se levante y se aproxime al micrófono. ¿Me está entendiendo?

—Sí, sí, yo…

Con paso tambaleante, la muchacha obedeció.

—Acérquese bien para que sus respuestas queden registradas en la grabación.

—Sí…

—Escúcheme —dijo el juez con tono autoritario—. Hace unos minutos, en presencia de su abogada, el letrado de la Administración de Justicia le ha leído sus derechos, ¿verdad? Y usted ha firmado un documento en el que manifestaba quedar enterada.

Alba asintió con la cabeza.

—No, no haga gestos —la corrigió Santiago—. Diga sí o no, ¿de acuerdo? Los gestos aquí no valen.

—Perdón, sí.

A Paula, sentada a una mesa a la derecha del juez, le dio la impresión de que el rostro de la chica se tornaba cada vez más amarillento y apergaminado.

—Bien —prosiguió Santiago—. Entonces le habrán informado de que tiene derecho a guardar silencio, a no declararse culpable y a no contestar a algunas o a todas las preguntas que se le formulen. ¿Lo ha entendido?

Alba no respondió. En su lugar, se mordió los labios.

Santiago soltó un pequeño suspiro.

—A ver, señora Ferrero. ¿Lo ha entendido? Si no quiere, no tiene por qué declarar. Está en su derecho.

—Sí, lo he entendido —contestó al fin con un susurro.

—De acuerdo. Y ahora le pregunto: ¿va usted a declarar?

La sala quedó sumida en un silencio tenso. Todas las miradas convergían en la adolescente, que volvía a mordisquearse los labios y tenía los ojos clavados en el suelo.

A Paula la sangre le bullía en las venas. ¿A qué diablos esperaba Alba? Ahora no podía cambiar de opinión. Ahora no. Ni siquiera le había ofrecido unas pautas mínimas sobre cómo desenvolverse en sala y sortear las trampas que le tenderían. Si no seguía su consejo, sería un desastre.

Intentó pensar a toda velocidad. ¿Qué podía hacer?

Justo cuando el juez se removía en su butaca, a punto de repetir la pregunta, Paula decidió tomar las riendas.

—Disculpe, señoría, mi clienta no va a declarar.

Santiago la miró irritado.

—Letrada, eso le corresponde decirlo a ella. Señora Ferrero, ¿es así? ¿No desea declarar?

Al fin, Alba negó con la cabeza.

—Señora Ferrero, es necesario que diga sí o no. Ya se lo he explicado.

—No… no voy a declarar —anunció ella con voz estrangulada.

Santiago lo anotó, cerró el expediente de golpe y lo depositó a un lado de la mesa con semblante de contrariedad. Al entrar en la sala ya se imaginaba que la detenida no declararía, sobre todo porque, unos minutos antes de la comparecencia, él había dado orden expresa en el juzgado de que no se le facilitara a la abogada más información sobre la investigación en curso. En esa coyuntura, los letrados solían aconsejar a sus clientes que no contestaran a ninguna pregunta, pero, aun así, había mantenido un ápice de esperanza. Sabía que, cuando los sospechosos declaraban, las investigaciones siempre avanzaban. En una dirección o en otra, pero avanzaban.

Paula ya se estaba relajando, aliviada por haber salvado la situación, cuando oyó a Alba hablar de nuevo.

—Se… señoría…, sí, sí quiero…

—¿Cómo dice?

El pecho de la muchacha subía y bajaba a toda velocidad, y hubo un instante en que se agarró la nariz y se la retorció con fuerza, como si buscara descargar su nerviosismo en ese punto de su anatomía.

—Que quiero… que quiero declarar.

61

No mientas

Paula no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

—Señoría, solicito reunirme con mi clienta en privado.

Santiago entrelazó los dedos y ocultó la sensación de triunfo que lo invadía ante el cambio de criterio de la detenida. Se figuraba que la fiscal y Félix Villar también lo estarían celebrando en su fuero interno.

—Ya ha tenido ocasión de hablar con ella, letrada.

—Sí, pero todos han presenciado lo que acaba de suceder. Es imprescindible que me reúna con ella otra vez —insistió Paula, y trató de cargar su tono de autoridad para dejar claro que, si el juez no accedía, solicitaría la nulidad de la declaración.

Santiago lo meditó unos instantes y sondeó a la fiscal con la mirada. Ella inclinó levemente la cabeza.

—Muy bien —resolvió mientras se incorporaba—. Agentes, conduzcan a la señora Ferrero a la sala de detenidos. Letrada Soler, no tenemos todo el día, ¿entendido? Nos vemos aquí en quince minutos.

—Pero, señoría…

—Letrada, quince minutos.

Paula se tragó un resoplido y siguió a los policías.

Poco antes del cuarto de hora, reemprendieron el camino de vuelta.

En ese tiempo había sido incapaz de hacer cambiar de parecer a Alba. Derrumbada y entre sollozos, la muchacha le dijo que la aterrorizaba ir a la cárcel. Lo único que deseaba era volver con sus padres, abrazarlos, y ellos querían que declarara. Tal vez, si se explicaba bien, añadió, el juez la creería y la dejaría marchar. Paula le repitió las advertencias de la tarde anterior, pero no había servido de nada.

En cierto modo, la comprendía y no podía reprocharle que, justo cuando se asomaba al abismo, sintiera miedo. Tampoco que se viera influida por la postura de sus padres. Por eso había dejado de insistir y se había concentrado en prepararla lo mejor posible: «No dudes. No te explayes. No muestres nerviosismo ni te bloquees. No actúes. No mientas. Y, sobre todo, si ves que vas a perjudicarte, no contestes».

62

Una espiral

Los dos policías encargados de escoltarla la sujetaban con fuerza, igual que cuando la condujeron por primera vez a la sala de vistas. Sin embargo, ahora Alba apenas reparaba en cómo sus dedos firmes se le clavaban en la piel y la obligaban a avanzar; tampoco en los abogados impecablemente trajeados, los procuradores y el personal del palacio de justicia que se hacían a un lado en el pasillo y la observaban con curiosidad indisimulada, como si protagonizara una suerte de viacrucis.

No, ahora todo era diferente, y su mente se hallaba muy lejos de allí, girando sin parar, envuelta en una espiral infinita de dudas. Ya no acudía ante el juez solo para guardar silencio y confiar en la habilidad y las dotes de persuasión de su letrada. Iba a hablar, a prestar declaración, a defenderse, y eso —Paula ya se había encargado de que se le quedara grabado a fuego— marcaría su futuro.

Enfiló el último tramo de pasillo y se estremeció al pensar en el peor escenario posible. Los últimos consejos de la abogada resonaron en sus oídos.

«No mientas. Y, sobre todo, si ves que vas a perjudicarte, no contestes».

Era consciente de que había cosas que no le había contado a nadie, ni siquiera a Paula, pero ¿y si se quedaba sola? ¿Acaso era mejor que diera más detalles? Aunque ¿cuáles?

Respiró hondo y se dijo que ya era tarde para eso, que en breve todo habría pasado y quedaría libre.

63

El interrogatorio

Alba pegó los labios al micrófono y, en apenas un susurro, confirmó que iba a declarar. El juez respondió con un aséptico «De acuerdo» y, mientras pasaba algunas páginas del atestado policial, inició el interrogatorio.

Lo hizo de forma cautelosa, con tacto y dando rodeos. Pese a que aparentaba estar relajado, Paula sabía que estaba concentrado y que lo único que buscaba con esa pose era ganarse la confianza de la detenida. A menudo, el éxito en los interrogatorios no radica tanto en la agresividad y la confrontación como en lograr que el interrogado se sienta cómodo y se exprese con naturalidad, sin cortapisas. La abogada, que seguía lamentando aquel giro de los acontecimientos, trató de sosegarse. ¿Y si su clienta lograba convencer a Belmonte, después de todo? A lo largo de una hora, la chica fue desgranando los pormenores de la noche del crimen. Comenzó hablando de forma atropellada, con tartamudeos continuos y más titubeos de lo aconsejable, pero, a medida que transcurrían los minutos, ganó seguridad. Negó con rotundidad haber matado a Nacho Guerra y repitió todo lo que le había contado a Paula en su primera entrevista. Lo hizo con claridad y sin dejarse ningún detalle

y, por un momento, la letrada se permitió acariciar la idea de la puesta en libertad.

Sin embargo, los pensamientos de Santiago discurrían por derroteros muy diferentes. A él esa adolescente no lo engañaba: había mentido en dos aspectos fundamentales. No veía necesario incidir en ellos, dado que la investigación estaba bajo secreto de sumario y la abogada se lanzaría a protestar si sacaba a colación datos que ella no conocía, de modo que decidió cederle el turno a la fiscal.

Él se había figurado que Inés declinaría hacer preguntas, pero se equivocaba.

—Buenos días —saludó a la detenida sin revelar ninguna emoción —. Me gustaría que nos aclarara un par de cosas. La primera es sobre su indumentaria el día de los hechos. Antes ha manifestado que iba disfrazada de un personaje de los cómics de Batman, ¿es así?

—Eh, bueno, sí…

—Harley Quinn, ¿no? Una psiquiatra que acaba convirtiéndose en una criminal, según le he entendido.

—Sí…

—Mi pregunta es: ¿de qué piezas se componía el disfraz que usted llevaba?

—¿Piezas?

—De ropa, quiero decir —precisó la fiscal.

—Mmm… Pues… unos pantalones azules y rojos. Y un cinturón, una camiseta y una chaqueta.

—¿Y no incluía una cazadora?

Paula tuvo la impresión de que aquella pregunta dejaba a Alba sin respiración.

—¿Cazadora? —repitió la chica, como si quisiera ganar tiempo.

—Sí, eso mismo.

—Pues…, no, no.

—Pero solo con una chaqueta usted pasaría frío, ¿no? En pleno febrero… Además, tengo entendido que la fiesta fue en un sótano muy grande y sin calefacción.

—¡Señoría! —protestó Paula, desorientada—. ¿Qué tiene que ver si hacía frío? Mi clienta ya ha explicado todo lo que pasó.

—Letrada, la ropa que llevaba la detenida, como usted comprenderá, es importante. Señora fiscal, prosiga.

—Bien —repuso Inés Calderón, que volvió a posar la vista en Alba —. ¿Llevaba usted esa noche una cazadora o no?

La muchacha agachó la cabeza.

—Sí…

—¿Y cómo era?

—Azul. Azul con rayas rojas —respondió con voz temblorosa.

—A juego con el disfraz, más o menos, ¿no?

Alba asintió, pero en esta ocasión el juez no le pidió que contestara verbalmente.

—Y dígame una cosa —continuó la fiscal—: cuando usted se fue corriendo de la fiesta, ¿la llevaba puesta?

—No… no estoy segura —titubeó de nuevo.

—Bueno, digo yo que, si se la hubiera dejado en la casa, se habría dado cuenta, ¿no? Sentiría frío por el camino y en ese banco en el que dice que estuvo sentada.

Paula se retrepó en el asiento.

—Señoría, por favor, la fiscal está pidiendo a mi clienta que haga hipótesis. Ya ha dicho que no está segura.

—Sí, sí…, creo que la llevaba —gimió Alba antes de que el juez se pronunciara sobre la protesta de la abogada—. Un poco antes acompañé a mi amigo Carlos a la calle para que fumara. En el sótano éramos muchos y hacía algo más de calor, pero cuando volvimos no me la quité. Estaba destemplada… Ahora me acuerdo…

Paula le lanzó una mirada de censura; si ella protestaba ante una pregunta de la fiscal era por algo. Pero Alba seguía sin dirigir la vista hacia ella.

—Antes le ha dicho a su señoría que al volver a casa no se encontró en ningún momento con la víctima —continuó Inés Calderón sin darle tregua—. ¿Es así?

Alba se lo confirmó.

—De acuerdo. Cuando subió, ¿dónde dejó usted la cazadora?

Aquella pregunta tan directa alarmó a Paula. Repasó en su mente el registro que unos días antes se había llevado a cabo en la vivienda de la chica. Recordaba que la policía halló el disfraz en el cesto de la ropa sucia, aunque ¿incluía eso la cazadora? No, diría que no. Los agentes también habían registrado el armario de su habitación, pero no lograba acordarse de si se llevaron una prenda así. Desde luego, en la sala de interrogatorios de la comisaría Alba no la tenía, y durante el registro vestía una de color negro. Notó que el pulso se le aceleraba.

—No… no lo sé —farfulló Alba—. No me fijé…

—Ya, no se fijó —repitió Inés con un deje malicioso—. Y supongo que tampoco en dónde acabó, claro… —agregó, y a continuación hizo una pausa teatral—. Bien, vayamos a la otra cosa que quería

preguntarle. Verá, me gustaría que nos detallara qué hizo cuando llegó a su casa, además de desprenderse de la cazadora, imagino.

Alba la observó como si no comprendiera a qué se refería.

—¿Cuando llegué a mi casa?

—Sí. ¿Se desmaquilló, se fue a dormir, volvió a salir…?

Paula ahogó un respingo de inquietud. ¿Por qué demonios le preguntaba a Alba si aquella noche volvió a salir? ¿Acaso disponían de algún dato que lo indicara? La aclaración que Inés Calderón solicitaba no podía ser casual. Tenía la sensación de que era una trampa. Miró a su clienta para recordarle con un gesto lo que le había advertido cuando preparaban la declaración: «No mientas. Y, sobre todo, si ves que vas a perjudicarte, no contestes».

Pero Alba contestó.

64

Luchar

La chica afirmó que, en cuanto entró en casa, se fue directa a su habitación y se tumbó en la cama mientras intentaba olvidar todo lo que había sucedido en la fiesta. No se movió de allí, y ni siquiera se cambió de ropa. Sentía un cansancio inmenso, pero a la vez no podía dejar de pensar, de revivirlo. Permaneció así, sin incorporarse, hasta que, unas horas después, la puerta se abrió y apareció su madre acompañada de una policía que quería hablar con ella. Para entonces, ya era de día.

La fiscal le aguantó la mirada durante unos segundos, como si estuviera midiendo su sinceridad. Después, para sorpresa de Paula, anunció que no tenía más preguntas.

A continuación, el juez le dio la palabra a Félix Villar y le rogó que fuera breve. El letrado, que se había percatado de que Belmonte y Calderón estaban sirviéndose para su interrogatorio de información declarada secreta, no quiso poner a prueba la paciencia del instructor y rehusó intervenir. En su opinión, no hacía falta.

—Perfecto —celebró Santiago, satisfecho por no tener que escuchar preguntas improcedentes o redundantes.

Una vez más, aquel abogado le demostraba que no solo conocía el derecho, sino que también sabía manejarse con soltura y sagacidad en los tribunales, calculando cuándo debía hablar y cuándo quedarse callado. Paula Soler también era una buena profesional, aunque en ocasiones le resultaba demasiado insistente, terca. Extendió la mano hacia la abogada.

—Letrada, puede proceder.

Paula se puso recta. Tras las intervenciones del juez y la fiscal, poco tenía que añadir. Ellos habían agotado las preguntas y, en su opinión, Alba se había defendido bien a lo largo del interrogatorio. Solo pareció flaquear en esas dos cuestiones por las que se había interesado Inés Calderón; dos cuestiones que para ella eran un enigma y en las que no se atrevía a profundizar. No estaba segura de si Alba había dado algún paso en falso sin que ninguna de las dos se diera cuenta, pero desde luego ella no iba a contribuir a que la chica se despeñara.

Aunque ¿cómo iba a quedarse callada? Tenía que decir algo, luchar.

—Letrada, ¿va a hacer alguna pregunta o no?

—Sí, sí, disculpe, señoría.

Paula hundió la mirada en las pupilas de Alba. Seguía de pie ante el micrófono y agarraba la base como si le sirviera para sostenerse y no precipitarse al suelo.

—Buenos días —la saludó con tono dulce, en un intento por tranquilizarla—. Con la venia de su señoría, ¿nos podría decir cuánto tiempo llevaba Nacho Guerra sin insultarla ni humillarla desde el último conflicto?

Santiago frunció el ceño al instante.

—Vamos a ver, letrada. Eso ya está contestado.

—Sí, pero…

—No, ya está contestado, no insista —la detuvo él en seco—. ¿Algo más?

Paula pensó la siguiente pregunta.

—Durante la fiesta, ¿presenció usted algún tipo de conflicto entre Rafael Santamaría y la víctima? ¿Un reproche, alguna salida de tono que indicara que luego acabarían peleándose en una discoteca?

El juez le lanzó una mirada gélida y Félix Villar hizo un aspaviento.

—¡Señoría! —protestó el abogado—. Estamos interrogando a la detenida sobre lo que ella hizo. Además, aquí no consta ninguna pelea en ninguna discoteca.

Santiago movió la mano para apaciguarlo.

—Tiene razón, letrado. Señora Soler, no voy a admitir esa clase de preguntas, ¿de acuerdo?

—Pero, señoría, tenemos derecho a que se investiguen otras líneas.

—Y se investigan, pero por parte de la policía. Y, como comprenderá, aquí no vamos a dedicarnos a analizar gestos, salidas de tono y ese tipo de sutilezas. Mire, más sencillo —agregó Santiago volviéndose hacia Alba—. Señora Ferrero, ¿durante la fiesta vio usted que se produjera alguna pelea, riña o agresión entre esas dos personas a las que se ha referido su abogada?

Alba bajó la cabeza.

—No…

—Pues aclarado —zanjó el juez—. ¿Quiere hacer alguna otra pregunta, letrada? Pertinente y útil, por favor.

Paula hizo girar su bolígrafo mientras buscaba alternativas, algo con lo que dar un vuelco a la situación y garantizarse la puesta en libertad de su clienta. Pero nada acudía a su mente.

Santiago tamborileó con los dedos en la mesa, impaciente. Al ver que la abogada no reaccionaba, dijo:

—Bien, damos por concluida la declaración.

Paula sintió el impulso de protestar, aunque lo cierto era que no sabía qué añadir.

—Ahora —comunicó el juez—, damos paso a la vista de medidas cautelares. Señora Ferrero, puede sentarse.

La primera en formular sus alegaciones fue la fiscal. Tal y como se había figurado Paula, Inés Calderón no ahondó mucho en los indicios que había contra Alba, puesto que debía respetar el secreto de sumario y no revelar datos confidenciales. Sin embargo, sí incidió en el intento de la detenida de apuñalar a la víctima durante la fiesta cuando la estaba ridiculizando. También en el detalle de que había huido de la casa con un cuchillo que podía ser el arma que acabó con la vida de Nacho Guerra. No desveló si había aparecido o no, pero sí afirmó que, si se ponía a la sospechosa en libertad, el riesgo de ocultación y de destrucción de pruebas era evidente. Culminó su razonamiento agregando que, por otro lado, Alba había tratado de fugarse en una ocasión y que, aunque carecía de recursos económicos, no podía descartarse que volviera a intentarlo. Por todo ello, se hacía imprescindible decretar el ingreso en prisión provisional.

A continuación, Félix Villar se aclaró la garganta y, con otras palabras, vino a decir lo mismo que la fiscal.

Cuando le tocó hablar a Paula, la sala quedó sumida en un silencio absoluto. La abogada notaba el aire cargado de electricidad y los ojos y las esperanzas de Alba puestos en ella. La noche anterior había escrito su alegato, pero en el fondo no necesitaba esos folios. Sabía lo que tenía que decir. Además, la declaración de Alba había cambiado la situación.

—Señoría, nos oponemos a la medida cautelar solicitada por la fiscalía y la acusación particular —comenzó, y trató de imprimir a su tono convicción y firmeza—. En primer lugar, queremos manifestar que el secreto de sumario no implica que el juzgado y la policía puedan ocultar la práctica totalidad de la investigación a la defensa. Según el Tribunal Constitucional…

—Letrada, céntrese en las medidas cautelares —la interrumpió el juez, irritado—. Si quiere, presente después los recursos que considere oportunos, pero ahora cíñase a lo que nos ocupa. Haga el favor.

Paula contó hasta cinco para no soltar una impertinencia. Lo que ella alegaba no estaba fuera de lugar, ni mucho menos. Se trataba tan solo de hacer constar una situación que, en su opinión, estaba provocando indefensión a su clienta.

Cruzó una mirada con su nuevo compañero, sentado en los bancos reservados al público, que le hizo un gesto con la mano para darle a entender que era mejor dejarlo pasar. Por su parte, el abogado de la acusación y la fiscal se mantenían impertérritos y no movían un músculo.

—Sí, señoría —prosiguió Paula, y se permitió arrastrar las últimas sílabas para recalcar su contrariedad—. Como decía, nos oponemos a la prisión provisional y a cualquier otra medida cautelar, y lo

hacemos por varios motivos. El primero, porque todo lo que las acusaciones consideran indicios de la culpabilidad de mi clienta no son más que datos circunstanciales que interpretan caprichosamente a su favor. Sí, Alba Ferrero participó en esa fiesta, tuvo una disputa con la víctima y se llevó un cuchillo, pero eso es todo, señoría. No hay ni una sola prueba de que volvieran a coincidir. Ni una. De hecho, mi clienta lo ha desmentido con contundencia.

Se detuvo unos instantes y señaló a Alba para reforzar sus palabras.

—Y, que sepamos, tampoco hay una sola prueba, señoría, de que ese cuchillo fuera el arma del crimen y no otro —agregó—. Además, a mi clienta se le cayó en la calle, junto al banco de madera, de modo que cualquiera pudo cogerlo después y emplearlo contra Nacho Guerra. Porque, señoría, Alba no estuvo sola en esa fiesta. No era la única persona que tenía problemas con ese joven —enfatizó, y dio un golpecito con el dedo índice en la mesa—. No se nos ha permitido sacar a colación la pelea con Rafael Santamaría, pero esta defensa conoce y está en disposición de acreditar que esa misma madrugada la víctima y su supuesto amigo, Rafael, llegaron a las manos y se amenazaron de muerte. Y que luego, con una diferencia de tan solo unos minutos, ambos abandonaron el lugar. Andrés, otro de los amigos, acompañó a Nacho durante una buena parte del trayecto, y todo indica que se separaron casi al final. ¿Quién nos dice que Rafael no había ido tras ellos y aprovechó el momento en que Nacho se quedó solo para alcanzarle y pelearse de nuevo con él? Muy cerca, bajando la cuesta, estaba el cuchillo que Alba no había recogido, señoría. ¿Y si llegaron hasta allí discutiendo y él lo empuñó y se lo clavó? ¿O quién nos asegura que no fue otra

persona? —preguntó al tiempo que elevaba las manos—. El crimen se produjo a pocos metros del domicilio del fallecido, donde cualquiera que tuviera cuentas pendientes con él podía estar esperándolo. No, señoría, hacer cargar a mi clienta con todas las sospechas y meterla en prisión resulta precipitado, arbitrario y totalmente contraproducente.

Hizo una pausa y observó de nuevo a Alba, que tenía los ojos fijos en el suelo.

—Con el debido respeto, señoría —continuó sin perder la entonación—, no hay ningún riesgo de ocultación ni de destrucción de pruebas. Según han informado los medios de comunicación, el cuchillo no estaba en la escena del crimen y, salvo que esta letrada esté equivocada, no consta que haya aparecido. Pues bien, incluso suponiendo que mi clienta sea la asesina, ¿qué iba a hacer con él? ¿Volver a esconderlo? ¿Cambiarlo de sitio? No tiene sentido, señoría. ¿Y qué otras pruebas peligran? La respuesta es clara: ninguna. —Volvió a interrumpir su discurso y escrutó al juez, que parecía escucharla con atención. Eso avivó su esperanza—. En cuanto a la posibilidad de fuga, señoría, es evidente que no es real. Lo único que mi defendida hizo el pasado domingo fue dejarse llevar por el pánico y correr a refugiarse en la estación de autobuses. No hubo ningún intento serio de huir y, como ha reconocido la fiscalía, ni siquiera cuenta con medios para hacerlo. Por todo lo expuesto —concluyó, y se inclinó hacia delante—, solicito la inmediata puesta en libertad.

65

Destino sellado

Nada más terminar la vista de medidas cautelares, los dos agentes de policía se llevaron a la detenida a los calabozos de los juzgados. Acto seguido, el juez Belmonte y la fiscal se retiraron en silencio a sus respectivos despachos.

Santiago cerró la puerta y se afanó en redactar lo más rápido posible el auto en el que plasmaría su decisión sobre el futuro inmediato de Alba Ferrero. Sabía que, al otro lado del pasillo, junto al mostrador de su juzgado, los dos abogados esperaban ansiosos la resolución.

Veinte minutos más tarde, Paula volvió a consultar su reloj de pulsera por enésima vez. Aquella tardanza no era buena señal; por lo general, un auto de puesta en libertad se escribía enseguida. Lo difícil era fundamentar el ingreso en prisión provisional. Intentaba no imaginarse a Alba en la cárcel, pero era incapaz de quitarse esa imagen de la cabeza. ¿Cómo sobreviviría esa pobre chica allí dentro? Solo tenía dieciocho años y había sufrido tanto en los últimos tiempos… Jamás volvería a ser la misma.

Se acordó de cómo la había mirado al salir de la sala de vistas. Aterrorizada. Hundida. Presa de un temblor incontrolable. Como si

ya intuyera que su destino estaba sellado, que la próxima vez que se vieran lo harían tras unos gruesos muros. Poniéndose en su papel de abogada, ella había intentado esbozar una sonrisa alentadora, pero no lo había logrado. Era consciente de que caminaban sobre el alambre, que la situación era límite, y no había podido disimular su congoja.

Suspiró y se volvió hacia su compañero. Álvaro se mantenía callado y daba pequeñas vueltas en círculo con la cabeza gacha. Félix Villar se había colocado a varios metros de ellos y, aunque fingía estar absorto en su teléfono, Paula lo conocía y sabía que también estaba nervioso.

De pronto se oyó un taconeo en el interior de la oficina judicial, alguien se acercaba. Paula levantó la vista y las pulsaciones se le aceleraron. Era la tramitadora a cargo del procedimiento. Traía noticias. La abogada intentó adivinar en su rostro la decisión del juez, pero su expresión era de puro hermetismo.

—Letrados —dijo, y le hizo un ademán a Félix Villar para que se aproximara—. Ya les hemos notificado la resolución por vía telemática, ¿de acuerdo? La recibirán mañana.

—Sí, pero ¿qué…? —farfulló Paula con el peor de los presentimientos.

La mujer la observó por encima de sus gafas de montura plateada.

—Prisión provisional, letrada. Sin fianza.

SEGUNDA PARTE

66

El traslado

Lunes 8 de abril de 2024

El Citroën C5 salió de una rotonda coronada por una escultura de dos osos pardos que se observaban por encima de una fuente y se detuvo ante un semáforo. El conductor, un policía nacional, dejó el coche en punto muerto y miró por el retrovisor interior. En el asiento trasero central viajaba Alba Ferrero, la acusada, a quien trasladaba al palacio de justicia de Las Salesas. A cada lado de la chica había un agente uniformado.

Había transcurrido más de un año desde su ingreso en prisión provisional, y ese día comenzaba el juicio. Se esperaba una asistencia y una cobertura mediática masivas, y las medidas de seguridad que se habían desplegado no tenían precedentes en Santander para algo así.

Que las previsiones sobre el nivel de expectación no habían fallado quedó claro en cuanto giraron y se aproximaron al complejo judicial. Había mucha gente en las calles aledañas colocada estratégicamente para ver el vehículo policial dirigiéndose hacia los garajes, y las

cámaras de los periodistas se dispararon a su paso, a pesar de que el coche tenía los cristales tintados en la parte de atrás.

El conductor aguardó a que el portón sur se abriera y lanzó otra ojeada a la chica. Estaba cambiada, con un aspecto muy diferente al que mostraban las fotografías que los medios habían publicado un año atrás, cuando acudió a declarar ante el juez de instrucción. Era como si aquellos catorce meses en el centro penitenciario de El Dueso, en Santoña, la hubieran hecho envejecer una década. La piel se le había acartonado, tenía unas pequeñas bolsas bajo los ojos y sus facciones habían perdido toda su dulzura. Además, se la veía acongojada y superada por la situación, con una palidez enfermiza, y el pelo corto que ahora lucía le confería un aspecto más afilado y adulto. Según se decía, decidió cortarse la melena después de sufrir una paliza en prisión a manos de una reclusa y descubrir que el pelo largo no era un buen aliado. Ella también había protagonizado alguna agresión. En concreto, los periódicos se hicieron eco de una ocurrida en mayo de 2023. Al parecer, a algunas reclusas les hizo gracia el mote con el que Nacho la humillaba y tomaron buena nota. Una mujer de unos cuarenta años, que estaba emitiendo graznidos y se carcajeaba en el comedor, recibió el primer puñetazo que Alba daba allí. Rápidamente, cinco internas se lanzaron contra ella para defender y vengar a la otra, y la molieron a golpes, pero lo que se destacó en los diarios fue que la hija de Sofía Ponte, la presunta asesina de Nacho Guerra, al fin había dejado ver su verdadero rostro, su cara agresiva.

—Ya estamos —anunció el hombre con tono neutro al tiempo que introducía el coche en el garaje—. Ahora mis compañeros te llevarán

a los calabozos judiciales. Te quedarás allí hasta que comience el juicio, ¿entendido?

Alba hizo un leve asentimiento con la cabeza.

No dijo nada.

67

El jurado

«¿Jura o promete desempeñar bien y fielmente su función, con imparcialidad, sin odio ni afecto, examinando la acusación, apreciando las pruebas y resolviendo si la acusada es culpable o no culpable del delito, así como guardar secreto de las deliberaciones?».

El juramento que habían prestado todavía revoloteaba en la cabeza de los miembros del jurado cuando se acomodaron en la bancada situada en un lateral de la sala de vistas, en perpendicular a la mesa en la que se hallaba Edmundo Murrieta, un magistrado de gafas ovaladas y edad avanzada encargado de presidir el tribunal. Eran nueve los ciudadanos llamados a decidir el destino de Alba Ferrero: cinco hombres y cuatro mujeres. Su nombramiento se había producido el viernes anterior tras un proceso agotador de entrevistas y recusaciones. Se dedicaban a profesiones muy diversas, todas ajenas al mundo del derecho, y su edad oscilaba entre los veintidós y los sesenta y tres años. Cinco de ellos tenían hijos. Además había dos suplentes, que, aunque en principio no intervendrían en la deliberación, debían presenciar todo el juicio por si alguno de los

titulares enfermaba repentinamente o sucedía algo que comprometiera su imparcialidad.

Paula se encontraba sentada al otro lado del estrado, en una larga mesa que ocupaban la fiscal, el abogado de la acusación, ella misma y la acusada, por ese orden. Miró hacia la zona destinada al público y el vello se le erizó. Para disponer de mayor aforo, se había decidido utilizar el salón de actos del palacio de justicia como sala de vistas, pero ni siquiera así era suficiente. La estancia estaba abarrotada. Al abrirse las puertas, se había desatado una lucha encarnizada por los asientos, y muchas personas habían tenido que quedarse fuera. En ese momento, numerosos periodistas escribían febrilmente en sus libretas mientras otros movían y disparaban sus cámaras sin cesar. La atmósfera estaba cargada, y daba la impresión de que faltara el oxígeno.

La abogada se esforzó por abstraerse del circo mediático y estudió a los miembros del jurado. Parecían nerviosos, algunos incluso apesadumbrados, como si la función que acababan de asumir por imperativo legal ya empezara a hacerles mella. Paula esperaba que a lo largo de la semana lograran relajarse y concentrarse en lo que ella tenía que decirles. Porque, pese a las pruebas demoledoras que la policía había ido acumulando contra su clienta, todavía mantenía la esperanza de salvarla. Eso sí, era totalmente consciente de que quizá se hallaba ante el caso más complicado de su carrera. Partía con demasiada desventaja.

La sangre aún le hervía cuando recordaba cómo se torció aquella declaración ante el juez instructor hacía algo más de un año. Fue un grave error permitir que Alba contestara a aquellas preguntas. Tendría que habérselo impedido, haber sido más taxativa. Sin

embargo, en aquel entonces ignoraba que la joven no le estaba siendo sincera, y no podía imaginar que sus respuestas la harían aún más sospechosa. Ahora, con toda la información de la causa ya disponible, resultaba obvio que su explicación inicial no se sostenía. Ante el jurado tendría que dar otra, la que, según Alba le había asegurado entre alaridos y lágrimas tras entrar en prisión provisional, revelaba lo que realmente sucedió. Era algo de lo que por ahora solo estaban al corriente ella, como abogada, y los padres de la chica, y que Alba afirmaba haber ocultado por miedo a que nadie la creyera ante las extrañas circunstancias que se dieron aquella noche. De primeras, Paula no supo qué pensar. Durante muchos días le insistió en que, si era culpable, debía decírselo. La defendería igualmente, a pesar de que hubiera intentado engañarla, y buscarían la mejor estrategia. Que se lo confesara a ella, le recalcó, no implicaba que fuera a acabar condenada. Sin embargo, cuanto más le repetía esas palabras, más desesperada se mostraba Alba, como si cada sílaba se le clavara en la carne.

Al final había decidido creerla, o eso se repetía a sí misma. Aunque ¿y si estaba equivocada? ¿Podía estar segura de que a lo largo de esa semana no saldrían a la luz más contradicciones, más mentiras? ¿Podía estar segura de que, derrumbada a su derecha, no tenía a la asesina de Nacho Guerra?

Inspiró hondo y la miró de soslayo. Ya era tarde para cuestionarse aquello.

Disponía de cinco días para lograr su libertad.

Los cinco días que duraría el juicio.

68

La acusación

El magistrado Edmundo Murrieta, perteneciente a la sección primera de la Audiencia Provincial de Cantabria, era quien dirigiría las sesiones. Su función consistía en controlar que se respetaran las reglas. Él no resolvería si la acusada era inocente o culpable. Eso le correspondía al jurado. Una vez alcanzado el veredicto, él se encargaría de redactar la sentencia, pero no podría apartarse de la decisión que hubieran tomado esos nueve ciudadanos.

Tras recolocarse las gafas, le hizo un gesto al hombre que estaba sentado a su lado. También vestía toga, y pertenecía al cuerpo de letrados de la Administración de Justicia, antes denominados secretarios judiciales.

—Proceda a dar lectura a los escritos de acusación y defensa, por favor —le indicó el magistrado.

Era habitual que los jueces se saltaran ese trámite, pero Murrieta creía en la importancia de seguir el procedimiento y aplicaba las normas a rajatabla, especialmente en casos tan mediáticos como aquel, con la mirada de todo el país sobre ellos. El letrado de la Administración de Justicia asintió sin rechistar y empezó a leer los

cargos formulados contra Alba por la fiscalía y el abogado de la acusación particular.

Ambos le atribuían la muerte de Nacho Guerra y lo consideraban un delito de asesinato por la aparente imposibilidad de defenderse que tuvo la víctima. Sin embargo, discrepaban en la gravedad de la pena cuya imposición solicitaban.

Inés Calderón pedía quince años de prisión. Villar, veinte.

Paula se inclinó hacia Alba y le agarró la mano. Estaba gélida, como si no le corriera la sangre. La abogada levantó la vista y se encontró con unos ojos desvaídos y carentes de emoción. Se había convertido en una sombra de sí misma, y en ese momento, tan delgada, con los hombros hundidos, el pelo sucio y revuelto y las pupilas extraviadas, se asemejaba más a un cuerpo amortajado que a una chica en la flor de la vida.

—Todo irá bien, ya lo verás —le susurró al tiempo que le apretaba la mano.

La joven no respondió y Paula se inquietó. Los días anteriores, Alba le había dicho que pelearía en el tribunal y que colaboraría en todo para demostrar su inocencia. Eso incluía mantener una actitud serena y concentrada, algo a lo que los jurados y los periodistas solían prestar mucha atención. Sin embargo, de repente parecía marchita, agotada, devastada, como si la grandilocuencia del juicio y la gravedad que se respiraba entre aquellas paredes la hubieran aplastado, como si todo estuviera perdido. Paula pensó en los padres de la chica. Quizá su presencia hubiera ayudado a levantarle el ánimo. Pero ellos no declararían hasta el día siguiente y, al igual que el resto de los testigos, tenían prohibido acceder a la sala de vistas hasta que fuera su turno.

—Todo saldrá bien —le repitió a Alba como si fuera un mantra.

El letrado de la Administración de Justicia pasó a leer el escrito de defensa, en el cual Paula pedía la absolución de la acusada.

Cuando hubo concluido, el magistrado carraspeó y abrió el trámite de alegaciones previas.

—Señora fiscal, cuando quiera.

En la práctica, esas palabras suponían el pistoletazo de salida del juicio, el momento en que la fiscalía y los abogados se dirigirían por primera vez al jurado.

Se abría el telón y comenzaba la representación. Todo cuanto se había ido descubriendo a lo largo de la instrucción pasaba a ser anecdótico; ahora lo que de verdad importaba era lo que cada uno consiguiera probar allí.

Nada más.

Se empezaba de cero.

Todo quedaba sometido al escrutinio de los nueve miembros del jurado, más los dos suplentes, que en esos instantes se removían incómodos en la bancada.

Inés, con muchos años de experiencia a sus espaldas, sabía bien cómo desenvolverse en ese tipo de situaciones. Sentía la presión, pero la disimulaba bajo una expresión ceñuda e inquisidora. Se inclinó sobre el micrófono que tenía delante, se colocó la melena detrás de la oreja y escrutó a los miembros del jurado muy despacio, uno por uno. En España, los fiscales y los abogados no tenían permitido levantarse ni dar paseos por la sala, pero existían otras formas de ganarse la atención de esas personas y persuadirlas de lo que deberían resolver en unos días.

—Señoras y señores del jurado —comenzó la fiscal con voz potente mientras alzaba un dedo—. Hoy están aquí para cumplir un deber, un deber que les impone la ley y que entraña una gran responsabilidad. No debe preocuparles si están o no familiarizados con el mundo del derecho, si han visto muchos juicios, pocos o ninguno. Eso no importa, no es necesario. Lo único que se les pide es que apliquen la razón y la lógica y, a la luz de las pruebas que se les presenten, decidan si la acusada mató de dos puñaladas a Ignacio Guerra Canals la noche del 18 al 19 de febrero de 2023.

Dedicó los siguientes minutos a instruirlos sobre el funcionamiento de aquella clase de procedimientos judiciales y los derechos que la ley les reconocía, como la posibilidad de intervenir en cualquier interrogatorio para pedir aclaraciones o formular preguntas. Luego añadió con gravedad:

—En los próximos días escucharán numerosos testimonios de personas que les hablarán de la acusada y de la víctima. Nadie podrá asegurarles que fue ella, Alba Ferrero, quien asestó las puñaladas mortales, pues no hubo ningún testigo ocular. Sin embargo, no se lleven a engaño: eso no impide que ustedes la declaren culpable, ni mucho menos —les advirtió al tiempo que golpeaba en la mesa con la mano—. La defensa les insistirá en que la fiscalía y la acusación particular tenemos la carga de probar que la acusada fue la autora del crimen. Les dirá que, si existe una duda razonable, deberán considerarla inocente, y es cierto. Pero eso no significa, señoras y señores, que ustedes necesiten una prueba plena y directa del delito, una evidencia manifiesta y rotunda. Muy pocas veces se descubre al asesino sosteniendo la pistola humeante. No, lo habitual es que los hechos se cometan sin dejar apenas

rastro, poniéndoselo difícil a la justicia. Y ahí es donde entra en juego la teoría de la prueba indiciaria, la teoría que ustedes deberán aplicar para no dejar impune este crimen.

La fiscal se detuvo y paseó de nuevo la mirada por la bancada.

—Si, vistas todas las pruebas, ustedes llegan al convencimiento de que existe una pluralidad de indicios que apunta hacia la acusada, deberán declararla culpable —proclamó—. Y eso, les repito, a pesar de que nadie la viera empuñar el cuchillo y hundirlo hasta en dos ocasiones en el cuerpo de la víctima —remató—. A lo largo de estas sesiones, señoras y señores del jurado, acreditaremos todas y cada una de las circunstancias que, inevitablemente, les llevarán a esa convicción: fue ella, Alba Ferrero, quien mató a Ignacio Guerra, o Nacho, como lo conocían sus amigos, y así deberán declararlo en su veredicto. Muchas gracias.

Durante unos segundos nadie habló, y Paula descubrió con desazón que dos miembros del jurado, un universitario con coleta que estudiaba Física y una mujer de mediana edad que trabajaba como contable, intercambiaban un asentimiento, como si ya tuvieran clara su decisión.

—Tiene la palabra el letrado de la acusación particular —anunció el magistrado al tiempo que miraba a Félix Villar, sentado a la izquierda de Paula.

El abogado carraspeó, murmuró el tradicional «Con la venia de su señoría» y comenzó a parafrasear a la fiscal. Al principio lo hizo con tono melifluo y ademanes suaves, pero poco a poco fue endureciendo su discurso. Buscó despertar la emoción del jurado con continuas alusiones al fallecido y a su familia, y, al repasar las pruebas que se presentarían durante el juicio, dijo:

—Recuerden que la acusada no solo tiene derecho a guardar silencio, sino también a mentir. Ella puede mentirles con total impunidad y, por eso mismo, deberán poner en cuarentena todo lo que diga. No se dejen engañar, que no les confunda —recalcó—. Respecto a la prueba testifical, han de saber que los testigos tienen la obligación de decir la verdad y, si incumplen ese deber, cometen delito de falso testimonio. No obstante —se apresuró a puntualizar con un gesto teatral—, a veces eso no resulta suficiente para asustar a algunas personas. Llevo muchos juicios en mi carrera profesional y, créanme, les puedo garantizar una cosa: hay testigos que mienten. Más de los que puedan imaginarse. Algunos lo hacen deliberadamente; otros sin tener conciencia de ello, por un fallo de memoria. Por eso, les ruego que estén atentos y que tomen sus afirmaciones con la debida cautela. Y si en algún momento les surgen dudas sobre cómo valorar las pruebas, sepan que deben dar prevalencia al testimonio de los expertos, es decir, a lo que digan la policía judicial y los forenses, que nada se juegan aquí y son plenamente objetivos. Pero no se inquieten: muy pronto comprobarán que las evidencias biológicas y tecnológicas contra la acusada son claras. Ella asesinó a Nacho Guerra. Y deberá ser declarada culpable. Gracias.

El magistrado Murrieta se volvió hacia Paula. La abogada aspiró con avidez y se llenó los pulmones de aire. Había llegado su momento.

—Adelante —dijo el magistrado.

Paula estudió a los miembros del jurado durante unos instantes, tal y como había hecho la fiscal. Reparó en que todos la observaban con interés, aunque en varios de ellos apreció un rictus de rechazo.

Se recordó que era normal que nada más comenzar muchos estuvieran en su contra. ¿Acaso ella no habría pensado lo mismo de estar en su lugar? ¿No era lógico suponer que la policía había hecho bien su trabajo?

Las manos le sudaban. Sabía que era clave empezar con buen pie, había mucho en juego.

Echó un último vistazo a sus notas, al discurso que tenía preparado. Siempre lo redactaba por si a la hora de intervenir no se sentía inspirada y con confianza. Eso le proporcionaba seguridad, aunque era consciente de que hablar directamente al jurado, sin leer, resultaba mucho más eficaz, más convincente.

Iba a despegar la vista del papel y a articular las primeras palabras cuando notó el contacto de unos dedos en su muñeca. Eran de Alba.

Giró el rostro hacia ella y celebró en su fuero interno que, por primera vez esa mañana, la chica pareciera reaccionar. Advirtió que tenía los ojos vidriosos y que en su cara se había abierto paso una expresión suplicante.

La abogada le sostuvo la mirada y asintió seria.

No se rendirían. Presentarían batalla.

69

La defensa

—Miembros del jurado —dijo al tiempo que buscaba la complicidad de los hombres y mujeres que tenía enfrente—. Ha recaído sobre ustedes una importante tarea: decidir si una persona mató o no a otra. Sé que esta tarea les ha venido impuesta y que ahora mismo tal vez se estén preguntando por qué son ustedes quienes deben asumirla, y no un juez profesional. Pues bien, la explicación es que, en esta clase de sucesos tan complejos y difíciles, en los que un inocente podría acabar en la cárcel de forma injusta, el sistema deposita toda su confianza en la democracia, en los ciudadanos, en las personas que acuden aquí provistas tan solo de la razón. Porque la razón, señoras y señores del jurado, es la única herramienta que se requiere para llegar a la verdad, para juzgar con imparcialidad. Y para aplicarla con rigor es fundamental que ustedes se mantengan firmes en todo momento, que no se dejen manipular por nadie y que olviden cuanto hayan oído sobre este proceso antes de ser escogidos. Nada de eso tiene ahora relevancia o utilidad. El veredicto es exclusivamente suyo y deberá estar sustentado tan solo en lo que vean y oigan en esta sala durante los próximos cinco días. Recuerden: es su deber y su

responsabilidad, de nadie más. No es de los medios de comunicación, de sus amigos ni de sus familiares. Cuando abandonen este lugar al terminar cada sesión, no deberán compartir sus impresiones ni dejarse aconsejar. Ustedes son los soberanos en este juicio, los titulares de la milenaria función de impartir justicia. No permitan que nadie se la arrebate.

Paula creyó entrever algún gesto de conformidad en la bancada del jurado. Se dijo que estaban entendiendo el mensaje, que se hacían cargo de la importancia de su misión. Ese era el primer paso para que se mostraran abiertos a plantearse si realmente iban a condenar a una culpable o a una inocente, con todo lo que eso conllevaba. Ya no se trataba de dar por supuesto que la policía había hecho su trabajo entregándoles a la asesina, sino de pararse a reflexionar si de veras había pruebas suficientes para considerarla la autora del crimen. ¿Y si no lo era? ¿Estaban dispuestos a enviarla a la cárcel durante tantos años?

La semilla de la duda ya estaba sembrada. Aun así, ella no iba a adelantarles lo que diría Alba. No, todavía era pronto para eso. Haría como los mejores escritores de novela policiaca: dosificar la información, revelar las pistas sutilmente e ir trazando una línea de puntos para, al final, unirlo todo y agitar la verdad ante ellos. O, al menos, la verdad que estaba a su alcance, porque una cosa era cuestionar el relato de las acusaciones para hacer ver que Alba no había cometido ese crimen —o que no había indicios suficientes contra ella—, y otra muy distinta, dar con el verdadero culpable. Lo primero sí formaba parte del juicio; lo segundo, no. Eso le correspondía a la policía.

—Hace un momento, la fiscal les ha dicho que no es necesaria una prueba plena para declarar culpable a mi clienta —continuó—. Les ha hablado de la posibilidad de condenar a una persona por indicios, pero ¿cuándo podemos considerar que los indicios son suficientes y que apuntan de forma racional e inequívoca hacia una persona? ¿Dónde está la diferencia entre la deducción y la mera conjetura? ¿Dónde situamos la frontera con la simple elucubración, con lo subjetivo? Deberán ser muy cuidadosos. Es en las condenas basadas en inferencias, probabilidades, descartes y sumas de datos circunstanciales donde se producen los grandes errores judiciales. Son esas decisiones precipitadas y apresuradas las que luego copan las portadas y los telediarios. Para evitar que les suceda algo así, deberán actuar con rigor y objetividad y no perder de vista que hoy, señoras y señores, no se está juzgando si la acusada pudo cometer el crimen. No, lo que se está juzgando es si efectivamente lo cometió. Y eso es muy distinto. Si albergan la más mínima duda, una duda razonable, deberán declararla inocente. Porque les recuerdo que, según la Constitución, a mi clienta se la presume inocente. Son las partes acusadoras las que deben demostrar que aquella noche mi defendida cometió el delito que se le atribuye, y no al revés. En cualquier caso, ya se lo adelanto: eso no será posible porque, como enseguida comprobarán, la acusada es inocente. Lo que la ha traído hasta aquí no es más que un cúmulo de errores en la investigación. Una injusticia a la que ustedes, al final de estos cinco días, podrán poner remedio. Gracias.

70

Abrirse en canal

Santiago Belmonte removió el café y levantó la vista hacia el televisor de la cafetería donde se encontraba. En la pantalla, una reportera conectaba con sus compañeros en plató para informar de que el juicio del «crimen del Carnaval» había comenzado. Lo hacía con tono exaltado desde una de las entradas del palacio de justicia, ubicado a menos de dos minutos a pie del lugar donde él estaba.

El juez dio un pequeño sorbo y se pasó la lengua por los labios. Por fin se juzgaba a Alba Ferrero. Él había finalizado la instrucción varios meses atrás, dándole la máxima prioridad, pero los recursos presentados por la abogada Paula Soler habían demorado la celebración de la vista. Eso sí, una tras otra, la Audiencia Provincial había ido desestimando todas las alegaciones con las que la letrada intentaba echar abajo la investigación judicial, y él había salido reforzado.

En ese tiempo, su imagen había aparecido con frecuencia en los telediarios, y podría decirse que hasta se había hecho famoso. Cuando jugaba los partidos de liga con su equipo de pádel, algunos contrincantes lo reconocían y lo felicitaban por el buen trabajo que, según los medios de comunicación, había hecho. Ya no era el juez

que dejó escapar a aquellos proxenetas por un error garrafal, eso parecía haber caído en el olvido.

Todo marchaba viento en popa, y la relación con su mujer, que al inicio de la investigación llegó a deteriorarse de forma alarmante y a pender de un hilo, volvía a ser la de antes. En ese instante, Macarena debía de hallarse en el interior de la sala de vistas. Había cubierto el «crimen del Carnaval» desde el comienzo y, por supuesto, no iba a dejar que nadie la sustituyera en el momento cumbre. En cierto modo, la envidiaba. A él también le habría gustado estar allí contemplando cómo, poco a poco, la culpabilidad de la acusada se confirmaba. En realidad, podía acceder como público, pero había otros asuntos que reclamaban su atención. Además, que el juez de instrucción asistiera al juicio oral de un caso suyo resultaría muy raro y podría ser interpretado como una muestra de inseguridad, casi como si quisiera cerciorarse de no haberse equivocado. Y él, desde luego, no iba a dar esa impresión.

Consultó el reloj. Amanda Moreno, la inspectora de Estupefacientes, había quedado en llamarlo en un rato para ponerle al día de las novedades de la operación Leo, la investigación antidroga abierta un año atrás a raíz del seguimiento a Rafael Santamaría, el amigo de Nacho Guerra. Desde entonces habían descubierto que el taxista al que vieron vendiendo estupefacientes a ese chaval contaba con un alto y variado número de clientes, principalmente en la zona de El Sardinero.

Pero eso no era más que la punta del iceberg.

Gracias a largas vigilancias y a escuchas telefónicas que él había autorizado recientemente y que aún se mantenían, habían averiguado que aquel tipo, Mario Linares, alias Hamilton, como el

piloto de Fórmula 1 por su afición a la velocidad, no estaba solo. Formaba parte de una red de taxistas que suministraba droga por toda la comunidad cántabra. El cabecilla de esa organización era su hermano, Máximo, que respondía al apodo de DiCaprio por su parecido razonable con la estrella de Hollywood. DiCaprio era el enlace con tres narcotraficantes de nacionalidad colombiana que llevaban siete años afincados en Santoña y que, en colaboración con otros compinches que tenían en A Coruña, introducían en España droga procedente de Sudamérica. DiCaprio era uno de los transportistas estrella de los narcos colombianos. Se ocupaba de recibir la mercancía que estos le pasaban cada cierto tiempo y luego la repartía entre sus compañeros taxistas, incluido su hermano, que tenían dividido el territorio para el posterior trapicheo. Tirando de aquel hilo descubierto casi por casualidad en el marco de la investigación del «crimen del Carnaval», la policía había logrado perfilar toda la red, a sus integrantes y su funcionamiento, y también tenía identificados a los narcos colombianos y a sus colaboradores en Galicia. Para esto último se cooperaba con la autoridad judicial competente en A Coruña, y además se estaban desarrollando labores conjuntas con la Guardia Civil.

Santiago dirigía la instrucción y estaba impaciente por ordenar las detenciones. Hacía dos meses y medio, cuando se produjo un pase importante de droga, aún quedaba algún fleco pendiente y por eso los agentes no reventaron la operación, como se denominaba en el argot policial al hecho de poner fin a los seguimientos y arrestar a los sospechosos. Después de aquello tuvieron otra ocasión para intervenir, pero lo descartaron porque aspiraban a asestar un golpe definitivo, uno que condujera a toda esa gente a la cárcel durante

muchos años. Creían tener claro cuándo se presentaría la situación ideal: el sábado iba a celebrarse un concierto multitudinario de dos DJ en Santander y era probable que los camellos quisieran aprovisionarse de cantidades superiores a las habituales. Para eso, antes DiCaprio tendría que quedar con sus proveedores colombianos, y entonces sería cuando, si nada se torcía, entrarían en acción.

Santiago se había mostrado de acuerdo con el plan. Además, sabía desde hacía tiempo que esa semana se celebraría el juicio contra Alba Ferrero, y la idea de que pudiera coincidir con el estallido de la operación Leo lo seducía.

Al pensar en ello, un hormigueo le recorrió la espalda. En cuanto trascendiera que había caído una de las principales redes de tráfico de drogas en Cantabria, él, como juez instructor, se anotaría el tanto con el que había fantaseado tiempo atrás, cuando estaba en su peor momento. Si con la investigación del «crimen del Carnaval» ya había logrado rehabilitar su imagen pública, ahora el impulso sería aún mayor.

—Fernando, cóbrame, por favor —le pidió al dueño de la cafetería.

Unos minutos más tarde, se dirigía hacia los juzgados con la mente aún puesta en la operación Leo cuando distinguió a unos metros a Samuel Guerra y Olivia Canals, los padres del muchacho asesinado. Ambos avanzaban cabizbajos por la otra acera.

Santiago se detuvo de golpe y trató de pasar desapercibido. Aunque Olivia y él eran compañeros, estaba decidido a guardar las distancias hasta el final, hasta que el jurado emitiese su veredicto y el caso quedase resuelto.

Mientras los veía alejarse camino de los juzgados, se dijo que era lógico que estuviesen tan abatidos. Llevaban más de un año intentando aplacar aquel dolor que jamás los abandonaría, y esa mañana, cuando testificaran, tendrían que revivirlo todo y abrirse en canal. En el fondo, a ninguno de los dos les había ido mal durante ese tiempo, pero en una situación como aquella nada, absolutamente nada, servía de consuelo.

Según sabía, tras la muerte de su hijo, ella se pasaba las horas encerrada en el juzgado, volcada en su trabajo, y también había buscado refugio en la literatura. De hecho, su nuevo libro acababa de salir al mercado y lideraba las listas de los más vendidos. El lanzamiento se había convertido al instante en un vendaval editorial que estaba sacudiendo todas las librerías. Tristemente, el asesinato de su hijo había aumentado aún más su popularidad. Eso sí, ella se había negado a participar en cualquier tipo de actividad promocional, a diferencia de lo que venía haciendo. No se veía con fuerzas.

A Samuel lo habían ascendido en su empresa hacía unos meses. En concreto, ahora ocupaba el cargo de Julio Ferrero, el padre de la acusada, de quien Moguer & Cía. había terminado prescindiendo, en teoría, por una serie de desavenencias sobre la manera de llevar el negocio. No obstante, todo el mundo tenía claro que había sido por una cuestión de reputación. Se rumoreaba que Samuel había dudado durante semanas si aceptar el nuevo puesto, pero al final lo hizo.

Todavía parado en la acera, Santiago se preguntó si, de ser padre y haber sufrido una pérdida como esa, él habría sido capaz de mantenerse a flote e incluso prosperar profesionalmente, como ellos. No ignoraba que en algún medio de comunicación se les había

llegado a tachar de fríos e insensibles. Aunque ¿acaso no tiene uno el derecho a gestionar sus desgracias como quiera? O, mejor dicho, ¿como buenamente pueda?

71

Hacer justicia

A cuatro kilómetros de allí, en el número 26 de la calle Joaquín Costa, los padres de Alba veían en la televisión el mismo canal que veía el juez Belmonte unos minutos antes en la cafetería. Llevaban desde primera hora siguiendo las noticias sobre el juicio y absorbían con avidez cada novedad. En ese momento, la tertulia del plató se interrumpió para dar paso de nuevo a la reportera que se hallaba a las puertas del palacio de justicia.

—Mira, ya llegan —dijo Julio con hosquedad.

Se refería a Samuel Guerra y Olivia Canals, a quienes en ese instante estaba apuntando la cámara. Se dirigían a la puerta del complejo judicial, y los periodistas se lanzaban hacia ellos en tromba.

Julio subió el volumen justo cuando el matrimonio se detenía y la madre de Nacho tomaba una bocanada de aire, como si se dispusiera a hablar. La cantidad de micrófonos que la rodeaba era abrumadora.

«—¿Qué van a declarar hoy? ¿Hay algo que puedan adelantarnos?».

«—¿Están satisfechos con la composición del jurado? ¿Qué les parece que haya más hombres que mujeres? ¿Puede influir en el veredicto?».

«—¿Cómo se sienten? ¿Qué esperan del juicio?».

Olivia se aclaró la garganta. Parecía hacer verdaderos esfuerzos para hablar.

«—Estamos… Esperamos que se haga justicia».

Sentada al lado de Julio, Sofía hundió los dedos en uno de los cojines. Sí, ella también esperaba que se hiciera justicia, aunque de una manera bien diferente. Le habría gustado decírselo a esos periodistas en ese mismo instante, contrarrestar el efecto que podían causar las palabras de esa mujer. Sin embargo, Paula Soler se mostraba inflexible con eso: nada de entrevistas ni de comentarios en medios de comunicación. Todo lo que hubiera que decir, lo dirían en la sala de vistas. Ante el jurado. Y en el momento oportuno.

—Tenemos que confiar en Paula —le murmuró Julio al tiempo que colocaba la mano sobre la suya, como si supiera lo que estaba pensando—. Ella hablará ahí dentro. Hablará por nosotros. Por Alba.

Sofía se sorbió la nariz con resignación. Trató de armarse de esperanza mientras, en la pantalla, los padres de Nacho se negaban a contestar más preguntas y echaban a andar de forma atropellada, perseguidos por el enjambre de periodistas.

72

Giro de guion

El magistrado Murrieta se recostó en su butaca y lanzó una ojeada a los miembros del jurado. En el pasado había visto a algunos que no se tomaban en serio su función. Solían ser personas que no aceptaban de buen grado el nombramiento y que, resignadas, se limitaban a esperar a que el juicio concluyera para emitir su veredicto por la vía rápida, sin ninguna reflexión, y marcharse de allí a seguir con su vida. *Doce hombres sin piedad*, una de sus películas favoritas, retrataba como ninguna esa clase de comportamientos en los tribunales.

Él estaba convencido de que aquel proceso no sería tan sencillo como algunos periodistas vaticinaban. Por eso le parecía fundamental que esos ciudadanos seleccionados asumieran su responsabilidad y no perdieran la atención. En España se requieren siete votos para declarar culpable al acusado y cinco para declararlo no culpable. En los últimos años, el noventa por ciento de los veredictos habían sido de culpabilidad. En principio, se le antojaba improbable que aquella muchacha saliera libre de allí. Sin embargo, su abogada era impetuosa y perseverante, y sabía que no

claudicaría con facilidad. Le complació comprobar que ningún miembro del jurado perdía detalle de lo que acontecía en la sala.

—Bien, antes de empezar con las testificales, ¿tienen alguna cuestión previa que plantear o nuevas pruebas que proponer? —preguntó dirigiéndose a la fiscal y a los abogados.

Aunque, según la ley, las pruebas deben proponerse en los escritos de acusación y defensa presentados meses atrás, cabe la posibilidad de que, justo antes de comenzar con los interrogatorios, se añadan otras de última hora, y Murrieta tenía la obligación de ofrecérselo a la fiscal y a los abogados. Era consciente de que algunos letrados solían hacer uso de ese derecho para esconder sus cartas hasta el último momento y coger por sorpresa al contrincante. Los periodistas, que aguardaban ansiosos el primer giro de guion, observaban con los bolígrafos en alto.

Inés Calderón y Félix Villar contestaron que no tenían nada que manifestar. Sin embargo, Paula se echó hacia delante y dijo:

—Con la venia, señoría, la defensa solicita una prueba adicional.

El magistrado la escrutó por encima de las lentes y la abogada notó cómo la tensión crecía a su alrededor.

—Se trata de la testifical de don Saturnino Cuevas Romero —anunció—. Queremos que acuda a declarar.

Murrieta hizo un asentimiento y comenzó a remover papeles.

—¿Podría decirnos quién es? —le pidió a Paula.

—Es un testigo al que la policía interrogó unas horas después del crimen. Un vecino de El Sardinero.

—¿Y no se le menciona en el atestado?

—No, señoría. Por eso no lo hemos propuesto hasta ahora. Hemos sabido de su existencia en fechas recientes. La policía y el juzgado

de instrucción omitieron cualquier referencia a él —respondió ella con acritud.

El magistrado entrelazó las manos.

—¿Y por qué considera usted que es relevante?

Paula no titubeó. Tenía ensayada la respuesta.

—Todo indica que aquella noche la víctima pasó junto al piso del señor Cuevas, en el número 13 de la calle Joaquín Costa, antes de bajar la cuesta donde apareció sin vida. En teoría, se había separado de su amigo Andrés un poco antes. Eso nos llevaría a pensar que estaba solo. Sin embargo, este testigo asegura que, a una hora que no es capaz de determinar pero que podría encajar con las tres o las cuatro de la madrugada, oyó voces en la calle. Como una discusión. Y que una de ellas pertenecía a Nacho Guerra. Mi clienta jamás subió hasta allí, así que cabe preguntarse: ¿quién o quiénes acompañaban a la víctima, señoría? Por eso es importante.

Un rumor recorrió la sala.

Murrieta pidió al público que guardara silencio. Luego, con voz pastosa, dijo:

—La señora fiscal y el letrado de la acusación particular pueden alegar lo que consideren oportuno sobre la admisibilidad de la prueba.

Inés Calderón apoyó los codos en la mesa con un rictus de indignación.

—Señoría, es perfectamente normal que la policía no recoja en los atestados el resultado de las diligencias que se revelan inútiles. Y esta, sin duda, lo fue. No hay ninguna irregularidad en ello, como parece insinuar la letrada —afirmó tajante, y lanzó a Paula una mirada torva—. Es más, casualmente esta fiscal estaba presente

cuando la subinspectora Andrea Soto informó a su superior de la entrevista que había tenido con el señor Cuevas. Según ella, el hombre no podía afirmar a qué sexo correspondían las supuestas voces, y mucho menos lo que se decían. Es evidente que unas voces sin identificar, a una hora inconcreta y además sin que se entendiera lo que decían tienen una trascendencia nula para la investigación. Por no mencionar que, según comprobó la policía, el señor Cuevas padece principio de demencia. En fin, señoría, nos resulta muy difícil creer que ahora, de repente, casi por arte de magia, el señor Cuevas haya recuperado la memoria y con semejante precisión. Es una prueba inútil y que solo busca confundir al jurado. Solicitamos su inadmisión.

Mientras los periodistas escribían con excitación en sus libretas, Félix Villar se adhirió a la petición de inadmisión formulada por la fiscal. Acto seguido, el magistrado posó las manos en la mesa y miró al frente con aire reflexivo. No parecía seguro de su decisión.

Tras unos segundos que a Paula se le hicieron interminables, proclamó:

—Se admite.

73

La secuencia del crimen

Murrieta tardó casi un minuto en sofocar el revuelo que su decisión había provocado en el público. Mientras tanto, la abogada aprovechó para dirigirle una discreta sonrisa a Alba, que parecía haber recibido un pequeño hálito de vida. Ella también era consciente de la importancia que aquella prueba testifical tenía para sostener la estrategia que habían trazado. Su admisión era la primera victoria en la larga guerra que ambas librarían a lo largo de aquella semana.

—Don Saturnino Cuevas será el último testigo de la defensa en comparecer ante este tribunal. Lo hará el miércoles a última hora de la mañana —indicó Murrieta cuando la sala hubo recuperado el silencio—. Letrada Soler, usted pidió que la acusada declarara en último lugar, ¿verdad? O sea, el jueves, después de las periciales.

—Así es, señoría.

Según la normativa vigente en ese momento, la persona acusada debía ser la primera en declarar, pero hacía ya tiempo que el Tribunal Supremo había admitido la posibilidad de que lo hiciera en el turno final si la defensa lo solicitaba. En casos como aquel, Paula era partidaria de proceder de ese modo, para mantener el factor

sorpresa y poder adaptarse a lo que hubiera sucedido los días previos.

—De acuerdo. Comenzamos ahora con los testigos citados para hoy —informó Murrieta, y repasó el listado que le habían preparado en la oficina judicial—. El inspector Enrique Sorozábal, que pase.

La funcionaria fue a buscarlo al pasillo.

Vestido de uniforme y con semblante pétreo, el policía entró y tomó asiento en la silla colocada frente al estrado. Una vez que le ajustaron la altura del micrófono, el magistrado le advirtió del deber que tenía de decir la verdad. A continuación, le cedió el uso de la palabra a la fiscal.

El público había enmudecido. A nadie se le escapaba que, si aquel hombre no era capaz de defender con solvencia la investigación policial, todo se vendría abajo.

Inés Calderón lo saludó formalmente y comenzó con preguntas aproximativas, de toma de contacto. Durante más de una hora, Sorozábal fue desgranando los primeros pasos de la investigación.

—Entonces ¿comprobaron si en la vivienda donde se celebró la fiesta había otros cuchillos similares al que, según usted acaba de explicar, se llevó la acusada?

—Sí. Pero eso lo hicimos después, el lunes —precisó el inspector —. Tuvimos que esperar a que los propietarios de la casa regresaran de un viaje. Con su consentimiento, llevamos a cabo un registro y descubrimos que la presunta arma del crimen podía pertenecer a un juego de cinco cuchillos, todos con las mismas características.

—¿Cuántos quedaban?

—Cuatro. Faltaba uno —dijo, y lanzó una mirada penetrante al jurado.

—¿Y los analizaron?

—Sí. El forense podrá explicárselo con más detalle, pero la conclusión fue que las heridas del cadáver eran compatibles con la morfología y las dimensiones de la hoja. Ya le digo que eran todos iguales.

—O sea que, aunque el arma no haya aparecido, el forense y ustedes consideran que en el crimen se empleó ese quinto cuchillo, ¿no? —recapituló Inés—. El que faltaba.

—Exacto. Ese mismo, o, a lo sumo, otro parecido, sí.

La fiscal frunció los labios. Aquella respuesta tan poco categórica, que admitía la posibilidad de que se hubiera utilizado un arma distinta, no le había gustado.

—Solo por aclararlo —dijo con intención de subsanar la falta de contundencia del policía—: en el supuesto de que fuese otro parecido, entonces habría que entender que esa noche desaparecieron de la escena del crimen no uno, sino dos cuchillos, el que Alba se llevó de la fiesta y el que se utilizó para matar, ¿verdad?

—En efecto.

—Ya. ¿Y eso a usted no le parece extraño? ¿Poco creíble?

Paula se levantó de su asiento como un resorte.

—¡Señoría!

El magistrado contuvo el ímpetu de la abogada con un ademán y luego miró a Inés con aire de reproche.

—Señora fiscal, haga el favor de no formular preguntas tendenciosas. Sus opiniones, consideraciones o juicios probabilísticos guárdeselos para el trámite de informe —le dijo, refiriéndose a la fase en la que la fiscalía y los abogados se dirigen al jurado y realizan los alegatos finales.

Para Paula resultó obvio que a Inés Calderón aquella reprimenda no le había afectado lo más mínimo. Pese a que aparentara cierto azoramiento, lo cierto era que había conseguido su propósito: el jurado ya había escuchado lo que ella quería.

—Sí, disculpe, señoría —dijo Inés, y acto seguido centró de nuevo su atención en el testigo—. Inspector, ¿cómo se produjo la secuencia del homicidio, según su investigación? ¿Qué sucedió?

El policía se tomó un tiempo antes de contestar, como si estuviera sopesando la mejor manera de resumirlo.

—Primero hay que entender los movimientos que la acusada hizo esa noche. La información proporcionada por su compañía telefónica nos permitió constatar que, tras la fiesta, ella no fue al centro de Santander, a diferencia de lo que hicieron los demás adolescentes. No, su móvil estuvo todo el tiempo en la misma zona, en el entorno de Reina Victoria y El Sardinero. Estuvo conectado a una sola antena con un radio de cobertura amplio, y…

—Perdone que le interrumpa. Dice que permaneció en la misma zona, pero ¿pudieron determinar su ubicación exacta?

—No. Eso solo puede conseguirse con los registros del GPS y a veces con los del wifi, pero su teléfono no los tenía activados en ese momento. Sin embargo, como le digo, el análisis de los datos de conexión al sistema de antenas sí nos permitió hacernos una idea general del área donde estuvo —aclaró—. Allí, según descubrimos, hay pocas antenas y están dispersas, de modo que se obtiene una superficie bastante extensa. Pero en cualquier caso fue suficiente para descartar que la acusada siguiera a la víctima esa noche. Si se hubiera dirigido a la discoteca Babylon, se apreciaría.

Inés asintió mientras Paula ojeaba los papeles remitidos por la empresa de telefonía tras el ingreso de Alba en prisión provisional. Los registros de conexión no le preocupaban demasiado. Era de lo poco que cuadraba con lo que su clienta le dijo al juez de instrucción.

El inspector pareció leerle la mente, puesto que a continuación dijo:

—La acusada admitió durante su comparecencia judicial que, después del incidente en la fiesta, se fue directa a la calle Joaquín Costa, se sentó en el banco de madera y, sobre las tres, llamó por teléfono a su amiga Raquel. Como le explicaba, el análisis de los datos de conexión a las antenas no nos permite verificar su posición con ese grado de detalle, pero la propia Raquel nos acabó reconociendo que sí, que estuvieron hablando y que, en el curso de la conversación, la acusada le dijo que estaba sentada en ese banco. Según el informe de la compañía telefónica, la llamada duró unos cuarenta minutos. Luego la acusada utilizó las redes sociales alrededor de otros veinte, hasta las cuatro y dos minutos de la madrugada.

—De acuerdo. Inspector, ¿es posible que, tras hablar con Raquel, la acusada subiera a su casa y luego se conectara a las redes sociales? Es decir, ¿cabe la posibilidad de que desde las cuatro menos veinte ya no estuviera en el banco de madera?

—Según hemos podido comprobar, no dejó de usar el móvil en ningún momento, así que todo indica que no se movió de allí.

—Bueno, hay adolescentes que utilizan los teléfonos mientras caminan…

—Sí, podríamos asumir que abrió el portal y entró en casa mientras seguía conectada a las redes sociales. Pero, en ese caso, los movimientos que hizo a continuación no tendrían sentido. Nada encajaría.

—Ahora le preguntaré por eso. Antes háble me de Nacho, de los pasos que dio.

—Andrés Gil, el amigo de Nacho, nos dijo que salieron juntos de la discoteca Babylon y que se despidió de él un poco antes de las cuatro. No recuerda la hora exacta, pero sí que a las cuatro y cinco ya tenía puesto el pijama. A esa hora le mandó un mensaje a su novia para darle las buenas noches. La copia de ese wasap tiene que estar ahí —dijo señalando el voluminoso expediente judicial que ojeaba el magistrado.

—¿Sabría decirnos cuánto se tarda desde el punto en el que los chicos se separaron hasta el banco de madera donde apareció el cadáver?

—Dos minutos, aproximadamente. Solo hay que avanzar unos metros, seguir por la curva de la calle y bajar en línea recta.

—Entonces ustedes entienden que Alba y Nacho coincidieron allí, a la altura del banco…

—Correcto. Sobre las cuatro y dos minutos.

Inés realizó una pausa efectista y algunos miembros del jurado clavaron la mirada en Alba.

—¿Qué hizo después la acusada? —preguntó la fiscal tras unos segundos.

—Parece que se puso muy nerviosa. Llamó a Raquel tres veces seguidas a las cuatro y ocho minutos, y luego otras dos veces. Pero su amiga no le cogió el teléfono en ninguna de ellas.

—¿Saben por qué?

—Sí, aunque no fue sencillo averiguarlo —dijo Sorozábal, y su rostro traslució orgullo—. Al principio, Raquel nos lo ocultó todo. Nos dijo que no tuvo noticias de Alba en toda la noche. Sin embargo, poco después Alba declaró ante el juez de instrucción que las dos estuvieron hablando un rato sobre las tres de la mañana. Las versiones de las dos chicas no coincidían. Esa misma tarde, recibimos el registro de llamadas de la acusada y vimos que sí había habido comunicación entre ellas, así que volvimos a interrogar a Raquel. Fue entonces cuando nos confesó que había mentido para protegerla. Reconoció que aquella noche, al irse a la cama, había dejado el móvil en vibración y que Alba la despertó para contarle lo ocurrido en la fiesta. Estaba llorando, y ella intentó consolarla. Luego se despidieron y silenció el teléfono porque al día siguiente tenía un partido de tenis. Ese es el motivo de que no escuchara las cinco llamadas que Alba le hizo más tarde. Las vio por la mañana, junto con un mensaje en el que su amiga le suplicaba que no le dijera a nadie que la había estado llamando. Le explicaba que había sucedido algo terrible y le juraba que era inocente.

—Pero, como usted ha mencionado antes, la propia Alba admitió en el juzgado que sí hablaron al menos una vez.

—En el mensaje, Alba no dejaba claro a qué llamadas se refería. Raquel interpretó que eran todas. Sin embargo, parece que Alba estaba pensando en las últimas cinco, las posteriores al crimen, y por eso no tuvo ningún problema en declarar que las dos estuvieron hablando sobre las tres de la mañana. De hecho, solo borró esas del historial de su teléfono, además del mensaje.

—Entiendo —murmuró Inés, y aparentó consultar sus notas. Era consciente de que el jurado aguardaba con avidez la siguiente pregunta—. Inspector, si no me equivoco, una cámara de un chalet la captó esa noche caminando por la calle Duque Santo Mauro en dirección a Reina Victoria y a la playa de Peligros, ¿es así?

—En efecto, la grabación corresponde a las cuatro y cuarto de la mañana, y seguía ese camino, sí. Todo apunta a que buscaba un lugar donde ocultar el arma. Peinamos los alrededores, también la playa y el área boscosa, pero las características del terreno no son las mejores, y tampoco podemos descartar que la lanzara al agua y la corriente la arrastrara.

—O sea, que en ese momento la acusada no podía estar durmiendo en su cama, como afirmó durante la instrucción.

—No. Es obvio que en ese punto también mintió.

La fiscal dejó pasar unos segundos para asegurarse de que el jurado retenía aquellas palabras.

—¿Han valorado que el crimen pudiera cometerse justo cuando ella ya estaba en la calle Duque Santo Mauro, dirigiéndose hacia Reina Victoria, según esa grabación? —preguntó, haciendo de abogada del diablo—. Es decir, ¿cabe la posibilidad de que Alba Ferrero no fuera la autora por encontrarse en otro lugar en ese instante?

Sorozábal no dudó.

—Por supuesto que lo hemos valorado, pero entonces habría varias cosas que no encajarían. Para empezar, ¿qué hacía a esas horas en esa calle? Y, sobre todo, ¿cómo se explican las manchas de sangre que encontramos en su cazadora? ¿Cómo llegaron ahí?

—¿Se refiere a la cazadora que hallaron en el vertedero? —preguntó la fiscal muy despacio.

El inspector asintió con vehemencia.

—La acusada se deshizo de ella de camino a la estación de autobuses, después de que la subinspectora Soto la interrogara por primera vez. Mi compañera la vio esa mañana en la silla de su habitación y, sin embargo, más tarde, en el registro de la vivienda, ya no apareció. Tras localizarla en el vertedero, se la mostramos a Carlos Alonso, uno de los chicos que estuvieron en la fiesta. Él aseguró que era idéntica a la que Alba llevaba esa noche. Y los análisis lo confirmaron.

—¿Qué dicen los resultados?

—Que los cabellos que había en la prenda a la altura del cuello son de ella. Y, lo más importante, que la sangre en la manga derecha corresponde a la víctima. A Nacho Guerra —respondió Sorozábal.

La fiscal miró al jurado de forma elocuente.

—No hay más preguntas, señoría.

74

Impulsos homicidas

El abogado de la acusación particular no quiso perder el tiempo con preguntas reiterativas. Fue directo a analizar lo que, en su opinión, aún restaba por abordar y podía conducir a un veredicto de culpabilidad: la quebradiza personalidad de Alba, sus problemas en el colegio anterior y el modo en que había afrontado el «conflicto» —así lo denominó— con Nacho.

—Enseguida averiguamos que la acusada sufría mucho por su aspecto físico —respondió Sorozábal—. En realidad, no es nada raro. Lo vemos cada vez con más frecuencia: adolescentes obsesionadas con su imagen por culpa de las redes sociales, los filtros y esa absurda aspiración al cuerpo y a los rasgos perfectos. Bueno, lo que esos *influencers* les inculcan que es perfecto, claro. Se juzgan con crueldad y eso las convierte en personas vulnerables, lo que, en situaciones límite, puede desencadenar impulsos homicidas.

Paula se giró hacia su defendida. Vio que Alba negaba con la cabeza y que los ojos se le anegaban en lágrimas. A la abogada se le encogió el corazón, pero, al mismo tiempo, el hecho de que la chica no se agarrara la nariz del modo en que solía hacerlo cuando se alteraba la tranquilizó. Antes del juicio le había insistido en que lo

evitara. Ese comportamiento podía suscitar extrañeza y causar rechazo en el jurado. La psicóloga de la joven le había explicado que, como consecuencia del acoso sufrido, Alba había desarrollado una fijación con esa parte de su anatomía que la llevaba al extremo de apretar y retorcérsela en algunos momentos, como si creyera que así podría mejorarla e incluso reducir su tamaño al incrustársela. Era una idea absurda, pero al parecer no podía evitarlo cuando estaba sometida a situaciones de estrés.

Paula le cogió la mano y se la apretó. Estaba demostrando que era más fuerte de lo que todo el mundo creía.

—Nacho la llamaba «la Cuervo», ¿verdad? —se interesó Villar.

—Sí. Y lo hacía sin disimulo, incluso con los profesores delante —contestó Sorozábal.

—¿Les consta si algún estudiante ya utilizaba ese mote en su antiguo colegio?

—Eso es lo que se desprendía de la denuncia por acoso que Alba interpuso en su día contra cuatro compañeros. Pero lo cierto es que el juez de menores no lo consideró acreditado, así que poco más puedo decirle. Nuestra tarea no consistía en volver a investigar aquello.

El abogado pegó la espalda al respaldo de la silla y comunicó que no tenía más preguntas.

75

Abrir fuego

Paula hizo girar el bolígrafo entre los dedos al tiempo que daba un repaso somero al listado de preguntas que había preparado. La mayoría, incluida la primera que tenía anotada, ya habían sido formuladas por la fiscal y el letrado contrario, así que ahora debía escoger otra con la que empezar. Era consciente de que con un testigo tan experimentado y hostil carecía de sentido mostrarse amable o dar rodeos. Lo mejor era abrir fuego sin contemplaciones, poner en cuestión el relato de los investigadores desde el principio. Los ojos se le dilataron ligeramente antes de lanzar el primer golpe. A su lado, Alba clavó los dedos en la mesa con nerviosismo y el color sonrosado de sus uñas, mordidas e irregulares, desapareció.

—Buenos días, inspector —dijo—. Hace un momento ha hablado con la fiscal del arma blanca supuestamente utilizada aquella noche, que nunca llegaron a encontrar. ¿Hay algo más que echaran en falta en la escena del crimen?

El policía la observó con cautela, como si intuyera hacia dónde se dirigía el interrogatorio.

—Sí, el teléfono de la víctima.

—¿Tampoco estaba allí?

—No. Ni entre sus ropas ni en los alrededores.

—¿Está seguro?

—Sí, completamente.

—¿Y en la vivienda familiar o en el chalet donde se organizó la fiesta? ¿Buscaron en esos lugares?

—Sí, y tampoco lo encontramos.

—Antes le ha dicho a la fiscal que registraron el domicilio de mi defendida. ¿Lo hallaron allí?

El inspector volvió a darle una respuesta negativa. A cada segundo que pasaba, el rostro del hombre se ensombrecía más.

—Entonces ¿no han localizado el móvil del fallecido por ninguna parte?

—No. El informe de la operadora indica que la última conexión se produjo a una hora en la que estaba en el Babylon. Según su amigo Andrés Gil, Nacho lo cogió cuando estaban volviendo a casa, pero se había quedado sin batería. Al parecer, no le funcionaba bien desde hacía un tiempo.

—De modo que no han podido acceder a la memoria del teléfono…

—No.

—¿Y no había una copia de seguridad en la nube?

—Solicitamos a Apple la más reciente, pero no nos la envió. Se acogió a su política de privacidad estadounidense, como es habitual —lamentó con semblante serio—. En cualquier caso, sus padres nos dijeron que hacía medio año que Nacho tenía el espacio lleno, así que las copias no podían hacerse. Hay que pagar una suscripción para ampliar la capacidad. Ellos ya le habían contratado la básica, pero Nacho pedía aún más. Según nos contaron, se negaron porque

querían que aprendiera a administrarse y que borrase lo que no le hiciera falta. No era una cuestión de dinero.

—¿No disponía también de una cuenta en la nube de Google, por ejemplo?

—Sí, la versión gratuita que se crea cuando se da de alta un correo de Gmail. Aunque, al tratarse de un iPhone, hay muchas cosas que no se guardan en ella. Esa sí la recibimos, pero no había nada de interés.

—Entiendo. A lo que sí pudieron acceder es al teléfono de la acusada, ¿no?

—Sí.

—Y dígame: ¿encontraron algún tipo de contacto entre ambos? Me refiero a mensajes, envío de imágenes, vídeos… Cualquier cosa que, por ejemplo, por contener amenazas, a mi clienta no le interesara que saliera a la luz.

—Solo vimos algunos mensajes de Instagram en los que Nacho la insultaba.

—¿Y ella respondía?

—No, no lo hacía —reconoció el inspector, ceñudo.

—Entonces ¿qué explicación dan a la desaparición del móvil de Nacho Guerra? ¿Por qué querría Alba llevárselo y esconderlo si no había nada que la comprometiera?

Hubo algún murmullo de inquietud en el público.

—¿Inspector? —lo presionó Paula.

—Mire, que en el móvil de la acusada no diéramos con nada comprometedor no significa que no lo hubiera en el de Nacho. Está sacando conclusiones precipitadas y, permítame que se lo diga, totalmente sesgadas —contestó Sorozábal con tono frío.

Paula celebró en su fuero interno aquella reacción altanera del policía. Denotaba inseguridad y eso, creía, jugaba a su favor ante el jurado.

—Yo no he sacado ninguna conclusión, inspector. Solo le estoy pidiendo una explicación para algo que no encaja en su tesis, y usted no quiere dármela.

—¡Porque no puedo! —acabó reconociendo en un arrebato colérico—. Quizá lo perdió antes, no lo sé.

—Hombre, inspector, si su amigo lo vio con el teléfono cuando iban a casa… Sería una pérdida muy repentina y sorprendente, ¿no cree?

El policía no respondió y Paula comprendió que no merecía la pena insistir. Decidió pasar a otro punto:

—Bien, esa noche, según ustedes mismos reflejaron en el atestado, se celebró en el hotel Lábaro una fiesta del Colegio de Psicología. En teoría, terminaba a las cuatro y media de la mañana y, como seguro que sabrá, el lugar no está lejos de la escena del crimen, a unos quinientos metros. Mi duda es la siguiente: ¿investigaron a dónde se dirigió cada uno de los asistentes cuando salió del hotel? Por ejemplo, ¿se plantearon la posibilidad de que alguno de ellos se marchara un poco antes del final, fuera hacia la calle Joaquín Costa y se cruzara con la víctima?

—Hicimos un muestreo. Eran muchos invitados y no había un listado oficial.

—Ya, un muestreo —repitió ella arrastrando las palabras—. Quiere decir que, como ya tenían sospechas que apuntaban a mi clienta, prefirieron evitarse el trabajo de identificarlos e interrogarlos a todos, ¿no?

—Letrada, haga el favor de ahorrarse esa clase de comentarios —la amonestó el magistrado. A continuación, girándose hacia el otro lado, dijo—: Señores del jurado, no podrán tener en cuenta esa observación, ¿de acuerdo?

Las once personas de la bancada asintieron solícitas.

—Letrada, formule la siguiente pregunta.

—Sí, señoría, disculpe.

Paula escrutó de nuevo al policía y tomó aire.

—En el procedimiento consta que las operadoras de telefonía les remitieron el registro de todos los números que estuvieron conectados esa noche a las antenas de esa zona de El Sardinero.

—Correcto.

—¿Examinaron ustedes si había algún teléfono que no correspondiera a un vecino, a un huésped de ese u otro hotel o a algún asistente a la fiesta del Colegio de Psicología? Es decir, ¿comprobaron si había alguien que no tuviera un motivo de peso para encontrarse allí en mitad de la noche?

Sorozábal exhaló un suspiro, como si se armara de paciencia.

—Como he dicho antes, cuando nos llegó la información de las operadoras vimos que había muy pocas antenas y que el área que cubrían era demasiado amplia. Aparecían muchísimos números conectados. Tendríamos que haber analizado una gran cantidad de documentación y llamado a muchas puertas para cotejarlo todo. Y la fiesta a la que usted se refiere lo complicaba aún más… No, no era algo viable.

—Cuando dice que no era viable, ¿quiere decir que habría sido laborioso?

—Nos habría llevado mucho tiempo —reconoció Sorozábal con un gruñido—, y probablemente tampoco habríamos conseguido averiguarlo todo.

Paula decidió dar por finalizado ese bloque del interrogatorio. Había logrado su objetivo de demostrar que la policía no se había esforzado lo suficiente a la hora de abrir otras líneas de investigación. Si el resto de los interrogatorios salían según lo previsto, el viernes le hablaría al jurado de lo que los abogados solían denominar «sesgo confirmatorio policial»: la peligrosa tendencia de algunos agentes a orientar sus pesquisas en la dirección que marcaban sus hipótesis, orillando todo lo demás.

—¿Alguna otra pregunta, letrada? —la presionó el magistrado.

—Sí. En el informe de ADN, el laboratorio certifica que los restos de piel hallados bajo las uñas de la víctima pertenecen, con una certeza del 99,999 %, a Rafael Santamaría, el amigo de Nacho. ¿Lo interrogaron ustedes, inspector?

Ambos se midieron con la mirada durante unos segundos.

—El informe al que usted se refiere tardó más de tres meses en llegar —dijo Sorozábal—, y, cuando lo recibimos, la verdad es que no nos sorprendió en absoluto. Al día siguiente del hallazgo del cadáver ya sabíamos que la víctima y Rafael se habían peleado aquella noche en la discoteca, y poco después descubrimos que Nacho lo arañó en el cuello. Eso explicaba sobradamente la piel bajo las uñas.

—¿Y cómo habían averiguado todo eso?

—Vimos la pelea en las grabaciones de una cámara de seguridad colocada junto a la puerta de la discoteca. Uno de los porteros nos contó que había sido por una chica, la novia de Rafael. Y un amigo del fallecido nos confirmó lo del arañazo. Además, si se acuerda,

usted misma se presentó en la comisaría acompañada de otra joven, Esmeralda Martos, que también afirmaba haber presenciado el altercado.

—Sí, lo recuerdo perfectamente, y también que usted me pidió que les dejáramos trabajar. ¿Lo hicieron?

—Por supuesto. Interrogamos a más testigos y pusimos vigilancia a Rafael Santamaría durante algún tiempo. Pero no realizó ningún movimiento sospechoso. Y unos días más tarde nos permitió registrar su domicilio sin necesidad de orden judicial. No encontramos nada.

Paula puso los ojos en blanco.

—Hombre, quizá para entonces ya había tenido tiempo más que suficiente para deshacerse de lo que quisiera, ¿no le parece?

—Le repito que lo teníamos controlado.

—Sí, pero no el domingo, el día que apareció el cadáver, ¿verdad?

El inspector guardó un silencio revelador.

—Responda a la pregunta, por favor —le ordenó el magistrado.

—No, el domingo no.

76

Vaguedades

La subinspectora Andrea Soto, que también se había vestido de uniforme para la ocasión, se cruzó con Sorozábal en el umbral de la puerta de la sala de vistas. No intercambiaron ninguna palabra, puesto que no estaba permitido, pero por la expresión de su jefe intuyó que la declaración no había ido del todo bien.

—Conteste a las preguntas del ministerio fiscal —le ordenó el magistrado una vez que se hubo sentado en la raquítica silla frente al estrado.

Por espacio de casi una hora, la subinspectora fue relatando toda la investigación y la fiscal aprovechó para profundizar en algunos aspectos en los que ella había tenido un papel protagonista. Luego, Inés Calderón se refirió a Saturnino Cuevas, el testigo que había propuesto la abogada de la defensa nada más comenzar el juicio.

—Usted se entrevistó con ese señor poco después del hallazgo del cadáver, ¿no es así?

La policía se mostró perpleja por aquella pregunta. No se la esperaba.

—Sí, sí, lo interrogué cuando estaba buscando testigos. Pero sus respuestas no eran concluyentes. El juez de instrucción quería que

fuéramos muy rigurosos, así que lo descartamos.

—Ah, justo a eso iba a referirme ahora —celebró la fiscal—. ¿Qué fue lo que ese vecino le dijo exactamente?

La subinspectora repitió las palabras vagas de aquel hombre sobre la supuesta discusión que esa noche oyó en la calle, y a continuación subrayó su incapacidad para determinar la hora, el tipo de voces y lo que decían.

—Era un hombre mayor y no estaba en sus cabales. Su testimonio no resultaba fiable —remató.

—Gracias. No hay más preguntas, señoría —finalizó la fiscal con tono de suficiencia.

El abogado de la acusación decidió no intervenir, pues consideraba que la credibilidad de aquel vecino que declararía en unos días ya había quedado completamente destruida y que no merecía la pena añadir nada más.

Acto seguido, el magistrado dio paso a Paula, que se recolocó en su asiento.

—Buenos días, subinspectora —la saludó—. Voy a empezar con lo último que le ha respondido a la señora fiscal, es decir, con su entrevista con don Saturnino Cuevas. ¿Cuántas veces habló con él?

—Dos. Volví a hacerlo al cabo de unos días. Y me dijo lo mismo.

—Bien. ¿Y en algún momento probó a ponerle un audio con la voz de la víctima, por si la reconocía?

La policía arrugó la frente.

—Ese hombre ni siquiera podía recordar a qué sexo pertenecían las voces… No veo la utilidad de hacer algo como lo que usted propone, la verdad. ¿De qué habría servido?

Paula esbozó una sonrisa mordaz.

—Yo lo hice. Cuando los padres de mi defendida se enteraron de que ese vecino afirmaba haber oído voces y me lo contaron, fui y le puse una grabación. Y lo que puedo decirle es que el hombre dio un grito y me aseguró al instante que era la misma voz. La de Nacho Guerra, sí —apuntaló, e hizo un asentimiento para acompañar sus palabras.

Todos los presentes enmudecieron. La subinspectora hizo una mueca de incredulidad, aunque no replicó. Había acusado el golpe.

—Otra cosa —prosiguió la abogada, implacable—. Cuando ustedes detuvieron a la acusada, ¿se fijaron en si llevaba dinero encima?

—Sí, seiscientos euros —contestó la policía, visiblemente aliviada por el cambio de tema.

—¿Y podría decirnos dónde los tenía?

—En una mochila.

—¿No llevaba cartera o bolso para guardar el dinero?

—No.

—¿Y el DNI?

—No tenía. No quiso darnos ninguna explicación.

—Ya. Y dígame: durante el registro de su domicilio, ¿encontraron la cartera?

—No, tampoco.

Paula miró de soslayo a los miembros del jurado. Como suponía, varios la escrutaban con un rictus de incomprensión.

—Y la noche de la fiesta, ¿le consta si salió de casa con cartera o bolso? —inquirió.

—Mmm… Según las fotos que vimos…, no, creo que no llevaba bolso. Me imagino que al ir disfrazada, bueno…, no le quedaría bien. No lo sé, la verdad —acabó admitiendo Soto.

—¿Y cartera?
—Tampoco sabría decirlo.
—Nada más, señoría.

77

Paranoia

Diez minutos después, Sorozábal y Soto tomaron asiento en el despacho del juez de instrucción. La tarde anterior, Santiago Belmonte les había insistido en que, en cuanto terminaran de declarar, subieran a verlo. Aunque él decía estar convencido de que la investigación que había dirigido aguantaría cualquier ataque, quería estar al tanto de todo. El juez apartó el monitor del ordenador, colocó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia ellos.

—¿Cómo ha ido?

El inspector, malhumorado, contestó con un lacónico «Bien». No terminaba de comprender qué hacían allí. Su trabajo en el «crimen del Carnaval» había concluido y tenían otros asuntos en marcha que requerían su atención inmediata. Además, comparecer en la sala de un tribunal para defender su labor y aguantar las embestidas de los abogados defensores siempre le dejaba exhausto. Ese día no había sido una excepción, y lo que menos le apetecía ahora era hacerle un resumen al juez. ¿No tenía para eso a su mujer, la periodista? Si hubiera sido por él, se habría ido directo a la comisaría. Sin embargo, su compañera había logrado convencerlo de que les

convenía tener una deferencia con Belmonte; a fin de cuentas, aquella no sería la última vez que les tocara compartir una investigación con él, o, mejor dicho, actuar bajo sus órdenes, puesto que, como policía judicial, se hallaban sometidos a su autoridad. Aunque, bien mirado, esa posibilidad le afectaba más a Soto, porque él, pensó, ya acariciaba la jubilación con las yemas de los dedos. Siempre había tenido vocación de policía, pero la perspectiva de disponer de todo el tiempo libre del mundo para sí mismo cada día le atraía más.

—¿Ha salido a colación alguna de las cuestiones que nos preocupaban? —preguntó Santiago.

Sorozábal hizo un encogimiento de hombros.

—Si se refiere a la desaparición del teléfono de la víctima, sí, el tema ha salido. Pero ya contábamos con ello. No siempre se consigue una explicación para cada punto de una investigación. Usted lo sabe bien.

—Es cierto, y espero que la fiscal sea capaz de hacérselo entender a los miembros del jurado.

—Si le soy sincero, no he tenido la impresión de que ese cabo suelto le llamara mucho la atención a nadie —comentó Sorozábal—. Todo el mundo cree que lo hizo la chica, salvo su abogada.

—Bueno, o eso da a entender ella —puntualizó Santiago—. No va a decir delante del jurado que su clienta le ha reconocido que es culpable. ¿Se ha comentado algo sobre Rafael Santamaría, el amigo de la víctima?

—Sí. La abogada lo ha mencionado para dejar caer que fuimos negligentes y tardamos en actuar, y que por eso no encontramos nada.

—¿Y qué le ha contestado usted?

—Pues que lo seguimos casi desde el principio, que después los interrogamos a él y a sus amigos y que, por último, registramos su domicilio. No iba a dejar que nos pusiera en entredicho, obviamente —adujo Sorozábal con energía.

Sin embargo, Santiago se mostró contrariado.

—Joder, no tendría que haber hecho referencia al seguimiento.

—¿Y por qué no? No podía quedarme callado, señoría. Tenemos que defender nuestro trabajo.

—Sí, pero le recuerdo que la operación Leo sigue en curso y no podemos ponerla en riesgo, ¿comprende? No olvide que está bajo secreto de sumario. Y es algo gordo.

El inspector se quedó callado, como si no lograra asimilar las palabras del juez.

—A ver, Sorozábal —añadió Santiago con exasperación—, ¿es que no recuerda que todo empezó con la vigilancia que ustedes le pusieron a Rafael Santamaría? Gracias a eso, descubrimos que Mario Linares aprovecha su condición de taxista para distribuir droga, y a partir de ahí pudimos profundizar en el resto de la trama.

—Sí, señoría, pero sigo sin entender qué…

—Pues es muy sencillo. Si lo que usted ha dicho llega a oídos de Mario Linares y le da por pensar que algún agente lo vio vendiéndole estupefacientes a ese chico, podríamos tener un problema. Como tenga la más mínima sospecha de que los estamos siguiendo, la operación se nos vendrá abajo. Y llevamos mucho tiempo tras ellos. Demasiado.

El policía arqueó las cejas. No podía creer que Belmonte se hubiera vuelto tan paranoico. Aun así, trató de ser diplomático en su

contestación:

—Señoría, con todo el respeto, sé que esto es importante para usted, pero no tengo ninguna duda de que esa gentuza no estará pendiente de un juicio como este.

Fue evidente que la respuesta no convenció al juez, pero poco se podía hacer ya.

—¿Y usted? ¿Qué sensación ha tenido? —se dirigió Santiago a Soto.

Ella hizo un gesto ambiguo y le resumió las preguntas que la fiscal y la abogada de la defensa le habían hecho.

—No entiendo a qué viene ahora lo del vecino que oyó voces —farfulló el juez—. ¿Quién va a creerse algo así?

La subinspectora se encogió de hombros y Santiago soltó un bufido.

—No, si encima la abogada dirá que ocultamos pruebas para perjudicarla. Hay que joderse. En cualquier caso, las sensaciones han sido buenas, ¿no?

Los dos policías asintieron y el juez pareció reconfortado.

—Gracias —dijo—. Seguimos en contacto.

Sorozábal y Soto inclinaron la cabeza y se retiraron.

78

Hasta el veredicto

Murrieta había decretado un receso de veinte minutos. Mientras Alba permanecía custodiada por las fuerzas de seguridad, Paula aprovechó para ir al aseo y hacerse un café en la máquina del pasillo. Al llevarse el vasito humeante a los labios, sintió sobre ella la mirada de los periodistas y los curiosos y pensó que estaría menos expuesta en la sala del Colegio de la Abogacía. Con la toga en el brazo, esquivó a la muchedumbre, dobló una esquina y enfiló un largo pasillo que se abría junto a un claustro ajardinado.

Respiró aliviada cuando empujó la puerta y descubrió que la estancia se encontraba vacía. Allí podría estar tranquila, rodeada de aquellos voluminosos tomos de repertorios de jurisprudencia que atestaban las estanterías. En realidad, hacía décadas que nadie los utilizaba para consultar sentencias, sustituidos por las más eficaces bases de datos electrónicas, pero como objeto decorativo eran inigualables. A Antonia, su jefa, le encantaban, y en el despacho muchas veces la había visto pasar la mano sobre los lomos con veneración. Al acordarse de ella, se dijo que esa tarde, cuando terminara la primera sesión del juicio, la llamaría para interesarse por su estado. Pese a que llevaba un año entre operaciones y

diversos tratamientos, seguía arrastrando la enfermedad, que se resistía a abandonarla. Notó que la garganta se le cerraba y se obligó a apartar esos pensamientos de su mente. No era el momento.

Hundió los tacones en la alfombra que cubría buena parte de la sala y se acercó a la mesa de madera labrada situada en el centro. Alguien había dejado un periódico desplegado. En una de las páginas se veía una imagen enorme de Alba esposada. Paula apartó el diario negando con la cabeza y se sentó. Dio otro sorbo a su café, que ya se había quedado frío, y al levantar la vista con aire distraído chasqueó la lengua. Había olvidado que allí, en la pared, colgaban algunas fotografías de los últimos decanos del Colegio de la Abogacía. La anteúltima correspondía a Félix Villar. El abogado la miraba con una media sonrisa, confiado, como si le estuviera advirtiendo de que cualquier esfuerzo que hiciera en el juicio sería en vano.

Paula suspiró y caviló sobre las tres testificales que aún tenía por delante esa mañana. La primera era la de Agustín Rodríguez, el jubilado que descubrió el cadáver. Después declararían los padres de la víctima.

Intuía que el rostro descompuesto de Olivia Canals abriría todos los telediarios y ocuparía cada portada. Era la candidata perfecta para explotar el interés del público. No se le escapaba que la mayoría de la gente se mostraría conmovida con su dolor y que, si la atacaba con un interrogatorio agresivo, despertaría sentimientos de desagrado e incluso de animadversión. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía más remedio que ir a por todas: presionarla, buscar

su nerviosismo, ahondar en los problemas que rodeaban a su hijo, explorar los posibles conflictos familiares…

Soportaría ser otra vez la mala de la película. A fin de cuentas, los abogados de la defensa siempre lo son.

Por lo menos, hasta que se dicta el veredicto.

79

Un chico difícil

Agustín Rodríguez, el jubilado que encontró el cadáver de Nacho Guerra, entró muy alterado en la sala de vistas. Era un hombre bajito y enjuto, y caminó varios metros tambaleándose. Cuando llegó a la altura del micrófono, se dejó caer en la silla como si fuera un fardo.

Para alguien ajeno al mundo judicial, ese comportamiento podría haber sido motivo de sospecha. Sin embargo, a Paula ni siquiera se le pasó por la cabeza semejante idea. Los tribunales, por su propia naturaleza, imponen cierto temor reverencial, y hasta al más inocente se le dispara el pulso cuando cruza sus puertas. Además, la investigación policial y los datos que los padres de Alba habían recabado sobre aquel vecino descartaban su implicación en la muerte de Nacho Guerra: más allá de las veces que ambos se hubieran cruzado por el barrio y de la admiración que la esposa de Agustín profesaba a la madre del muchacho como escritora, nada parecía vincularlos.

Casi todas las preguntas que la fiscal y el abogado de la acusación le hicieron al hombre fueron sencillas de responder, centradas en lo que presenció la mañana del 19 de febrero de 2023. Explicó que,

cuando se topó con el cuerpo, no vio a nadie por los alrededores, tampoco el arma ni ningún teléfono, y que llamó de inmediato a la policía. Paula quiso saber si en los días previos al crimen, en alguno de sus paseos con su perro, lo había visto discutir con alguien, y Agustín negó con la cabeza.

—Diría que no, pero, eh…, la verdad es que tampoco estaba pendiente. Coincidíamos muy de vez en cuando. Yo no me quedo por allí. Suelo irme a Peligros, a Mataleñas…

La abogada dio por finalizado su turno y el magistrado informó a Agustín de que podía permanecer en la sala si lo deseaba. Él rechazó el ofrecimiento y se marchó cabizbajo. Fue entonces cuando Murrieta dijo con solemnidad:

—La siguiente testigo es Olivia Canals. Que pase.

Paula advirtió que el público se agitaba en sus asientos.

Los murmullos fueron creciendo y el magistrado tuvo que llamar al orden cuando la mujer, alta y corpulenta, franqueó la puerta acompañada de la funcionaria y caminó con lentitud hacia el estrado. Su rostro demudado contrastaba con el tono oscuro de su ropa y el negro intenso de su pelo. Tenía los ojos rojos, como inyectados en sangre, y el sufrimiento grabado en la mirada. Cuando se sentó frente al micrófono, lanzó un rápido vistazo al jurado. Después, ignorando a Alba, fijó su atención en el magistrado, al que sin duda conocía, y pronunció un tibio «Buenos días».

Murrieta devolvió el saludo a su colega y le hizo las advertencias protocolarias sobre el deber de decir verdad. Luego le indicó a la fiscal que podía comenzar el interrogatorio.

Inés no mostró la menor vacilación al repasar con la mujer las horas previas y posteriores a la muerte de su hijo. Olivia Canals

detalló con voz tenue lo que recordaba de aquellos días de febrero y no pudo evitar llorar al revivir algunos instantes. Casi al final del relato, se derrumbó por completo. Fue en ese momento cuando un hombre del público pareció olvidarse de que se hallaba en mitad de un juicio y, tras ponerse en pie, empezó a aplaudir para transmitirle su apoyo. Murrieta, descolocado, tardó unos segundos en reaccionar, pero acabó expulsándolo de la sala. Ya no se repetiría una escena así en lo que quedaba de juicio.

La fiscal trató de retomar el hilo y posó de nuevo sus ojos en aquella mujer que ese día declaraba como una ciudadana más, situada al otro lado del estrado y desprovista de toda autoridad. Sentada allí, en aquella silla desangelada y a una altura inferior, encogida sobre sí misma y sin la toga, a Inés se le antojaba pequeña y quebradiza, muy diferente de la jueza que solía caminar con ímpetu por aquel edificio. Solo era una madre en estado de postración que acudía a testificar para que se hiciera justicia. Nada más. Su trabajo en ese mismo palacio de justicia y los cientos de miles de ejemplares que vendía de sus novelas ahora resultaban irrelevantes, una mera anécdota, por mucho que los medios de comunicación no dejaran de resaltarlo.

—Estaba usted diciendo que su hijo y la acusada empezaron a tener problemas a partir del 9 de enero de ese año —continuó Inés —. Antes de esa fecha, ¿él nunca la había insultado ni faltado al respeto?

—No. Que nosotros sepamos, no —contestó Olivia con tono lúgubre.

—¿Su comportamiento fue a peor a medida que transcurrían los días?

La interrogada dejó caer la cabeza a un lado, como si no pudiera soportar el peso de aquellos recuerdos sombríos.

—Eso se lo podrá explicar mejor el equipo directivo del colegio… —musitó tratando de esquivar la pregunta.

—Ya, pero usted, como madre, estaba al corriente de lo que pasaba —insistió la fiscal, que consideraba imprescindible ahondar en ello para acreditar las motivaciones homicidas de la acusada y, en concreto, la rabia que acumuló durante semanas—. Hubo problemas con su hijo, ¿no? Por insultos, mofas y humillaciones reiteradas a Alba Ferrero.

La mujer cabeceó de forma casi imperceptible.

—Sí…

—En la documentación que ha aportado el colegio consta un expediente por acoso que, tras varios incidentes, se le abrió el día 20 de enero —prosiguió Inés. Le dolía interrogar a una madre hecha trizas, pero debía ser profesional y dejar el sentimentalismo a un lado—. Todavía se encontraba en trámite cuando…, bueno, cuando se produjo el crimen.

Olivia no dijo nada y dejó que la vista se le perdiera al frente, a la altura del retrato del rey Felipe VI que colgaba por encima de la cabeza del magistrado.

—¿Qué ocurrió esa mañana, la del 20 de enero? —inquirió Inés.

La madre de la víctima aspiró profundamente.

—El jefe de estudios me contó que todo sucedió cuando iba a comenzar la clase de Lengua. Mi… mi hijo se dirigió a ella —dijo mirando a Alba—. Utilizó ese mote tan horrible, la Cuervo. Después la insultó, sí, y también la empujó. El profesor ya estaba en el aula y lo vio, y por eso llevó a Nacho a jefatura de estudios.

La fiscal volteó un folio.

—Aquí se indica que le suspendieron el derecho a ir a clase durante cinco días, como medida cautelar. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Fue usted a recogerlo?

—Me llamaron por teléfono y me pidieron que fuera al colegio para informarme de lo ocurrido y llevármelo a casa, sí.

—¿Y qué le dijo su hijo?

La mujer, avergonzada, bajó la mirada.

—Que Alba se lo merecía…

Hubo susurros en el público.

—¿Y ustedes tomaron cartas en el asunto? —preguntó Inés.

—Ese mediodía, cuando su padre regresó de la oficina, tuvimos una discusión muy fuerte con él y le dijimos que ese fin de semana no saldría de casa. Ya habíamos hablado con Nacho en otras ocasiones, pero de forma más suave… Tal vez ese fue el problema… —murmuró, como si de pronto conversara consigo misma.

—Según parece, hasta la noche del crimen su hijo no volvió a molestar a Alba. Entiendo que eso quiere decir que había recapacitado, ¿no? Al menos temporalmente.

Olivia suspiró. Después, con un hilo de voz, respondió:

—No fue tan inmediato como usted lo cuenta. Esa tarde, la del 20 de enero, Nacho se escapó… Se fue sin que pudiéramos hacer nada por impedirlo. Se puso muy agresivo y nos gritó que le importaban una mierda nuestros castigos, que él no iba a quedarse metido en casa el fin de semana. Se marchó corriendo, supongo que a ver a sus amigos. Lo esperamos hasta muy tarde, las cinco de la madrugada, creo. Cuando llegó, se fue directo a la cama, no hubo

manera de hablar con él. Pero al día siguiente, cuando se levantó, todo cambió, todo fue distinto… —farfulló, y los ojos se le empañaron—. Nos pidió perdón y nos prometió que no volvería a insultarla. Parecía arrepentido y, como usted dice, no hubo más problemas con ella. Ni uno solo. Hasta la noche del 18 al 19 de febrero… —agregó, y la voz se le quebró. Durante unos minutos, no se oyó nada más que sus plañidos y el roce de los pañuelos con los que intentaba enjugarse las lágrimas—. No sé… no sé por qué tuvieron que coincidir en esa fiesta… Quizá debimos estar más pendientes, quizá…

No pudo continuar y la fiscal le agradeció el esfuerzo que había hecho. Después comunicó al magistrado que no iba a formular más preguntas.

Murrieta dejó pasar unos segundos para que la testigo se repusiera. Mientras tanto, algunos periodistas escribían sin parar en sus libretas y otros buscaban el mejor plano para inmortalizar el momento.

Cuando Olivia hubo guardado los pañuelos en el bolsillo, su abogado, Félix Villar, empezó su interrogatorio.

—Me gustaría que me explicara cómo les trataron a usted y a su marido los padres de Alba Ferrero a partir del primer incidente entre Nacho y ella. ¿Cómo se comportaron?

La mujer, en un discurso que debía de haber ensayado al milímetro con el letrado, contó que los padres de Alba reaccionaron desde el principio de una manera desmesurada. En cuanto el jefe de estudios los puso al corriente de lo ocurrido, se presentaron en su casa pidiéndoles explicaciones a gritos, y en la empresa, dado que

Julio era el superior de Samuel, las relaciones se volvieron muy complicadas.

—Julio incluso dio a entender que lo despediría, aunque no sé si se lo habrían permitido… —dijo, y luego aferró la tela de su pantalón con ambas manos—. Era imposible hacerles entrar en razón, ¿sabe? Como padre llegas hasta donde puedes, y ellos parecían incapaces de entenderlo. Claro que intentábamos que nuestro hijo la dejara en paz, pero no era tan sencillo. Además, para nosotros fue todo muy rápido, muy inesperado, y no sabíamos cómo… —Se interrumpió para tragar saliva—. Me duele mucho decirlo aquí, cuando él ya no está —añadió con voz ronca—, pero no era… Nacho no era un chico fácil. No estoy orgullosa…

—¿Alguna vez se pusieron violentos? Los padres de Alba, quiero decir.

—No, tanto como eso no, aunque estaban muy preocupados. Y nosotros también.

80

Familias adineradas

—Letrada, cuando quiera —le dijo Murrieta a Paula.

Ella se giró un instante hacia Alba, que la contemplaba con los labios entreabiertos y las manos entrelazadas y en tensión. Acto seguido, se enfrentó a los ojos acuosos de la testigo. La saludó con tono formal. Para ella, la situación era incómoda, porque había actuado en varias ocasiones en el juzgado que Olivia Canals dirigía y se le hacía extraño verla allí, a su merced.

—¿Cuándo comenzó su hijo a estudiar en el colegio Picos de Europa? —preguntó al fin.

—En septiembre de 2022. Nos acabábamos de mudar de Barcelona.

—¿Cómo diría que fue para su hijo el cambio de ciudad y de centro escolar?

—Difícil.

—¿Podría ser un poco más precisa, por favor?

—Él tenía allí sus amigos, su vida… Aquí no conocía a nadie. Al principio incluso se negó a venir. Supongo que como le habría pasado a cualquier adolescente —musitó—. Pero el trabajo de su padre lo hacía necesario. Para mí tampoco era el cambio ideal… Pero

se trataba de una gran oportunidad para Samuel, y en las familias hay que arrimar el hombro. Al final, logramos que lo entendiera.

—Una duda: ¿su hijo había tenido algún tipo de problema en Barcelona? —inquirió Paula.

Olivia la miró molesta.

—No, ninguno. Esa no fue la razón del traslado, si es lo que insinúa.

—Cuando llegaron aquí, ¿le costó hacer amigos?

—La verdad es que no. Enseguida hizo pandilla con tres chicos de su clase: Andrés, Miguel y Rafa.

—¿Salía mucho con ellos?

—No sé lo que es mucho para usted —dijo Olivia, desafiante—. Solían quedar los viernes y los sábados, como cualquier chaval de su edad, supongo.

—¿Y por la noche? ¿Iban de fiesta?

—Sí. Se lo repito: como cualquier chaval de su edad.

Paula desvió la vista hacia el magistrado.

—Señoría, si se puede exhibir el folio 578 de la causa, por favor. Es el expediente académico de primero de bachillerato de Nacho Guerra.

Tras unos segundos, el documento se proyectó en una gran pantalla plana.

—Señora Canals, su hijo suspendió seis asignaturas en la primera evaluación. Sin embargo, en su antiguo colegio de Barcelona parece que los estudios le iban mejor. No sé si es necesario que le mostremos ese expediente también…

—No, no hace falta —contestó la mujer con brusquedad—. Sí, estábamos muy disgustados, no se lo voy a negar.

—¿Tuvieron alguna discusión por este motivo? —preguntó, y se imaginó a algunos miembros del jurado torciendo el gesto. Era consciente de que tratar de arrojar una sombra de sospecha sobre los progenitores de la víctima resultaría impopular, pero debía hacerlo, y creía que existían razones para ello.

—Por supuesto que las tuvimos, como cualquier padre cuando descubre que su hijo va mal en clase.

—Hace un rato le ha mencionado a la fiscal que, después del episodio del 20 de enero, lo castigaron sin salir y que él se escapó. Antes de aquello, ¿no lo habían hecho ya como consecuencia de las malas notas o los primeros insultos a Alba?

La testigo cambió de posición en la silla.

—Ya he dicho que no era un chico fácil. Se ponía agresivo, y esas medidas tan drásticas no funcionaban con él, podían ser contraproducentes… De hecho, esa tarde se marchó. Le dio igual nuestro castigo…

—Sin embargo, unas horas después rectificó, supuestamente. ¿Por qué cree que lo hizo?

—No lo sé… Quiero pensar que lo entendió… Aunque un mes después, en esa fiesta…

Paula esperó a que continuara, pero la mujer se quedó callada. La mandíbula le vibraba y la frente se le había perlado de sudor.

La abogada repasó su guion de preguntas y escogió la siguiente.

—¿Cuánto solían darle de paga a la semana?

—Eh…, depende. Alrededor de sesenta euros. De eso solía encargarse mi marido.

—¿Tanto?

—Quizá le parezca mucho, pero sus amigos pertenecen a familias adineradas y salían mucho de bares, iban a merendar, de cena, al fútbol, tomaban algo en la cafetería del colegio… Bueno, eso nos decía él, y no queríamos que fuera menos que los demás. Sobre todo después de haberlo obligado a venir a Santander —dijo muy seria—. No sé si me entiende.

—Sí, supongo que sí. ¿Y cómo describiría su relación con su hijo el día de los hechos? Según ha dicho, habían tenido varias discusiones…

—Estaba mejorando. Ya le he explicado a la fiscal que su comportamiento con Alba había cambiado, y eso era lo más importante para nosotros.

—Y si su comportamiento con mi clienta había mejorado y ya no había ningún tipo de problema, ¿por qué le mencionaron su nombre a la policía casi al instante? —le espetó Paula sin contemplaciones—. ¿Qué les llevó a pensar en ella?

Villar se abalanzó sobre el micrófono.

—Señoría, esa pregunta es improcedente y capciosa. Está insinuando que querían dirigir a la policía y…

—Letrado, quien decide lo que es improcedente y capcioso soy yo, ¿de acuerdo? Que no se le olvide —le cortó el magistrado con frialdad. Luego miró a la testigo—: Conteste a la pregunta, por favor, es procedente. ¿Por qué dieron a los investigadores el nombre de la acusada?

Paula celebró por lo bajo la decisión de Murrieta de admitirla. Aguardó expectante la respuesta de Olivia.

—Pues porque la policía quería saber si Nacho podía tener enemigos —contestó sin arredrarse—. Fue el único nombre que se

nos ocurrió. Pero eso no significa que nosotros…

—¿No es cierto que su hijo también había tenido disputas con otros compañeros en el colegio, incluso peleas? —la interrumpió la abogada, que no quería que se extendiera en excusas.

—Sí, pero hacía algún tiempo de eso. En cambio, lo de Alba…

—Ya, ¿y ustedes no tenían noticia, por ejemplo, de que Nacho había tenido problemas con su supuesto amigo Rafa?

—¿Rafa? No, no… Nosotros creíamos que se llevaban bien. Pero lo de Alba era algo conocido, ¿comprende? Lo sabíamos por el equipo directivo del colegio…

—Ya está contestado, gracias —terció Murrieta.

Tras las palabras del magistrado, la abogada decidió abordar otras cuestiones.

—Señoría, ¿puede exhibirse el folio 675 de la causa, por favor?

Se refería al informe definitivo de la autopsia; en concreto, al apartado en el cual el médico forense recogía el resultado de los análisis realizados por el Instituto Nacional de Toxicología.

—¿Estaban ustedes al tanto de que su hijo consumía drogas? —inquirió Paula a bocajarro cuando el documento apareció en la pantalla.

Olivia Canals tensó los labios.

—No.

—¿No? Los análisis muestran que aquella noche había consumido cannabis y otras sustancias que, según indica el forense, suelen componer un estupefaciente denominado «tusi».

La mujer agachó la cabeza y pareció respirar con dificultad, como si de pronto algo le oprimiera los pulmones.

—De eso nos enteramos después de su muerte… Nuestro abogado nos enseñó el informe. Y también salió en la prensa —se lamentó.

—Exacto. Me imagino que habrá leído que el tusi es una droga que se comercializa en forma de polvo de color rosa brillante. Y supongo que también sabrá que es bastante caro… En Santander, unos sesenta o setenta euros el gramo, dicen. Aproximadamente la mitad el medio gramo.

—Letrada, ¿cuál es la pregunta? —se impacientó Murrieta, y se pasó la mano por la frente.

—Sí, a eso iba, señoría —dijo Paula—. Señora Canals, ¿ustedes sospechaban que su hijo podía estar gastándose en drogas parte del dinero que le daban?

—¡No! No teníamos ni idea —exclamó Olivia al tiempo que se revolvía en el asiento.

—¿Nunca encontraron una bolsa con ese estupefaciente, pastillas o algo similar en el dormitorio de Nacho?

—No, no, ¡jamás!

—¿Y marihuana?

Ella negó de nuevo.

—¿Tampoco le vieron consumir o con síntomas de haberlo hecho?

—¡No! —respondió ella con creciente indignación.

—¿Y su marido?

—¡No, no!

Paula hizo una mueca de incredulidad.

—¿No les dio una pista la agresividad con la que se comportaba? Usted misma se ha referido a ello.

—No. Nosotros confiábamos en él…

La abogada se pegó al borde de la mesa, lista para pronunciar las frases que daban sentido a todo su interrogatorio.

—¿No es posible, señora Canals, que ustedes ya lo sospecharan? ¿No es posible que aquella noche, al regresar a casa, su marido coincidiera con Nacho en la calle y…?

—¡No! ¡Claro que no! —se enfureció Olivia, y agarró con fuerza los brazos de la silla.

—Letrada —intervino el magistrado con tono gélido—. La testigo ya le ha contestado que no sabían nada de las drogas y le ha explicado que esa noche estaba durmiendo. No siga por ahí.

—Pero, señoría, su marido declaró en fase de instrucción que regresó a casa en taxi en torno a las tres y media de la madrugada, cuando consta que el pago con tarjeta se realizó casi a las cuatro —replicó Paula—. Queremos que se nos aclare por qué…

—Eso podrá preguntárselo al propio interesado. ¿Algo más?

La abogada se echó hacia atrás en el asiento con frustración.

—No, nada más.

81

Un despiste

La madre de Nacho Guerra no abandonó la sala. Ocupó uno de los pocos asientos reservados en la primera fila y contempló con el rostro inflamado la entrada de su esposo. Él caminó dando pasos cortos y se sentó en la silla. Vestía un traje gris con corbata y se había peinado con una impecable raya a un lado, pero esa elegancia contrastaba con el nerviosismo que exudaba. El magistrado le hizo las correspondientes advertencias legales y, a continuación, fue el turno de la fiscal, que condujo el interrogatorio del mismo modo que con Olivia. Samuel corroboró punto por punto lo que había dicho su mujer y admitió lo mucho que les angustió la conducta de su hijo durante aquellos días, sobre todo porque no acertaban a corregirla.

—Quisimos ir a un psicólogo con él, pero fue imposible…

—¿Llegó usted a temer por su puesto de trabajo?

Samuel meditó la respuesta.

—Lo cierto es que sí. No tenía dudas de que los del consejo de administración confiaban en mí, pero Julio era el director general desde hacía años y había acaparado mucho poder…

—Si no me equivoco, en este momento es usted quien ocupa ese cargo.

—Sí. Pero le aseguro que preferiría no serlo y que nada de esto hubiera pasado.

—La noche de los hechos —continuó Inés mirando de reojo a la abogada—, ¿a qué hora llegó usted a casa?

—Ah, se refiere a la hora que marcó el datáfono del taxista, ¿no? —adivinó él.

—Sí, exacto.

—Aquello fue un despiste. Cuando declaré ante la policía, estaba convencido de que serían algo más de las tres y media. Supongo que, salvo que el aparato estuviera mal, se nos hizo un poco más tarde.

Paula lo examinó desde su sitio. ¿Estaba diciendo la verdad? Se retorcía las manos, aunque lo llevaba haciendo desde que había comenzado a testificar.

—Se comprobó y la hora que registró era correcta: las tres y cincuenta y seis minutos —informó la fiscal para despejar cualquier duda.

—Pues entonces sería esa, sí. Pero de lo que dije, todo lo demás es cierto: me bajé del taxi, abrí la puerta de la verja y luego entré en el portal. No miré hacia la cuesta.

—No vio, entonces, a Alba en el banco, ni tampoco a su hijo, claro —quiso cerciorarse Inés.

Él respondió que no.

—¿Tampoco oyó nada cuando entró en casa y se preparó para acostarse? Algún grito…

La barbilla del hombre tembló.

—No. Ojalá hubiera escuchado algo. Así quizá habría evitado que…

La garganta debió de cerrársele, pues dejó la frase flotando en el aire.

Durante unos segundos, la sala quedó suspendida en un silencio desgarrador. La fiscal consideró que aquella era una buena manera de terminar y le hizo un gesto elocuente al magistrado.

—Letrado de la acusación particular, su turno —indicó Murrieta.

Con semblante sereno, Villar esperó a que su cliente se recompusiera. Luego le pidió algunas aclaraciones que tampoco aportaron demasiado.

A continuación, Murrieta dio paso a Paula.

—Letrada, solo cuestiones útiles y pertinentes, por favor —la apercibió mientras se ceñía las gafas al puente de la nariz.

—Sí, señoría —dijo ella, y paseó la mirada por la sala hasta posarla en los miembros del jurado. Todos la observaban en estado de alerta. Eso, según su experiencia, indicaba que dudaban, que no tenían el veredicto decidido y que estaban abiertos a escuchar, a cuestionarse la versión de la policía.

Se giró hacia Alba. De pronto estaba lívida y con los ojos apagados como dos pozos negros. Sin duda, era consciente de que aquella sería la última intervención de la mañana. Luego se la llevarían de vuelta a la cárcel hasta el día siguiente.

—Señor Guerra —comenzó Paula con voz autoritaria—, la noche del crimen usted vio a su hijo por el centro de Santander, ¿verdad?

—Sí, eso fue lo que le dije a la policía —contestó Samuel, que seguía retorciéndose las manos—. Creo que eran alrededor de las tres, pero ya no me atrevo a asegurarlo. No consulté la hora, si le soy sincero.

—¿Podría concretarnos dónde se encontraba usted en ese momento?

—En un bar al principio de la calle Castelar, a pocos metros de la rotonda de Puertochico. Estaba fumando con unos compañeros en la entrada y pasó un grupo de chavales. Iban disfrazados, pero lo reconocí.

—¿Recuerda con quién estaba su hijo?

El hombre entrecerró los ojos, haciendo memoria.

—Pues… creo que estaba con Andrés y que justo detrás iban otros chicos.

—Ya sabrá que se dirigían a la discoteca Babylon, muy cerca de donde usted se hallaba. En concreto, al otro lado de la rotonda…

El semblante de Samuel se endureció.

—No entiendo qué importancia tiene eso.

—Podría tenerla. ¿Recuerda de qué hablaban?

—¿Quiénes? ¿Andrés y mi hijo?

—Sí.

—No lo sé. No estaba pendiente.

Ella ladeó la cabeza como si sopesara la siguiente pregunta, aunque no era más que una pose para que el testigo se relajara creyendo que el interrogatorio comenzaba a languidecer. Se dispuso a asestar el primer golpe.

—Dígame: ¿no es cierto que usted escuchó a uno de esos chicos, quizá a su propio hijo, comentar algo sobre el nuevo incidente con Alba?

—¿Qué? ¡No! Pero ¿qué…?

—¿Tampoco lo vio consumiendo drogas por la calle?

—¡No, no! ¡Nosotros no sabíamos nada! ¿Cómo se atreve a…?

—Usted declaró ante la policía que volvió a casa en un taxi que compartió con tres compañeros de trabajo. ¿Dónde lo cogieron? —preguntó ella sin darle un respiro.

Samuel se mostró desconcertado ante el cambio de rumbo que había dado la abogada.

—Eh…, enfrente del bar. Llamamos por teléfono.

—Pues hay una parada bien cerca. Enfrente del Babylon, de hecho.

—Bueno, nosotros llamamos por teléfono. Por comodidad. No le miento. Si quiere le enseño el registro. Aunque haya pasado un año, supongo que lo tendré…

—No es necesario, gracias. Acláreme una cosa: ¿usted fue el primero en bajarse?

—¿Del taxi? No, el último. ¿Por qué?

Ella hizo caso omiso a la pregunta del testigo.

—¿Cuánto duró el viaje aproximadamente, teniendo en cuenta los desvíos que me imagino que tomarían? —inquirió.

—Pues no estoy seguro. Quizá unos veinte minutos o así. Puede que algo menos.

Paula asintió satisfecha. Era la respuesta que esperaba.

—O sea, que usted debió de subirse al taxi alrededor de las tres y treinta y seis minutos, si los cálculos no me fallan.

—Por ahí, sí.

—Se lo comento porque su hijo se marchó de la discoteca justo a esa hora…

El hombre parecía aún más desorientado, como si no acertara a comprender a dónde quería ir a parar la abogada.

—¿Y qué más da eso?

—Pues mire, eso significa que Nacho y usted llegaron a Joaquín Costa prácticamente a la misma hora. Si usted sabía que su hijo iba a aparecer en cualquier momento, pudo decidir esperarlo en la calle.

Samuel enrojeció hasta las raíces al entender lo que estaba insinuando la abogada. Ella se dispuso a concretarlo para asegurarse de que los miembros del jurado seguían su razonamiento:

—Señor Guerra, ¿no es cierto que usted no quería molestar a su esposa y que, tras bajarse del taxi, aguardó a Nacho junto al portal y que todo se descontroló cuando…?

—¡Letrada! —bramó el magistrado, furioso—. Es un testigo, no un acusado. ¡No puede hacerle esas preguntas!

—Señoría, en la instrucción pedimos que se le investigara y…

—¡Eso es irrelevante y usted lo sabe! —le espetó Murrieta antes de girarse hacia el jurado—. Esas dos últimas preguntas no podrán tenerlas en consideración, ¿de acuerdo? Olvídenlas. Quedan inadmitidas ahora mismo. Y, letrada, como vuelva a hacer algo así le impondré una multa por mala fe, ¿me ha entendido?

Paula simuló estar arrepentida, aunque sabía que aquellas personas no olvidarían lo que acababan de escuchar.

—¿Ha terminado? —gruñó el magistrado.

—Sí, señoría.

—Bien. Damos por terminada la sesión. El jurado puede retirarse.

Se formó un gran estrépito mientras todo el mundo se levantaba.

Paula vio que los agentes encargados de la custodia de Alba se acercaban a ellas y se apresuró a pasarle el brazo por el cuello y apretarla contra sí.

—Todo irá bien, te lo prometo —le susurró—. Esto acaba de empezar…

La chica, que había roto a llorar de forma silenciosa, se aferró a ella como si quisiera quedarse allí para siempre.

Pero eso no era posible. Al cabo de unos segundos, los policías las obligaron a separarse y Alba salió de la sala arrastrando los pies y con la cabeza gacha, de vuelta a la cárcel.

82

La vida por delante

Eran las cuatro de la tarde cuando Paula entró en el edificio del bufete. Le habría gustado subir las escaleras y encontrarse a Antonia aguardándola para comentar juntas los detalles del juicio de esa mañana, cada resquicio que se abría y se cerraba, como en los viejos tiempos, pero por el momento eso no era posible. Y no estaba segura de si en un futuro próximo volvería a serlo.

Antonia continuaba sufriendo aquella horrible enfermedad. Se había sometido a dos intervenciones quirúrgicas y a un duro tratamiento oncológico cuyo resultado aún era incierto. Había perdido todo el pelo y mucho peso, y presentaba una debilidad sobrecogedora. A lo largo de ese año había hecho ademán de incorporarse al trabajo, aunque fuera echando una mano, pero le fue imposible. No lograba concentrarse y se mareaba. Costaba imaginársela recuperada, haciendo vida normal y ejerciendo otra vez de capitana del despacho, aunque ni sus compañeros ni su familia perdían la esperanza de que al fin llegara la ansiada mejoría, el retroceso del cáncer. De hecho, las últimas analíticas habían salido mejor de lo esperado, y el jueves recibiría los resultados de otras que, según los médicos, permitirían conocer en qué punto se

hallaba. En el hospital confiaban en un escenario favorable. El otro, nadie quería planteárselo.

En todo ese tiempo a Paula no le había quedado otro remedio que hacerse con las riendas del bufete y trabajar con ahínco para mantenerlo en la cúspide, como su jefa se merecía. Lo estaba consiguiendo y por eso, pese a que no veía a su hijo y a Teresa tanto como le gustaría, se sentía orgullosa. Antonia necesitaba todo su apoyo en el peor momento de su vida, y ella se lo estaba dando. No podía negar que en ocasiones le venía a la memoria aquel proceso de selección en Iberian Labs que dejó pasar, pero en el fondo no se arrepentía de su decisión. Para ella, la lealtad era lo primero. Eso lo tenía claro. Por fortuna, Teresa la seguía apoyando sin fisuras, y el pequeño Martín, aunque alguna vez protestaba por sus prolongadas ausencias, siempre la recibía con carcajadas y unas ganas interminables de jugar a cualquier cosa. Su risa era un bálsamo para ella.

En el despacho también se sentía respaldada. Con Marina, la secretaria, la relación siempre había sido inmejorable. Esa tarde Paula la saludó afectuosamente nada más cruzar el umbral. Acto seguido, fue a ver a Álvaro, la gran apuesta de Antonia para suplir su baja. No solo se había revelado como un profesional competente e incansable, sino también como un compañero agradable y cercano, e incluso un amigo.

—Ah, llega la *celebrity* —dijo él con sorna, y le guiñó un ojo.

Paula esbozó una leve sonrisa y se dejó caer en una silla al otro lado del escritorio.

—Estoy reventada.

Tras aquella mañana maratoniana, el cuerpo le demandaba una tregua, pero hasta el sábado no podría dársela. Ese juicio era el más importante de su carrera y no estaba dispuesta a dejar nada al azar ni a la improvisación. Tenía la intención de encerrarse y dedicar toda la tarde a repasar la estrategia y los interrogatorios del día siguiente. Para la sesión del martes estaban citados como testigos los tres amigos de la víctima, el director del colegio Picos de Europa, el jefe de estudios, el profesor de Matemáticas que instruyó el expediente disciplinario contra Nacho Guerra, así como los padres de Alba. Sería otra jornada extenuante y tan crucial para el veredicto como la primera. Además, ni los amigos de Nacho ni los miembros del colegio habían aceptado reunirse con ella para preparar el juicio, y no era fácil predecir qué iban a declarar.

El único con el que había logrado hablar por teléfono unas semanas atrás era Joaquín, el jefe de estudios, y la breve conversación que mantuvieron la tranquilizó en cierta medida, aunque no debía confiarse. El hombre le reconoció que sus compañeros y él no tenían inconveniente en entrevistarse con ella, pero que el consejo de administración se lo había prohibido y debían acatar la orden. En las altas esferas académicas no querían que diera la impresión de que la institución estaba colaborando con la acusada. En cualquier caso, él le prometió transparencia y no dejarse influir por la presión que flotaba en el ambiente para que se hiciera justicia, fuera lo que fuera eso. Se limitaría a decir lo que recordaba de Alba y Nacho. Eso, creía ella, era positivo, porque resultaba obvio que Joaquín no le profesaba ningún aprecio a Nacho. En cambio, con los padres de Alba tenía buena relación, como quedó demostrado un año atrás cuando aceptó reunirse con ellos tras la

detención de la chica. Y la situación de Alba, a juzgar por sus palabras, parecía afectarle.

Paula intuía que las declaraciones de los amigos de Nacho perjudicarían a Alba, pero confiaba en que tanto los tres empleados del colegio como los padres de la chica sirvieran de contrapunto y le permitieran mantenerse viva en el combate judicial un día más.

—¿Has hablado con Antonia? —le preguntó Álvaro sacándola de sus pensamientos.

—Eh, no. No me ha cogido el teléfono. Estará en la siesta. Luego volveré a intentarlo. Quiero que me dé su opinión.

—Por lo que he leído, hoy no te ha ido mal, ¿no?

Paula balanceó la cabeza. Le costaba ponerse en el lugar de los miembros del jurado. ¿Qué estaría pasando por su mente después de lo que habían escuchado? Si tuviera que apostar, diría que la mayoría, si no todos, se inclinaba por el veredicto condenatorio a pesar de las lagunas y las incoherencias que habían aflorado. Por ahora.

—Sigo pensando que tendríais que haber aceptado el acuerdo que os propuso Inés hace tiempo —murmuró Álvaro mientras se ajustaba el nudo de la corbata.

Ese era uno de los momentos en que a Álvaro se le escapaban ramalazos de su anterior trabajo. Sí, la lógica invitaba a pensar eso: ante una posible condena a quince o veinte años de prisión, lo razonable era aceptar diez y renunciar a luchar. Rendirse. Confesarse culpable y no ir a juicio. Esa era la oferta de Inés, a la que se había unido Villar. Mejor un mal acuerdo que un buen pleito, solían decir muchos abogados y fiscales experimentados. Pero ¿qué pasaba con los inocentes?

Alba se había negado en redondo a un pacto así, y sus padres la respaldaron sin dudarlo. Paula no olvidaba la reacción de la chica cuando le deslizó los términos del posible acuerdo por primera vez: las lágrimas asomando a sus ojos, la desesperación que le contrajo el rostro, la forma en que sacudía la cabeza…

La entendía. Si aceptaban, no habría manera de evitar que pasara una larga temporada entre rejas. Era cierto que podría volver a la calle siendo joven, «con toda la vida por delante», en palabras de Álvaro, pero ¿qué vida era esa? Desde luego, no la que disfrutaba hasta aquella fatídica noche. Esa jamás regresaría. La condición de asesina la perseguiría para siempre, hasta el fin de sus días, como una sombra, y nadie creería que se declaró culpable solo para reducir la condena. La sentencia diría que, con dieciocho años recién cumplidos, mató a un compañero de colegio para vengarse, y ya nadie lo pondría en duda.

Aunque… ¿y si la condenaban a veinte años, como pedía Villar?

—No sé, Álvaro. Al menos eso lo decidieron ellos —suspiró. La tranquilizaba no ser la responsable.

Marina se asomó por la puerta e interrumpió la conversación.

—Paula, los padres de Alba Ferrero están aquí. ¿Qué les digo?

La abogada alzó las cejas. No tenían ninguna cita concertada. Además, no era conveniente que se vieran con ella. Tenían la condición de testigos y, según la ley, una vez comenzado el juicio debían evitar todo contacto con otros testigos e incluso con los abogados. El propósito de esa norma era que quienes fueran a declarar ante el tribunal no tuvieran conocimiento de lo que habían respondido antes otras personas. De ese modo, en teoría, se evitaba que pudieran contaminarse entre sí o acordar versiones. Aunque no

podía negarse que, en pleno siglo XXI, esa finalidad ya no tenía mucho sentido, especialmente cuando, como en aquel caso, el juicio se extendía a lo largo de varias sesiones y bastaba con encender la televisión o abrir un periódico digital en el móvil para enterarse de casi todo. Según el Tribunal Supremo, que se produjera una comunicación indebida entre testigos, o entre testigos y abogados, no implicaba la nulidad de la prueba, aunque sí podía afectar a la credibilidad del testimonio si se sospechaba que el declarante no estaba siendo espontáneo y veraz.

Paula, que ya tenía bastante en contra, no quería colocarse en peor situación, pero comprendía la ansiedad de esos padres y el motivo que los había llevado hasta allí. Al mediodía les había mandado un mensaje para decirles que todo había salido bien, aunque, lógicamente, eso no era suficiente. Se imaginaba que habrían estado siguiendo los programas especiales emitidos por las principales cadenas de televisión y que se hallarían al borde del ataque de nervios. En esos cinco días su hija se lo jugaba todo.

Y ellos también. Aunque probablemente eso era lo que menos les importaba.

Tras el escándalo de la detención de Alba, las productoras habían cancelado todos los proyectos con Sofía, y hacía tiempo que las campañas publicitarias, las alfombras rojas y las cenas de gala habían desaparecido de su agenda. Tampoco sus amigos y sus antiguos compañeros del mundo del cine parecían acordarse de la famosa y carismática actriz. Sofía Ponte había caído en desgracia.

Julio llevaba varios meses sin trabajo, después de que Moguer & Cía. hubiera extinguido inesperadamente su contrato de alto directivo. Era incapaz de encontrar otro empleo, y eso lo hundía

todavía más. Su único consuelo era que los ahorros de ambos eran cuantiosos y que la abultada indemnización que le habían pagado en la empresa les daba un amplio margen para buscar el modo de rehacerse.

A Nico, el hijo pequeño, lo habían cambiado de colegio, pero eso no evitaba que fuera blanco habitual de menosprecios y burlas. Poco quedaba del niño risueño de un año atrás. Había crecido a marchas forzadas y su humor se había vuelto hosco y sombrío. Era raro el partido de fútbol en el que no lo expulsaban por su juego violento.

El único horizonte de esa familia parecía ser la fecha del veredicto, que veían como una tabla de salvación. No pensaban en nada más que en ese día y en la absolución de su hija, lo que les permitiría volver a empezar, reconstruir sus vidas.

Eso, como abogada, a Paula la presionaba sobremanera. La responsabilidad era enorme y sus posibilidades, muy reducidas. Además, de vez en cuando las dudas se le enroscaban en la garganta. ¿Y si después de todo Alba era culpable? ¿Y si había heredado las extraordinarias dotes de actriz de su madre y no hacía otra cosa que interpretar un papel? Pero ¿qué pasaba con los datos que no encajaban?

Paula se dijo que, llegados a ese punto, no perdía nada por recibir a esos padres deshechos e insuflarles ánimos. Además, era razonable que, como letrada de su hija, tuviera contacto con ellos.

Y los necesitaba con fuerzas y determinación para el día siguiente.

83

Las tardes con Penélope

Mientras Paula se reunía con los padres de Alba en su despacho, a varios kilómetros de allí dos maquilladores daban los últimos retoques al rostro de Macarena Ortiz. Aunque se encontraba en los estudios de la emisora, esa tarde su voz no viajaría a través de la radio. Iba a debutar en televisión. En concreto, en el famoso programa *Las tardes con Penélope*, que esa semana iba a dedicar todos los días un espacio a analizar lo ocurrido en el juicio.

El caso del «crimen del Carnaval» había acaparado tanto interés mediático que los directivos del grupo audiovisual para el que trabajaba habían decidido echar mano de ella, una de las periodistas radiofónicas más destacadas de la región, y colocarla delante de las cámaras. Desde luego, no pensaba desaprovecharlo. Eso sí, había dejado bien claro que no hablaría de cuestiones personales relacionadas con su marido ni de nada que no fuera estrictamente el procedimiento judicial. Estaba allí como comunicadora de reconocido prestigio que, además, residía en Cantabria y era experta en tribunales. El resto, por mucho que pudiera provocar cierto morbo, era irrelevante, y no estaba dispuesta a medrar valiéndose de su matrimonio. De ninguna manera.

El programa se emitía desde el plató de Madrid y ya estaban allí todos los colaboradores, salvo ella, que se conectaría desde Santander.

—¿Lista? —le preguntó un técnico vestido de negro.

—Sí —susurró ella. A pesar de su dilatada trayectoria, notó cómo el corazón le bombeaba con fuerza en el pecho.

El hombre se llevó el dedo índice al pinganillo que tenía en la oreja e hizo un asentimiento con la cabeza. Otro técnico se acercó a ella y colocó una cámara a menos de un metro de su cara. Una luz roja parpadeaba junto al objetivo.

Tras hacer algunos ajustes, el cámara hizo una señal con la mano y el otro miró fijamente a Macarena.

—Pues entramos en tres, dos, uno…

Por el pinganillo de Macarena sonó una sintonía pegadiza y los nervios le treparon por el estómago.

—Bienvenidos a *Las tardes con Penélope* —abrió el programa con entusiasmo la presentadora, que a continuación dio paso a los colaboradores que la acompañaban aquella tarde.

Cuando llegó su turno, Macarena trató de dirigir a la cámara una sonrisa elegante, segura, y luego saludó a la audiencia con un cálido «Buenas tardes». Poco a poco se relajó y fue sumándose a las intervenciones para aportar su visión sobre el primer día de juicio. Al haber estado en la sala de vistas como reportera, su información era privilegiada, de primera mano, y no tardó en ganar protagonismo.

—Creo que ha habido varias sorpresas esta mañana, ¿no, Macarena? —le dijo la presentadora—. ¿Tú cómo has visto a la acusada? Cuéntanos, por favor.

Macarena cruzó las piernas y dejó pasar unos segundos para aumentar el suspense.

—Creo que «como en una montaña rusa» lo definiría bien. Al principio, estaba alicaída y desorientada, como si le costara hacerse a la idea de que aquello era real. Pero después, cuando su abogada ha tomado la palabra, su ánimo ha cambiado un poco, dentro de lo que era la situación y su gravedad, obviamente.

—Según parece, Paula Soler ha destapado varios errores en la instrucción de la causa, ¿no es así? —De fondo, en una pantalla gigante, apareció una fotografía de la letrada tomada esa misma mañana.

—Bueno, yo no diría tanto como eso —respondió Macarena, que no quería que la conversación virara hacia la labor desempeñada por su marido—. Pero sí, ha puesto de relieve algún punto que genera dudas. Y con ello ha dado una buena pista de por dónde irá su defensa…

Mientras la presentadora volvía a intervenir, en Liencres, en el salón de su casa, Santiago Belmonte se levantó del sofá.

—Mamá, ¿te preparo una infusión?

—No, no —respondió ella sin apartar los ojos de la pantalla.

La mujer, de edad avanzada y con la movilidad muy reducida, estaba pasando una temporada en Cantabria con ellos y adoraba a Macarena. Santiago también se alegraba del salto de su esposa a la televisión, y era consciente de la ilusión que aquello le hacía. Por eso se había esforzado en apoyarla al máximo y no ponerle ningún reparo ni hacer comentarios que pudieran irritarla o desanimarla. Hacía meses que se había prometido cuidar su relación. Del mismo modo, también se convenció de que tenía que reducir sus arrebatos

y, en resumen, la intensidad con que lo vivía todo, incluidos los casos que llevaba.

Aun así, en aquel momento no pudo evitar sentir cierta incomodidad. ¿Y si le preguntaban a Macarena directamente por él, a pesar de los límites que ella había marcado? En la práctica, sería muy difícil de esquivar.

Y luego estaba la otra cuestión. ¿Y si las nueve personas que iban a juzgar a Alba Ferrero estaban viendo el programa en ese instante y empapándose de cada palabra que aquellos periodistas pronunciaban? ¿Qué efecto podía causar en el jurado una opinión vertida en un sentido o en otro? Porque, a diferencia de lo que mucha gente creía, en España no se llevaba al jurado a un hotel al finalizar cada sesión para mantenerlo aislado. No. Hasta el momento de la deliberación, sus integrantes regresaban a casa con total normalidad.

Y allí nadie podía controlarlos.

84

El Dueso

Santoña

El coche policial cruzó la verja tras la que se elevaba el centro penitenciario de El Dueso, un conjunto amurallado construido al pie del monte Buciero y a pocos metros de la playa de Berria, de la cual muchos reclusos tenían vistas desde su celda.

Desde fuera, habría quien creyera que allí, en uno de los patios más extensos de todas las prisiones de España, se respiraba incluso cierta sensación de libertad. Pero nada más lejos de la realidad. Alba sabía que aquello jamás dejaba de ser una cárcel, un lugar deprimente, finito y peligroso en el que, si no luchabas por sobrevivir, podías acabar consumido, destruido.

Ella ya no era la misma, desde luego que no, pero todavía aspiraba a salir de allí a tiempo de recuperar algún pedazo de su adolescencia quebrada. Cada mañana, desde la ventana, se imaginaba a su antiguo yo en el horizonte alejándose irremediablemente, flotando más allá de aquella playa, más allá de aquellas olas furiosas, a punto de hundirse para siempre.

El vehículo se detuvo y la obligaron a bajar. Se había levantado un viento frío que sacudía todo el lugar y estaba empezando a llover.

—¡Vamos, vamos! —le espetó un agente.

El hombre se tapó la cabeza con el brazo derecho para protegerse del agua mientras la agarraba con el otro.

Alba obedeció y, con un estremecimiento, echó a andar hacia el gran portón de la prisión, que se elevaba amenazador ante ella. Al entrar, los recuerdos de la madrugada del 19 de febrero de 2023 se cernieron sobre ella y revolotearon a su alrededor como una pesadilla incesante.

Otra vez.

85

La nota

Santander, martes 9 de abril de 2024

El caos se desató en cuanto los vieron cruzar la calle. Los periodistas arremolinados en torno a las puertas del complejo judicial rompieron filas y corrieron hacia ellos en tropel. Julio y Sofía recordaron las consignas que la abogada les había dado la tarde anterior, aunque llevaban escuchándolas ya más de un año: «Nada de declaraciones. Nada de entrevistas. Lo que tengáis que decir, se lo diréis al jurado».

—Señora Ponte, ¿qué va a decir hoy? ¿Su hija es inocente?

—Señor Ferrero, ¿qué opina de la familia Guerra? ¿Quiere transmitirles algún mensaje? ¿Va a decirles algo allí dentro?

Ambos apretaron el paso haciendo caso omiso de los micrófonos y las cámaras que ya los rodeaban. Al cabo de unos segundos, lograron escabullirse y cubrir el camino que los separaba de la entrada. En realidad, ellos no estaban citados para declarar hasta el final de la mañana, pero querían estar en el edificio desde primera hora y aguardar en los pasillos a que llegara su turno. Sofía le había prometido a Paula que mantendría la compostura y que no se repetiría lo ocurrido en la instrucción, cuando Alba declaró ante el

juez Santiago Belmonte y ella comenzó a chillar de forma descontrolada.

La abogada llegó al palacio de justicia un poco después. El pasillo de la sala de vistas estaba abarrotado de gente, y había más cobertura mediática que el día anterior. Faltaban cinco minutos para las nueve, y se fijó en que los padres de Alba ya se encontraban allí. Los saludó y miró a su alrededor. La fiscal Calderón, Villar y los padres de la víctima estaban juntos, ligeramente apartados, junto a unas escaleras. Cerca de la puerta divisó a Miguel y a Rafa, dos de los amigos de la víctima, que le estaban mostrando su carnet de identidad a la funcionaria de la Audiencia Provincial. Ellos serían los primeros en declarar. Después lo haría Andrés, el otro integrante de la pandilla, a quien no veía por ninguna parte.

Paula se puso la toga, que llevaba guardada en su maletín, y se aproximó con discreción a la sala de vistas. La puerta estaba entornada y quería comprobar si todo estaba preparado para empezar puntuales. La mañana sería larga.

Al asomarse, advirtió que el magistrado y los miembros del jurado estaban de pie al fondo de la estancia, junto al estrado. Murrieta conversaba con semblante preocupado con uno de ellos, una mujer de mediana edad que le estaba mostrando una bolsa de plástico transparente con cierre hermético, como las que se usan para llevar bocadillos. Dentro había un sobre blanco.

Intrigada, Paula se acercó aún más, pero la funcionaria, que ya había terminado de revisar los carnets, apareció por su espalda y le espetó:

—Oiga, retírese de aquí, ¿de acuerdo? Ya la avisaremos cuando esté todo listo.

La abogada dio un respingo e intentó hacerse la despistada, pero ya era tarde para eso. Entonando una disculpa, se encaminó al otro lado del pasillo.

Sofía, que no había dejado de observarla y parecía al borde del colapso, dio unos pasos hacia ella y le preguntó con un balbuceo si todo iba bien.

—Sí, eso creo —respondió meditabunda, sin comprender qué podía significar lo que acababa de presenciar. ¿Qué era ese sobre?

Media hora más tarde, todos continuaban en el pasillo. Habían visto al magistrado abandonar la sala en dos ocasiones con gesto tenso, y Paula no dejaba de preguntarse qué demonios estaba pasando.

Al fin, la funcionaria anunció que la fiscal y los abogados podían pasar. Acto seguido, lo hicieron los periodistas y el público. Después, dos agentes de policía condujeron a la acusada al interior de la sala. Alba estaba aún más lívida que la jornada anterior y tenía los labios violáceos, como si hubiera estado expuesta al más crudo frío invernal. Cuando la chica se colocó a su lado, Paula le acarició el hombro y le sonrió. Apenas tuvo unos instantes para interesarse por su estado, puesto que el magistrado empezó a hablar con voz potente y atrajo toda su atención.

—Buenos días. Silencio, por favor —ordenó, y se ajustó las gafas al puente de la nariz con aire torvo—. Antes de comenzar con la primera testifical, debo informar a las partes de un hecho inesperado y desagradable —dijo mirando a la fiscal y a los abogados con expresión de gravedad.

De soslayo, Paula vio que Calderón y Villar parecían tan desconcertados como ella. ¿Qué significaba aquello?

Con ademanes lentos, Murrieta cogió un papel de su mesa y lo mostró.

—Anoche, un miembro del jurado recibió una nota como esta en su domicilio. Sin firma.

Hubo un momento de estupor generalizado durante el que nadie habló. Luego los murmullos estallaron e invadieron toda la sala.

Paula leyó el texto, escrito a ordenador, con letras grandes, mayúsculas y en negrita.

AYER LOS PADRES DE LA VÍCTIMA MINTIERON.
HOY OTROS TESTIGOS LO HARÁN.
NACHO TENÍA SECRETOS.

Contuvo el aliento y lo releyó mientras calibraba el impacto que ese documento podía tener en el juicio. Examinó el rostro de los jurados. Todos parecían alterados, aunque la más afectada, sin duda, era la mujer que unos minutos antes le estaba enseñando la bolsa de plástico al magistrado. Estaba claro que era quien había recibido la nota.

De pronto, Samuel Guerra se levantó de su asiento, en la primera fila. Había enrojecido y tenía los puños apretados.

—¡Esto es un escándalo! —exclamó al tiempo que clavaba la vista en su abogado, como si le demandara que hiciera algo—. ¡Nosotros no hemos mentido!

—Señor Guerra —dijo Murrieta—, tranquilícese y haga el favor de sentarse.

Samuel amagó con desobedecer, pero el magistrado le dirigió una mirada feroz y el hombre acabó acomodándose de nuevo junto a su

esposa, que había perdido todo rastro de color en la cara.

Paula aprovechó para intercambiar un gesto de asombro con Alba, que la observaba con los ojos como platos.

—Pero ¿tú sabes quién…? —musitó la chica.

La abogada negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Este magistrado no va a permitir que se ponga en riesgo la independencia del jurado —dijo Murrieta muy serio—, y se abrirá la oportuna investigación. Por lo demás, los miembros del jurado son conscientes de que esto no debe afectar al veredicto. El juicio, pues, continúa. Simplemente quería ponerlo en conocimiento de las partes.

Ni la fiscal Calderón ni Villar protestaron, aunque su malestar por lo acontecido con aquella nota era evidente.

—Que pase el primer testigo, por favor: Miguel Vega —ordenó Murrieta.

El magistrado pretendía dar por zanjado el asunto del anónimo por la vía rápida, pero Paula, como muchas otras personas allí, aún seguía pensando en ello. ¿De veras los padres de Nacho habían mentido? Y, de ser así, ¿en qué parte de su testimonio y por qué razón? ¿Y qué otros testigos se suponía que también faltarían a la verdad esa mañana? El autor del texto no daba nombres, ni siquiera se identificaba. Tampoco proporcionaba una sola pista sobre esos supuestos secretos de Nacho. ¿Qué le llevaba a actuar de forma tan enigmática? ¿Acaso era todo un embuste? ¿Acaso solo buscaba confundir al jurado? Las confusiones y las dudas, en general, beneficiaban a la defensa.

La funcionaria abrió la puerta de la sala para llamar a Miguel Vega.

Desde su posición, Paula divisó a Julio al otro lado del pasillo. La miraba fijamente.

86

Otros métodos

El ascensor se detuvo en la tercera planta del palacio de justicia. Al salir, Santiago casi se dio de bruces con el presidente del Tribunal Superior de Justicia de Cantabria, Alfredo Sotomayor.

—Ah, justo vengo del juzgado de guardia —le dijo el hombre, que ya superaba la sesentena y vestía un traje gris marengo—. Te estaba buscando.

Esa mañana Santiago llegaba más tarde de lo habitual, y eso que entraba de guardia. Se había retrasado porque la cuidadora de su madre se había dormido.

—He visto que Murrieta y tú me habéis llamado. Estaba de camino, disculpa.

—Sí. ¿Sabes lo del anónimo? —le preguntó Sotomayor.

Santiago hizo una mueca de incomprensión y el presidente del Tribunal Superior de Justicia le contó que, unos minutos antes, Murrieta se había reunido con él porque alguien le había dejado una nota a uno de los miembros del jurado en su casa.

—No me jodas. ¿En serio? ¿Y qué dice?

Sotomayor le informó del contenido del documento.

—La ha recibido una mujer que tiene un negocio de peluquería en su propio chalet —añadió—, así que es fácil hacerle llegar algo así. Suponemos que por eso la escogieron a ella. Se la dejaron en el jardín metida en un sobre cerrado. Seguramente lo lanzaron por encima del muro. Lo encontró a las once de la noche, cuando salió a tirar la basura.

—¿Había cámaras?

—No, al menos en la vivienda no. Lo tienes todo en el juzgado de guardia.

—De acuerdo, me pondré con ello. ¿Qué va a hacer Murrieta?

—Va a informar de lo ocurrido al abrir la sesión.

—¿Con toda la prensa delante? —exclamó Santiago, atónito.

—Sí. De hecho, debe de estar haciéndolo ahora mismo.

—Joder, pero tendría que decírselo solo a los abogados y a la fiscal, ¿no? En privado. ¿A qué viene tanta transparencia?

Sotomayor hizo un gesto ambiguo.

—Lo estuvo valorando, pero al final decidió no ocultar nada. No quiere arriesgarse a que algún periodista se entere por sus propios medios y lo filtre, o que haya un veredicto de no culpabilidad y después los padres de la víctima monten un escándalo poniendo en tela de juicio la independencia del jurado. En un caso con tanto impacto, me parece una postura razonable, la verdad. Y ya sabes que la decisión depende de él, según la ley.

Santiago chasqueó la lengua. Lamentaba no haber estado en esa reunión.

—Dando pábulo a ese anónimo solo conseguirá generar dudas y dar alas al responsable. ¿Y si los jurados reciben más o alguien intenta manipularlos de otro modo? El caso está claro y bien atado,

Alfredo —masculló contrariado—. Alguien pretende darle la vuelta jugando sucio, y no deberíamos permitirlo.

Mientras hablaba, una idea se abrió paso en su mente. ¿Y si la autora de la nota era la abogada de la acusada? ¿Y si, ante las dificultades para ganar respetando las reglas, había recurrido a otros métodos? Estuvo a punto de verbalizar sus pensamientos, pero Sotomayor apreciaba a Paula Soler y a su jefa, y era consciente de que el comentario no le agradaría.

—También por eso Murrieta ha querido hacerlo público, para lanzar un aviso de que esto no se va a tolerar —dijo Sotomayor—. En fin, quería que lo supieras antes de que lo sacara la prensa.

Santiago le dio las gracias por la deferencia y se despidieron.

Después se quedó quieto en el pasillo pensando en todos los tertulianos, incluida su esposa, que esa tarde se dedicarían a hacer cábalas sobre el misterio del anónimo, probablemente con los miembros del jurado escuchando con atención al otro lado de la pantalla.

87

Una tontería

Paula desvió la vista hacia la puerta de la sala de vistas justo cuando entraba Miguel Vega. Era alto y de tez clara, con el pelo rubio y rapado por los laterales, y las prendas que vestía eran anchas y de marca. A Paula sus ademanes le resultaron arrogantes. Era obvio que declarar en un juicio no lo impresionaba en absoluto.

Antes de sentarse delante del micrófono, el joven saludó con una inclinación de cabeza a los padres de Nacho. La abogada se preguntó si aquel chico no sería uno de los testigos que, según el anónimo, iban a mentir esa mañana. Estaba segura de que en la sala había más gente planteándose lo mismo; quizá incluso el propio Murrieta, que estudiaba al muchacho con los ojos entrecerrados, como si no se fiara de él.

El ambiente estaba enrarecido y Paula tenía la sensación de que allí dentro costaba respirar, como si el aire estuviera plagado de esquirlas. Sin embargo, eso no pareció afectar al testigo, que se desenvolvió con seguridad y soltura durante más de media hora. Las respuestas que fue dando, tanto a Inés Calderón como a Villar, coincidieron con lo que había declarado ante la policía. Entre otras cosas, admitió que entre los días 9 y 20 de enero de 2023 su amigo

se rio de Alba, la insultó y la ridiculizó, aunque trató de restarle importancia alegando que solo eran bromas. Dijo ignorar por qué a la vuelta de las vacaciones de Navidad Nacho empezó a comportarse de ese modo con la chica. Tampoco aclaró por qué de repente dejó de hacerlo. Adujo que eran cosas que pasaban «sin más» y que, en su opinión, no había que buscarle mayor explicación. Y respecto a lo sucedido en la fiesta de carnaval, ¿cómo no iba a reírse Nacho después de la pedazo de cobra que Carlos Alonso le hizo a Alba? Cualquiera habría reaccionado igual. Lo que ninguno se imaginaba, afirmó, era que Alba podía matarlo.

—La letrada de la defensa tiene la palabra —dijo el magistrado cuando Villar dio por finalizado su interrogatorio.

Nadie movía un músculo salvo Alba, que se había puesto rígida y se estaba llevando la mano derecha a la nariz. Paula le dio un codazo sutil. Desde el inicio del juicio no la había visto tan alterada. Comprendía que no debía de ser fácil escuchar en silencio a ese chico y soportar estoicamente todo lo que decía, pero cuanto menos nerviosa pareciera, mejor. Por suerte, Alba la entendió y se retiró los dedos de la cara.

—Tranquila —susurró la abogada.

Luego se concentró en el testigo, que la examinaba con expresión confiada.

—Buenos días, señor Vega —lo saludó con voz de hielo—. ¿No es cierto que su amigo Nacho tenía problemas con varias personas, además de con mi clienta?

—No sé a qué se refiere.

—Me refiero, en concreto, a lo que pasaba entre Nacho y Rafa.

—Eso no eran problemas.

—Ah, ¿no? ¿No tuvieron una pelea en el Babylon la noche del crimen? ¿No la presenció usted?

—Eso fueron solo unos roces. Nada más.

—Ya, unos roces…

—Sí, por unos celos de Rafa con su novia. Una tontería. Es normal que a veces haya alguna movida, ¿sabe? Pasa todos los días en el colegio. Sin más —remató.

—¿También es normal que lleguen a las manos y que se amenacen de muerte?

El rostro del chaval se ensombreció, y no respondió.

—Aquella noche, cuando los estaban separando, los dos se gritaron que se matarían, ¿no? —lo presionó Paula, que no había olvidado lo que le había contado Esmeralda, la hija del jefe de estudios, hacía algo más de un año.

—¡Eso fue un calentón! —replicó Miguel, que poco a poco parecía perder el control de sí mismo—. Ninguno de los dos lo decía en serio.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—¡Porque los conozco! —exclamó, y dio una patada al suelo—. Bueno, a Nacho lo conocía —se corrigió mirando a la madre de la víctima como si quisiera pedirle perdón por haber utilizado el presente—. ¡Rafa jamás haría algo así!

—¿Ni siquiera bajo los efectos de las drogas?

—¡Letrada, improcedente! —masculló el magistrado al instante—. El testigo no contestará a eso.

—Pero, señoría, con el debido respeto, es necesario establecer el estado en el que se encontraba Rafael Santamaría. Es posible que, al igual que Nacho, hubiera consumido estupefacientes y…

—No guarda relación con lo que se está juzgando ahora —la cortó Murrieta sin contemplaciones—. Se inadmite.

La abogada encajó la reprimenda en silencio. Ya se figuraba que el magistrado no le permitiría la pregunta, pero el jurado la había escuchado, y eso era lo importante. Esperaba que la idea calase.

—Señor Vega, ¿vio usted si en el curso de la pelea Nacho arañaba a su amigo o le causaba alguna herida similar?

—No, yo no me fijé, pero Andrés sí. Él vio a Rafa sangrando por el cuello. Él podrá decírselo.

Paula tomó nota de ello.

—Señor Vega, ¿sabía usted que Nacho se drogaba?

El chico le aguantó la mirada durante unos segundos. Después bajó la barbilla y respondió que sí, que lo sabía.

—Pero yo no tomo nada —se apresuró a aclarar.

—Ya. ¿Podría decirnos si era la primera vez que Nacho lo hacía?

Al principio, Miguel no contestó, y el magistrado tuvo que obligarle a hacerlo.

—No, no era la primera vez —acabó reconociendo con voz queda.

—¿Y con qué frecuencia consumía?

—No sé… no sé decirle.

—¿De verdad no lo sabe?

Miguel se pasó la mano por el rostro.

—A ver, pues los findes. Algunos.

—Bien. ¿Y desde cuándo lo hacía, más o menos?

—Eso no lo sé.

Ella arqueó las cejas.

—¿No es capaz de decirnos si lo hacía antes de trasladarse a Santander, por ejemplo? ¿Nunca hablaron de ello?

—Letrada, ya le ha contestado —intervino el magistrado con tono de hastío.

La abogada no protestó. No quería desviar la atención de la siguiente pregunta, la que de veras le interesaba.

—Señor Vega, ¿le contó Nacho si sus padres sabían o sospechaban que se drogaba?

El silencio se adueñó de la sala.

—A mí nunca me dijo nada de eso.

—¿Está seguro? ¿No recuerda ningún comentario al respecto o que se mostrara inquieto, preocupado…?

—A ver, yo no sé si sospechaban algo o no, pero, por lo que él decía, tampoco le hacían mucho caso. Su madre estaba siempre con los libros y los juicios, y su padre, con la empresa, ¿entiende?

De pronto, una idea se deslizó por la mente de la abogada.

—¿Es posible que Nacho estuviera molesto por eso, que sus suspensos vinieran de ahí, como una llamada de atención?

Miguel negó con la cabeza.

—Él iba a lo suyo. Con nosotros. Suspendía porque no estudiaba. Sin más.

—Ya —murmuró Paula al tiempo que se dedicaba a revolver sus papeles.

No se le ocurría con qué proseguir. Sin embargo, sentía que ese chaval ocultaba algo. Las palabras del anónimo resonaron en su cabeza. «Nacho tenía secretos». Decidió que no perdía nada por intentarlo.

—Señor Vega, ¿escondía algo su amigo? Algún secreto, alguna deuda, algún enemigo…

Murrieta, que había adivinado a qué obedecía esa pregunta, le lanzó una mirada de censura, pero permitió que el chico respondiera.

Miguel, sin inmutarse, respondió que Nacho no escondía nada, que él supiera.

88

La citación

A Sofía la espera la estaba consumiendo. La puerta de aquel salón de actos convertido en la sala de vistas aislaba cualquier sonido y era imposible enterarse de lo que sucedía dentro. Además, al comenzar el juicio un guardia civil había aparecido por el pasillo y les había ordenado a Julio y a ella que se apartaran. Luego, el agente se había puesto a pasear de un extremo al otro con aire distraído. Sofía sospechaba que estaba allí para vigilarlos y evitar cualquier conflicto con Rafa, que se encontraba a unos metros apoyado en la pared, en apariencia absorto en su teléfono móvil. El joven los ignoraba de forma deliberada, y eso la enfurecía todavía más. A duras penas podía contener el impulso de correr hacia él, agarrarlo y exigirle a gritos que confesara el crimen.

No soportaba esa sensación de impotencia. ¿Y si su hija no se salvaba? El sistema judicial ya les había fallado una vez, cuando llevaron a los tribunales el anterior caso de acoso. ¿Cómo iban a confiar ahora en la justicia, en esas circunstancias? Sin embargo, no tenían alternativa, no podían hacer nada más que creer en la capacidad de persuasión de Paula y en el raciocinio del jurado. Le daba cierta esperanza que algunos medios de comunicación se

estuvieran cuestionando su postura inicial y que ya no vaticinaran con tanta seguridad la condena de Alba. Esa mañana había visto un periódico nacional con un titular en la portada que lo decía todo:

¿UNA DUDA RAZONABLE?

> El juicio del «crimen del Carnaval» da un giro imprevisto gracias al trabajo de la defensa. Alba Ferrero, la hija de la afamada actriz Sofía Ponte, cada vez más cerca de un veredicto impredecible.

Esperaba que, con un poco de suerte, ese diario hubiera pasado por las manos del jurado.

Oyó pasos a su espalda.

Eran los tres testigos del colegio Picos de Europa que declararían esa mañana.

Al verla, el director frenó en seco.

—Buenos días —farfulló el hombre. Por un instante, pareció que fuera a decir algo más, pero al final guardó silencio.

Joaquín, el jefe de estudios, dio un paso al frente.

—Sentimos no habernos reunido con la abogada —murmuró con evidente incomodidad al tiempo que se pasaba la mano por la cabeza, sin un solo pelo—. No nos permitieron…

Julio hizo un gesto conciliador. No deseaba ningún enfrentamiento con esos testigos, que podían ser relevantes para la decisión del jurado.

—Alba es lo único que importa ahora. Y que no se cometa una injusticia. Ella nunca haría algo así —se atrevió a decir.

Se formó un silencio incómodo que el guardia civil rompió a los pocos segundos.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió con tono marcial acercándose a los recién llegados.

Los tres se identificaron y le mostraron sus carnets.

—A esta hora solo tengo que estar yo, según la citación —aclaró el profesor de Matemáticas—. Ellos dos están citados para dentro de un rato, pero somos compañeros y hemos venido juntos.

—El juicio va con bastante retraso, tengan paciencia —les advirtió el agente, y señaló un punto del pasillo—. Colóquense ahí y guarden la distancia, por favor. Aunque se conozcan, deben evitar el contacto entre ustedes. Y cuando salgan de la sala, abandonen el edificio sin hablar con los demás, ¿entendido?

Sofía los siguió con la mirada mientras se alejaban. Le sorprendía que el profesor de Matemáticas ya estuviera allí. Andrés, que en teoría declaraba antes, aún no había aparecido.

89

Euforia

—Señor Vega, puede marcharse o permanecer en la sala —le ofreció Murrieta a Miguel cuando Paula terminó su interrogatorio.

El chico contestó que prefería irse. Se despidió de los padres de Nacho con un gesto y abandonó la estancia.

—Que pase Rafael Santamaría, por favor —le pidió el magistrado a la funcionaria.

Sin embargo, la mujer no salió en su busca, sino que se acercó al estrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Murrieta cuando llegó a su altura, sin darse cuenta de que no había bajado la voz.

La funcionaria, más cuidadosa, se aproximó al oído del magistrado y le murmuró algo que resultó inaudible para los demás.

Murrieta la miró con perplejidad. Luego levantó las palmas de las manos con resignación y le reiteró que llamara al siguiente testigo. Ella asintió y se dirigió a la puerta mientras Paula intercambiaba una mueca de incomprensión con Villar. ¿Qué estaba ocurriendo?

Rafa entró en la sala de vistas siguiendo a la mujer. Vestía de forma parecida a Miguel y lucía un corte de pelo idéntico, aunque él era moreno y tenía unas cejas mucho más pobladas y unos rasgos

duros, intimidantes. Se le notaba más nervioso que a su amigo. Al sentarse, cruzó los brazos sobre el pecho en actitud defensiva.

La fiscal no le presionó ni le planteó cuestiones complicadas o comprometedoras. No le interesaba arrojar aún más sospechas sobre él, e intentó pasar de puntillas por el asunto de la pelea en la discoteca. El chico le facilitó una versión sobre lo ocurrido aquella noche muy similar a la proporcionada por su amigo Miguel. Después, el magistrado dio paso a Villar, quien también sometió al testigo a un interrogatorio amable que no aportó ninguna novedad.

—Letrada, su turno —le dijo Murrieta a Paula—. Y cíñase a lo que nos ocupa, ¿de acuerdo? —le advirtió con tono agrio.

Ella hizo un leve asentimiento. Tendría que escoger muy bien sus preguntas.

Decidió comenzar con suavidad, como un depredador en busca del mejor momento para atacar a su presa. Sin embargo, enseguida comprobó que el chaval no bajaría la guardia. Cambió de estrategia y trató de apretarlo con el asunto de los celos, pero él se enrocó en que jamás le habría hecho nada a su amigo, ni aunque le hubiera quitado la novia. Aseveró que el arañazo se lo hizo Nacho durante la pelea a la puerta del Babylon y que después no volvieron a verse.

—Una duda: ¿por qué no cogió usted un taxi? Tenía un trayecto bastante largo hasta su casa.

—Acababa de sucederme eso con Nacho, ¿qué quiere? Necesitaba andar, tranquilizarme —masculló él, que cada vez se mostraba más irritado—. No creo que eso sea nada sospechoso. Andrés y él tampoco lo cogieron, ¿no?

—Usted no está aquí como sospechoso, señor Santamaría —trató de apaciguarlo el magistrado—. Letrada, no voy a permitir que siga

así, ¿entendido? Le digo lo mismo que ayer: es un testigo, no un acusado.

Paula asintió y lanzó una ojeada a la bancada del jurado. Los rostros de aquellas once personas le resultaron indescifrables.

De pronto, notó que algo se movía a su lado. Era Alba, que se estaba encogiendo en su asiento como si quisiera hacerse invisible, como si deseara desaparecer. Sin duda, se daba cuenta de que aquella declaración se les escurría entre los dedos.

Se resistió a dar el interrogatorio por perdido y buscó otra vía.

—Pese a la pelea, usted era íntimo de Nacho, ¿verdad? Supongo que se contarían muchas cosas.

Él la miró con desconfianza.

—Algunas.

—De acuerdo. Es que no acabo de entender por qué un día, de repente, Nacho la tomó con Alba, luego la dejó en paz durante casi un mes y en la fiesta volvió a la carga. ¿Hay alguna explicación para esos cambios de comportamiento?

El chico fue tan esquivo como Miguel y no concretó el motivo.

—¿La tarde del 20 de enero usted estuvo con él? —quiso saber Paula—. Me refiero al día en que lo echaron del colegio.

—Sí. Si no recuerdo mal, esa tarde fue a casa de Miguel. Jugaron un rato a la Play y luego fuimos los cuatro al centro.

A Paula le sorprendió que durante su interrogatorio Miguel no hubiera aludido a ese tiempo que pasó con la víctima, aunque lo cierto era que nadie le había preguntado por ello.

—¿Y Nacho no les habló de lo ocurrido con Alba por la mañana ni del castigo que le habían impuesto?

—Sí, pero tampoco mucho. No parecía preocupado, la verdad. De hecho, estaba contento, eufórico.

Paula frunció el ceño. ¿Contento? ¿Eufórico? ¿Por qué?

Se dijo que, a cada minuto que pasaba, entendía menos cosas.

90

El tercer testigo

Paula dio el interrogatorio por finalizado. Tras reflexionarlo, había decidido que no merecía la pena insistir en los motivos de Rafa para matar a su amigo ni en los indicios que había contra él. Aunque el magistrado admitiera esas preguntas, existía una alta probabilidad de que los miembros del jurado se aburrieran por la reiteración, la vieran desesperada y dejaran de tomarla en serio. Y, por extensión, también a su clienta.

No, no cometería ese error de principiante.

Hasta ese momento le parecía que todos habían estado atentos a cualquier detalle, absorbiendo cada palabra. En eso había tenido suerte con la selección. A algunos, como el estudiante de Física, incluso los imaginaba expectantes por conocer la versión que la acusada ofrecería sobre los hechos y, en particular, sobre cómo llegó la sangre de la víctima a su cazadora. Albergaba la esperanza de que, cuando Alba declarara al final del juicio, todo cobrara sentido a ojos del jurado y la duda razonable anidara en su mente. ¿Y si condenaban a la persona equivocada? ¿No era preferible dejar en libertad a alguien quizá culpable que meter en prisión a un inocente? ¿Qué era más injusto, más doloroso? Quería que esas preguntas

flotaran en su interior cuando se encerraran a deliberar el último día, que se acordaran de todo lo que no encajaba en aquel caso, de las cuestiones sin resolver que la policía había ido dejando por el camino.

Ese era su objetivo, aunque sabía que no resultaría sencillo. Unas semanas antes, los padres de la chica le habían sugerido que durante la primera sesión desvelara lo que Alba diría en su intervención, pero ese era otro fallo típico de un debutante. Salvo que la victoria esté muy clara, hay que guardar silencio hasta el último instante, no dar pistas, no telegrafiar los pasos. Así se evitan los contraataques y las manipulaciones. En eso Antonia siempre había sido tajante: los juicios son como una batalla, y no siempre gana el que está mejor armado, sino quien mejor prepara la estrategia.

Sin embargo, Paula tampoco renunciaba a improvisar y a dejarse llevar por su instinto si apreciaba cualquier resquicio que ayudara a esclarecer lo ocurrido. Por ese motivo presionaba tanto a los testigos. Había abogados que nunca preguntaban aquello cuya respuesta no conocieran de antemano. Pero ella no estaba de acuerdo: a veces, el azar, las casualidades y las contradicciones son esenciales incluso para salvar a un inocente, y solo aparecen si se buscan.

En aquel instante no habría sabido decir si se trataba de una casualidad o de algo más inquietante, pero desde luego no se esperaba lo que Murrieta les anunció en cuanto Rafa abandonó la sala cabizbajo.

—Lamento informarles de que el tercer testigo del día, Andrés Gil, no podrá comparecer ante este tribunal.

Se oyeron algunos susurros. Los gestos de confusión fueron generalizados. ¿Cómo que Andrés no iba a comparecer? Paula, que tenía bastantes preguntas preparadas para él, le pidió explicaciones al magistrado. Murrieta se tomó unos segundos antes de responder, como si estuviera escogiendo las palabras adecuadas.

—Es un asunto de fuerza mayor. La madre del testigo ha llamado hace unos minutos a la oficina judicial para avisar. Lo han hospitalizado de urgencia.

—¿Hospitalizado? —repitió Paula, atónita—. Pero ¿qué…?

—De momento no conozco más detalles —atajó el magistrado dirigiéndose también a la fiscal y al abogado de la acusación—. Aunque eso no debe impedirnos continuar. Pasaremos al siguiente testigo.

Pese a su desconcierto, Inés Calderón y Villar se mostraron conformes. Ambos consideraban que podrían obtener un veredicto de culpabilidad sin esa prueba. En cambio, Paula se quedó callada. La mente le bullía mientras hilvanaba ideas. ¿Qué demonios estaba pasando? El anónimo, la hospitalización de Andrés… ¿De veras era una mera coincidencia, una enfermedad repentina? ¿Y si había algo más? ¿Y si alguien no quería que declarara?

—Señoría, solicitamos la suspensión del juicio —dijo con tono solemne.

Los ojos del magistrado se dilataron.

—Letrada, no podemos paralizar el proceso por un testigo. Ya han declarado los otros dos amigos de la víctima y en los próximos días lo harán más personas que estuvieron en la fiesta.

—Pero, señoría, Andrés Gil es el único que puede confirmarnos si Rafael tenía o no un arañazo en el cuello cuando acabó la pelea. Y

también es el único que puede decirnos si Nacho llevaba encima el móvil antes de morir. Además, fue el último que lo vio con vida… No es un testigo más. Es fundamental para la causa.

Murrieta se recolocó las gafas. Ya no parecía tan seguro.

—Le insisto en que el testigo está hospitalizado. Y lo que no voy a admitir es que el juicio quede suspendido sin fecha. Además, si la suspensión se prolongase cinco días o más, habría que disolver el jurado, como prevé la ley.

—Pero ¿su vida corre peligro? —inquirió Paula, y se desataron nuevos cuchicheos.

—Ya le he dicho que no tengo más información. Estamos a la espera de que la madre vuelva a llamar. —Se detuvo unos instantes, reflexionando—. Mire, de momento seguiremos adelante, y si el testigo se recuperara antes de concluir las sesiones se le citará de nuevo, ¿de acuerdo?

—¿Y si no recibe el alta a tiempo?

—Entonces dictaré la resolución que proceda —zanjó sin miramientos.

Paula hizo un leve asentimiento. Al menos había ganado cierto margen de tiempo. La fiscal Calderón y Villar no se opusieron.

De pronto, una idea asaltó a la abogada. Acababa de afirmar que Andrés fue el último en ver con vida a la víctima, tal y como se deducía del atestado y de lo que él mismo declaró durante la instrucción, aunque, ¿y si en realidad Nacho y él no llegaron a separarse? ¿Y si estuvieron juntos todo el tiempo, hasta el final del camino? ¿Y si Andrés…?

Se acordó entonces de Saturnino Cuevas, el anciano que vivía a escasa distancia del punto donde se encontró el cadáver. Aquella

noche el hombre oyó voces. Una, según él, era la de Nacho. Pero había alguien más.

Alguien con quien la víctima parecía discutir.

91

Caer

Santiago se encontraba en el despacho del juzgado de guardia. Acababa de hablar con uno de los policías asignados a la investigación del anónimo y las noticias no eran buenas. No habían hallado huellas dactilares en la nota que había recibido la mujer, ni siquiera parciales. Y, por más que habían inspeccionado los alrededores del domicilio, no habían dado con ninguna cámara de vigilancia que les pudiera resultar de utilidad. Las pesquisas no habían hecho más que empezar y ya estaban en un punto muerto.

Intentó concentrarse en una denuncia por una tentativa de hurto en una tienda de ropa, pero la vibración de su móvil en la mesa lo distrajo enseguida. Miró la pantalla. Era Macarena. Él le había escrito un wasap hacía unos minutos, y su mujer le estaba respondiendo. Releyó primero su propio texto:

Supongo que ya sabes lo del anónimo

Espero que no le deis bombo a esa mierda…

A continuación, pasó a los mensajes de su mujer:

No empieces, por favor. Haremos lo que corresponda

Tu trabajo en esto acabó

Sigo en sala

Nos vemos luego. Buena mañana

Negó con la cabeza. En cierto modo se esperaba esa reacción. El autor de la nota misteriosa sabía de sobra que aquello era carnaza para la prensa y que los periodistas no lo pasarían por alto. Al contrario, en un juicio que ya era de los más seguidos, un giro como aquel multiplicaría el interés de la gente. Los medios le sacarían partido, pero ¿a qué precio? ¿Y si el jurado se desorientaba y le daba al anónimo una importancia que en realidad no tenía?

Alzó la vista al oír que alguien llamaba con los nudillos a la puerta.

—Adelante.

Era la inspectora Amanda Moreno, del Grupo de Estupefacientes de la Policía Nacional. Alta, de piel clara, con los ojos verdes ligeramente rasgados, el cuerpo atlético y los cabellos castaños y ondulados, era ella quien dirigía la operación Leo.

—Pase —la invitó Santiago.

—Buenos días, señoría —lo saludó con una sonrisa. Llevaba una carpeta bajo el brazo—. Menudo jaleo que tienen hoy aquí.

—Ya sabe, el jurado. Está todo el mundo revolucionado.

—Pues a los reporteros se les van a acumular las noticias esta semana —dijo ella con triunfalismo—. Hay novedades.

—Por fin. Me alegra escucharlo. Siéntese.

La inspectora abrió la carpeta y le entregó varios folios grapados. Tenían el escudo de la Policía Nacional.

—Lo primero, puede usted estar tranquilo —afirmó—. Hamilton no ha hilado tan fino como usted creía.

—No la entiendo.

—El inspector Sorozábal me comentó ayer que estaba usted preocupado por algunos detalles que había dado ante el jurado.

—Ah, sí, lo del seguimiento que se le hizo a Rafael Santamaría.

—Eso mismo. Bueno, pues le garantizo que Hamilton no se huele nada. No sospecha que los vigilamos. Aunque su teléfono ya no lo tenemos pinchado, el de su hermano, DiCaprio, sí, como usted sabe, y siguen hablando con total normalidad. De hecho, nos han dado la pista que estábamos esperando.

Santiago ojeó los folios que le había entregado. Era la transcripción de una conversación telefónica intervenida la noche anterior.

—Lo importante está en la página cuatro, donde DiCaprio le cuenta que un cliente de confianza le ha pedido que el jueves por la noche lo lleve a Santoña.

El juez localizó el pasaje al que se refería la inspectora.

—Ya sabemos lo que eso significa —continuó ella—: ha quedado con los narcos colombianos. Meterá a un yonqui en el asiento trasero con unos cuantos billetes en la cartera por si alguien les da el alto y lo llevará hasta allí fingiendo que va a una cena, a ver a la familia o algo por el estilo. Luego volverá con la droga metida en las caletas del coche —agregó. En el argot policial, con el que el juez ya estaba más que familiarizado, las caletas eran los dobles fondos de los vehículos—. Si lo paran, justificará el trayecto con el cobro del

servicio previo. Y después, lo de siempre: a distribuirlo por Cantabria con la colaboración de su hermano y los demás.

Santiago levantó la vista de los papeles.

—Bien. Hay que preparar el dispositivo. Esta vez tenemos que cogerlos —sentenció.

—Aún no sabemos la hora y el punto de Santoña en el que se producirá la entrega, pero no tardaremos en enterarnos, espero. Seguimos analizando todas las conversaciones en las líneas intervenidas.

—Debe caer toda la red de taxistas, inspectora. Toda. Y los tres narcos también.

—A ellos y a DiCaprio los detendremos en el momento del pase. Y a su hermano y los demás los arrestaremos a la vez en sus domicilios o sus vehículos. Desplegaré agentes para que sigan a los que estén de servicio con el taxi. No se preocupe: ahora sí tenemos todo bien documentado y acreditado. No se librarán —afirmó con contundencia—. Y en Galicia nuestros compañeros también están preparados para detener a los traficantes que ayudan a introducir la droga en el país. Todo estará coordinado para que no escape nadie.

Santiago repasó mentalmente las pruebas que manejaban. En efecto, habían sido muy meticulosos, y de ahí el tiempo que se había alargado la investigación. Pensó que él también debería ponerse en contacto con el juez de instrucción de A Coruña para sincronizar la operación desde el punto de vista judicial. Lo llamaría enseguida.

—Buen trabajo, inspectora —la felicitó—. No deje de informarme, por favor.

—Por supuesto, señoría.

Cuando Amanda Moreno salía de su despacho, Santiago se imaginó las portadas del viernes con la noticia del importante golpe asestado al tráfico de drogas en Cantabria.

Satisfecho, salió tras ella para hacerse un café.

92

Sin señal

Rafa abandonó el palacio de justicia sin perder un minuto. Se deshizo de los periodistas que pretendían entrevistarlo a la salida y subió a grandes zancadas la cuesta de la avenida Pedro San Martín. Al llegar a la rotonda de los Osos, giró a la derecha. A unos metros, pegado a una sucursal bancaria, vislumbró a Miguel. Se acercó a él mientras pensaba en el mensaje que se había encontrado al terminar la declaración:

Te espero donde los osos ok?

En el banco

No te vayas sin mi, bro

—¿Qué tal con la abogada? —le preguntó Miguel—. ¿Te ha presionado mucho?

Rafa echó un vistazo por encima del hombro antes de contestar. No había casi gente, y nadie parecía prestarles atención.

—Un poco… —Suspiró—. Pero ya no pueden hacerme nada. Lo ha dicho el juez.

Miguel ladeó la cabeza. No tenía claro que eso fuera exactamente así. Por lo que había visto en un vídeo de Instagram unos días atrás, una cosa era que no se le pudiera juzgar en ese proceso, y otra que, si Alba era absuelta, luego no pudieran acusarlo a él. Optó por reservarse para sí aquella idea y sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Quieres? —le ofreció a Rafa.

Este cogió un pitillo y se lo encendió.

—Oye, ¿y Andrés? —murmuró Rafa dando una calada—. No lo entiendo.

Ninguno había escuchado a Murrieta informar en la sala de vistas de que estaba hospitalizado.

Miguel fumó en silencio unos instantes.

—Antes le he escrito, mientras venía hacia aquí, pero nada.

Rafa volvió a mirar a su alrededor para constatar que nadie estaba pendiente de ellos.

—Llámalo.

Miguel sacó el teléfono del bolsillo y marcó. Luego se llevó el móvil a la oreja. Transcurrieron solo cinco segundos hasta que volvió a guardárselo.

—No da señal.

93

Cortar de raíz

Las declaraciones de los tres testigos del colegio Picos de Europa fueron rápidas. Comenzó Diego Benavides, el profesor de Matemáticas que instruyó el expediente sancionador contra Nacho por acoso. Medía en torno al metro setenta, era muy delgado y en el pelo apenas se le adivinaban canas. Según los datos que constaban en la documentación judicial, estaba a punto de cumplir los cuarenta. Parecía relajado ante el micrófono.

El profesor aclaró que él nunca había dado clase ni a Nacho ni a Alba, y que por eso le asignaron la investigación, para mantener la máxima objetividad. Además, cinco años atrás había desempeñado el cargo de jefe de estudios durante bastantes meses, mientras Joaquín estaba de baja tras el fallecimiento de su hija pequeña, y eso lo familiarizó con los protocolos. El caso era muy delicado y los padres de ambos eran gente importante que podía hacer mucho daño al colegio si daban un paso en falso, así que el director insistió en asignárselo a él.

De entrada, dijo, lo ocurrido le resultó extraño: pese a que también se daban situaciones así en bachillerato, el acoso solía producirse en etapas anteriores. Además, no era habitual que el

presunto acosador fuese menor que la persona acosada, y tampoco que ese comportamiento tuviera lugar en el aula con los profesores delante o a la vista de cualquiera en las redes sociales. Quizá, musitó, la timidez de Alba o sus problemas en el pasado envalentonaron a Nacho. En cualquier caso, las pruebas eran contundentes, irrebatibles, y, sumadas a lo que llevaba sucediendo desde la vuelta de las vacaciones, conducían a una conclusión inequívoca: la conducta se había convertido en algo reiterado, persecutorio y cada vez iba a más, y había que tratarla como lo que era: un asunto grave. Los padres de Alba estaban muy preocupados, y los de Nacho también, incluso desesperados, porque no sabían cómo lograr que su hijo parara. Sin embargo, cuando el chico regresó al colegio tras los cinco días de expulsión cautelar, lo hizo cambiado, con un desinterés total por Alba, o eso aparentaba. Todo se calmó de forma sorprendente, y ese fue el motivo de que él no planteara como sanción la expulsión definitiva del centro, sino varias semanas sin acudir a clase.

—El director estudió mi propuesta, pero no llegó a tomar una decisión. Tenía dudas y, mientras lo valoraba, ocurrió la desgracia… —finalizó con tono lúgubre.

El siguiente testigo, José Luis Pardo, el director, corroboró todo lo que había explicado el profesor de Matemáticas y se lamentó por no haber actuado con más celeridad. Unos minutos más tarde, se marchó de la sala con rapidez, como si tuviera prisa por dejar todo aquello atrás.

Su lugar frente al estrado lo ocupó Joaquín Martos, el jefe de estudios, que dejó caer su corpachón en aquella silla desangelada, y

el magistrado anunció que después de su declaración harían un receso.

El testigo habló con voz queda y coincidió con sus compañeros en sus respuestas. Además, admitió que quizá tendrían que haber sido más duros desde los primeros incidentes, sobre todo teniendo en cuenta el acoso que Alba aseguraba haber sufrido en el otro colegio.

—Pero la mañana del 20 de enero sí decidimos que había que cortarlo de raíz —contestó cuando Paula se interesó por esa apreciación—. Yo había salido a hacer un recado y, cuando me avisaron, volví corriendo. El profesor de Lengua estaba con Nacho delante de la jefatura de estudios. Lo hicimos pasar y nos sentamos con él, pero ya se veía que no estaba ni mucho menos arrepentido. Lo dejamos allí esperando y fuimos a hablar en privado con el director. Los tres analizamos lo ocurrido en su despacho y al final José Luis decidió mandarlo a casa cinco días, para evitar que fuera a peor. Su madre, Olivia —añadió, y la observó de soslayo—, fue a recogerlo destrozada, llorando.

—¿Y cómo vio usted a Nacho en ese momento?

—Igual que antes de que llamáramos a su madre. Desafiante, altivo…

—¿Diría que estaba eufórico? —inquirió Paula. No había olvidado el calificativo que Rafa había empleado para describir la actitud de su amigo la noche del 20 de enero.

El jefe de estudios la miró mientras se rascaba el lunar que tenía en un lado del cuello y que se extendía casi hasta la nuca.

—¿Eufórico? No, eso no.

94

Fallar

El final de la declaración del jefe de estudios sorprendió a Sofía vomitando en uno de los aseos del palacio de justicia. Comprendió que el magistrado había decretado un receso cuando oyó estrépito en el pasillo y unas voces que se acercaban. Se dijo que al menos eso le concedía un margen para recuperarse antes de entrar a testificar.

Durante gran parte de la mañana había conseguido mantener la entereza. Sin embargo, al ver que Joaquín entraba a declarar, el miedo y las náuseas la invadieron, consciente de que sería la siguiente. Tuvo que correr al servicio más próximo. Ella, la exitosa actriz a quien desde hacía años reconocían por la calle y a la que antes se rifaban los directores de cine y los anunciantes, la que incluso había llegado a presentar importantes galas, ahora estaba aferrada a un retrete, vaciando el estómago cada vez que se imaginaba sentada frente a aquel micrófono, sometida a las preguntas de la fiscal y el abogado de la acusación y al escrutinio del jurado, pequeña y vulnerable como una hoja a merced del viento.

¿Y si fallaba en la declaración? Además, ¿qué diablos estaba ocurriendo allí dentro? Antes, mientras aguardaba con Julio en el

pasillo, se había metido con el móvil en un periódico digital y había descubierto una publicación que la había descolocado y aún no comprendía. En aquel momento, la noticia todavía estaba pendiente de una elaboración completa, lo que daba a entender que el poseedor de la información se hallaba en la sala de vistas y la había transmitido de forma apresurada. Se mencionaba que uno de los miembros del jurado había recibido en su casa un misterioso anónimo que acusaba a los padres de Nacho Guerra y a otras personas que declararían ese día de mentir y, a renglón seguido, se aludía a la incomparecencia de Andrés por una súbita hospitalización. En otros diarios se recogía algo similar.

¿Qué significaba aquello? ¿Y qué implicaba? ¿Cambiaba de algún modo lo que ella debía hacer? Ahora se arrepentía de no haber buscado a alguien conocido para que asistiera como público y le fuera filtrando lo que se decía, en la medida de lo posible. Aquella treta se le había ocurrido semanas atrás, pero Paula fue tajante. Según ella, era del todo innecesario llegar a ese extremo y no lo toleraría.

Se obligó a no pensar más en ello y procuró tranquilizarse recordando los consejos de la letrada: mesura y seguridad. Solo tenía que decir la verdad. No había nada que esconder. Eso debía hacerlo más fácil.

Escupió bilis y se secó las lágrimas mientras trataba de insuflarse ánimos.

Tenía que levantarse, serenarse, prepararse para dar lo mejor de sí misma.

Logró incorporarse justo cuando varias mujeres entraban en el aseo. Aguardó a que se metieran en las cabinas y entonces salió. No

quería que nadie la viera así.

Al acercarse al lavabo, oyó una voz.

—Edgar, acabamos de salir de sala —mascullaba una mujer, que debía de haberse detenido a pocos metros de allí, en el pasillo—. Sí, sí, no vas a creerte lo que ha sucedido ahí dentro. Todo muy raro.

Sofía se quedó inmóvil frente al espejo, sin abrir el grifo, y aguzó el oído. Escuchó perpleja lo que aquella mujer, que parecía estar hablando por teléfono, contaba sobre lo acontecido en el juicio.

—Ay, tengo que colgar, que me está llamando el jefe. Haz el favor de averiguar qué le ha pasado a ese chaval, ¿vale? Ya, ya sé que por protección de datos estará difícil, pero manda a alguien a Valdecilla a echar un vistazo, no sé. Yo en cuanto termine la sesión conecto con vosotros en directo para el informativo. O hacemos ahora una transmisión a toda prisa, a ver qué me dice el jefe.

Habría querido seguir escuchándola, pero dos mujeres acababan de salir de las cabinas y la estudiaban sin disimulo, probablemente conscientes de lo que estaba haciendo. Se apresuró a lavarse las manos y se marchó.

Una vez en el pasillo, se giró hacia el punto del que procedía la voz. La reconoció. Era Macarena Ortiz, periodista y esposa del juez Belmonte. Durante la instrucción del caso, Paula les había hablado de ese atípico matrimonio y ella la había buscado en Google. Sabía que la reportera no tenía la culpa de todo lo que ese hombre les había hecho sufrir con su errática investigación —o así la consideraba ella—, pero no pudo evitar fulminarla con la mirada. Después, se dirigió con pasos raudos hacia la sala de vistas mientras aún analizaba sus palabras.

Vio a Paula en un lateral del pasillo, tecleando en su teléfono, y se encaminó hacia ella.

—Oye, pero ¿qué ha…?

La abogada dio un respingo al erguir el cuello y descubrir a Sofía delante de ella.

—No, no. No debemos hablar. Ya os lo expliqué —dijo.

Era cierto. Paula les había advertido de ello. Sin embargo, después de lo que acababa de escuchar, Sofía no pensaba quedarse callada.

—Pero ¿y ese anónimo? ¿Y Andrés? Sé lo que ha…

—Cálmate, por favor —le rogó Paula, y observó a su alrededor con evidente incomodidad—. Tienes que declarar enseguida y…

—Pero ¿cómo voy a calmarme? —explotó ella, lo que captó la atención de quienes estaban cerca.

—Sofía, no debemos…

—¡A la mierda las putas leyes!

En ese momento, Julio llegó a su altura con gesto de alarma.

—Por favor, cariño… Piensa en Alba.

Sofía, que volvía a tener los ojos desbordados de lágrimas, dejó caer los hombros y se alejó de la abogada.

95

Sanar

A unos metros de allí, en el juzgado de guardia, Santiago conversaba con Inés Calderón, que fumaba apoyada en el alféizar de la ventana.

—Me acabarán acusando a mí, Inés —protestó el juez.

—Que no, que el humo sale, tranquilo —respondió ella con semblante ausente.

Se hizo un silencio mientras la fiscal sacudía la ceniza.

—Te veo preocupada.

La mujer levantó las palmas de las manos.

—No me gustan las sorpresas, ya lo sabes. Y no me refiero solo al anónimo y a que ese chico no haya podido venir. Las declaraciones de los amigos han sido extrañas. No sé, me ha dado la sensación de que hay algo más.

—No me jodas, Inés. Y todas las pruebas que hay, ¿qué?

—Ya lo sé, ya lo sé —murmuró meditabunda.

—¿Cómo has visto al jurado? ¿Crees que dudan?

La fiscal se tomó unos segundos para responder.

—Es difícil saberlo. La gente intenta poner cara de póquer, como en las películas. Pero no. En mi opinión, la consideran culpable. Al

menos la mayoría. La chica transmite pena, sí, y como te decía, hay algún punto poco claro, pero…

Dejó la frase a medias y se llevó el pitillo a los labios.

—Tienes que ir fuerte contra los padres —le dijo Santiago—. No dejarte nada.

Ella expulsó el humo con lentitud.

—Lo sé, pero es complicado. Antes me he cruzado con ellos y están destrozados. El otro día vi una película que hizo la madre hace un par de años y parecía otra…

—Hasta que todo esto no termine, las heridas no empezarán a sanar.

—Si es que alguna vez lo hacen…

—Es una desgracia, sí, pero murió un chico y, aunque se comportara como un hijo de puta con la acusada, merece justicia. No puede ser que ella quede libre. Por cierto, ¿te has planteado que quizá los padres no declaren? —inquirió de pronto—. Al ser familia de ella, pueden negarse. Conmigo, en la instrucción, ya lo hicieron.

—Declararán —afirmó la fiscal con rotundidad—. La abogada no va a guardarse nada, se le nota. Además, ella también ha pedido esa prueba.

Santiago sopesó sus palabras.

—¿La abogada ha dejado caer lo que se supone que ocurrió la noche del crimen, según su clienta?

—No, aún no. Está claro que va a esperar hasta el último segundo. Pero, viendo el informe pericial que presentó con el escrito de defensa, me puedo imaginar por dónde irán los tiros.

El juez asintió con la cabeza. Él también lo había leído.

96

Otra persona

Sofía tomó asiento en la sala de vistas casi como si la acusada fuera ella. Vestía un jersey negro de cuello alto con pequeños restos de vómito y unos pantalones grises, nada llamativo y muy diferente de las prendas de vivos colores y de diseño que solía exhibir en el pasado, cuando todo iba bien. La ropa era holgada y en parte ayudaba a disimular el temblor que le sacudía todo el cuerpo, aunque las manos y la barbilla la delataban. Miró a Alba, que tenía los ojos vidriosos, y musitó un «Te quiero». La chica, cariacontecida, cerró los párpados, a punto de echarse a llorar. Paula, que asistía a la escena con un nudo en la garganta, le apretó la mano. La imagen de madre e hija observándose era poderosa, y la abogada supuso que ocuparía todas las portadas.

El magistrado ordenó que se guardara silencio. El momento era uno de los más esperados del juicio, y los periodistas y el público no dejaban de hablar. Por fin, la estancia quedó en calma y, con tono seco y protocolario, Murrieta informó a Sofía de que tenía derecho a no declarar. Ella al principio carraspeó, como si le fallara la voz, y después contestó que sí lo haría. El hombre asintió con semblante

inexpresivo y, tras los preliminares habituales, comunicó a la fiscal que la testigo quedaba a su disposición.

Inés comenzó preguntándole por el carácter de Alba y el modo en que se relacionaba con las personas de su edad en aquella época. Sofía, que había ensayado con Paula la respuesta a cuestiones así, dijo que su hija era buena persona, cariñosa, introvertida, reservada y muy lectora. Explicó que, tras lo sucedido en el colegio Peñas Arriba, donde sus escasos amigos la traicionaron y no declararon a su favor para no meterse en problemas, Alba se quedó completamente sola y encontró refugio en los libros. Por suerte, al cambiarse de centro conoció a Raquel Peña, una chica de su edad que también se sentía aislada y había empezado a estudiar allí otro bachillerato, el de Humanidades, y enseguida se hicieron inseparables.

—Entonces ¿Raquel era su única amiga? —preguntó Inés, aunque conocía la respuesta.

—Sí. En la nueva clase había gente con la que se llevaba bien, pero no de la misma forma.

—Raquel es la chica con quien les dijo que saldría a tomar algo la noche del 18 de febrero, ¿verdad?

Sofía se pasó la lengua por los labios. Notaba la boca reseca.

—Sí. Nos dijo eso, pero fue porque…

—¿No es cierto que les mintió y que, en lugar de salir con Raquel, acudió sola a la fiesta en la casa de los Hermoso, en la avenida Reina Victoria?

—Sí, pero hay una explica…

—Con la respuesta afirmativa me basta, gracias. Ya analizaremos los motivos con la acusada.

—Pero yo puedo deci…

—Por favor, solo debe hablar cuando le formulen una pregunta —la cortó el magistrado.

Sofía cabeceó con abatimiento y la fiscal volvió a la carga.

—¿No es cierto, señora Ponte, que la mañana del 19 de febrero su hija repitió esa mentira ante la policía, cuando la subinspectora Andrea Soto habló con ella en su habitación?

—No. Fui yo quien le dijo a la subinspectora que Alba había estado por ahí con Raquel.

—Ya, pero ¿no es cierto que su hija confirmó esas palabras? ¿Las desmintió en algún momento?

Sofía agachó la mirada.

—Señora Ponte, es necesario que me responda.

—Sí, lo confirmó todo —admitió Sofía con un hilo de voz—, pero fue porque tenía miedo de…

—Oiga, ya le he dicho que las razones se las pediremos a la acusada, ¿lo comprende? —le espetó Inés Calderón, sobreponiéndose al pesar que le causaba ser tan cruel con una mujer que estaba sufriendo y no tenía la culpa de nada.

—Sí, sí… —musitó Sofía.

—Bien. Dígame: ¿le mintió también su hija esa misma mañana cuando, tras enterarse de que se había descubierto el cadáver de Nacho, le dijo que iba a visitar a su amiga Raquel? ¿No es cierto que, en vez de eso, fue a la estación de autobuses después de haberles cogido seiscientos euros en efectivo y de haber metido algo de ropa en una mochila?

La madre de Alba se encogió en la silla.

—Sí, me mintió.

—O sea, ¿que mintió hasta tres veces en apenas unas horas justo el día en que murió Nacho Guerra? —quiso recapitular Inés.

—Sí…

A poca distancia de la fiscal, en la misma mesa, Paula tuvo la tentación de pasarse la mano por la frente, pero se contuvo. Aquello no estaba saliendo como habían planeado. Sofía había empezado bien, pero estaba hundiéndose cada vez más.

—La noche del crimen —prosiguió Inés—, ¿usted oyó a su hija llegar a casa?

—No, estaba dormida. Hasta la mañana siguiente no la vi.

—No puede decirnos entonces qué hacía la acusada a las cuatro y cuarto de la madrugada todavía en la calle, según la cámara que la grabó, ¿verdad?

—No…

—Pues no hay más preguntas, señoría.

Paula maldijo por lo bajo. La fiscal había conseguido que en la sala planeara la idea de que la acusada era una mentirosa. Y si había mentido en tantas cosas, ¿por qué no iba a hacerlo al proclamar su inocencia?

Sofía pegó la espalda al respaldo de la silla, exhausta tras aquel intercambio dialéctico. Sin embargo, no tuvo más que unos segundos de respiro, puesto que el abogado de la acusación tomó la palabra enseguida y le lanzó la primera pregunta: quería saber con detalle qué sucedió el resto del día en que apareció el cuerpo de Nacho. Sofía intentó serenarse. Eso lo había repasado con Paula. Podía hacerlo. Podía contarlo. Conteniendo las lágrimas, dedicó varios minutos a reconstruir lo que recordaba de aquellas horas que habían arrasado sus vidas.

—¿Su hija seguía teniendo problemas de autoestima? —inquirió Villar cuando ella dejó de hablar.

—Sí, pero estaba mucho mejor. Se la notaba más tranquila. Si no, no habría tenido ganas de salir aquella noche, y aún menos con tanta ilusión, créame. Alba estaba aprendiendo a quererse. El cambio de clase le había sentado bien.

—Ya, pero ¿le consta si las risas y las mofas seguían afectándole más de lo normal?

—¿Y qué es lo normal? —masculló Sofía.

—Señoría —decidió protestar Paula—, la testigo no es psicóloga ni psiquiatra…

Murrieta estimó la alegación de la abogada y ordenó al jurado que no tuviera en cuenta aquella pregunta.

—Nada más, señoría —dijo entonces Villar, dando por terminada su intervención.

—De acuerdo. Letrada, su turno.

Paula le dedicó una sonrisa alentadora a Sofía y a continuación, con un interrogatorio que habían preparado meticulosamente, logró que profundizara en las virtudes de su hija.

—¿Ustedes le han preguntado si mató a Nacho Guerra? —preguntó la abogada al cabo de unos minutos.

—Sí. Varias veces.

—¿Y qué les ha contestado?

—Que es inocente —gimió Sofía, y miró a los miembros del jurado, que la contemplaban impertérritos—. Fue otra persona, alguien que no está pagando por lo que hizo.

Villar hizo un aspaviento ante esa última observación de la testigo.

—Señora Ponte, limítese a contestar a la pregunta —la amonestó Murrieta—. Letrada, ¿algo más?

—Sí, señoría, solo una cosa. Señora Ponte, como ha dicho antes la fiscal, su hija fue detenida en la estación de autobuses con seiscientos euros metidos en la mochila. No llevaba cartera, y la policía no ha sido capaz de encontrarla por ninguna parte. ¿Podría explicarnos, por favor, cómo era la cartera que usaba Alba?

Sofía se enjugó las lágrimas y respondió que era de cuero marrón y que estaba desgastada por el lomo, con un rasponazo longitudinal en la parte trasera. Era un diseño de hombre y había pertenecido al abuelo materno de Alba, fallecido unos años atrás.

—Alba se la quedó como recuerdo. Estaban muy unidos.

Paula asintió con la cabeza.

—Es todo, señoría.

97

La doble víctima

Como ya había prestado declaración, Sofía podía presenciar el resto del juicio sin ningún impedimento legal. Escogió un asiento en la primera fila del público, aunque en el lado opuesto al que ocupaban los padres de Nacho. Todavía temblaba cuando se sentó.

Paula la siguió con la mirada y pensó que el interrogatorio no había sido un completo desastre, aunque debería haber salido mejor. Tenía la impresión de haber perdido de golpe buena parte del terreno ganado a lo largo de esos dos días. De pronto, los miembros del jurado se le antojaban más distantes, gélidos.

Con Julio, que entró al cabo de unos segundos, la situación no cambió mucho. Él también ensalzó a su hija, pero, a pesar de su aparente templanza y autocontrol, acabó cayendo en las trampas que le tendían la fiscal y Villar y se enzarzó en discusiones sobre sus conflictos con el padre de Nacho y el modo en que eso pudo influir en Alba.

Cuando Paula tomó la palabra, intentó bajarle las pulsaciones con sus preguntas.

—Nosotros solo queríamos que nuestra hija hiciera vida normal, que se olvidara de Nacho —farfulló Julio poco después—. Aquella

tarde le insistimos en que, si se lo cruzaba por la calle, no le hiciera caso y que evitara cualquier tipo de contacto. Era algo que también había trabajado con la psicóloga. Además, hacía casi un mes que no la molestaba. Todo iba bien. Si no, yo ni siquiera habría ido a la cena de empresa con Samuel. Me habría negado a coincidir con él.

—Entonces ¿en febrero de 2023 no existía un enfrentamiento entre las dos familias, como se llegó a publicar en algunos medios?

—No. Cuando tenía que hablar con Samuel por motivos de trabajo, pues lo hacía y punto. Y tampoco es cierto que quisiera echarlo, como se dijo. Es más, quien acabó fuera de la empresa fui yo —añadió, y una sombra de rabia le cruzó los ojos. De repente, pareció perder fuerzas y se quitó las gafas con lentitud, como ausente. Suspiró y, levantando la vista hacia el jurado, murmuró—: Todo esto nos ha destrozado la vida, ¿saben? Mi hija no es más que una víctima. Una doble víctima.

La sesión concluyó con esa última respuesta.

Por segunda vez, Paula tuvo que presenciar cómo los policías se llevaban a Alba, que salió de allí derrumbada.

98

Precipitarlo todo

Pasaban unos minutos de las cuatro cuando Paula terminó de comer y se sentó junto a su hijo en el sofá, que veía en la televisión unos dibujos animados de fútbol. Ella le revolvió el pelo y el niño fingió enfadarse, aunque casi al instante se le escapó una carcajada. A unos metros, Teresa se deleitaba contemplándolos.

—Qué, ¿muchos deberes para hoy, cielo? —le preguntó Paula con una sonrisa.

Martín compuso una mueca y, medio en broma medio en serio, respondió que no pensaba hacerlos. Paula miró divertida a Teresa, que dirigió la vista al techo como pidiendo paciencia.

—Venga, anda, que lo primero será ir a clase de inglés —le dijo Teresa mientras daba golpecitos a su reloj de pulsera—. Ve preparándote, que te llevo en unos minutos.

Martín remoloneó durante unos instantes. Luego se levantó y fue a su habitación a cambiarse de ropa.

—Hay que ver, así todas las tardes —dijo Teresa con evidente arrobo, y se acomodó al lado de Paula.

—Se te ve afectada, ¿eh?

—Sí, mucho… Oye, ¿tú no vas al despacho?

El semblante de Paula se oscureció. Estaba agotada tras aquella larga mañana de interrogatorios. El solo hecho de pensar en regresar al bufete para preparar las siguientes declaraciones y ponerse al día con todas las llamadas perdidas y correos le producía ansiedad, como si una mano invisible le aferrara el cuello y se lo retorciera sin piedad.

—Me quedo un poco con vosotros. Últimamente tengo la sensación de que no paro de ir de un lado para otro… —musitó, y apoyó la cabeza en el hombro de Teresa.

—Siento decirte que no es una sensación —le contestó ella acariciándole el pelo—. Es solo una mala racha.

—Sí, que se alarga demasiado… —replicó Paula con un tono cada vez más apagado. Al cabo de unos segundos recuperó la postura inicial y, casi como si conversara consigo misma, añadió—: Cuando acabe este juicio, creo que le pediré a Antonia una reducción de jornada…

Teresa se volvió hacia ella, extrañada.

—¿Una reducción? Pero si siempre has dicho que con el tipo de casos que llevas es imposible. Que acabarías trabajando lo mismo y cobrando la mitad…

Era cierto: en más de una ocasión le había contestado eso porque, en el fondo, lo pensaba. Pero ¿y si estaba equivocada? ¿Y si su maldita tendencia a involucrarse emocionalmente en cada caso, su perfeccionismo y la necesidad de controlar hasta el último detalle le habían impedido razonar como era debido? Apenas conocía a penalistas que hubieran optado por una medida así para conciliar sus dos mundos, aunque ¿significaba eso que no fuera posible? ¿Es que los abogados litigantes no podían organizarse la vida como

cualquier profesional? Se daba cuenta de que, desde hacía ya un tiempo, estaba más pendiente de Alba que de su propio hijo, y eso solo podía ser un error. Tal vez la solución no fuera cambiar de empleo, como había creído un año atrás, sino la forma de gestionar su trabajo, y también a sí misma. O quizá que Antonia asumiera que, debido a la enfermedad, no podría reincorporarse en un futuro próximo y contratara a más gente.

—Hablaré con ella —repitió con determinación.

—Pero si le dan los resultados el jueves, ¿no? Imagínate que son malos. Y aunque sean buenos. No es el momento, Paula. Tienes que esperar un poco y pensarlo bien. Estás cansada y estas cosas no se deciden en un minuto. Métete en la cama un rato y después ve al despacho. Y esto ya lo hablaremos más adelante. Ahora esa chica te necesita.

Desbordada por un pesimismo que no lograba comprender, Paula murmuró que siempre había alguien que la necesitaba, y siempre lo habría. Pensó que esa, para bien y para mal, era la esencia de la abogacía: la vocación de servicio, la ayuda a quien precisaba auxilio. Aunque tal vez bastara con que se volviera más fría y se implicara menos. Pero ¿cómo hacía para que la perspectiva de una posible condena de Alba no la afectara tanto?

—Estás nerviosa por el veredicto y se te nota —le leyó la mente Teresa—. ¿Has hablado del juicio con Antonia?

Paula le contestó que sí, que de camino a casa la había llamado y habían charlado un rato. No quiso abrumarla con el caso, pero sí le había resumido las novedades, y Antonia se mostró tan perpleja como optimista por lo ocurrido en la sala de vistas. Según su jefa, si aquellos puntos de incertidumbre y cabos sueltos se mantenían

durante el resto de las jornadas o incluso se incrementaban, la absolución estaría al alcance de la mano. Solo debía insistir, no cejar en el empeño.

—Es como si caminara con Alba y sus padres por una cornisa, ¿entiendes? —le confesó Paula—. Y cuanto más nos acercamos al viernes, más miedo tengo de que nos despeñemos.

No pudo continuar sincerándose, pues su móvil empezó a sonar. Suspiró. Era el número del bufete. Teresa le dio un suave beso en la mejilla y le dijo que iba a comprobar si Martín se estaba vistiendo.

—Hola, Marina —contestó.

—Buenas tardes, Paula. Perdona, ya sé que estás descansando un poco, pero ha llamado el padre de Raquel Peña y me ha parecido que no podía esperar. Dice que su hija quiere hablar contigo.

Paula frunció el ceño. Hasta ese momento, la chica siempre había rechazado reunirse con ella. No era la única persona que había decidido actuar así desde la detención de Alba, cerrándose en banda.

—¿Te ha explicado por qué?

—No, nada. Pero al parecer su hija tiene entrenamiento de tenis en un rato y me ha pedido que vayas a su casa cuanto antes. ¿Le digo que irás?

Paula lo meditó unos instantes. ¿Y si se trataba de algo importante?

—Sí, gracias. Salgo enseguida.

Cortó y se quedó mirando el teléfono, pensativa.

No podía imaginarse que las palabras de Raquel acabarían precipitándolo todo.

99

Venganza

Paula aparcó frente al chalet en el que vivía Raquel Peña, en la avenida Pérez Galdós, junto a un conocido colegio concertado. Era una vivienda unifamiliar de fachada clara, y en el acceso se erigía un portón rectangular de hierro forjado. Al echar a andar hacia allí, Paula asomó la cabeza por encima del muro de piedra que rodeaba la propiedad y vio que en uno de los laterales de la vivienda se extendía un amplio jardín. Apoyado en una caseta de aperos pegada al muro y con un cigarrillo colgándole de los labios, un hombre que rondaría la cincuentena jugaba con un dóberman. Era alto, rubio y orondo, y Paula calculó que superaría los cien kilos. La letrada se acercó al portón, llamó al timbre y aguardó. Unos segundos después, el hombre apareció al otro lado con semblante sombrío.

—Buenas tardes. Soy Paula Soler, la abogada.

—Sí, la hemos visto por televisión. Buenas tardes. Soy Adolfo, el padre de Raquel —dijo mientras le abría—. Gracias por venir. Sígame, por favor.

Paula recorrió con él un camino empedrado que conducía a la puerta principal del chalet. Cuando llegaron allí, el hombre se detuvo y se volvió hacia ella con expresión seria.

—Verá, ni mi mujer ni yo estamos de acuerdo con esto. Siempre hemos querido que se mantuviera al margen, pero la niña está angustiada y dice que se siente mal por no haber colaborado, así que vamos a permitir que hable con usted. Aunque yo estaré delante, ¿de acuerdo?

Ella no se opuso y él la guio hasta un gran salón, donde le pidió que esperara. Regresó un par de minutos después sin el cigarrillo en la boca y acompañado por una adolescente rubia y de cuerpo robusto que la saludó con un hilo de voz.

Tomaron asiento en torno a una mesa ovalada de cristal, y Paula rompió el silencio dándoles las gracias por recibirla. Tras un momento de vacilación, Raquel comenzó a hablar y le reconoció que, cuando encontraron el cadáver de Nacho, al principio creyó en la inocencia de su amiga, pero que poco a poco, con cada nueva información que se difundía, empezó a dudar. Le parecía imposible que Alba hubiera hecho algo así, pero su comportamiento y las pruebas…

—Lo comprendo. Y también entiendo que no te reunieras conmigo, Raquel. Es lógico —le dijo Paula, y buscó ganarse su complicidad con una sonrisa—. Lo que no consigo entender es qué ha cambiado.

Bajo el cristal, la abogada advirtió que la joven cruzaba las piernas a la altura de los tobillos y apretaba los pies contra sí.

—Calma, hija, díselo y ya está —intervino su padre.

—Estos días he seguido el juicio —confesó Raquel—. Por las noticias. Y también a algunos youtubers que hablan de ello.

Paula asintió. Sabía que algunos *influencers*, con conocimientos jurídicos o sin ellos, se estaban aventurando a hacer crónicas de lo

que acontecía en cada sesión y, de paso, a elaborar todo tipo de elucubraciones y teorías locas para atraer a más seguidores.

—He oído lo que usted defiende, y yo… Bueno, creo que algunos testigos han dicho que no saben por qué Nacho empezó a tratar de esa forma a Alba, ¿no es así?

Paula se limitó a guardar silencio y esperó a que continuara.

—Yo… yo también he sufrido *bullying*, ¿sabe?, pero lo que le pasó a Alba… eso era diferente. En plan… Nacho no lo hacía para pavonearse ante el resto. Era… era tipo…

La abogada se inclinó hacia ella y la escudriñó.

—Raquel, eso también era *bullying*. No lo justifiques —la contravino con cierta aspereza.

No entendía nada. ¿A dónde quería ir a parar esa chica?

—Ya, ya, no quiero decir eso. Pero… —La joven respiró hondo, como si buscara la determinación necesaria para sacar a relucir lo relevante—. Yo… Yo no iba a su clase, ¿sabe? Y no estoy segura de si lo que voy a contarle es verdad, pero… —Hizo otra pausa y se pasó la lengua por los labios—. Verá, unos días después de la muerte de Nacho, uno de mis compañeros dijo algo. Fue en el patio. Yo no estaba con él, pero lo escuché. Dijo que, según Andrés, todo había empezado por una venganza, y que la cosa se había ido de las manos…

Paula arrugó la frente.

—¿Una venganza?

—Dijo algo sobre que Nacho se había quedado sin regalos de Navidad, y de una fiesta que no le dejaron hacer por su cumpleaños. Algo así…

Paula trató de procesar la información. Seguía sin entender nada.

Pero Raquel continuó hablando y, poco a poco, algunas piezas empezaron a encajar en su mente.

100

La exclusiva

Liencres

Santiago cogió un naipe del mazo y sonrió para sí. Llevaba varias horas viendo la televisión y jugando a la brisca con su madre, que se mostraba entusiasmada e incansable. Él había perdido casi todas las partidas, pero, a juzgar por la carta que acababa de tocarle, esta iba a ganarla. No le importaba la derrota, desde luego, aunque le divertía ver cómo ella se enfurruñaba cuando se le escapaba la victoria. De pequeños, durante las vacaciones de verano, su hermano y él siempre jugaban con su madre y los abuelos en el pueblo, en una localidad próxima a Oviedo, y aquel rato tranquilo le estaba sirviendo para retrotraerse a aquellos tiempos felices. No es que el presente no lo fuera, pero echaba de menos aquella época, y también a su padre, que falleció de un infarto con cuarenta años. Su padre ejerció como abogado y siempre tuvo la espina clavada de no haber sido juez, y Santiago no dudaba de que, si lo veía desde arriba, estaría orgulloso. Sabía que su madre también lo estaba, aunque ella le repetía que la vida eran muchas más cosas, y por eso se alegró tanto de su matrimonio con Macarena. Hasta entonces, él

había tenido algunas relaciones, siempre inestables. Con Macarena era diferente, se sentía lleno, completo, y desde hacía algo más de un año había decidido que no iba a echarlo todo a perder por su estupidez y su frustración con algunos casos.

De repente, oyeron que se abría la puerta principal. Era ella, que regresaba después de haber intervenido en *Las tardes con Penélope*. Había vuelto a brillar como colaboradora analizando el impacto del anónimo y la sorprendente ausencia de Andrés en el juicio.

—Qué bien vivís —saludó jocosa al tiempo que se acercaba para besarlos—. Estás teniendo buena guardia, ¿no?

—Ya ves —rio Santiago, y señaló el Nokia—. Por una vez, este cacharro me deja tranquilo. Te hemos visto en la tele.

Ella sonrió y, mientras se quitaba el abrigo, dijo:

—Oye, ¿te has enterado de lo de Andrés, el testigo?

Santiago frunció el ceño. Prefería no hablar de ese tema con ella, pero cedió a la curiosidad.

—No. ¿Hay alguna noticia o qué?

—Vaya si la hay, aunque si te vas a poner como la otra vez, mejor la buscas tú…

Al juez ese comentario le pareció innecesario y revelador de un rencor que desconocía que su mujer aún albergase, pero no quería discutir y decidió pasarlo por alto. Además, tenía que reconocer que la última vez se había comportado como un gilipollas.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con tono suave.

Ella pareció satisfecha y se sentó con ellos.

—Los de *El Diario Montañés* acaban de sacar la exclusiva. Deben de tener una buena fuente… Por resumir, el chaval sufrió una

intoxicación por sobredosis de droga esta mañana, justo antes de que fueran a despertarlo para ir al palacio de justicia.

—Qué cojones, ¿una sobredosis? —repitió el juez, desconcertado —. ¿A esas horas?

—Me imagino que le estaría dando a la droga desde la noche, pero a saber. Sus padres lo encontraron desplomado en su habitación y llamaron a urgencias a toda prisa.

—¿Y por qué coño la madre no dijo el motivo cuando llamó a la oficina judicial? —se indignó él.

—Hombre, ponte en su lugar. Con el susto, al principio no sabría bien lo que había ocurrido. Y, en cualquier caso, no es algo agradable. Habrá retenido la información todo lo posible, para que no trascendiera. Con lo mediático que es este juicio… En unos minutos la noticia estará en todos sitios.

—¿Y de qué ha sido la sobredosis? —preguntó de pronto la madre de Santiago.

—Ni idea. No se sabe. Es todo bastante extraño —murmuró Macarena mirando de refilón a su marido.

Santiago se había sumido en sus pensamientos. No tenía la certeza de que la organización criminal a la que estaban investigando le hubiese facilitado a Andrés la droga que lo había conducido al hospital, pero le parecía probable. Durante los seguimientos, la policía había constatado que Rafa y Miguel eran clientes habituales de Hamilton. Cabía suponer que Nacho también lo fue en su momento, puesto que los resultados de los análisis toxicológicos realizados en el marco de la autopsia dieron positivo. Pero a Andrés, por algún motivo, nunca lo habían visto

relacionándose con ese camello, y concluyeron que él no consumía. Sin embargo, aquella noticia parecía desmentirlo.

El juez apretó los dientes. Se dijo que, aunque siempre habría puntos de venta donde adquirir alguna dosis, su trabajo era meter en la cárcel cuanto antes a todos esos delincuentes. No debían demorar más el cierre de la operación Leo, sobre todo con aquel concierto de música electrónica a la vuelta de la esquina.

Decidió que, en cuanto terminara de hablar con Macarena, bajaría a la calle para llamar a la inspectora Moreno e insistirle en que el operativo debía estar listo para intervenir el jueves.

Sin excusas. Esa vez nada podía fallar.

101

La llamada

Santoña

La mujer que estaba utilizando el teléfono al fin colgó. Lo hizo con un golpe seco, estampando el auricular contra la base con una violencia innecesaria. A Alba no se le escapaba el motivo: esa reclusa, llegada unos días atrás, pretendía amedrentarla y marcar territorio. Allí el respeto de las demás, a menudo, se ganaba usando la fuerza bruta.

La mujer, de unos treinta y pico años y con el pelo prácticamente rapado, se dio la vuelta, pasó junto a Alba y la empujó con el hombro. La chica retrocedió dos pasos, pero logró mantenerse en pie. No protestó. No quería problemas. Las semanas previas, Paula le había insistido en que no podía permitirse ninguna pelea. Si se filtraba a la prensa un episodio así y llegaba a oídos del jurado, podría ser el fin. Sonaba duro, cruel, pero era preferible que no se defendiera, aunque la hicieran pedazos. La recomendación de la abogada era que se mantuviera alejada de las internas más peligrosas y se pegara a los funcionarios de prisiones. Miró a su espalda. En ese momento no había ninguno cerca, pero por suerte

aquella presa se dio por satisfecha y se marchó mascullando algo así como «Puta Cuervo…».

Alba fue hasta el teléfono, introdujo su tarjeta y llamó a sus padres. Hablaban algunas veces entre semana. Eran pocas y durante escasos minutos, lo que estaba permitido en la prisión. A ella siempre se le pasaban en un suspiro. La noche anterior apenas le había dado tiempo a comentarles cómo se había sentido en el tribunal.

Esa tarde se lo cogió su madre, que después de saludarla afectuosamente activó el altavoz para que Julio se uniera a la conversación.

—Cariño… —dijo él.

—Hola, papá…

—Nos ha alegrado mucho poder verte hoy allí —murmuró Sofía con voz trémula—. Quiero decir, no allí, sino…

—Mamá, te he entendido, no te preocupes —respondió Alba, y se permitió esbozar una sonrisa mientras una lágrima de añoranza se le descolgaba de los ojos—. Yo también… yo también me he alegrado de veros. Mucho. —La voz se le entrecortó, y luego añadió—: Me habría encantado ver también a Nico… ¿Cómo está?

—Con los abuelos en el pueblo —contestó Julio, sin precisar más.

Alba no dijo nada. Aquella semana era lectiva y su hermano tendría que estar en Santander para ir al colegio. Que lo hubieran enviado a aquella aldea perdida de Liébana solo podía significar que estaba llevando muy mal todo aquello o que sus padres temían por él y habían decidido alejarlo de cualquier fuente de mayor dolor.

—Mira, cariño —dijo entonces Sofía—. Hay una novedad sobre el juicio. Bueno, sobre Raquel.

—¿Raquel? —se sorprendió Alba—. ¿Qué…?

—Ha aceptado hablar con Paula.

—¿Ahora? ¿En serio?

Sofía le dijo que sí y luego aprovechó al máximo los minutos que les quedaban.

102

Por su padre

Santander, miércoles 10 de abril de 2024

Paula se despertó en el despacho, derrumbada sobre el escritorio. Su móvil vibraba con insistencia. Era Teresa. Acababa de sonarle el despertador en casa y, al girarse en la cama, se había dado cuenta de que el otro lado estaba vacío.

Paula trató de hacer memoria. Sí, ahora se acordaba. Tras los acontecimientos de la tarde anterior, incluida la publicación de aquella noticia en *El Diario Montañés* que explicaba la causa de la hospitalización de Andrés, todo se volvió caótico. Cuando se quiso dar cuenta, las horas se le habían escapado entre un cúmulo de llamadas y conversaciones. No tuvo otra opción que cenar allí sola para terminar de repasar el expediente y ponerse al día con otros asuntos. Por lo visto, el sueño acabó venciéndola.

Había sido una suerte que Teresa la llamara; el reloj marcaba las siete y veinte, y a las nueve comenzaba la tercera sesión del juicio. Salió corriendo del bufete, desayunó en casa a toda prisa, se dio una ducha y llegó a la sala de vistas justo a tiempo. Entró intentando

contener la excitación. Sabía que esa mañana el caso daría un vuelco.

El público y la prensa ocuparon sus asientos.

Desde la primera fila, los padres de Alba la miraron esperanzados, igual que la joven cuando los policías la condujeron al estrado y tomó asiento a su lado. Paula quiso comentarle un par de cosas por lo bajo, pero Murrieta se ajustó las gafas en su butaca y empezó a hablar:

—Buenos días. Comenzamos la tercera sesión. Antes de nada, hago saber a las partes que, según nos han informado, es probable que hoy el testigo Andrés Gil reciba el alta médica, siempre que no sufra complicaciones. Será citado para declarar mañana después de los peritos y antes de que lo haga la acusada, a fin de garantizar su presencia. ¿Están conformes?

La fiscal y los abogados no manifestaron objeción alguna. Paula lo celebró en su fuero interno y se mostró de acuerdo. Se dio cuenta de que el magistrado había tenido la delicadeza de no mencionar el motivo de su ingreso, probablemente por aplicación de la ley de protección de datos personales, aunque allí todo el mundo estaba al corriente de lo que le había sucedido a aquel chico.

—Que pase, pues, el primer testigo —dijo Murrieta—: Víctor Hermoso.

El joven que había organizado la famosa fiesta de carnaval accedió a la sala con el cuerpo encorvado. Al sentarse, pareció relajarse un poco. Explicó que, tal y como le reconoció a la policía en su día, lo hizo sin que sus padres lo supieran. Estaban invitados los alumnos de primero de bachillerato de Ciencias Sociales, las dos clases. Él no tenía mucho trato con Nacho, pero no le importó que a última hora

decidiera acudir. Ni siquiera se le ocurrió que pudiera surgir algún conflicto con Alba; no se paró a pensarlo. Confirmó el incidente entre ambos y que ella empuñó uno de los cuchillos. Y finalizó diciendo que él no fue con los demás al Babylon, sino que se quedó en casa porque estaba cansado, y a Alba no volvió a verla.

Antes de que se retirara de la sala de vistas, se le mostró el juego de cuatro cuchillos incautados en su casa, y él se reafirmó en que Alba cogió uno idéntico.

El siguiente en declarar fue Carlos Alonso, quien en febrero de 2023 era compañero de pupitre de Alba. Su interrogatorio no deparó ninguna sorpresa, pues se limitó a ratificar la versión dada durante la instrucción, incluido el intento de beso por parte de la chica. Él adujo que no se lo esperaba y que no era consciente de que ella se sintiera atraída por él. También fue tajante a la hora de decir que la cazadora que encontró la policía y que se estaba mostrando en ese momento en el juicio era igual a la que Alba vestía aquella noche. Aclaró que después él también fue al Babylon, pero que no presenció la pelea entre Nacho y Rafa; se encontraba dentro, al fondo de la discoteca.

El magistrado le agradeció su intervención y le informó de que podía irse.

—Que pase Raquel Peña, la última testigo propuesta conjuntamente por las acusaciones y la defensa. Después, procederemos con las dos testificales propuestas exclusivamente por la defensa.

Raquel estaba pálida y caminaba arrastrando los pies. Durante el recorrido hasta la silla, evitó mirar a Alba. Al tomar asiento, exhaló un largo suspiro y colocó las manos en su regazo. Paula se fijó en

que agarraba con fuerza la tela del pantalón y la retorcía. El silencio en la sala era absoluto.

A preguntas del magistrado, la chica admitió que en febrero de 2023 estaba muy unida a Alba, pero que, por motivos obvios, ya no era así. Desde su detención, no había vuelto a verla. Prometió no faltar a la verdad, y empezó el interrogatorio de la fiscal.

Raquel admitió todo lo que el inspector Sorozábal ya había dicho sobre ella en la primera sesión: que la noche del crimen se quedó en casa, que Alba la llamó llorando cuando huyó de la fiesta y que intentó tranquilizarla. También que, cuando creyó haberlo logrado, las dos se despidieron y luego puso el móvil en silencio. Por eso no oyó las otras cinco llamadas que Alba le hizo más tarde, cuando Nacho ya debía de estar muerto. Tampoco leyó el mensaje que su amiga le envió un rato después, en el que le decía que había sucedido algo terrible, pero que era inocente.

—Cuando hablaron por teléfono, ¿dónde estaba Alba? —quiso saber la fiscal.

—En el banco de madera que hay a pocos metros de su casa. Eso me dijo.

—Bien. No hay más preguntas, señoría.

Villar se aclaró la garganta y nada más comenzar su intervención fue evidente que buscaba ahondar en el estado psicológico de la acusada. Raquel le explicó que, desde lo ocurrido el 20 de enero, Alba estaba mucho mejor y que, además, se había ilusionado con Carlos Alonso. Aseguró que, durante la llamada de teléfono, su amiga le dijo entre lágrimas que había cometido una estupidez cogiendo ese cuchillo en la fiesta y que nunca quiso matar a Nacho.

—¿De verdad le dijo eso? —preguntó Félix Villar con suspicacia.

—Sí —contestó ella muy seria, y por primera vez desvió la vista hacia Alba. Paula advirtió cómo su clienta murmuraba un agradecimiento y los ojos se le humedecían—. Estaba muy afectada.

—Sin embargo, esa noche volvió a llamarla hasta cinco veces. Primero tres seguidas, a las cuatro y ocho minutos, y luego otras dos al cabo de unos minutos. ¿No es extraño que…?

—Letrado —lo interrumpió el magistrado—, la testigo no va a pronunciarse sobre lo que es extraño o no. No se admite.

Villar no discutió y anunció que no haría más preguntas.

Por fin, le llegó el turno a Paula. Sintió las pupilas de los padres de Alba y las de su defendida clavadas en su rostro.

—Buenos días, señora Peña. ¿Usted presenció alguna vez los insultos y las vejaciones de Nacho a Alba?

La chica asintió y contestó que, pese a que no iban a la misma clase, hubo varios episodios en el patio y en los pasillos, y que ella fue testigo de algunos, sí.

—¿Usted sabe por qué Nacho empezó a tratarla de esa manera a partir del 9 de enero, coincidiendo con la vuelta a clase?

Raquel bajó los ojos y se pasó la mano por el rostro. De pronto, Paula tuvo la sensación de que el aire se volvía más denso.

—Creo… creo que fue por su padre.

103

Todo el sentido

Hubo varias exclamaciones ahogadas entre el público, y los periodistas se lanzaron a escribir en sus libretas.

El magistrado llamó al orden y, cuando volvió a reinar el silencio, Raquel pudo profundizar en su respuesta. Relató lo que, conforme le había contado a Paula la tarde anterior, escuchó decir a un compañero unos días después de la muerte de Nacho. Repitió la palabra que aquel chico había utilizado, «venganza», y la abogada le preguntó por ello.

—Sus padres… sus padres lo castigaron en Navidades por las malas notas. No tuvo regalos ni pudo celebrar su cumpleaños, que fue el sábado 7 de enero, o eso oí. Yo… yo sé que pensaba montar una fiesta a la que iba a ir mucha gente, y que luego quedó en nada… Y que eso lo enfureció.

—Entonces ¿insinúa usted que Nacho quería devolverles el castigo a sus padres o presionarles de algún modo acosando a Alba? ¿Esa era su venganza? ¿Es a eso a lo que ese chico se refería?

Raquel sacudió la cabeza con nerviosismo.

—Yo no lo sé… Pero Alba me había contado que su padre era jefe del de Nacho. Creo que, con lo que hizo, Nacho le causó bastantes

problemas a su padre, sí…

—Al parecer, las relaciones saltaron por los aires y Samuel Guerra incluso vio peligrar su empleo… —completó Paula, reproduciendo lo que el propio padre de Nacho había declarado en el juicio.

Hizo una pausa dramática y paseó la vista por la sala hasta detenerla en el hombre, que boqueaba como un pez fuera del agua y había adquirido un tono amarillento.

—¡Señoría, eso no son más que especulaciones! —protestó Villar, que debía de haberse percatado del efecto que aquel testimonio podía causar en el jurado.

—Letrado, la abogada simplemente le está preguntando a la señora Peña por algo que oyó. Entra dentro de los límites del derecho de defensa.

Paula era consciente de que, cuando formulara las preguntas que tenía en mente, el magistrado reaccionaría de forma airada, pero las hizo igualmente. Necesitaba que el jurado, el público y los medios de comunicación las escucharan y se dieran cuenta de que ahora la teoría que ella había expuesto en la primera sesión del juicio adquiría todo el sentido: la noche del crimen, Samuel pudo enterarse de que su hijo había vuelto a humillar a Alba y por eso, después de coger el taxi, lo esperó en la calle para reprochárselo y todo acabó estallando.

—Señora Peña, ¿usted conoce el motivo que llevó a Nacho a dejar de meterse con Alba tras el último incidente en clase? ¿Sabe por qué de pronto ya no quería vengarse? ¿Está al tanto de si, por ejemplo, llegó a algún tipo de acuerdo con sus padres y la noche del 18 al 19 de febrero lo rompió?

Como había previsto, Murrieta se retrepó en su asiento y ordenó a la testigo que solo contestara a la primera pregunta. Las otras dos, argumentó con gesto colérico, resultaban totalmente capciosas y daban por hecho algo que no eran más que hipótesis. Paula no replicó, pero observó a los miembros del jurado. La mayoría se había vuelto hacia Samuel Guerra.

—No lo sé —respondió Raquel—. No sé por qué Nacho dejó de hacerlo.

—Nada más, señoría.

104

Cortar el cuello

Alguien llamó a la puerta del despacho del juzgado de guardia.

—Adelante —dijo Santiago.

—Señoría, la inspectora Moreno, del Grupo de Estupefacientes, desea verlo con urgencia —explicó uno de los funcionarios—. Está esperando fuera.

El juez despegó la vista del montón de papeles en cuya lectura se hallaba absorto y le pidió que la hiciera pasar.

En cuestión de unos segundos, Amanda Moreno estaba sentada frente al juez. Los separaba el escritorio, sobre el cual la policía había colocado varios folios grapados.

—¿Otra escucha? —preguntó Santiago sin cogerlos—. Mañana hay que intervenir sí o sí. Ya se lo dije.

—No, no, no es eso, señoría. Léalo.

—Resúmamelo. Tengo mucho trabajo y varios detenidos esta mañana.

Ella asintió solícita.

—Se trata de una conversación entre los hermanos Linares. Se produjo ayer a última hora de la tarde, después de que se filtrara lo

de la sobredosis de Andrés Gil. Ya sabe, el testigo del juicio del «crimen del Carnaval». No es mi asunto, pero estoy enterada.

—¿Y qué?

—Como se imaginará, hablaban en clave e intentaban ser ambiguos, igual que hacen todos los de su calaña. Pero Hamilton estaba muy alterado, y más o menos se le entendía.

—Inspectora, por favor, vaya al grano.

—Al parecer, Andrés sí fue cliente de Hamilton, pero, a diferencia de Miguel y Rafa, ya no lo era. Ahora, literalmente, «contrata los servicios de otra compañía».

—Si me lo dice para que me sienta menos culpable por su sobredosis, no se preocupe por…

Ella negó con la cabeza.

—No, no es por eso, señoría. Según hemos deducido de la conversación, la última vez que Andrés «contrató sus servicios» fue unos días después de la muerte de Nacho, y el chaval le preguntó si su amigo también lo había hecho la noche del crimen.

Santiago se tomó unos segundos para traducir esas palabras.

—¿Me está diciendo que Andrés le preguntó a Hamilton si le había vendido a Nacho la droga que consumió en la fiesta?

—Eso hemos interpretado. Y luego Andrés cambió de camello.

—Es raro.

—Sí, pero lo más extraño es que, después de la hospitalización del chico y de que no haya comparecido en el juicio, Hamilton se muestre tan inquieto. Le ha venido a decir a su hermano que tiene miedo de que «le joda».

—¿Que le joda cómo?

La inspectora se encogió de hombros.

—Ha sido muy escueto, no sé qué decirle. De hecho, nos ha costado un poco darle algún sentido a la conversación. Por eso no he venido antes. Pero intuyo que le preocupa que declare y desvele que les vendía droga a ellos y a Nacho, y que deje al descubierto su negocio.

—¿Y para qué iba a hacer eso? Sería un temerario. Se juega que después le corten el cuello. Además, eso es irrelevante para el veredicto.

—Yo tampoco lo entiendo. Lo único que se me ocurre es que Andrés crea que alguien relacionado con el mundo de las drogas tenía motivos para matar a su amigo. Y que Hamilton piense que, si declara, lo señalará a él. Eso explicaría la sobredosis del chico, por los nervios. No sería el primero que intenta tranquilizarse así. Puede que sienta el deber de decir lo que sabe y que, a la vez, no se atreva a hacerlo por miedo… —expuso la policía—. En los medios ya hay periodistas barajando algo así.

Santiago hizo un aspaviento.

—Venga, inspectora, no me joda usted a mí, ¿eh? Eso no son más que conjeturas. Nunca ha habido indicios de ninguna deuda ni ajuste de cuentas, si es lo que sugiere, y Sorozábal puede confirmarle que las pruebas contra Alba Ferrero son más que contundentes.

—De todos modos, es extraño —insistió ella, meditabunda—. Hamilton dijo algo más que aún no entendemos.

—¿A qué se refiere?

—A una foto que, según él, explicaría algunas cosas.

—¿Algunas cosas sobre qué? —escupió el juez al tiempo que cogía los folios—. ¿Cuál es la foto?

—No lo sabemos. No hablaron más. DiCaprio le dijo que se callara de una puta vez y que lo veía en un bar en veinte minutos.

—¿Y no los siguieron?

—Sí, un compañero que está pendiente de los movimientos de DiCaprio. Pero no tuvo tiempo de poner micros ni pudo acercarse lo bastante para escucharlos o ver lo que miraban en el móvil. Habría echado por tierra la operación Leo.

Santiago soltó un exabrupto. Todo aquello le parecía absurdo. Aun así, dijo:

—¿Le han puesto seguridad a ese chaval? No vaya a ser que esos hijos de puta le hagan algo en el hospital.

—Sí, pero discreta. Ahora mismo sigue en Urgencias, en observación.

—¿Y ha habido algún movimiento sospechoso?

—No. De momento, no.

105

La voz

Raquel había sido la última testigo propuesta de forma conjunta por las acusaciones y la defensa, y el magistrado había decretado un receso de veinte minutos antes de dar paso a los testigos solicitados exclusivamente por la defensa: Esmeralda Martos, compañera de clase de Alba e hija del jefe de estudios, y Saturnino Cuevas, el vecino que afirmaba haber oído voces la noche del crimen. Con ellos se cerraría la tercera sesión del juicio, y el jueves solo quedarían las declaraciones de los peritos, de Andrés y de la acusada. El final estaba cada vez más cerca.

Cuando regresó al estrado y se sentó, a Paula la complació comprobar que las miradas de la mayoría de los asistentes seguían volviéndose hacia los padres de Nacho, que se habían cogido de la mano y mantenían la cabeza alta, como si no tuvieran nada que esconder ni de lo que avergonzarse.

Aunque los últimos acontecimientos la habían llevado a señalar como sospechoso principal a Samuel Guerra, no por ello iba a renunciar a la prueba testifical de Esmeralda, con la cual pretendía apuntar de nuevo hacia Rafa. Por ahora no podía demostrar quién

estaba detrás del crimen, pero sí hacer ver al jurado que había demasiadas incógnitas y varios culpables posibles.

Esmeralda entró en la sala de vistas con paso lento y saludó con un gesto a la abogada. Solo ella y Saturnino habían aceptado que Paula los preparara para el juicio. Al principio la madre de la chica se había opuesto férreamente a que declarara en ese caso, y menos a propuesta de la letrada de la defensa, pero Paula le explicó que, si no colaboraba, ella podría hacer que el magistrado obligara a su hija a testificar, y todo sería peor. Al final, la madre cedió, y el padre también lo aceptó.

La joven tomó asiento y, a preguntas de la fiscal, dijo que ella fue compañera de la acusada durante casi un mes. Empezaron a compartir aula a partir de lo ocurrido el 20 de enero con Nacho, cuando a Alba la cambiaron a su grupo. Admitió que ella tampoco se percató del problema que podría suponer tener a Nacho y a Alba en la misma fiesta. Se enteró de que él también estaría allí por una amiga que fue a merendar a su casa. Su padre, que andaba por la cocina y las oyó, se mostró disgustado al saber que iban a coincidir con ese alumno conflictivo y sus amigos, pero ellas no pensaban renunciar a la fiesta.

—Usted no avisó a Alba, ¿verdad? —quiso asegurarse la fiscal.

—No. Me puse a hacer la mochila porque esa noche iba a dormir en casa de mi amiga para salir hasta más tarde, y ni siquiera pensé en Alba, la verdad. Aunque, si lo hubiera hecho, tampoco sé si le habría dado importancia. Aquel mes no había habido ningún problema.

—Ya, pero lo cierto es que, al final, sí lo hubo, ¿no? —replicó Inés.

Esmeralda asintió y la fiscal no hizo más preguntas. A continuación, Villar declinó intervenir.

Paula se remangó la toga, era su turno. Decidió dirigir rápidamente el interrogatorio hacia la pelea en la discoteca.

—¿Usted sabe a qué se debió el altercado en el Babylon?

Ella inclinó la cabeza con gravedad y repitió lo que en su día le dijo a Paula: que era evidente que Nacho intentaba ligarse a Gabriela. Estaba descontrolado y, cuando Rafa los vio fumando muy juntos en la puerta, se lanzó contra él. Se pelearon, se amenazaron de muerte y luego Nacho se marchó con Andrés. Rafa abandonó la discoteca cinco minutos después.

—Gracias. Es todo —concluyó la abogada.

Se hizo un silencio sepulcral mientras Esmeralda se retiraba. Paula observó a los miembros del jurado: algunos tenían el ceño fruncido, otros parecían ausentes. Era incapaz de adivinar qué les rondaba por la cabeza.

La entrada de Saturnino Cuevas atrajo toda su atención.

Al sentarse, el hombre dejó su bastón a un lado y la saludó con un ademán. En su fuero interno, la letrada agradeció que esa mañana el testigo tuviera tan buen aspecto y pareciera en sus cabales. Aunque Saturnino le había reconocido que padecía principio de demencia, ella confiaba en que fuera capaz de resultarle creíble al jurado.

Como cabía esperar, la fiscal se lanzó a desacreditarlo con un aluvión de preguntas sobre su estado de salud y la extraña y repentina nitidez de sus recuerdos. El hombre se desenvolvió bien y aseguró que su enfermedad era leve y no influía en su percepción ni en su memoria. Afirmó con rotundidad que él no sufría alucinaciones

ni nada similar, y retó a Inés Calderón a examinar su historial clínico en busca de un episodio de ese tipo. Sobre lo acontecido aquella noche, admitió que cuando fue al baño estaba aún medio dormido, pero se reafirmó en que oyó voces en la calle y que, sin duda, una era la del chico que encontraron muerto.

—A ver, ¿y cómo puede recordar ahora su voz y antes no?

—Ya le he dicho que estaba un poco adormilado. Cuando la policía vino a preguntarme por ello, lo tenía como un recuerdo lejano, ¿entiende?, casi como si fuera un sueño. Pero cuando esa abogada me puso aquella grabación… —explicó señalando a Paula—, fue como si todo volviera con más fuerza. No sé si me comprende…

—Si pudiera ser más claro, se lo agradecería.

—Pues es lo que le estoy diciendo… Escuché esa voz de la grabación, muy grave y áspera, y supe al instante que era una de las que había oído desde el baño.

—¿Y cómo puede ser que recuerde la voz y no lo que decía? —inquirió la fiscal con una mueca de incredulidad.

—Pues porque no presté atención, lógicamente. ¿Qué me importaba a mí lo que dijeran, y encima a esas horas? Pero la voz… Era la misma. Estoy seguro —remató, y acompañó sus palabras con una inclinación de todo su cuerpo.

—Señoría —dijo entonces la fiscal—, la abogada no ha aportado la grabación que el testigo afirma haber escuchado. Así que solicito que su testimonio no sea considerado por el jurado para el veredicto.

Paula, que estaba preparada para esa alegación, se acercó al micrófono.

—Con la venia de su señoría, me gustaría aclarar que no la aporté porque ya figura en el expediente. En concreto, en el atestado policial. Es uno de los vídeos que uno de los amigos de Nacho colgó en Instagram y que la policía utilizó para su investigación. Si la fiscalía o la acusación particular lo desean, podemos visionarlo y pedirle al testigo que se ratifique en la identificación de la voz… —sugirió ella con tono retador—. Es el anexo número 25.

La fiscal, que había comprendido que aquello no era un farol, prefirió que el jurado no presenciase cómo el hombre lo confirmaba en directo y rechazó la invitación de la abogada.

—¿Y las otras voces? —le preguntó Inés al testigo.

—No sé cuántas eran. Pero al menos había alguien más que también hablaba de forma furiosa, aunque creo que lo hacía más bajo…

—¿Y no recuerda si era de hombre o de mujer?

—Yo… he intentado hacer memoria. Creo… que era de hombre, si le digo la verdad. Pero me da miedo equivocarme.

—¿Y no le da miedo equivocarse al identificar la voz de la víctima? —replicó la fiscal con mordacidad.

—No. Era la misma —recalcó él, y frunció el ceño con indignación.

Si no hubiera resultado inapropiado, Paula se habría levantado y le habría aplaudido allí mismo.

—¿Y tampoco puede precisar la hora? —preguntó Inés sin rendirse.

—Es que mi despertador es de manecillas. Sé que lo miré, pero tengo esa imagen borrosa… Eran alrededor de las tres o las cuatro. Eso fue lo que le dije a la subinspectora en su día, pero tampoco me atrevo a…

—Le da miedo equivocarse —completó la fiscal con renovado sarcasmo.

—Sí. Aunque lo de la voz del chico sí que…

—Ya, ya, no hace falta que lo repita —lo cortó de malos modos—. He terminado, señoría.

Villar, que no quería empeorar aún más el resultado de ese interrogatorio, no hizo uso de la palabra.

Tras meditarlo durante unos segundos, Paula tampoco formuló preguntas y el magistrado dio por finalizada la tercera sesión del juicio.

—Esta tarde iré a verte —le susurró la abogada a Alba antes de que la policía se la llevara—. Lo repasaremos todo, ¿vale? Confía en mí.

La chica asintió y musitó un agradecimiento.

106

Una mera coincidencia

Liencres

Habían visto a Macarena en *Las tardes con Penélope*, y ahora Santiago volvía a jugar a las cartas con su madre. Por suerte, esa mañana había conseguido despachar todos los asuntos de la guardia y el móvil seguía sin sonar. El reloj del salón marcaba las cinco y media.

—Hijo, ¡estás en otra parte! —se quejó la mujer al ganarle una partida con una facilidad insultante—. ¿Quieres que lo dejemos?

—No, no, perdona.

—Es por lo que ha salido en las noticias, ¿verdad? Por lo que ha pasado hoy en ese juicio…

Él no lo negó y soltó un suspiro. Había hablado con Inés antes de marcharse a comer y aún le costaba creerse lo que, según la fiscal, había declarado Raquel, la amiga de la acusada. ¿Cómo iba a querer Nacho hacer daño a sus padres, y encima de ese modo? Era tan retorcido… Además, de ser así, ¿por qué lo habían ocultado Samuel y Olivia? ¿Por qué nunca lo mencionaron? ¿Acaso temían pasar a ser sospechosos?

Aquellos giros habían dado mucho de sí en el programa en el que participaba Macarena. Ella apenas había hecho comentarios sobre el modo en que se había instruido el caso, pero otros colaboradores sí se habían referido a una posible falta de celo en la investigación. Y eso, obviamente, lo involucraba a él.

—Si os habéis equivocado no pasa nada —quiso tranquilizarlo su madre—. Para eso está el jurado. Ellos decidirán, ¿no?

Él hizo un gesto poco concluyente y pensó en la conversación que había mantenido con la inspectora Moreno al mediodía. Según ella, en el hospital no se había producido ningún movimiento extraño y Andrés ya había recibido el alta. Tenía a dos agentes vigilando su domicilio desde un coche aparcado a unos metros. En cuanto a la operación Leo, los policías encargados de las escuchas habían interceptado algunas llamadas entre los narcos colombianos y DiCaprio, y ya había punto de encuentro: el aparcamiento de una nave a las afueras de Santoña, a las nueve y cuarto de la noche. El operativo para detenerlos a ellos y a toda la red de taxistas se estaba preparando en esos mismos instantes.

Mientras veía a su madre barajar las cartas, se le ocurrió algo y se levantó.

—Pero ¿a dónde vas? —le preguntó ella.

—Lo siento… Necesito comprobar una cosa.

Se metió a toda prisa en el despacho que tenía en casa, cerró la puerta y encendió el ordenador portátil del trabajo. Un minuto después, navegaba por la carpeta que un año atrás había abierto para el «crimen del Carnaval». Allí guardaba el procedimiento completo. Pinchó en los documentos remitidos por las compañías telefónicas a la policía, donde constaban los números que la noche

del 18 al 19 de febrero de 2023 estuvieron conectados a las antenas próximas a la calle Joaquín Costa. A continuación, accedió a otra carpeta, la correspondiente a la operación Leo, y localizó los números de teléfono de los dos hermanos taxistas. Sabía que no debía cruzar los datos personales obtenidos en un procedimiento con los de otro. Sin embargo, el miedo a haberse equivocado en la investigación de la muerte de Nacho Guerra había roto la brida de su autocontrol, y se dijo que nadie tenía por qué enterarse.

Tras un buen rato de consulta, las vías respiratorias se le cerraron de golpe. De pronto, comenzó a faltarle el aire. Aquello no podía ser una mera coincidencia.

Parpadeó varias veces, pero el dato seguía ahí, inamovible.

El móvil de Hamilton figuraba en el listado.

En concreto, figuraba en El Sardinero a la hora en la que estimaban que Nacho comenzó a bajar la cuesta donde murió: a las cuatro y dos minutos de la mañana.

Respiró hondo y procuró sosegarse. Eso no significaba necesariamente que fuera el asesino, aunque las probabilidades crecían de forma alarmante. No podía negarlo. Pero, si lo era, ¿cómo sabía que Nacho volvería a casa a esa hora? ¿Acaso lo siguió? ¿Y cómo sabía que la chica acabaría sentada en el banco de madera con un cuchillo que luego podría coger y emplear contra Nacho? ¿O es que el camello tenía su propia arma blanca y, casualmente, era similar a la que Alba se había llevado de la casa de los Hermoso? Aunque, en ese caso ¿qué diablos pasó con el cuchillo de ella? ¿Quién se lo llevó y por qué? Las preguntas se le amontonaban en la cabeza.

Hundió el rostro en las manos, sintiendo que se perdía en un laberinto.

Tras un rato en el que la angustia estuvo a punto de asfixiarlo, se convenció de que todo aquello no eran más que elucubraciones erigidas sobre meras sospechas y datos circunstanciales. No había nada sólido. En cambio, los indicios contra Alba eran abrumadores. Ella era la asesina. No tenía sentido que le diera más vueltas. Era absurdo que llamara a Murrieta para ponerle al tanto de sus inquietudes. Además, ¿qué pretendía que hiciera él? ¿Detener el juicio? Por otro lado, no podía olvidar que la operación Leo se encontraba bajo secreto de sumario y que estaba a punto de explotar. No podía echarla a perder por un mero detalle.

Debía calmarse y ser discreto.

107

Una imprudencia

Santander

—Mira, ahí está —dijo Samuel Guerra, que oteaba el otro lado de la calle desde el ventanal.

—¿Quién? —musitó su esposa, sentada en el sofá, con la mirada perdida en la pantalla negra de su teléfono, un Samsung Galaxy de última generación. Si le hubieran preguntado, Samuel no habría sabido decir cuánto tiempo llevaba así, hundida en el cuero.

—Julio. Está sacando a la perra.

Los pisos de ambas familias estaban tan cerca que, aunque por la diferencia de altura y la perspectiva no podían verse directamente por las ventanas, sí era posible saber cuándo había luz en la casa y cuándo salían.

Olivia no se inmutó. Que ese hombre paseara a su mascota no suponía ninguna novedad, aunque sí era un dato útil para no cruzarse con él.

Desde la muerte de Nacho, Samuel y ella evitaban por todos los medios encontrarse en la calle con los padres de Alba, y sospechaban que ellos hacían lo mismo. Si no, no se explicaba que

apenas hubieran coincidido en todos aquellos meses, al margen de esos últimos días en la sala de vistas. Cuando lo hicieron por primera vez por puro azar en las inmediaciones del paseo marítimo, más de un año atrás, fue muy desagradable. Miradas cortantes, rostros contraídos por las emociones, nada que decirse… Julio y Samuel llegaron a encararse, y Sofía y ella fueron las que lograron calmar la situación y alejarlos. Fue una suerte que, cuando aquello sucedió, ya hubieran pasado unos días desde el ingreso de Alba en prisión provisional y la prensa se hubiese retirado temporalmente de la zona. Nadie se enteró. Ahora, sin embargo, con la celebración del juicio, la calle volvía a estar tomada por reporteros y fotógrafos y, aunque en los meses previos Samuel y ella habían hecho pequeñas declaraciones y alguna entrevista, su abogado decía que en esos momentos era preferible pasar desapercibidos y dejar que la justicia siguiera su curso. Ella, como jueza, estaba de acuerdo. De hecho, con lo que había ocurrido en la sala de vistas los últimos días y, sobre todo, esa mañana, hablar con los periodistas era contraproducente. Una imprudencia.

Samuel se dio la vuelta. Cuando habló, lo hizo en apenas un siseo, y Olivia comprendió que lo inquietaba lo mismo que a ella:

—¿Qué vamos a hacer?

Ella lo escrutó en silencio. Advirtió que tenía las ojeras más pronunciadas que nunca. Luego desvió la vista hacia una foto de su hijo enmarcada que colgaba a unos centímetros del televisor. Era la misma que subió a Instagram el día en que apareció su cadáver: Nacho sonriente junto a la bahía de Santander en un día soleado. Lo recordaba bien.

La garganta se le secó.

—Nada.

108

El ensayo final

Santoña

Alba se puso en pie y siguió al funcionario de prisiones. Paula ya había llegado a El Dueso y la esperaba para ensayar por última vez lo que declararía al día siguiente ante el jurado.

El hombre que la custodiaba no se caracterizaba por su locuacidad, y la chica recorrió el largo pasillo a solas con sus pensamientos. Era imposible definir lo que sentía. En menos de veinticuatro horas se jugaba los próximos años de su vida, hasta dos décadas. Cada vez que esa idea cruzaba su mente el corazón se le desbocaba como si fuera a escapársele del pecho, espoleado por el miedo, pero también por la esperanza, por ese pequeño haz de luz que se adivinaba en lo alto de aquel foso por el que llevaba trepando tanto tiempo.

—¡Cuervo, ni en tus mejores sueños te librarás de nosotras! —le gritó con una carcajada estentórea la reclusa con la que se había topado la tarde anterior en la zona de los teléfonos. Ahora estaba apoyada en un lateral del pasillo, junto a las celdas, y su voz, rasgada y arenosa, le provocó un escalofrío.

—No le hagas ni caso —le dijo el funcionario de prisiones.

Alba lo miró y murmuró un agradecimiento sin dejar de caminar.

Al entrar en el locutorio, vio a Paula de pie al otro lado del cristal de seguridad, cargada con su maletín, y tomó aire. Quedaba poco para el momento que llevaba aguardando más de un año.

109

El plan

Santander

Antonia y Paula se fundieron en un largo abrazo. Después de la reunión con Alba en prisión, Paula había telefoneado a su jefa y, aunque aún debía echar un último vistazo a los informes de los peritos que declararían al día siguiente, había decidido hacerle una visita rápida. En menos de veinticuatro horas Antonia sabría cómo estaba evolucionando la enfermedad, y quería transmitirle toda la fuerza posible para afrontar la noticia, fuera la que fuese. La veterana abogada, acompañada de su esposo, acababa de abrirle la puerta de su casa.

—Gracias por venir —le susurró la mujer, todavía abrazada a ella —. Sé que estás hasta arriba.

Cuando se separaron, Paula hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y le preguntó cómo se encontraba. Antonia esbozó una sonrisa ambigua y le respondió que se sentía mejor, más fuerte, pero que no se atrevía a hacerse ilusiones.

—Seguro que te dan una alegría, ya verás —la animó Paula.

Estuvieron unos minutos charlando en el recibidor sobre cuestiones médicas. Después pasaron al salón, donde el marido de Antonia las dejó a solas.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó la jefa para cambiar de tema, y la invitó a que se sentara con ella en el sofá—. Las tertulias de la tele son un hervidero. Estás montando una buena… —dijo, y se permitió soltar una risa débil.

Paula se encogió de hombros y pensó que ojalá ella pudiera hablar del caso con ese sosiego y ese buen humor. En su opinión, la última sesión había ido bien, aunque eso, paradójicamente, en lugar de calmarla la tensaba aún más. Veía la victoria al alcance de la mano, pero a la vez era consciente de que el abismo seguía ahí, oscuro y amenazador, dispuesto a engullirlas. A fin de cuentas, todo dependía de lo que los miembros del jurado terminaran votando en la sala de deliberación, aislados del mundo.

—Lo estás haciendo lo mejor posible —agregó Antonia, que había descifrado la expresión de zozobra en su rostro—. Pase lo que pase, tienes que felicitarte. Cualquier otro habría tirado la toalla o habría hecho un esfuerzo infinitamente menor.

Ella intentó esbozar una sonrisa, pero solo le salió una mueca deslucida.

—¿Y Alba? ¿Qué tal la ves? —preguntó Antonia.

Paula balanceó la cabeza.

—Muy nerviosa. Creo que puede hacerlo bien, convencer al jurado, pero ya sabes, no es fácil. A su edad y con todo lo que tiene detrás…

—Parece una chica tranquila.

—Lo es. Pero no sabemos lo que va a decir Andrés, y ella interviene justo después. Eso me preocupa.

—En cualquier caso, tienes un plan, ¿no?

Paula asintió despacio. Lo tenía y lo había repasado un millón de veces. Sin embargo, como cualquier abogado, sabía que cualquier detalle imprevisto podía cambiarlo todo. Además, había un elemento de incertidumbre que, según le decía su instinto, debía explotar. En su declaración, Raquel había mencionado algo que, si se analizaba con detenimiento, no terminaba de cuadrar con la versión ofrecida previamente por otros testigos. Su oportunidad de sacarlo a relucir se presentaría cuando testificara Andrés.

Poco a poco, las dos abogadas dejaron el caso a un lado y pasaron a hablar de los viejos tiempos y a revivir anécdotas. Casi media hora más tarde, se despidieron afectuosamente y Paula le hizo prometer a Antonia que la llamaría tan pronto como recibiera los resultados de los análisis.

—Si ves que no te cojo es porque estoy en sala. Mándame un mensaje, por favor.

Antonia, cuyo rostro se había vuelto a ensombrecer al hablar de la enfermedad, asintió.

Después, Paula puso rumbo a Pomposo y Asociados, donde la noche volvería a sorprenderla trabajando, aunque en esa ocasión sí dormiría en casa. Cuando se metió en la cama con Teresa, ignoraba que en unas horas todo saltaría por los aires.

110

Los amigos

Santander, jueves 11 de abril de 2024

Brothers (Grupo de WhatsApp)
3 miembros: Miguel, Rafa, Andrés
Fecha de creación: 19 de febrero de 2023
Administrador: Rafa

Hoy

08:09

Yo: Hola…

08:10

Miguel: Joder Andrew x fin!!!
Rafa: Como estás??

Yo: Mejor… Pero lo he pasado muy mal

Miguel: Menos mal
Rafa: Te dieron el alta ayer no?? Xq no has contestado hasta ahora?? Estábamos preocupados bro

Yo: Dormí un montón de horas y mis padres me quitaron el móvil. Ahora solo puedo hablar un poco…

08:11

Miguel: Q te paso?

Yo: No quiero hablar de eso

Rafa: Ya…

Miguel: Pero estás bien????

Yo: Si

08:12

Miguel: Oye te has enterado de lo del anónimo? Y lo de Raquel?

Yo: Me lo han contado mis padres…

Rafa: Pero ellos saben algo???? Se lo has contado??

Yo: No no

Rafa: Ahhh ok… Y vas a ir al juicio??

Yo: Q quieres q haga

Miguel: No ir??

08:13

Yo: Ayer estuvo aquí una mujer de los juzgados. Tengo que ir si o si. Si no vendrán a buscarme… Eso me dijo. Mis padres querían que me quedara en casa descansando pero…

Miguel: Normal. Te van a castigar mucho? Por lo que ha pasado quiero decir

Yo: Ni he preguntado…

Rafa: Ya. Oye y q vas a hacer??

Yo: Pues pedirles perdón y suplicarles de rodillas

08:14

Rafa: No no. En el juicio

Miguel: Eso. Q vas a decir?

Yo: No lo se

Rafa: Como q no lo sabes???

Miguel: Joder Andrew

111

Perder el control

La cuarta sesión del juicio iba a comenzar y Santiago no había podido resistir el impulso de acercarse a la sala de vistas para comprobar que todo iba bien. Enfilaba el pasillo cuando el corazón le dio un vuelco. Se quedó paralizado, sin dar crédito a lo que veía. Allí, entre la multitud congregada junto a la puerta, había un tipo delgado que rondaba el metro ochenta y lucía un pelo rubio repeinado. Estaba de perfil, pero sus rasgos al juez le resultaron inequívocos.

Era Máximo Linares, alias DiCaprio.

Santiago ahogó una maldición y dio unos pasos hacia atrás antes de sacar el móvil y marcar el número de la inspectora Moreno. Las manos le temblaban y le costaba tragar. No podía creer lo que estaba viendo. No podía ser una casualidad.

—Joder, ¡DiCaprio está aquí! —le espetó a la policía en cuanto ella respondió.

—Señoría, mis compañeros acaban de informarme. Ahora mismo iba a llamarle, disculpe. ¿Cómo sabe…?

—¡Porque acabo de encontrármelo! ¿Sus compañeros también están aquí?

—Sí, tres efectivos. Tenemos a los dos hermanos controlados.

—¿Y a Andrés?

—También. Aún está en casa, con sus padres. Pero me imagino que no tardará en salir para allá.

—¿Y Hamilton dónde está?

—En el taxi, trabajando.

Santiago guardó silencio unos segundos.

—No entiendo nada. ¿Qué hace DiCaprio aquí? ¿Qué pretende, cargarse al chico? —dijo, aunque en el fondo no lo creía posible—. ¿Intimidarlo tal vez? Porque, de ser así, tendría más lógica que estuviera rondando su casa, ¿no?

—No lo sé, señoría, pero piense que sus padres no le quitan el ojo de encima después de lo sucedido. No se han separado de él en ningún momento.

—Ya, y aquí tampoco lo harán, y encima habrá más gente… ¿Sabemos si Andrés conoce a DiCaprio, si verlo entre el público podría influirle de algún modo?

—No me parece probable, señoría. DiCaprio hace de transportista de la droga. No vende al por menor, y menos a chavales. Y en todo este tiempo jamás los hemos visto en contacto. Quizá solo quiera informar a su hermano de lo que ocurre en el juicio…

—Y si es así, ¿por qué no ha venido él?

—Tampoco lo sé, pero si yo fuera Hamilton no me arriesgaría a que me señalaran como traficante en público, y encima con la policía y un juez delante… En cambio, si quien está ahí es su hermano y Andrés no lo conoce…

Santiago se pasó la mano por la melena. La suposición de la inspectora tenía sentido, sí, pero no podían dar nada por sentado.

—Que su equipo esté atento a todos los movimientos que haga DiCaprio, ¿me ha oído? También a las llamadas y los mensajes, por si se pone en contacto con su hermano. Y si entra en la sala, que los agentes también lo vigilen —ordenó con el corazón acelerado—. Esto no me gusta nada, inspectora, estamos perdiendo el control. Ah, y hable ahora mismo con el inspector Sorozábal, por si necesitáramos su ayuda. Lo quiero al tanto de todo.

—Pero, señoría, el secreto de sumario…

—Tiene mi autorización. Póngalo al día y dígale que me llame.

Santiago colgó jadeando y sintió la necesidad de alertar a Murrieta de la situación. Sin embargo, ya era tarde. La funcionaria había salido al pasillo y estaba mandando pasar a la gente.

DiCaprio se apresuró a entrar.

112

Los expertos

Sentada en el estrado junto a Alba, Paula escuchó cómo Jorge Casas, el médico forense del Instituto de Medicina Legal de Cantabria, se ratificaba en el informe de la autopsia. Era la primera prueba pericial del día y, después de tres jornadas de interrogatorios, se notaba que algunos miembros del jurado acusaban cierto cansancio. Aun así, en la mayoría de ellos se adivinaba gran expectación e incluso impaciencia, y Paula se figuraba que muchos aguardaban con ansia las comparecencias de Andrés, a quien la prensa ya había bautizado como «El último testigo», y de Alba, que tendrían lugar al final de la mañana.

El forense fue respondiendo a las preguntas de la fiscal y los abogados y, entre otros datos, indicó que, cuando se utilizaba un arma de ciertas dimensiones, como un cuchillo de doce centímetros, y se producían heridas en la axila, no era raro que el asesino no presentara restos de sangre, o que fueran mínimos. Eso podía explicar, según su criterio, que solo se hubieran encontrado unas pequeñas manchas en la cazadora de la acusada, y nada en otras prendas. Respecto a la reconstrucción de los hechos, reconoció que no podía pronunciarse sobre si la víctima se había defendido o no.

No presentaba cortes en las manos ni en los brazos, pero sí contusiones en el rostro sobre las que no podía establecer una cronología, lo que impedía determinar si correspondían a la pelea en la discoteca o a un ataque posterior junto al banco de madera. Por último, en cuanto a los análisis de toxicología, manifestó que los resultados acreditaban consumo de alcohol, de cannabis y de varias sustancias que habitualmente integraban el estupefaciente denominado «tusi» o «tusibí».

—¿Podría explicarle al jurado en qué consiste esta última droga? —le pidió Paula durante su turno.

—Sí. En realidad, es una droga de diseño que no siempre tiene una composición idéntica. Hay algunas variaciones, y ese es el gran peligro del tusi, porque quien lo consume no puede anticipar todos sus efectos. Pero lo normal es que esté compuesto al menos de MDMA, ketamina y cafeína, que es lo que detectamos en la víctima, y a eso se le añade colorante rosa. En algunos sitios se ha dicho que está reservado a gente pudiente o de la *jet set*, pero lo cierto es que sus ingredientes no son caros —adujo con gesto serio—. Puede producir sensación de euforia, aumento de la energía y desinhibición, pero también incremento del ritmo cardiaco, distorsión de la percepción, ansiedad, ataques de pánico e incluso paranoias. Todo ello se prolonga entre dos y ocho horas.

El interrogatorio llegó a su fin y después compareció un agente de la policía científica de Santander. El hombre se ratificó en los informes técnicos que él mismo había firmado y respondió a las preguntas de la fiscal y del abogado de la acusación con un resumen de la inspección ocular de la escena del crimen, en la que había participado. Relató que encontraron al fallecido tumbado boca abajo

y ataviado con un mono rojo de una pieza y con capucha. Encima llevaba una cazadora de un color similar, con dos bolsillos laterales pequeños que se cerraban con cremallera. En el derecho hallaron un mechero, una bolsita de marihuana y un manojo de llaves, y en el izquierdo su cartera, con veinte euros. El fallecido, según dijo, era zurdo.

Añadió que, cuando la cazadora de la sospechosa apareció en el vertedero de Meruelo, la enviaron al laboratorio para su análisis. Los resultados fueron positivos: el ADN de los cabellos que había en el cuello de la prenda correspondía a Alba Ferrero, y las manchas de sangre localizadas en la manga derecha, a la altura de la muñeca, eran de la víctima. No había duda. Por otro lado, el agente indicó que los restos de piel encontrados bajo las uñas de Nacho Guerra pertenecían a Rafael Santamaría.

Paula se preparó para ejercer presión y empezar a desvelar el modo en que su defendida justificaría más adelante la presencia de sangre de Nacho en su cazadora.

Cuando el magistrado le cedió el uso de la palabra, pidió que se proyectaran en la pantalla las fotografías de la prenda. Después dijo:

—Agente, esas manchas en la manga de las que usted hablaba hace un momento, las que se ven ahí, un tanto alargadas e incluso rectangulares —concretó apuntando con el dedo índice—, ¿considera usted que, por su morfología, son necesariamente consecuencia directa del acto de apuñalamiento?

El hombre torció los labios y le lanzó una mirada de recelo.

—Son manchas de sangre. Y coinciden con el ADN del fallecido.

—Sí, pero no es eso lo que le pregunto.

—La interpretación de los patrones de las manchas de sangre en la ropa de los sospechosos es una técnica que no aplicamos en casos así porque…

—Perdone que le interrumpa, pero ¿está diciendo que no verificaron si las manchas de sangre halladas en la cazadora de mi clienta eran compatibles con el crimen?

—Claro que lo verificamos. La cazadora pertenecía a la acusada. La llevaba en el momento de los hechos y tenía cabellos suyos, así como sangre de la víctima.

—Ya, ¿pero analizaron y reconstruyeron el modo en que esa sangre llegó a la prenda? ¿Hay alguna posibilidad de que esas manchas tengan una explicación diferente al apuñalamiento? ¿Por ejemplo, porque la acusada tocara el cadáver por algún motivo?

Paula percibió algunos susurros entre el público.

—No, eso no lo analizamos —acabó admitiendo el hombre, ceñudo —. Pero ya le digo que no es algo que…

—Sí, disculpe. Contésteme también a lo último que le he preguntado: ¿hay alguna posibilidad de que las manchas tengan una justificación distinta a la comisión del crimen, como podría ser haber tocado el cadáver por algún motivo?

Se hizo un silencio absoluto. Hasta que el policía claudicó.

—Sí. Esa es una posibilidad, aunque no lo considero probable.

—No hay más preguntas, señoría —finalizó ella, y se complació al advertir el rictus de confusión de algunos jurados.

Seguidamente declaró un técnico del laboratorio de la policía científica, que confirmó lo que el otro agente acababa de referir sobre los resultados de los análisis. Después comparecieron dos agentes expertos en informática y electrónica. El primero habló,

entre otros aspectos, del volcado de los datos del teléfono de la acusada y del examen de su contenido, y reconoció que no encontraron mensajes con la víctima que pudieran comprometerla, ni siquiera borrados. El segundo se refirió al posicionamiento de los teléfonos conectados a las antenas próximas la noche del crimen. Repitió lo que ya había dicho el inspector Sorozábal: que no era posible situar los móviles en una calle concreta de esa zona de El Sardinero ni determinar el itinerario seguido por la acusada. Antes de retirarse, explicó que la última señal emitida por el teléfono de la víctima tuvo lugar a las tres y media de la madrugada, cuando debió de quedarse sin batería.

La última declaración antes del receso fue la del perito privado Narciso Poncela, director de un gabinete de criminología y criminalística técnico-científico con sede en Barcelona. Paula lo había contratado para que estudiara la escena del crimen y el expediente judicial. Era uno de los pocos expertos en España sobre patrones de manchas de sangre, formado en Estados Unidos, y había elaborado un informe en el que sostenía que, por su geometría y disposición, las manchas de la cazadora no tenían por qué derivar del acto de apuñalamiento.

—En mi opinión, más bien sugieren un arrastramiento del tejido —afirmó el hombre cuando la fiscal intentó rebatirlo—. Da la sensación de que la manga de la cazadora entró en contacto con una superficie ensangrentada, como podría ser la ropa de la víctima, y se produjo la transferencia por impregnación. Esto sucedería, por ejemplo, al intentar mover el cuerpo, registrarlo…

Pese al aspecto del perito, con bigote a lo Hércules Poirot, sombrero de ala ancha que sostenía en la mano, traje beis de espiga

y pajarita de cuadros, Paula tuvo la impresión de que los miembros del jurado le dedicaban toda su atención, como si los estuviera convenciendo. La fiscal y Villar, indignados ante las afirmaciones de un criminólogo al que consideraban poco riguroso y dispuesto a defender cualquier cosa a favor de quien pagara sus desorbitados honorarios, trataron de cuestionar su formación y sus métodos, pero el hombre no se amilanó y logró salir airoso.

Paula solo le formuló una pregunta:

—En definitiva, y según lo que ya ha expuesto, ¿considera usted que esas manchas de sangre acreditan que la acusada es necesariamente la autora del crimen?

—No, de ninguna manera.

—Nada más, señoría.

—Muy bien, puede marcharse, señor Poncela —dijo Murrieta—. Ahora haremos un descanso de veinte minutos. A la vuelta, declarará el testigo Andrés Gil.

113

El último testigo

Cuando el magistrado decretó el receso, Andrés ya se encontraba en el pasillo acompañado por sus padres. Algunos periodistas que lo descubrieron allí al salir de la sala de vistas amagaron con acercarse a él. Sin embargo, los vigilantes y los guardias civiles encargados de la seguridad del edificio ya habían previsto esa posibilidad y actuaron con rapidez para cerrarles el paso y ahuyentarlos.

Paula observó a Andrés desde la distancia. Era espigado, en torno al metro ochenta, de rasgos finos y atractivos y con el cabello moreno y cortado de una forma que a la abogada le recordó a los Beatles. Advirtió en su rostro los vestigios de la sobredosis: unas ojeras pronunciadas, los ojos todavía enrojecidos y la piel como cuarteada. Tenía las pupilas clavadas en la punta de sus zapatillas y hacía girar su reloj de pulsera metálica una y otra vez, como en una especie de tic nervioso.

Decidió alejarse de allí con los padres de Alba, que también escudriñaban al chico preguntándose qué diablos ocultaba. Los condujo a las dependencias del Colegio de la Abogacía, donde contarían con cierta tranquilidad y ella podría concentrarse en

repasar su estrategia. La fase probatoria del juicio llegaba a su recta final y no debía descuidarse.

Mientras tanto, en el juzgado de guardia, el juez Belmonte se reunía con los inspectores Sorozábal y Moreno. Sorozábal ya estaba enterado de los detalles de la operación Leo y de la información obtenida a través de la intervención del teléfono de DiCaprio. También sabía que se encontraba entre el público que asistía al juicio. Él tampoco alcanzaba a comprender qué se les estaba escapando y había decidido desplazarse hasta allí.

—Señoría, voy a bajar a la sala de vistas —informó Sorozábal mientras veía cómo la inspectora salía a atender una llamada—. Quiero estar presente cuando se reanude el juicio. Me gustaría escuchar lo que declaran ese chaval y la acusada y ver cómo reacciona el tal DiCaprio. Todo esto no es normal.

—No me parece mal, pero sea discreto. Le recuerdo que la operación antidroga es fundamental y no quiero echarla a perder sin necesidad. Lo más probable es que esas escuchas no signifiquen nada o que solo tengan que ver con el tráfico de drogas.

—Sí, eso espero —contestó Sorozábal justo cuando la puerta volvía a abrirse y la inspectora Moreno entraba con el móvil aún en la mano.

—Me cuentan mis compañeros que DiCaprio acaba de llamar a su hermano —informó ella—. Le ha dicho que, de momento, nada, y que están en un receso.

—Lo que les interesa es el interrogatorio de Andrés —razonó Sorozábal, que fijó de nuevo la mirada en el juez—. ¿Ha hablado usted de todo esto con la fiscal y el magistrado presidente?

Santiago sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Llevaba toda la mañana pensando en ello, pero se repetía que si hablaba con ellos solo lograría preocuparlos sin necesidad. Inés tenía que seguir centrada en el juicio, persiguiendo la condena de la acusada. En cuanto a Murrieta, no quería correr el riesgo de que se inquietara y empezara a lanzar miradas a DiCaprio que pudieran alarmarlo. No, era mejor no precipitarse.

—He estado valorándolo, pero… —Sacudió la cabeza con ímpetu, como para reafirmarse en su decisión—. Mire, seguramente todo esto no signifique nada. El juicio debe proseguir con la información y las pruebas que están a disposición del jurado, nada más.

Ninguno de los policías se lo discutió y los tres se sumieron en sus pensamientos, cada uno tratando de adivinar lo que sucedería en los siguientes minutos.

—¿Cree que ese chico, Andrés, es el autor del anónimo? —inquirió entonces Sorozábal.

El juez lo sopesó unos segundos.

—No lo sé. Pero no me extrañaría.

114

Algo más

La expectación era máxima cuando Andrés flexionó las rodillas y se arrellanó en la silla. No cabía una persona más en la sala de vistas y, sin embargo, no se oía un solo bisbiseo.

La prensa llevaba tiempo alimentando la teoría de que esa declaración podría dar un giro radical al caso. Sin embargo, a las acusaciones no les interesaba algo así y, en cuanto comenzó el interrogatorio, resultó obvio que la fiscal no iba a asumir ningún riesgo. Moduló la voz para dirigirse al testigo y, después de interesarse por su estado de salud, le hizo varias preguntas muy acotadas para que se limitara a responder sobre hechos que ya estaban acreditados. Andrés, que no dejaba de ejercer presión sobre su reloj y parecía preparado para salir corriendo en cualquier momento, repitió de forma milimétrica lo que sus amigos habían contado dos días antes, como si no quisiera salirse de una narración acordada.

—Después fuimos al Babylon y allí, en la pelea, Nacho arañó a Rafa en el cuello —apuntó sin que nadie le hubiera preguntado por ello—. Yo lo vi. Vi cómo sangraba entonces.

La fiscal se permitió esbozar una pequeña sonrisa y lanzó una mirada triunfal al jurado. Con esa afirmación se despejaba cualquier duda sobre el modo en que la piel de Rafa había acabado bajo las uñas de la víctima. Se desbarataba, al menos parcialmente, una de las estrategias de la defensa.

Paula trató de bucear en los ojos del chico, pero no pudo determinar si mentía. A su lado, oyó que Alba se lamentaba.

A continuación, Andrés explicó que, un poco antes de las cuatro, se despidió de Nacho y entró en casa, en el número 11 de la calle Joaquín Costa, a unos ciento setenta metros del banco de madera.

—¿Iban ustedes discutiendo o gritando en ese instante? ¿Puede que alguien les oyera? —prosiguió Inés Calderón.

—No.

Respecto al teléfono desaparecido, Andrés le aseguró a la fiscal que su amigo lo sacó cuando se aproximaban a la calle Joaquín Costa. Según él, al ver que se le había apagado, volvió a metérselo en el bolsillo izquierdo de la cazadora mientras mascullaba insultos contra sus padres por no haberle regalado otro y obligarle a utilizar ese cacharro. Además, también se quejó a voz en grito de que no le pagaban la puta ampliación de la nube y por su culpa se había quedado sin un montón de archivos cuando perdió su móvil.

—Llevaba todo el camino muy cabreado y saltaba a la mínima. La pelea con Rafa le había afectado —murmuró Andrés.

A la fiscal no le interesaba profundizar en los conflictos paternofiliales después de lo que Raquel había declarado la jornada anterior, así que renunció a hacer más preguntas. Villar la imitó.

Cuando el magistrado informó a Paula de que tenía el uso de la palabra, la abogada se dio cuenta de que la camisa se le había

pegado a la espalda por el sudor. Era consciente de que aquella intervención podría ser decisiva. El futuro de su clienta se hallaba ahí, condensado en los próximos minutos. Trató de calmarse mientras estudiaba durante un segundo a los miembros del jurado. Ninguno pestañeaba.

Agarró el bolígrafo y, sin dar rodeos, le preguntó al testigo si era cierto que Nacho había ideado la estratagema de acosar a Alba para perjudicar a su padre en su nuevo trabajo. Andrés le sostuvo la mirada a la vez que su rostro se teñía de púrpura, las venas del cuello se le marcaban y la garganta se le contraía en una suerte de espasmo.

—Señor Gil, tiene que contestar —dijo Murrieta.

Por un segundo, Paula temió que el chico se doblara sobre sí mismo y comenzara a vomitar.

—Sí… Fue… fue por eso —reconoció dejando caer la barbilla, y entonces sí se desató una oleada de comentarios entre el público—. Él… él nos lo dijo.

—¿A quiénes?

—A los tres —musitó Andrés—. Los tres lo sabíamos.

La abogada vio confirmado lo que ya venía sospechando desde la declaración de Raquel: Miguel y Rafa habían mentido al asegurar que la conducta de Nacho no tenía una causa concreta, o que al menos ellos la desconocían. Pero ¿por qué lo habían hecho? ¿Y por qué Andrés parecía tan asustado?

—Usted sabe algo más sobre los motivos de la conducta de Nacho, ¿no es cierto?

El testigo comenzó a balbucear sílabas ininteligibles, y Paula lo taladró con la mirada.

—Señor Gil, ¿se da cuenta de que hay una joven acusada de cometer un crimen terrible, a la que se le pide una pena de hasta veinte años de prisión? —le espetó sin contemplaciones—. Si sabe algo, tiene que colaborar. Está obligado a hablar. A ayudar a que se haga justicia. ¿Qué ocultaba Nacho? ¿Qué estaba ocurriendo?

Él se llevó el pulgar y el índice a los lagrimales.

—Señor Gil, conteste —le ordenó Murrieta.

Andrés bajó la cabeza y luego se quedó inmóvil, como si le hubieran disparado.

Unos segundos después, derrumbado sobre sí mismo, compartió la verdad que tanto tiempo llevaba torturándolo.

115

Alguien

Con un hilo de voz, Andrés explicó que Nacho había empezado a acumular rencor contra sus padres desde el traslado a Santander. De repente, y sin apenas tiempo para asumirlo, tuvo que abandonar su vida anterior, a sus amigos, su instituto, su ciudad natal, y se vio abocado a un nuevo comienzo muy lejos de allí.

Según Andrés, los primeros días Nacho se sintió muy solo. Las clases aún no habían empezado, y su madre se pasaba las horas trabajando en el juzgado o inmersa en la escritura de su próxima novela mientras su padre se esforzaba por demostrar su valía en su nuevo puesto, con los jefazos de la naviera. Cuando se inició el curso, Nacho hizo amistad con Rafa, Miguel y él, y poco a poco pareció que se olvidaba de su pasado y su ánimo se recomponía. Los cuatro formaban una pandilla popular, y muy pronto fueron a fiestas con la gente mayor del colegio e incluso con universitarios. Nacho ya había coqueteado con las drogas en Barcelona, una cosa llevó a la otra y, al final, varios de ellos —evitó dar nombres— terminaron consumiendo casi todos los fines de semana cuando salían por la noche; marihuana y alguna pastilla de MDMA, nada del otro mundo.

Todo fue bien hasta que llegó la última semana lectiva de diciembre y a Nacho le dieron las notas. Los demás del grupo tampoco es que fueran buenos estudiantes, pero lo de Nacho, confesó Andrés, fue un desastre. Y sus padres, siempre ausentes, de pronto aparecieron para echarle una gran bronca, gritarle que los había decepcionado e imponerle castigos y una reducción drástica de la paga. De unos sesenta euros semanales, Nacho pasó a recibir quince o, en el mejor de los casos, veinte.

En Navidades, los días que estuvo en Santander no le impidieron salir, pero no pudo seguir el ritmo que ellos llevaban. A eso se sumó que no recibió un solo regalo en casa y que, además, tuvo que cancelar la fiesta que quería dar por su cumpleaños, y ya había invitado a muchísima gente. Para Nacho aquello último fue humillante, sobre todo porque sus padres ya habían pagado al dueño del local donde iba a celebrarlo y les dio igual perder el dinero. Le dijeron que la situación se mantendría así hasta que les demostrara que mejoraba en los estudios. Fue entonces cuando, consciente de que eso le llevaría muchas semanas, quizá meses, explotó.

Al volver a clase, descargó su ira sobre Alba sin importarle que los profesores lo vieran. En realidad, era eso lo que pretendía, con el fin de que su comportamiento llegara a oídos de Julio Ferrero. Poco después, Nacho les contó que sus padres ya habían entendido por qué estaba actuando así y que parecían desesperados. Si nada cambiaba, pronto se saldría con la suya y recuperaría lo que había perdido sin necesidad de estudiar más.

—Pero no fue así, al menos al principio —murmuró Andrés, sombrío—. Ese finde, el primero tras las vacaciones, dejaron de

darle dinero. Salió con nosotros y tuvimos que prestarle algo. Creo que aquello no se lo esperaba, y por eso a la semana siguiente…

—Provocó el incidente más grave con Alba, el del viernes 20 de enero —dedujo Paula al instante.

El chico asintió y, con voz queda, admitió que, tras lo sucedido aquella mañana, pensó que se pasarían una buena temporada sin volver a verlo.

Sin embargo, se equivocaba.

Esa tarde Nacho se presentó en casa de Miguel para jugar a la PlayStation y, sorprendentemente, parecía más animado que nunca.

—¿Eufórico? —sugirió la abogada, recordando la expresión utilizada por Rafa.

—Mmm…, sí. Yo lo vi cuando íbamos a salir de fiesta, y sí…, estaba eufórico.

—¿Sabe a qué podía deberse?

—Pues al principio pensé que era porque estaba castigado y se había enfrentado a sus padres escapándose de casa. Pero no, no era por eso… —dijo, y su tono se volvió cada vez más lúgubre—. Era… era por lo que llevaba encima.

—¿A qué se refiere? —inquirió Paula, y notó que el pulso le restallaba en las yemas de los dedos, como un látigo.

La sala quedó en silencio. Solo se oía la respiración trabajosa de Andrés, como si el corazón fuera a salírsele por la boca.

—Tenía dos papelinas pequeñas de cocaína. No sé cómo las consiguió —gimió aferrando su reloj.

Paula hizo un cálculo rápido: como mínimo, eso costaba unos cuarenta euros.

—Y en la cartera, además, llevaba un billete de cincuenta —añadió el chico—. Fue todo muy raro… No entendíamos nada. No entendíamos que sus padres le hubieran vuelto a dar dinero después de lo de Alba.

—¿Y él no se lo explicó? —preguntó la abogada al tiempo que observaba de soslayo a Samuel y a Olivia. Se percató de que tenían los ojos anegados en lágrimas. Parecían a punto de romperse.

—No. No quiso.

—Entonces ¿las semanas siguientes siguió apareciendo con drogas y dinero?

Andrés se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Sí… Y cada vez abusaba más. De ahí vino el problema con Rafa, por no controlar y tontear con su novia…

—Entiendo. Háble me del tusi. Según el informe definitivo de la autopsia, Nacho pudo consumir esa droga la noche del crimen.

Una nube gris cruzó los ojos de Andrés.

—Trajo cocaína rosa, sí —murmuró empleando otro de los nombres que recibía el tusi—. Un gramo y medio… Eso nos dijo. Tuvo que costarle bastante dinero.

Paula frunció el ceño. Nunca se le había ocurrido que Nacho pudiera haber manejado tanta cantidad.

—Pero en el análisis toxicológico no consta un consumo tan elevado… —replicó.

—Porque la compartió con nosotros y con alguna persona más. Para eso, Nacho era generoso —dijo Andrés, y tragó saliva—. Era una droga que se había hecho conocida una semana antes. La policía encontró varias bolsas en una redada en un bar de Madrid y, como allí había un famoso, la noticia se hizo viral. Salió en todas

partes. Estuvimos hablándolo en clase. Nos llamó la atención. Yo ni siquiera sabía si alguien vendía cocaína rosa en Santander en aquellas fechas. Pero supongo que sí, porque Nacho la consiguió. En unos días, ahí la tenía…

Paula volvió a mirar a los padres de Nacho. ¿De dónde sacaba el chico tanto dinero? ¿Y por qué habían ocultado el chantaje al que, al parecer, intentaba someterlos su hijo con el acoso a Alba? ¿Era posible que, a partir del 20 de enero, hubieran cedido a sus presiones dándole incluso más dinero que antes para que dejara en paz a Alba y los problemas se acabaran de golpe? ¿Acaso ellos le compraban toda esa droga?

De pronto, se le ocurrió otra posibilidad.

—Señor Gil, ¿cree que su amigo pudo empezar a pasar droga en esa época y que quizá por eso tenía acceso a otras más caras y poco habituales?

—Señoría, eso es irrelevante para el veredicto —se apresuró a protestar Villar—. Además, mi compañera está pidiéndole al testigo que haga hipótesis.

Murrieta, que parecía estupefacto por las declaraciones del joven, necesitó unos segundos para recomponerse y tomar una decisión.

—Es cierto, letrada. No se admite la pregunta.

—Pero, señoría, podría tratarse de un ajuste de cuentas. De alguien que lo estuviera esperando y…

—Letrada, no se admite.

Paula no quería que el jurado se distrajera en ese momento crucial con disputas entre abogados y jueces, así que asintió y optó por retomar el interrogatorio.

—Señor Gil, ¿es cierto que, a partir de lo sucedido el 20 de enero, Nacho no volvió a molestar a Alba en el colegio?

—Sí…

—Sin embargo, casi un mes después, en la fiesta, sí se rio de ella y la humilló cuando intentó besar a ese compañero de clase, Carlos…

—Pero todos nos reímos, y Nacho iba muy pasado… Creo que no tuvo nada que ver con lo del mes de enero.

—Y díganos, ¿por qué no le contó usted todo esto a la policía? ¿Acaso no le pareció relevante?

El chico cambió de posición en la silla. Su expresión era de desamparo.

—Yo… yo no quería meterme en problemas… Pensé… Creí que había sido Alba, que tenían pruebas, que por eso la habían detenido… No le di importancia a lo otro, a lo que vi, pero luego…

Los ojos de Paula se dilataron. Sentía que la verdad estaba muy cerca, tanto que casi la tocaba con la yema de los dedos.

—¿A qué no le dio importancia, señor Gil? ¿Qué era lo otro, eso que dice que vio?

El joven hizo girar su reloj a gran velocidad en la muñeca.

—Había alguien… Esa noche había alguien.

116

Remordimientos

Ni siquiera Paula se esperaba una revelación así, y no pudo evitar sumarse a las exclamaciones de sorpresa que se elevaron entre el público.

—¿Cómo dice? —logró articular.

Con voz apenas audible, Andrés dijo que no sabía a ciencia cierta si alguien los seguía aquella noche, pero que, cuando estaban llegando a Joaquín Costa, se giró un momento al cruzar la plaza del Alto de Miranda y vio a una persona. Caminaba por la otra acera, a no demasiada distancia de ellos y en su misma dirección. Recordaba que era alta y vestía con ropa oscura. No le vio el rostro. Lo único que pudo distinguir era el logo de Adidas que brillaba a la luz de las farolas, estampado en el lateral izquierdo de una capucha gris, que llevaba puesta.

Al principio, no le dio importancia. Pensó que sería algún chaval que, como ellos, volvía a casa. Ni siquiera se planteó otra explicación a la mañana siguiente, cuando se enteró del asesinato de su amigo. El policía que fue a interrogarle le preguntó directamente por Alba y por los cuchillos que había en la fiesta, y él, que había presenciado el ataque en la casa de Víctor Hermoso y la recordaba huyendo con

uno en la mano, dio por hecho que sería la culpable. Sin embargo, después comenzó a dudar y a cuestionarse si aquella tragedia no tendría algo que ver con la misteriosa forma en la que Nacho conseguía todas esas drogas y el dinero, y si el tipo de la capucha de Adidas no sería algo más que otro chico regresando a casa. Se lo comentó a sus amigos, pero ellos le dijeron que ni se le ocurriese mencionárselo a la policía; si lo hacía, se acabaría sabiendo que todos ellos también consumían y era absurdo exponerse así, puesto que parecía obvio que la asesina era Alba. Todo el mundo lo decía y la habían detenido. Al final vio que tenían razón y guardó silencio durante meses. Pero, cuando empezó el juicio y leyó lo que se publicaba en la prensa, descubrió que los padres de Nacho estaban mintiendo o que al menos no decían toda la verdad. No era cierto que le hubieran dado a su hijo sesenta euros de paga todo el tiempo. Eso era imposible. Además, habían ocultado a qué se debía el acoso a Alba, y ellos lo sabían. No entendió por qué no estaban siendo sinceros y se preguntó si escondían algo y si Alba, después de todo, podía ser inocente. Era lo que los padres de ella sostenían con insistencia. Y, hasta donde él podía comprender, durante la primera sesión la abogada había puesto de manifiesto varios defectos de la investigación. Al leer aquellas noticias, comenzó a tener remordimientos por callar y la tarde de ese mismo lunes quedó con Rafa y Miguel para decidir qué hacer al día siguiente. Discutieron, pero no logró convencerlos de decir la verdad en el juicio. Fue imposible.

—Y por eso escribió usted el anónimo, ¿no es así? —aventuró Paula.

Los ojos del muchacho se tornaron vidriosos.

—No sabía qué hacer… Ellos declaraban antes que yo. Pensé… pensé que igual eso ayudaría a que ustedes les hicieran más preguntas, a que los obligaran a hablar también… No me atreví a poner sus nombres, pero supuse que con lo que se decía en el anónimo resultaría evidente… —musitó—. Yo… sabía que en el jurado hay una mujer que tiene una peluquería en su propia casa. Es la tía de un amigo, y él me lo había contado el finde anterior, cuando hablamos del caso. Así que busqué la dirección y lancé el anónimo por encima del muro… Luego, por la noche, me arrepentí… —gimió, cada vez más sudado—. No sabía si había hecho una tontería, y por eso… por eso el martes, antes de prepararme para el juicio… —Se detuvo y se vio obligado a carraspear—. Tomé algo para coger fuerzas, para no decir nada, para hacer lo mismo que harían Rafa y Miguel, pero…

—Se le fue la mano y acabó en el hospital —completó Paula con lástima.

Él asintió en silencio. Murrieta ni siquiera se molestó en solicitarle que verbalizara su respuesta para que quedara recogida en la grabación.

Paula miró a Alba, que se mantenía encogida sobre sí misma, como si no quisiera confiarse. A continuación, la abogada observó a Andrés y resopló mientras se debatía sobre qué hacer. Finalmente, se dijo que la policía ya se ocuparía de protegerle si fuera necesario; era su obligación. La suya, en cambio, era salvar a su clienta de un destino injusto. Debía utilizar todas las herramientas a su alcance.

—Señor Gil, ¿podría decirnos el nombre de la persona que le suministraba drogas a Nacho?

Al chico se le desencajó la mandíbula y, por el modo en que la miró, Paula confirmó que esa era la pregunta que tanto atormentaba al chaval.

—Yo… yo no…

—No me creo que no lo sepa, señor Gil.

Andrés comenzó a moverse en la silla de forma espasmódica, como si lo sujetaran unas cadenas de las que intentaba librarse. Fue entonces cuando Murrieta decidió intervenir y ayudarlo. Argumentó que, en puridad, esa pregunta no procedía porque estaban en la fase de juicio, y no en la instrucción, y que la abogada no necesitaba esa información para defender a su clienta.

—Pero, señoría, puede ser crucial para esclarecer lo que…

—Suficiente, letrada. ¿Quiere preguntarle algo más al testigo?

Paula apretó con fuerza su bolígrafo. La decisión del magistrado no era absurda, ni mucho menos, pero una respuesta del chico le habría permitido esgrimir ante el jurado la existencia de un sospechoso alternativo, probable y con nombre y apellidos. O al menos con un alias, como era habitual en ese mundillo.

—Solicito un careo, señoría —dijo de repente, casi por instinto.

El careo era una forma de enfrentar a dos testigos en el estrado cuando se apreciaba que habían incurrido en contradicciones notables entre ellos. La prueba, aunque estaba regulada en la ley, era de práctica muy excepcional, pero ¿acaso todo lo que estaba ocurriendo en ese juicio no lo era?

Villar y la fiscal se opusieron de manera enérgica, y el magistrado le pidió a Paula que aclarara el motivo de su petición.

—Algunas declaraciones de los padres de la víctima no coinciden con lo testificado por Andrés Gil, señoría, y recaen sobre puntos

esenciales, como la causa del acoso a Alba o el tipo de castigos que le impusieron a la víctima. El careo es imprescindible.

El magistrado se quitó las gafas y se frotó los ojos. Una vez más, la sala estaba envuelta en un silencio absoluto.

—¿Con quién de los dos quiere que se haga el careo? —suspiró.

La letrada se giró para observar a los padres de Nacho. Pensó en quién se vería más acorralado si lo acusaba de mentir.

—Con Olivia Canals, señoría.

117

Embrollarlo todo

Todo el mundo contenía el aliento mientras la funcionaria colocaba otra silla para la jueza y escritora superventas. Aquel careo era algo que nadie había podido anticipar, ni siquiera la propia Paula, y los periodistas se relamían con sus bolígrafos a punto. ¿Qué más se podía pedir en un juicio como ese? Se esperaba que ambos testigos confrontaran sus versiones y se desatara el caos, pero nada de eso sucedió.

Para sorpresa de todos, la madre de la víctima se arrastró hasta la silla, se dejó caer y, entre un torrente de lágrimas, hipidos y mocos, admitió que todo lo que Andrés había dicho sobre el comportamiento de Nacho era cierto. Lo hizo en el turno de Paula, puesto que Calderón y Villar habían declinado intervenir.

—Pero yo no falté a la verdad —aclaró crispada cuando la abogada se lo deslizó—. No lo hice —repitió con los ojos como hogueras, evidenciando que no iba a consentir que pisoteara su reputación—. Yo le dije a usted que estábamos muy disgustados y que no sabíamos cómo solucionar los problemas con Nacho, hasta que el 20 de enero se escapó y después nos pidió perdón y todo

empezó a mejorar. Usted no me preguntó qué pretendía mi hijo. Puede revisar la grabación.

Paula no recordaba con exactitud si la había interrogado sobre ello y no se atrevió a rebatírselo, pero tampoco se amilanó:

—Aun así, ¿por qué no lo mencionó? Podría haberlo hecho. ¿Y por qué no le dijo nada a la policía durante la investigación?

Olivia, cuyas mejillas parecían arder, apretó los labios hasta hacerlos desaparecer.

—¿Para qué, para darle alas a usted en el juicio? ¿Para que se dedicara a lanzar sospechas sobre nosotros e intentara que la muerte de mi hijo quedara impune? —escupió Olivia, y en ese momento fue más evidente que nunca su condición de jurista—. Había pruebas clarísimas contra Alba, y las sigue habiendo. Usted pretende embrollarlo todo, pero esa chica es culpable —añadió, y señaló a Alba, que estaba lívida.

—¿Y el dinero? —prosiguió Paula como si no la hubiera escuchado —. ¿Por qué mintió?

—¡Yo no mentí! Usted me preguntó cuánto solíamos darle de paga, no cuánto le estábamos dando en esas fechas. Siempre le habíamos dado unos sesenta euros, y eso fue lo que le dije. Cuando llegaron las notas, se la redujimos, sí, e incluso se la quitamos cuando empezó a comportarse así con Alba. Pero cuando nos pidió perdón y se comprometió a dejar tranquila a Alba, volvimos a darle algo. En eso es en lo único que su amigo se equivoca —dijo, y en esa ocasión apuntó con el dedo a Andrés.

Paula maldijo para sí. ¿Por qué diablos le preguntó cuánto solían darle de paga, en vez de cuánto le daban? Intentó serenarse. Por

suerte, el error ya estaba enmendado. Ahora todas las cartas estaban sobre la mesa.

—¿Cuánto le dieron de paga la semana en que murió?

—Treinta. Treinta euros —murmuró Olivia, y clavó los incisivos en el labio inferior. Luego se giró ligeramente para mirar de soslayo a su marido y agregó con voz trémula—: Yo no era partidaria de aquello. Después de lo que había hecho, creía que teníamos que ser inflexibles con nuestro hijo, no darle dinero y mantenerlo castigado, como escarmiento. Pero Samuel… Él me convenció. Decía que Nacho había pedido disculpas, que estaba poniendo de su parte y era mejor que lo tratáramos con tacto, que fuéramos con cuidado…

—Ya, para que no volviera a molestar a Alba y así su relación con Julio no se deteriorara más, ¿no? —dijo Paula—. Para proteger su puesto de trabajo…

Olivia no lo desmintió.

En la primera fila del público, Samuel había hundido la barbilla en el pecho.

—En cualquier caso, treinta euros no era suficiente —apuntó Paula, dispuesta a llegar hasta el final de aquello—. Le recuerdo que a Nacho lo encontraron con veinte euros en la cartera y marihuana. Y, según los análisis toxicológicos y el informe final de la autopsia, había consumido alcohol, cannabis y tusi. Era imposible que aquella noche aún tuviera tanto dinero. Y todavía más sabiendo ahora que, según Andrés, se presentó en la fiesta con un gramo y medio de esa droga de diseño. ¿Por qué no dijeron nada? Tal vez se habría abierto otra línea de investigación

Ella se pasó el pañuelo por los ojos.

—Todo eso solo iba a servir para confundir y manchar más el nombre de mi hijo. Y esas sustancias no tenían por qué ser suyas, o no solo de él —gimió.

Paula suspiró.

—Entonces ¿nunca sospecharon que su hijo manejaba más efectivo del que ustedes le daban? ¿Tampoco que consumía drogas?

—No. Jamás.

La abogada la miró fijamente.

—¿Y es posible que él les estuviera robando dinero?

La mujer negó con la cabeza.

—No. Eso lo teníamos muy controlado.

118

Una investigación adicional

Mientras Olivia regresaba junto a su marido y Andrés se disponía a salir de la sala, las dudas se apoderaron de Paula. Tenía la posibilidad de seguir adelante con el juicio y esperar que todas aquellas revelaciones, sumadas a la futura intervención de Alba, condujeran al jurado a declararla no culpable. Pero ¿y si no era suficiente? ¿Y si en la deliberación los miembros del jurado acababan considerando que aquel encapuchado al que se había referido Andrés no era más que una persona que simplemente pasaba por allí? ¿Y si entendían que la misteriosa fuente de ingresos de Nacho no era relevante para lo que se estaba juzgando? ¿Y si concluían que no había una sola prueba de que alguien distinto a la acusada hubiera empuñado el arma y, apoyándose en los indicios existentes contra Alba, determinaban que era la asesina? Obviamente, a esos ciudadanos no les atraería la idea de que el crimen pudiera quedar sin castigo. Además, en un juicio como aquel, en el que la presión mediática era asfixiante, lo sencillo era declarar culpable a Alba.

Por eso estaba valorando tomar otro camino, intentar algo que nunca había hecho, pero que la ley preveía. Cuando en un juicio penal se producían revelaciones o retractaciones inesperadas que

alteraban de manera sustancial el objeto del proceso, cabía la posibilidad de pedir que se abriera una investigación adicional, a fin de averiguar la verdad e impedir condenas injustas. Si lo solicitaba y el magistrado accedía a ello, la policía podría indagar sobre los interrogantes que habían surgido y Alba ya no tendría que enfrentarse a un veredicto incierto. Al menos, no por el momento. Pero aquella medida implicaba correr algunos riesgos. Para empezar, el juicio se suspendería mientras duraran las pesquisas y Alba tendría que continuar en prisión. Y en el caso de que la suspensión se alargara cinco días o más, sería obligatorio disolver el jurado. Eso supondría que, si la investigación suplementaria no llegaba a buen puerto, Alba tendría que enfrentarse a un nuevo juicio con otro jurado, empezando de cero y quizá en peores condiciones que ahora.

Paula observó a la chica, que en ese instante miraba a sus padres con el rostro contraído por el sufrimiento y la incertidumbre. Comprendió que no había tiempo para explicarle todo aquello. Como abogada, estaba sola. Tenía que tomar una decisión. Una decisión de la que, pasara lo que pasase, sería la única responsable en el futuro.

Sintió que la garganta se le cerraba.

—Señoría…, la defensa solicita una instrucción suplementaria.

119

Un hilo de esperanza

El magistrado no dijo nada durante varios segundos. Después se ajustó las gafas y, con semblante contrariado, expresó su reticencia a adoptar una medida como aquella, del todo extraordinaria.

En circunstancias normales, Paula se habría limitado a guardar silencio. Sin embargo, sabía que aquello podía marcar el destino de su defendida y se lanzó a exponer la batería de argumentos legales que respaldaba su solicitud.

Murrieta se embutió en su butaca y pidió a la fiscal y al abogado de la acusación particular que hicieran las alegaciones que consideraran convenientes. Como cabía esperar, ambos pidieron que prosiguiera el juicio.

De nuevo, el magistrado se tomó unos instantes para sopesarlo. La tensión en la sala de vistas fue creciendo. A Paula la sangre le repiqueteaba en los tímpanos. A su lado, Alba se mantenía pálida e inmóvil, como si temiera que cualquier gesto suyo pudiera influir negativamente en la decisión de aquel hombre.

—Vamos a proseguir —anunció al fin Murrieta con tono autoritario —. Quiero terminar con toda la prueba y escuchar a la acusada. Después, veremos.

Paula, que había interpretado las primeras palabras como una desestimación de su pretensión, creyó entrever en las últimas un hilo de esperanza.

Los siguientes minutos se dedicaron a la denominada prueba documental.

En la pantalla plana de la sala se proyectaron varias imágenes de la escena del crimen y de la fiesta celebrada en el chalet de los Hermoso. También algunas capturas de los mensajes humillantes y los insultos que Nacho había enviado a Alba unas semanas atrás a través de las redes sociales. Después se mostró un pantallazo del wasap en el que Alba le decía a Raquel que había sucedido algo terrible, pero que era inocente.

Uno de los momentos más fascinantes para los asistentes, por el morbo que despertaba, fue cuando se presentó ante los miembros del jurado la ropa de la víctima, con las puñaladas en el costado izquierdo, y sus pertenencias.

A continuación, se exhibió el juego de cuchillos al que en teoría pertenecía el arma del crimen, que no habían encontrado.

Por último, se reprodujo el vídeo en el que se veía a Alba subir la calle Duque Santo Mauro a las cuatro y cuarto de la madrugada. Paula reparó en que algunos de los miembros del jurado entornaban los ojos, como si buscaran en la grabación algo que no alcanzaban a distinguir. Intuyó de qué se trataba. El ángulo de la cámara del chalet no permitía apreciar si Alba llevaba en la mano un cuchillo ensangrentado.

Cuando la secuencia finalizó, el magistrado pegó el cuerpo a la mesa, se elevó un par de centímetros sobre su asiento y adoptó un

semblante solemne. Había llegado el momento estelar del juicio, el instante que muchos llevaban esperando un año entero.

—Póngase en pie la acusada.

120

La acusada

«Deje que sus planes sean oscuros e impenetrables como la noche y, cuando se mueva, caiga como un rayo». A Paula la frase se le había quedado grabada desde la primera vez que la leyó en *El arte de la guerra*, de Sun Tzu. Antonia le había recomendado aquel tratado de estrategia militar nada más incorporarse al despacho para que comprendiera que, a veces, lo más importante no está en los manuales de Derecho. Mientras veía a Alba incorporarse, la abogada pensó que, parafraseando al maestro chino, ahora llegaba la hora de moverse, de levantar el manto de oscuridad que había tendido sobre la versión de su defendida y asestar el golpe definitivo.

Se dio cuenta de que la joven caminaba hacia el micrófono a una velocidad excesiva y con los dedos agitándose como si hubieran cobrado vida propia. Aquello la alarmó. Era crucial que Alba se dirigiera a los miembros del jurado con claridad, sencillez y cercanía para que todos empatizaran con ella y revivieran de su mano el calvario que había sufrido. Y eso solo lo lograría si mantenía la calma. Le había insistido en que respirara hondo y de forma acompasada, y que no cayera en provocaciones ni recurriera a artificios o exageraciones en sus respuestas. Solo debía ser ella

misma y dejar correr los recuerdos de forma natural, como el agua de un río que, tras un tiempo detenida tras las compuertas de una presa, por fin fluye hacia el mar.

Lo habían repasado la tarde anterior y, aunque la chica estaba muy alterada, lo había hecho razonablemente bien. La idea era agotar todas las explicaciones en los interrogatorios de la fiscal Calderón y de Villar, de tal manera que, cuando le llegara el turno a Paula, ya no quedara nada que preguntar. Eso transmitiría al jurado una mayor sensación de espontaneidad y autenticidad de la acusada, que para defenderse ni siquiera necesitaba responder a preguntas previamente pactadas con su abogada. Advirtió que Alba se estremecía al tomar asiento. Tenía el pelo impregnado de sudor y las manos le temblaban. Paula se fijó en que, siguiendo su consejo, las enterraba entre los muslos. Cruzó una mirada con ella y le hizo un ademán para que borrara esa expresión de pánico y mantuviera la cabeza alta. No debía parecer abatida ni confiada. En el punto medio estaba la virtud.

El magistrado informó a la acusada de que podía acogerse a su derecho a no declarar. Con voz débil, ella manifestó que contestaría a todas las preguntas que le hicieran. Murrieta asintió con semblante inescrutable y la fiscal carraspeó antes de abrir fuego. La primera pregunta retumbó en la sala de vistas.

—Señora Ferrero, ¿cómo era su relación con la víctima antes de la vuelta de las vacaciones de Navidad?

Paula celebró que Inés Calderón hubiera decidido comenzar por el principio, sin plantear a bocajarro las cuestiones más espinosas. Eso daría a Alba la oportunidad de serenarse.

—Casi no habíamos hablado —murmuró la chica. Su mirada estaba perdida en algún punto del pasado—. Después de lo que me pasó en el otro colegio, yo… yo no hablaba mucho. Solo tenía una amiga, Raquel —gimió, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Yo… no entendí por qué Nacho empezó a hacerme todo eso.

La fiscal dio un salto en el tiempo y se situó en la noche del crimen. Alba no negó que había mentido a sus padres para poder ir a la fiesta, y dijo que, si no se marchó nada más ver a Nacho allí, fue por Carlos Alonso. Agregó que fue una estupidez lanzarse a besarlo, y sí, se sintió ridícula, humillada, ardiendo por dentro, y por eso, al oír aquellas carcajadas horribles, cogió el cuchillo y se lanzó contra Nacho.

—De modo que usted admite que, si no llega a ser por la gente que estaba allí, lo habría apuñalado… —enfatizó Inés arrastrando las palabras para que se quedaran grabadas a fuego en la mente del jurado.

—Yo… no sé qué habría pasado… Perdí el control —admitió Alba con voz trémula mientras Paula asentía para sí. Le había pedido que reconociera aquello con total sinceridad, y así lo estaba haciendo—. Por eso luego me fui corriendo. Estaba horrorizada. Y además tenía miedo…

—¿De qué tenía miedo? —le preguntó la fiscal con tono escéptico.

Alba explicó que vio a Nacho abalanzarse sobre una mesa para coger otro cuchillo, y creyó que no dudaría en matarla; estaba fuera de sí. Por eso huyó y se fue corriendo a casa, mirando por encima del hombro de vez en cuando por si la perseguía. Pero no, Nacho no apareció por su espalda. Cuando llegó a Joaquín Costa quiso tranquilizarse y pensó en llamar a Raquel. En casa no podría hacerlo,

despertaría a todos, así que decidió sentarse en aquel banco en la cuesta para desahogarse con su amiga y llorar sin miedo a que nadie la oyera. Fue entonces cuando se le cayó el cuchillo.

Y no, no se quedó en la calle porque quisiera sorprender a Nacho a su regreso, ni mucho menos, le respondió a la fiscal cuando esta lo sugirió. Ella no tenía la menor idea de a qué hora volvería, ni si lo haría andando o en taxi. Además, por lo que se comentó en la fiesta, más tarde todos pensaban ir al Babylon. ¿Cómo iba a quedarse esperándolo allí, en ese banco, si la discoteca cerraba a las seis de la mañana? ¡Era absurdo!, exclamó. Y si hubiera pretendido matarlo, habría tenido el cuchillo guardado o en la mano, y no en el suelo.

—Yo… yo nunca pensé que volvería a encontrármelo… —balbuceó.

Al escucharla, la fiscal esbozó una sonrisa triunfal.

—O sea, que usted reconoce que sí lo hizo, que sí se topó con él. Se lo comento porque, si no recuerdo mal, en la instrucción usted afirmó que esa noche subió a casa y no lo vio… ¿En qué quedamos, señora Ferrero?

Varias lágrimas se deslizaron por las mejillas de la chica. Le temblaba todo el cuerpo, y a Paula le recordó a un pajarillo desamparado en un día de invierno.

—Yo… yo… —tartamudeó con un hilo de voz mientras resistía el impulso de romper a llorar—. Yo mentí, sí… Tenía… tenía miedo. Pensaba que nadie me creería, ni siquiera mi propia abogada… Si admitía que había estado otra vez con él, yo…

—¿Está diciendo que intentó engañar a todo el mundo, incluidos sus padres, para no complicarse la vida? —escupió la fiscal.

Alba cerró los párpados y luego asintió con la cabeza. Se la percibía consumida, al límite de su fortaleza mental.

—Usted… usted no lo entiende. Me quedé sola. Aquella vez. En el otro colegio… Denuncié. Me lo aconsejaron. Y luego… luego me abandonaron… —farfulló, y la saliva se le acumuló en los labios—. El juez… Yo decía la verdad, yo decía la verdad… —chilló abrazándose a sí misma—. Pero después todos mintieron, todos los que se suponía que me apoyarían… Me dejaron sola, y ese hombre los creyó. Protegió a los acosadores, a esos… —Se tapó el rostro con las manos y, cuando ya no pudo aguantar más, estalló en sollozos que rasgaron el aire.

Paula tragó saliva y reparó en que en la bancada de enfrente varios miembros del jurado hacían lo mismo. Le había pedido a Alba que no perdiera la compostura, que se mantuviera firme y contenida al proclamar su inocencia, pero quizá fuera mejor así; quizá fuera mejor que dejara aflorar todo su dolor, que abriera las compuertas de su sufrimiento y los malos recuerdos se esparcieran por la sala.

La abogada se dio cuenta de que Inés Calderón no sabía cómo proseguir. El interrogatorio no le estaba saliendo como esperaba, pero tampoco podía detenerse. Dejar de formular preguntas daría una imagen nefasta y llevaría al jurado a la conclusión de que ni siquiera la fiscal creía en la culpabilidad de la acusada.

—¿Qué pasó después? —pronunció al fin Inés.

Alba necesitó varios segundos para reponerse. Luego miró a Paula, que advirtió que las pupilas de la joven rezumaban congoja. La abogada hizo una inclinación de cabeza casi imperceptible para insuflarle ánimos y recordarle que aquel era su momento y debía aprovecharlo. Ella asintió y dejó salir lentamente el aire de los

pulmones. Acto seguido, contestó que, tras hablar con Raquel y haberse calmado un poco, se metió un rato en las redes sociales para ver qué hacían sus compañeros y, sobre todo, para releer sus chats con Carlos; cada vez que pensaba en lo sucedido le dolía el pecho. Y de pronto, cuando no habrían pasado ni veinte minutos, añadió, oyó pasos, y luego una voz rasposa y mordaz que decía: «Anda, mira, la Cuervo, la valiente». Reconoció al instante a su dueño, y un escalofrío le recorrió la espalda y la dejó paralizada. A duras penas consiguió girar el cuello hacia lo alto de la cuesta y, allí, a unos metros del banco, lo vio. Era Nacho, y se dirigía hacia ella con zancadas largas y furiosas. Aterrorizada, logró que el resto del cuerpo le respondiera cuando ya casi lo tenía encima.

—Me empujó… Me empujó con mucha fuerza —dijo con voz trémula—. Caí hacia atrás y me di un golpe en la nuca. Me mareé y creí… creí que iba a desmayarme. Pero entonces vino de nuevo hacia mí y yo… Rodé y eché a correr. No sé cómo pude escapar. Hizo como que me perseguía y pensé que me moría de miedo, pero luego se echó a reír mientras me insultaba. Si me hubiese seguido al portal, no sé qué… no sé qué…

Alba hizo una pausa para tomar aire. El cuerpo se le contraía con violencia.

—Continúe —la espoleó la fiscal.

Entre balbuceos, explicó que consiguió entrar en el portal y meterse en el ascensor, que por suerte estaba en la planta baja.

—Después fui a mi habitación —dijo con un suspiro de alivio, como si se hubiera teletransportado a aquel momento.

Inés cabeceó despacio mientras asimilaba toda la información y dejó que pasaran unos segundos. De pronto, los ojos le brillaron de

una forma extraña.

—Y si todo eso es verdad, señora Ferrero, ¿cómo explica la sangre de la víctima en su cazadora? ¿Cómo llegó a la manga? —preguntó creyendo que acababa de desmontar su versión.

Sin embargo, la declaración de Alba aún no había terminado.

121

Confiar

Alba miró al vacío antes de responder. Aquel era el momento cumbre de la declaración, el que, según había pronosticado su abogada la tarde anterior, marcaría su suerte. Aguantó la respiración tratando de controlar sus pulsaciones y reducir la ansiedad. Sabía que era difícil que el jurado creyera sus palabras, pero ¿qué otra cosa podía hacer? «Si lo cuentas como lo estás haciendo ahora conmigo, sabrán que les estás diciendo la verdad, Alba», le había asegurado Paula. «Confía en ti misma. La justicia no te fallará. Esta vez no». La justicia… ¿Qué era eso?

Apretó las manos contra los muslos. Tenía la sensación de que el aire hervía y sentía los ojos de los periodistas y del público clavados en la nuca como alfileres. Le dolía la cabeza. Todo le daba vueltas.

—Fue… fue por la cartera.

La fiscal la observó con indiferencia ensayada.

—¿La cartera? —repitió con tono sarcástico.

Alba asintió agitada y murmuró que, nada más entrar en su habitación, se sentó en la cama para intentar tranquilizarse y, de pronto, oyó un grito fuera, en la calle.

—Fue como… fue como un alarido —dijo estremeciéndose—. Mi ventana da a la parte trasera y fui a asomarme. Entonces, al ponerme de pie, me di cuenta… —La voz le falló—. Me di cuenta de que la cazadora casi no me pesaba. Tenía las llaves y el móvil, pero la cartera… No la tenía.

Inés frunció el ceño.

—Ahora le preguntaré por su cartera, pero ¿podría aclararme qué vio al asomarse a la ventana?

—Nada. Desde mi habitación no se ve bien la calle.

—Ya. Y supongo que ahora va a decirnos que fue en ese momento cuando alguien mató a Nacho Guerra, ¿no? Quizá utilizando el cuchillo que usted había abandonado.

—Yo no lo sé… —gimió Alba, y liberó las manos de los muslos para gesticular con nerviosismo—, le repito que no vi lo que pasó. Pensé que sería otra cosa. Por eso bajé, para buscar mi cartera. Estaba segura de que en el banco la tenía en el bolsillo, sentía su peso. Nunca me imaginé que…

Paula lanzó una mirada furtiva al jurado. Todos escuchaban sin perder detalle.

—Bajé en el ascensor y salí a la calle. Yo no pensaba que… no tenía ni idea de que hubiera sucedido algo así… —insistió Alba jadeando—. Estaba el cuerpo —musitó con espanto—. Estaba el cuerpo de Nacho. Tendido, boca abajo…

—Sigo sin comprender cómo llegó la sangre a su cazadora, señora Ferrero —le espetó la fiscal con frialdad.

—Todo fue una estupidez, un error. —Se pasó el dorso de la mano por los ojos—. Por eso mentí…

—No la entiendo, señora Ferrero.

—Cuando vi el cuerpo estuve a punto de volver a casa, ¡lo juro! Pero el cuchillo no estaba allí, y mi cartera tampoco… No sabía qué hacer. Y él estaba muerto…

—¿Le tomó el pulso?

—No, no me atreví, pero al acercarme vi el charco de sangre y las heridas. Y no se movía… Creí… creí que todo el mundo me acusaría si el cuchillo no aparecía, y entonces… —La espalda se le contrajo de nuevo en una fuerte sacudida—. Entonces pensé que tal vez la cartera y el cuchillo estuvieran debajo de él… O que Nacho podía haber visto mi cartera en el suelo y habérsela guardado. Me pasaron mil cosas por la cabeza… —gimió gesticulando—. Si la policía encontraba allí cualquiera de las dos cosas se sabría que yo había estado con él y estaría sentenciada… Usted… ¡usted no lo entiende! —explotó entre sollozos al apreciar cómo la miraba la fiscal—. No sabía lo que hacía. Fue un error, lo sé, pero yo… me agaché. Me agaché y lo giré un poco. Quería buscar debajo…

Se hizo un largo silencio. Paula vio a los periodistas garabateando a toda velocidad en sus libretas. Observó de reojo a Félix Villar. Apretaba el bolígrafo con tanta fuerza que las uñas se le habían teñido de blanco.

La fiscal arrugó el rostro.

—¿Y encontró algo?

—Nada… Tampoco en los bolsillos. Alguien… alguien tuvo que llevárselos.

Inés clavó los codos en la mesa.

—Entiendo lo del cuchillo, pero ¿puede explicarnos qué había en su cartera que pudiera interesar al supuesto asesino?

Alba se removió en su asiento.

—Nada. No lo sé…

Inés hizo un leve gesto de resignación.

—Entonces, señora Ferrero, ¿debemos entender que, según usted, la sangre llegó a su cazadora por ese motivo, porque al tocar el cuerpo se manchó?

—Yo no lo sé, es lo único que se me ocurre… No lo toqué más, lo juro. Intenté no mancharme, pero estaba oscuro y… —Tragó saliva —. No me fijé hasta la mañana siguiente, cuando la policía…

—Ya, ahora llegaremos a eso. Pero antes acláreme por qué llamó a Raquel de forma tan insistente.

—¡Porque entré en pánico! —exclamó, cada vez más alterada—. No sabía qué hacer, estaba muerta de miedo… No entendía cómo había pasado algo así, y además tan rápido. Sabía que ella me calmaría, que me entendería. La llamé varias veces, pero no lo cogía. Era raro, porque antes habíamos hablado, así que decidí ir hacia allí y volver a intentarlo. Necesitaba hablar con ella, verla…

La fiscal abrió los ojos más de lo normal, desconcertada.

—¿Cómo que fue hacia allí?

—Yo nunca fui a Reina Victoria ni a la playa, como ustedes han dicho.

—Pero en el vídeo a usted se la ve…

—¡Porque para ir a casa de Raquel también se va por ese camino! —chilló.

Paula le hizo un gesto con la mano para que mantuviera la compostura.

—Con la venia de su señoría —decidió tomar la palabra la abogada—, soy consciente de que no es mi turno, pero con el escrito de defensa aportamos una fotografía aérea actualizada de la

zona de El Sardinero. Si se proyecta en la pantalla, quizá el jurado pueda seguir mejor las respuestas de mi clienta.

Aunque fue evidente que a Murrieta le disgustó que Paula hablara cuando no le correspondía, la sugerencia no le pareció mal y ordenó que se mostrara la imagen.

—Fui por ahí —dijo Alba señalando con el dedo desde su asiento. Había aprovechado aquella pequeña pausa para tomar aire y ahora la voz no le temblaba—. Me metí por Luis Martínez —una calle que se abría a unos metros de su domicilio, a mano derecha— y salí a la calle Duque Santo Mauro. Si se sigue hasta el final, se llega a Reina Victoria y a Peligros, es verdad. Pero yo giré antes a la izquierda, por Pérez Galdós, y seguí andando. Raquel vive allí, en el número 45.

—La dirección de Raquel Peña ya consta en las actuaciones —informó el magistrado—. No se preocupe por eso.

Alba asintió con la cabeza mientras la fiscal le dedicaba una mirada de desconfianza.

—Y, dígame, ¿para qué se supone que fue usted a la casa de su amiga si ella no le cogía el teléfono? No lo entiendo, francamente.

—Yo pensaba que lo acabaría haciendo y saldría a hablar conmigo —contestó Alba con desesperación—. Por eso la volví a llamar varias veces cuando llegué a la puerta… Y por eso en el registro aparecen esas llamadas unos minutos después de las primeras…

—Pero Raquel no le contestó, ¿no?

—No.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Estuve a punto de llamar al timbre. Llegué a tener la mano en el pulsador, pero no sabía si sus padres me creerían. Pensé que tal vez avisaran a la policía, que podrían empeorarlo todo… Por eso me fui.

—¿A dónde?

—Yo… Quise huir, me lo planteé, es verdad. Por un momento… —La voz se le quebró y carraspeó—. Por un momento pensé que escapar era lo único que podía hacer. Me imaginaba detenida, en la cárcel por algo que no había hecho… Pero no sabía a dónde ir. Y a esas horas…

—¿A dónde fue, señora Ferrero? —repitió Inés con dureza.

—A casa. Fui a casa y al cabo de un rato le mandé ese mensaje a Raquel. Después me asomé a la habitación de mis padres, quise contárselo, pero no sabía cómo… Les había mentido en todo. Les había dicho que saldría por el centro con ella, y yo ni siquiera la había visto. Intenté pensar cómo hacerlo, pero no sé… Y a la mañana siguiente apareció esa policía…

Alba aspiró aire con avidez, como si se hubiera quedado sin oxígeno. Después se refirió al interrogatorio al que le había sometido la subinspectora y habló del terror que la invadió al pensar que iban a arrestarla.

—Cuando se marchó, tuve la sensación de que sospechaba algo, de que estaba jugando conmigo, tendiéndome trampas. Leí en internet que, al parecer, el cuchillo no estaba en la escena del crimen y me asusté. No habían sido imaginaciones mías. Y de pronto vi esas pequeñas manchas de sangre en la manga de la cazadora, a la luz del sol… —musitó con el pánico pintado en el rostro, al tiempo que se estremecía—. Y entonces decidí huir. Esconderla por el camino y huir lejos. Por eso cogí el dinero de mis padres y lo guardé en la mochila. Pero al final no tuve fuerzas…

122

Cosa juzgada

La fiscal renunció a proseguir, consciente de que con cada respuesta de la chica, certera y emotiva, se desmoronaba más su tesis como parte acusadora. Inés se dijo que al día siguiente, durante su alegato final, ya tendría la oportunidad de recuperar el terreno perdido. Sin embargo, Villar no pensó lo mismo y, en vez de arrugarse, batalló para que antes de que finalizara la sesión la situación les fuera algo más favorable. En busca de posibles contradicciones, indagó sobre varios aspectos a los que la acusada ya se había referido, pero Alba se mantuvo sólida y coherente.

—¿Cuánto diría que tardó en subir, percatarse de que no tenía la cartera y volver a la calle? —inquirió el abogado al cabo de unos minutos, buscando otra vía de agua.

—No lo sé, no estaba pendiente. Pero supongo que poco…

—Su primera llamada a Raquel fue a las cuatro y ocho minutos, y en teoría usted estuvo utilizando las redes sociales en aquel banco hasta las cuatro y dos minutos.

—Recuerdo que subí rápido, y luego busqué la cartera en la habitación y en el pasillo por si se me había caído allí. Puede que

fuera ese tiempo, sí… Además, no la llamé enseguida. Me quedé en shock al ver a Nacho en el suelo —gimió.

—Otra cosa. ¿Vio usted a alguien cuando salió del portal? Alguien encapuchado que estuviera escabulléndose, por ejemplo.

—No, yo no… no me fijé…

Villar se recostó en su asiento y dijo que no tenía más preguntas. Murrieta extendió la mano hacia Paula.

—Señora letrada, puede proceder.

Pero Paula ya había decidido hacía varios minutos que no haría uso de su derecho. No creía que hubiera nada importante que Alba pudiera añadir, matizar o enmendar. Tal y como habían pactado ambas la tarde anterior, la chica ya había facilitado todos los detalles. En su opinión, la decisión de no interrogar a su clienta impresionaría al jurado y se convertiría en una herramienta de persuasión más.

Cuando lo comunicó, el magistrado alzó ligeramente las cejas, pero no hizo ningún comentario al respecto y se limitó a dar por finalizada la declaración de la acusada, a quien pidió que volviera a ocupar su sitio junto a su abogada.

—Letrada, no sé si mantiene su petición de que se incoe una instrucción suplementaria —dijo Murrieta al tiempo que entrelazaba las manos.

Paula, que había aprovechado aquel instante para felicitar a Alba por su actuación, le dirigió a su defendida una mirada interrogativa. ¿Mantenían la petición? La joven no reaccionó, probablemente porque, ajena por completo al mundo del derecho, no era capaz de entender la relevancia de aquella decisión. Además, parecía exhausta, sin un ápice de energía que le permitiera razonar. La

abogada contuvo un suspiro mientras valoraba de nuevo qué debía hacer. ¿Tenía asegurado un veredicto de no culpabilidad? No se lo parecía. Habían aflorado más dudas sobre lo acontecido la noche del crimen, eso era innegable, pero, si ella fuera uno de esos ciudadanos llamados a impartir justicia, ¿no sentiría el impulso de condenar a Alba? El jurado sabía de sobra que, si quedaba absuelta y luego aparecían más pruebas, ya daría igual: su caso sería cosa juzgada, lo que significaba que jamás podría revisarse. Todo aquello podía rondar perfectamente por la mente de aquellas personas que en esos momentos hacían esfuerzos por mantener una expresión indescifrable.

Tomó la decisión.

—Sí, señoría. Mantenemos la petición. Entendemos que deben investigarse las circunstancias que han quedado al descubierto hoy; en particular, las relaciones de la víctima con el mundo del narcotráfico.

No dio la sensación de que la respuesta sorprendiera a Murrieta.

—De acuerdo. No voy a resolverlo ahora, como les había anunciado, sino mañana al comenzar la última sesión —informó, lo que era tanto como decir que, al tratarse de algo complejo, quería estudiarlo y tal vez incluso consultarlo con algún compañero—. Advierto a los letrados y a la señora fiscal de que deberán venir con todo preparado. Si la resolución es denegatoria —dijo, y miró a Paula por encima de las gafas—, los tres deberán exponer sus conclusiones y hacer su informe oral, y el jurado se retirará a deliberar, ¿lo han entendido?

Paula no tuvo más remedio que murmurar una respuesta afirmativa.

El magistrado pareció satisfecho y proclamó:
—Se levanta la sesión.

123

Volar hacia el cielo

El desalojo de la sala de vistas fue caótico.

Entre la riada de personas que se disponían a regresar a sus vidas tras haberse asomado un día más a la de Alba, un hombre captó la atención de Paula. Lo vio cuando salía al pasillo acompañada por los padres de la chica. Aunque no le dio mayor importancia, le resultó curioso el parecido que guardaba con el actor Leonardo DiCaprio. Estaba apoyado en una pared y tecleaba en su teléfono móvil con urgencia. Tenía el ceño fruncido y, aun así, generaba cierto magnetismo.

—¿Qué crees que pasará, Paula? —la sacó de sus cavilaciones Sofía.

Hacía unos segundos que los padres de Alba, igual que Paula, habían tenido que contemplar, impotentes, cómo se la llevaban de nuevo a la cárcel.

Para la abogada era difícil hacer una predicción. No obstante, las últimas palabras de Murrieta la inclinaban a pensar que el juicio no se suspendería y que Alba tendría que exponerse al veredicto del jurado. Compartió su reflexión con ellos.

—¿Y eso es malo? —balbuceó Sofía.

—No necesariamente.

—Pero ¿crees que el jurado…? —comenzó a decir Julio.

—No puedo pronosticar lo que decidirán —se evadió Paula, que prefería mantener los pies en el suelo y ser precavida—. Pero sí os garantizo que mañana haré todo lo posible por convencerlos de que Alba es inocente. Venga, tenemos que irnos. Cuanto antes llegue al despacho, mejor podré prepararlo —atajó, y echó a andar tras la multitud con un nudo en el estómago.

Ya no había rastro de Alba, a quien los agentes debían de estar conduciendo al portón sur para subirla al coche y trasladarla a El Dueso.

Tras despedirse de los padres de la chica, Paula suspiró y se alejó preguntándose si aquella sería la última noche de Alba en la cárcel, o quizá una más de una cadena que se alargaría durante muchos años.

Tragó saliva y, mientras cruzaba la calle, de pronto se acordó de su jefa. Maldijo entre dientes. ¿Cómo había podido olvidarlo? Ni siquiera había pensado en ella durante el receso. Aquel olvido era la mejor prueba de hasta qué punto la absorbía esa profesión, de cómo la aislaba de cualquier cosa que no fueran sus clientes y su responsabilidad.

Se apresuró a sacar el móvil del bolso y el corazón le dio un vuelco.

Sí, tenía una llamada perdida y un mensaje de Antonia. Lo abrió con el pulso desbocado.

La enfermedad remite!!!

Una explosión de júbilo le estalló en el pecho y la inundó por completo.

Allí, en mitad de la cuesta de la avenida Pedro San Martín, dio un salto de alegría y profirió un grito liberador que voló hacia el cielo.

124

El objetivo

El sonido del teléfono provocó que Santiago apartara la vista de los papeles. Era Macarena. Aunque no solía comentar con él lo que sucedía en los juzgados, en esa ocasión la periodista había vuelto a hacer una excepción y le había escrito un wasap en el que le hablaba de unos giros alucinantes que «ni en *Testigo de cargo*». La mención de aquella obra lo retrotrajo a sus primeras lecturas de adulto, pero no pudo sumergirse demasiado en el pasado. Enseguida se preguntó qué habría ocurrido.

Estaba dudando entre llamar a Inés o a Sorozábal cuando el móvil volvió a reclamar su atención. Era la inspectora Moreno.

—Señoría, lo que nos temíamos: está pasando algo —farfulló ella con tono excitado—. DiCaprio acaba de llamar muy nervioso a su hermano. Le ha dicho que se ha destapado todo, aunque no han salido nombres. Y también que la abogada ha pedido que se abra otra investigación para encontrar al camello del muerto.

—Joder, ¿cómo que la abogada ha pedido otra investigación? ¿De qué coño habla? —la cortó Santiago, que no entendía nada.

—Ahora lo aclararé con Sorozábal. Yo tampoco lo comprendo. Pero lo importante es que DiCaprio estaba muy preocupado. Según él, la

abogada ha puesto en aprietos a Andrés y el magistrado no ha decidido aún si abrirá esa investigación. Le ha venido a decir a su hermano que, como lo haga y presione al chaval, todo se complicará mucho.

—Se confirma entonces que tienen miedo de que Andrés acabe cantando y deje al descubierto a Hamilton, ¿no?

—Es posible. La gran duda es si se trata solo de un asunto de drogas o…

La irrupción de Sorozábal en el despacho impidió que el juez escuchara el resto de la frase. Santiago, que estaba deseando conocer lo que había acontecido en la sala de vistas, le hizo un ademán para que tomara asiento. Informó a Moreno de la llegada del policía y activó el altavoz del teléfono. Sorozábal los puso rápidamente al corriente de las novedades.

—¿Y de dónde cojones sacaba ese chaval tanta pasta? —masculló Santiago haciendo un aspaviento—. ¡Nadie nos dijo que manejara esa cantidad de droga! Joder, si esos chicos no se hubieran callado, lo habríamos investigado.

—Puede que lo averigüemos enseguida —murmuró Moreno, agitada, al otro lado de la línea.

—¿A qué se refiere?

—Al final de la conversación, DiCaprio le ha dicho a su hermano que no hay más remedio que moverse. Y mis compañeros me informan de que Hamilton se ha puesto en marcha —añadió con gravedad.

Santiago intercambió una mirada de desconcierto con Sorozábal.

—¿Lo están siguiendo? —le preguntó el inspector a su compañera.

—Sí. Tengo a dos agentes tras él, uno en coche y otro en moto. Hamilton estaba en una parada de taxi en el centro de Santander y acaba de arrancar.

—¿Cree que Andrés es el objetivo? —inquirió el juez.

—Es difícil saberlo, señoría, pero le hemos asignado protección —contestó Moreno—. Ha vuelto a su casa sin ningún percance.

—No pierdan a Hamilton —ordenó Santiago, frenético—. ¿Y DiCaprio?

—Lo he visto saliendo del edificio —dijo Sorozábal.

—Ahora mismo está yendo hacia su coche —apuntó la inspectora Moreno—. También tengo un equipo tras él.

El juez asintió para sí, reconfortado.

—Bien. Estén atentos. Sea lo que sea, esos dos están tramando algo peligroso, y no podemos fallar.

Le agradeció a la inspectora su esfuerzo, le pidió que los mantuviera al tanto de cualquier novedad y cortó la comunicación.

El despacho quedó en silencio, con Santiago y Sorozábal enfrascados en sus pensamientos. ¿Hacia dónde los llevaba todo aquello?

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante.

Era la fiscal Calderón.

125

Ráfaga

La inspectora Moreno se internó en el barrio de Valdenoja conduciendo uno de los vehículos camuflados de la comisaría. Tras subir una pendiente pronunciada, adelantó a un autobús municipal y giró a la izquierda. Luego torció por una bocacalle y aparcó en línea. Antes de apearse, se aseguró de que llevaba la pistola. Mandó un mensaje al grupo que había creado con los agentes asignados a la operación y avanzó con pasos rápidos hasta doblar una esquina. Se asomó con cautela. Al comienzo de la calle, larga pero poco transitada, vio estacionado el coche que buscaba: un Toyota Auris plateado. Se encaminó hacia él con aire fingidamente despreocupado. Cuando llegó a su altura, se agachó, abrió la puerta trasera y se dejó caer en uno de los asientos.

—¿Dónde está? —le preguntó al policía que estaba al volante y miraba al frente a través de unos pequeños prismáticos.

Era el subinspector Cobo, su compañero habitual de fatigas.

—En el taxi. Está aparcado a unos cien metros de aquí, en la otra acera. Tenga —le dijo volviéndose hacia ella y tendiéndole los binoculares.

La inspectora los rechazó con un gesto. Se fiaba de su colega. Ella había conducido hasta allí a toda prisa al saber la dirección que tomaba el sospechoso. Desde la comisaría hasta Valdenoja no había más de diez minutos. En la oficina había dejado a una agente pendiente de las escuchas, por si los dos hermanos volvían a hablar.

—¿Cuánto lleva ahí?

—Un rato.

—¿Y Fortuny? —preguntó refiriéndose al otro policía.

—Al otro lado de la calle con la moto. Tenemos las dos partes bien cubiertas.

De pronto, el móvil de la inspectora sonó. Era Fortuny. Decía que un hombre acababa de bajar del autobús y caminaba en dirección al sospechoso. Quizá no estuviera relacionado, pero debían estar alerta. El subinspector Cobo se llevó los prismáticos a los ojos y asintió con la cabeza.

—¿Lo reconoces? —le preguntó Moreno.

—Sí. Es un tipo que le ha comprado droga más de una vez, un cliente. Lo he visto en alguno de los seguimientos —dijo Cobo aludiendo a las vigilancias que había realizado en el marco de la operación Leo—. Es el calvo del lunar.

—Vale, ya sé a quién te refieres. Lo he visto en alguna foto de los atestados.

—¡Hamilton sale del coche! Han quedado, está claro.

La inspectora se preparó para hacer fotos echando mano de una cámara que Cobo tenía en el asiento del copiloto. A través del teleobjetivo, vio que los dos hombres se detenían a un par de metros del taxi e iniciaban una conversación.

No era un encuentro para un pase de droga. Eso resultó obvio desde el principio.

Conversaron agitadamente durante unos minutos. De pronto, el camello, que había lanzado una mirada a su alrededor para cerciorarse de que nadie los observaba, apretó los puños, se estiró para hacerse más grande y acercó su rostro con aire amenazador al del otro tipo, que dio un salto hacia atrás, acongojado, y negó con la cabeza. Moreno presionó sin cesar el disparador de la cámara.

A medida que transcurrían los segundos, la discusión fue a más, hasta que Hamilton, colérico, perdió los nervios, lo agarró por la pechera y lo arrojó al suelo. El otro no se defendió y se hizo un ovillo mientras el camello se colocaba a su lado y armaba la pierna, como si fuera a golpearle la cabeza.

—¿Qué hacemos, jefa?

—Esperar. No podemos delatarnos.

Moreno hizo una ráfaga de fotos mientras el traficante descargaba un puntapié en el rostro del hombre.

—Dios —se lamentó Cobo.

La inspectora apretó la cámara con fuerza. ¿Se atrevería Hamilton a darle una paliza allí? ¿Es que había enloquecido? ¿Qué estaba pasando? Vio cómo el hombre del lunar se estremecía y levantaba las manos para suplicar clemencia. El camello, dominado por la frustración, se agachó y le propinó un puñetazo brutal.

En ese momento, una señora se aproximó por la calle y empezó a gritar.

Hamilton reaccionó rápido. Se metió en el taxi a toda prisa, dio un portazo y se marchó del lugar derrapando.

—¡Fortuny, síguelo! —ordenó la inspectora a través del teléfono.

Cobo y ella se quedaron vigilando al herido, que hacía esfuerzos por levantarse.

—¿Lo ayudamos? —sugirió el subinspector.

—No. Belmonte fue muy claro: no podemos poner en riesgo la operación Leo. Además, ya se las está apañando él solo.

—Entonces ¿nos vamos?

—No, espera. Quiero ver qué hace.

La mujer que había gritado asistió al herido. Observaron que ella decía algo y el hombre negaba con la cabeza. Supusieron que estaba rechazando que le pidiera una ambulancia.

Al cabo de unos segundos, lo vieron perderse tras una esquina.

—Arranca. Venga.

Lo siguieron con precaución, a cierta distancia. El hombre recorrió varias calles hasta que, casi en la zona del campo de golf de Mataleñas, se detuvo en un portal, sacó unas llaves del bolsillo y se introdujo en el edificio.

—Aparca ahí —le ordenó Moreno a su compañero señalando un hueco a pocos metros.

La inspectora cogió el móvil y sacó una foto a una de las instantáneas que acababa de proyectar en la pantalla de la cámara. Luego abrió el WhatsApp y se la envió al juez Belmonte.

A varios kilómetros, en el complejo judicial de Las Salesas, Santiago continuaba reunido con Inés Calderón y Sorozábal a la espera de noticias. Dejó de hablar al darse cuenta de que había recibido un mensaje de Moreno. Por fin daba señales. Entró en la aplicación.

Hamilton se ha peleado con este tipo. Es cliente suyo.

Pero hoy no le ha vendido droga.

Cuando la fotografía se desplegó en su teléfono, el juez se atragantó. No podía creer lo que estaba viendo.

Alarmados, la fiscal y el inspector se levantaron y se apoyaron en el escritorio para inclinarse hacia él. Santiago les mostró el móvil y ambos palidecieron.

Era Joaquín Martos, el jefe de estudios del colegio Picos de Europa. Uno de los testigos del juicio.

126

La orden

Santiago no entendía nada. ¿Qué papel tenía ese hombre en todo aquello? Acababa de comprobar que, en efecto, Joaquín Martos aparecía comprando droga a Hamilton en varias fotografías incorporadas a los dosieres de la operación Leo. Pero ¿cómo iba a reparar él en esa coincidencia con los centenares de imágenes y decenas de informes que le habían remitido los agentes a lo largo de todos esos meses? No podía reprocharse nada. Él solía dejar que las fuerzas y cuerpos de seguridad le resumieran sus actuaciones para justificar las medidas de investigación que precisaban y se limitaba a hacer algunas comprobaciones. Si no, le sería imposible realizar su trabajo. Tampoco podía atribuirle desliz alguno a la inspectora, dado que ella no estaba a cargo del «crimen del Carnaval» y no conocía la identidad de las personas relacionadas con ese caso. Aun así, lamentaba que hasta entonces no se hubieran percatado de aquella conexión. Pero ¿en qué se traducía ese nexo?

—¿Y no saben a qué viene esa pelea? —exclamó frustrado. Llevaba varios minutos hablando con la inspectora por teléfono, con el altavoz puesto—. ¿No han escuchado nada?

—Señoría, estábamos muy lejos, no podíamos… Espere, espere —se interrumpió Moreno de pronto, exaltada.

—¿Qué?

—Está saliendo del portal, señoría. Es él. Se ha limpiado la sangre y lleva una mochila al hombro. Arranca, Cobo, ¡arranca!

Santiago contuvo la respiración y miró de soslayo a Inés y a Sorozábal, que no apartaban la vista del móvil colocado sobre la mesa, perplejos.

—Está bajando la calle —retransmitió Moreno—. Acaba de abrir un Peugeot 308 de color blanco. Vamos tras él.

En el coche policial camuflado, el teléfono del subinspector Cobo empezó a sonar. El policía lo sacó del bolsillo y, sujetando el volante con la otra mano, se lo pasó a Moreno. Ella le pidió al juez que se mantuviera a la espera y atendió la llamada.

Era la agente encargada de las escuchas. Los dos hermanos habían hablado por teléfono hacía un momento. Hamilton le había contado a DiCaprio que no había conseguido que «el Profesor» —así referían a Joaquín Martos— le dijera nada.

—DiCaprio le ha echado una bronca tremenda. Le ha dicho que es un puto inútil, y el otro le ha respondido que qué cojones iba a hacer, que el hijo de puta había adivinado que estaba grabando la conversación y que, cuando intentaba sacarle la verdad a golpes, apareció una vieja y tuvo que largarse.

Moreno se llevó un dedo a la frente mientras el subinspector Cobo mantenía el vehículo a una distancia prudencial del Peugeot. El jefe de estudios había puesto rumbo a Cueto, un barrio ubicado al norte de Santander, entre Valdenoja y los acantilados de la Costa Quebrada.

—¿Sacarle qué verdad? —preguntó la inspectora, que se sentía como un barco a la deriva.

Ni Cobo, que le devolvió una mueca de desconcierto, ni la agente al otro lado del teléfono supieron contestarle.

—Si vuelven a hablar, avísanos enseguida —se despidió Moreno de su compañera.

Tras colgar, retomó la conversación con el juez Belmonte, la fiscal Calderón y Sorozábal. Les contó a toda velocidad las novedades, y el estupor de ellos fue similar al suyo.

—Ahora estamos dejando atrás las casas y vamos en dirección al campo de fútbol… Esto es muy raro, señoría.

—¿Al campo de fútbol? Pero si eso está casi al borde del mar…

—Sí, y no hay nadie por estas carreteras. Estamos dejando que se aleje para que no nos descubra, pero el riesgo de perderlo es cada vez mayor. ¿Qué hacemos, señoría?

El juez se agarró un mechón de la melena y lo retorció. No quería adoptar ninguna medida que dinamitara la operación Leo, pero al mismo tiempo no podía permitir que aquel hombre siguiera en dirección a los acantilados sin que ellos supieran qué pretendía hacer con la mochila.

—Continúen —sentenció—. Y manténganse en línea.

La inspectora transmitió la orden a su compañero, que aceleró por esa carretera secundaria que serpenteaba entre la inmensidad de los prados.

Unos minutos después, los policías repararon en que el Peugeot rebasaba la estación de la Agencia Estatal de Meteorología, bordeaba el campo de fútbol municipal de Cueto y se detenía al comienzo de un sendero que, según sabían, conducía al Panteón del

Inglés, un pequeño monumento de piedra con tejado a dos aguas y una cruz en la cúspide, que se elevaba frente al Cantábrico.

Vieron que el hombre se bajaba del coche, se colgaba la mochila al hombro y echaba a andar por el sendero.

—Aparca ahí. ¡Vamos! —le ordenó Moreno a su compañero.

Cogieron la cámara de fotos y enfilaron el camino fingiendo ser una pareja que paseaba por la zona. Aquel itinerario formaba parte de la ruta turística de la Costa Quebrada y sería difícil que el tipo los identificara como policías. Había un hombre jugando con un perro, y a pocos metros una mujer hacía yoga frente al mar. Eso, quiso pensar Moreno, los ayudaría a pasar desapercibidos. Sintió la brisa marina acariciándole el rostro y percibió el sonido de las olas rompiendo contra las rocas con ferocidad. Sobre su cabeza, el cielo se había tornado cárdeno y amenazaba tormenta.

—Señoría, me temo que el sospechoso va directo hacia el acantilado. O se tira él o, lo más probable, quiere deshacerse de lo que sea que lleve en la mochila…

Moreno oyó que el juez profería un improperio. Sin duda, no quería tomar una decisión equivocada.

A su lado, el subinspector Cobo extrajo sus pequeños prismáticos de la cazadora justo a tiempo de ver que el sospechoso se paraba ante el acantilado, depositaba la mochila en el suelo y miraba a su alrededor con discreción.

—Está sacando algo de la mochila —informó Cobo—. Es… es rojo. Un móvil, creo.

Santiago, que lo escuchó a través del teléfono de la inspectora, lanzó la orden.

—Deténganlo. ¡YA!

127

Muy cerca

Esa tarde, en el piso de Antonia reinaban el júbilo y el alivio. Las risas resonaban en aquellos largos pasillos que habían estado habitados por el silencio, el miedo y la desesperanza durante demasiado tiempo.

Ajena por completo a los últimos descubrimientos del Grupo de Estupefacientes y el juez Belmonte, Paula disfrutaba de la visita sorpresa que Álvaro, Marina y ella habían organizado para compartir con Antonia la buena noticia. Los resultados de la analítica habían confirmado un retroceso notable de la enfermedad. No sabían si se curaría, aún era pronto, pero la ocasión merecía esa pequeña celebración, o eso creían.

Paula observó con deleite a la dueña del bufete, que, agradecida, pasaba una mano por encima del cuello de Álvaro y la otra por el de Marina. Era como si de pronto hubiera rejuvenecido varios años, se la percibía llena de energía. Vio que Antonia le hacía un gesto para que se uniera a ellos y, sin dudarlo, se abrazó con todos, como si fueran un equipo conjurándose para ganar un partido.

En el salón también se encontraban el marido de Antonia y su hijo, que desbordaban felicidad. Al separarse de sus compañeros,

Paula se quedó mirando unos instantes al joven, que en breve acabaría la carrera de Derecho. Si nada cambiaba, pronto entraría a trabajar en el bufete. Se sorprendió preguntándose si, cuando llegara ese momento, ella seguiría en Pomposo y Asociados. Sintió que la sonrisa con la que había llegado a casa de Antonia se le desdibujaba, y la voz de Teresa le reverberó en la mente: «No es hora de pensar en eso». Se dijo que su pareja tenía razón, como siempre, y le guiñó un ojo al chico.

Luego echó un vistazo a su reloj de pulsera. Enseguida tendría que marcharse. Aún no había preparado el esquema del alegato que pronunciaría ante el jurado al día siguiente, tras la fiscal y el abogado de la acusación particular.

Sería su intervención final.

El juicio lo cerraría Alba, que tendría el derecho a la última palabra.

Después, todo quedaría en manos de esos nueve ciudadanos llamados a hacer justicia.

Eso, siempre y cuando Murrieta no decidiera proceder a la suspensión de la vista, claro. Aunque esa posibilidad cada vez se le antojaba menos probable.

Antonia, que conocía bien los rictus de su compañera, se aproximó a ella, le apretó el hombro con delicadeza y le dijo:

—Gracias por venir, de verdad. Ahora ve a salvar a esa chica. Estás muy cerca.

128

Adrenalina

Había anochecido y en la fachada del complejo judicial solo brillaba la luz que emitía el flexo del despacho de Santiago.

Hacía rato que había llamado a Macarena para pedirle que cenara con su madre y cuidara de ella. Él no sabía a ciencia cierta a qué hora regresaría. Tampoco había ido a comer. No pudo darle ninguna explicación a su mujer sobre lo que ocurría porque, como juez instructor, debía guardar el secreto que le imponía la ley, pero se prometió devolverle el favor con creces en cuanto todo quedara atrás. Macarena, tan discreta y elegante como siempre, ni siquiera había preguntado.

En el reloj del ordenador vio que ya eran las nueve, y aún tenía varias resoluciones pendientes de redactar. Por fortuna, el instinto no le había fallado ese mediodía, y la decisión de intervenir y detener a Joaquín Martos lo había precipitado todo.

Mientras tecleaba, pensó que ese acierto se lo debía en buena medida a su obsesión por el trabajo y, en particular, por el «crimen del Carnaval». El enigma de la desaparición del teléfono de la víctima lo había intrigado desde el principio, y durante los primeros meses de la investigación repasó los diversos testimonios en busca

de una pista que hubieran pasado por alto. Al final, acabó asumiendo, como Sorozábal, que era un cabo suelto sin importancia. Pero no olvidó la descripción del móvil que los padres les hicieron la primera vez que los interrogaron. Según ellos, era de color rojo, igual que el objeto con apariencia de teléfono que, según el subinspector Cobo, Joaquín sacaba de la mochila, al pie del acantilado. Fue el recuerdo de aquella descripción, sumado al comportamiento de ese hombre y a las conversaciones que llevaban escuchando entre los traficantes, lo que lo impulsó a dar la orden de arrestarlo. No podía arriesgarse a que ese móvil cayera al mar y que, arrastrado por las corrientes del Cantábrico, se perdiera para siempre.

Según le contaron más tarde los agentes, cuando echaron a correr hacia el objetivo y le gritaron que estaba detenido, el tipo se quedó petrificado y, unos segundos después, cayó de rodillas como si lo hubiera fulminado un rayo. Tembloroso y con los ojos desorbitados, no se movió hasta que ellos llegaron a su altura y lo esposaron. Enseguida constataron que lo que tenía en la mano era un iPhone con varios rayones en la pantalla. Poco después, en la comisaría, pudieron comprobar que era el teléfono de Nacho Guerra. Además, oculta bajo una toalla en el fondo de la mochila, los policías hallaron una cartera de cuero marrón, con el lomo desgastado y un rasponazo en la parte posterior. Era de hombre, y al abrirla descubrieron con estupor que pertenecía a Alba Ferrero. Allí había varios carnets a su nombre, incluido el DNI.

Santiago dejó de escribir y suspiró. Cuanto más lo pensaba, menos creía entender. ¿Qué papel jugaba ese hombre en la intrincada red de secretos que envolvía el caso? ¿Y por qué tenía ese

teléfono y la cartera de la chica? ¿Cómo habían llegado a sus manos? Por otro lado, ¿qué lo había llevado a querer deshacerse de ellos esa tarde de manera tan precipitada?

Desvió la mirada hacia la resolución que había firmado Edmundo Murrieta hacía unas horas. Se había reunido con el magistrado a primera hora de la tarde, mientras los agentes trasladaban al detenido a comisaría. Ambos llegaron a la conclusión de que no había otra opción que suspender el juicio y abrir una investigación suplementaria del «crimen del Carnaval». Sin ella, era ilegal analizar el contenido del teléfono y llevar a cabo otras actuaciones dirigidas a esclarecer el grado de implicación del sospechoso en el caso. Murrieta le confesó que, antes de conocer todo aquello, tenía decidido rechazar la solicitud de suspensión de la abogada de la defensa, pero ahora la situación era radicalmente distinta. Nada más abrir la siguiente sesión, le dijo Murrieta, comunicaría su decisión al jurado y la vista quedaría paralizada.

Santiago dio un trago al café que se había preparado para mantener la mente a pleno rendimiento. Las imágenes de lo sucedido el resto de la tarde desfilaron por su mente como en una película. Después de que el detenido se negara a declarar por consejo de su abogado, se había efectuado el registro de su vivienda, que permitió un nuevo avance en la investigación. En el armario empotrado del dormitorio principal, los agentes encontraron varias papelinas de cocaína escondidas en un cajón con doble fondo. La cantidad no era suficiente para acusarlo de tráfico de drogas, ni mucho menos, pero sí probaba su condición de consumidor. Además, en un armario de otra habitación, localizaron una cazadora deportiva de color gris oscuro con el logo blanco de Adidas estampado en el

lateral izquierdo de la capucha. Coincidía con la descripción que Andrés había dado en el juicio sobre la vestimenta del individuo que divisó la noche del crimen, y se apresuraron a introducirla en una bolsa de pruebas. Lo mismo hicieron con un disco duro externo y un ordenador portátil que encontraron en el salón.

El juez respiró hondo y comprobó que seguía sin recibir ninguna notificación en el móvil. En la comisaría de La Albericia varios efectivos de las brigadas provinciales de la policía judicial y la policía científica trabajaban a contrarreloj para examinar lo incautado y extraer las primeras conclusiones, pero al parecer aún no había novedades. Tenía la convicción de que al día siguiente, cuando se anunciara la suspensión del juicio por la apertura de una instrucción suplementaria, se produciría un terremoto mediático de proporciones épicas, y muchos periodistas afilarían las plumas para criticar el modo en que se había llevado el caso desde el principio. Aunque era consciente de que los defectos no eran culpa suya ni de la policía, sino de la opacidad y las mentiras de unos chavales que no habían querido buscarse problemas, no ignoraba que la única manera de evitar que aquel escándalo lo salpicara era dar con la solución cuanto antes. A ser posible, antes de que Murrieta se dirigiera al jurado. Según el inspector Sorozábal, el análisis del teléfono del detenido podía tardar de unas pocas horas a días; dependía de la complejidad del dispositivo, la cantidad de información que tuvieran que examinar y la necesidad o no de recuperar datos borrados. En el caso del móvil de Nacho, el proceso se aceleraría porque sabían cómo acceder sin forzar la seguridad. Aunque lo normal en un teléfono como aquel era desbloquearlo mediante huella dactilar, también podía hacerse tecleando un código de seis dígitos, y Andrés,

con el que habían hablado esa misma tarde, lo conocía: era la fecha de nacimiento de Nacho. Su amigo se lo dijo más de una vez cuando le dejaba el móvil para mirar fotos y cosas así.

Por otro lado, Santiago no perdía de vista la operación Leo. Si todo iba bien, la intervención policial se produciría en apenas un cuarto de hora. Tras lo ocurrido con el jefe de estudios, esa tarde se había planteado detener de inmediato a Hamilton, registrar su domicilio e interrogarlo. Era obvio que ese tipo y su hermano tenían información importante sobre el «crimen del Carnaval». Sin embargo, al final decidió que no merecía la pena poner en riesgo la operación antidroga por unas pocas horas de diferencia. Si DiCaprio sospechaba algo, no acudiría a recibir la mercancía de sus proveedores, y era fundamental cogerlo durante el pase para asegurar una futura condena. En ese momento tenían vigilados a los dos hermanos, y ninguno parecía haberse enterado de la detención de Joaquín. Ambos habían hablado por teléfono en cinco ocasiones a lo largo de la tarde. A Hamilton se le notaba muy nervioso, asustado por la posibilidad de ser detenido en caso de que Andrés hablara. Según se desprendía de sus conversaciones, no se atrevían a intentar nada contra el chico, que estaba recluido en casa, y al jefe de estudios no habían podido localizarlo. DiCaprio también había verbalizado su temor a que, tirando del hilo, la policía acabara llegando hasta él mismo. Por eso acordaron no verse en unos días. Según la inspectora Moreno, el miedo hacía que adoptasen menos precauciones a la hora de expresarse en sus comunicaciones, y la agente a cargo de las escuchas estaba tomando buena nota de todo.

El móvil del juez vibró y lo sacó de sus pensamientos. Era ella, Amanda Moreno.

En posición, señoría. El sospechoso ha entrado en Santoña y los otros se dirigen al punto de encuentro. Todo OK.

Apretó el puño. Si nada se torcía, en unos minutos el operativo montado por la Policía Nacional sorprendería a DiCaprio y a los narcos colombianos en pleno traslado de la droga. Acto seguido, y antes de que se pudiera correr la voz, otros agentes detendrían en diversos puntos de la región a todos los taxistas pertenecientes a la organización criminal. Y en Galicia, los compañeros de A Coruña caerían sobre los otros traficantes que participaban en la introducción en España de la droga procedente de Sudamérica. Luego comenzarían los registros domiciliarios, que se extenderían a lo largo de la noche.

Sintió la adrenalina corriendo por su cuerpo.

Por momentos como aquel se había hecho juez de instrucción.

129

Las respuestas

Viernes 12 de abril de 2024

Las respuestas que ansiaba llegaron a primera hora de la mañana. Santiago vio el mensaje del inspector Sorozábal cuando salió de la ducha, a las siete y media. Tras despedirse de Macarena, que estaba levantándose, puso rumbo a la comisaría de La Albericia, en Santander. Mientras cogía el ascensor pensó en su madre, que aún dormía. Esperaba que pudieran pasar más tiempo juntos el fin de semana.

En el coche, encendió la radio y comprobó que todavía no había saltado la noticia de la desarticulación de aquella organización criminal de taxistas cántabros dedicados al transporte y menudeo de droga, pero no tardaría en conocerse.

La operación Leo había sido un éxito rotundo. Ninguno de los delincuentes había escapado, incluidos los narcos de Galicia, y los registros se habían saldado con abundante material incautado: armas blancas y de fuego, balanzas de precisión, herramientas para cortar la droga, dinero negro y, por supuesto, bolsas llenas de

estupefacientes. Todavía quedaba un largo camino por recorrer hasta que se los condenara, pero aquel golpe era fundamental.

Sin embargo, en los domicilios de Hamilton y DiCaprio no habían hallado nada relevante vinculado al «crimen del Carnaval».

Santiago hizo caso omiso de su estómago, que seguía en ayunas, y aparcó junto a la puerta de la comisaría. Avisó al agente de la entrada y Sorozábal enseguida salió a recibirlo.

En una sala de reuniones de la segunda planta, el inspector le expuso las novedades. Por su sonrisa, el juez supo que eran buenas noticias.

—Esto estaba en el móvil del chico asesinado —le dijo Sorozábal al tiempo que le mostraba la pantalla de un ordenador portátil y le señalaba un archivo de audio que tenía abierto—. Podemos escucharlo, pero será más rápido que lo lea. Aquí tiene la transcripción. Corresponde a la tarde del 20 de enero de 2023. Es una conversación grabada a partir de las seis y media.

Santiago cogió el documento. Hizo memoria. Aquel día fue cuando Nacho humilló a Alba en el colegio por última vez. Esa tarde sus padres lo castigaron sin salir de casa, pero él los desobedeció, se fue y no regresó hasta bien entrada la madrugada. Al día siguiente les pidió perdón por su comportamiento y no volvió a molestar a la chica hasta el día de la fiesta.

Intrigado, empezó a leer.

(Se oyen balones botando en la lejanía. Risas y gritos femeninos. Más cerca, una puerta que se abre. Pasos rápidos, furiosos).

Habla Joaquín Martos, o una persona con una voz muy similar: ¿Qué haces aquí? ¿Qué hacías ahí sentado en la grada?, ¿eh?

Contesta Ignacio Guerra o una persona con una voz muy similar: ¿Es que no puedo ver cómo entrenas a las chicas? Este pabellón es un espacio público, ¿no? (Risa breve).

J.: No puedes estar aquí. ¿Y tus padres? ¿Te han dejado salir después de lo que ha pasado?

I.: No. He tenido que escaparme. Por cierto, me vendrá muy bien tu dinero esta noche. Y lo otro también. Muy agradecido. (Risa breve).

J.: ¿Has sido tú? Hijo de pu…

(Ruido de forcejeo).

I.: ¡No me toques! ¿Me has oído? ¿O quieres que le diga a todo el mundo lo que te metes por la nariz?

J.: No te atrevas a…

I.: Que no me atreva a qué, ¿eh? ¿Vas a amenazarme tú? (Carcajadas). Esta mañana no tendrías que haberme dejado solo en jefatura mientras ibas a buscar al director.

J.: ¿Cómo sabías que…?

I.: (Carcajadas). Yo solo quería cogerte algo de pasta, ¿vale? Sabía que mis padres me la montarían y que no me darían ni un puto euro para salir por la noche, eso si no tenía que escaparme. No me apetecía volver a mendigarles otra vez a los colegas, así que…

J.: Cogiste la cartera de mi abrigo, ¿no? ¡Eso es robar! ¿Tú te das cuenta de lo grave que…?

I.: (Carcajadas). ¿Me vas a hablar tú de lo que es grave? (Más carcajadas). He flipado al ver lo que tenías ahí. ¿Te metes rayitas entre las reuniones o qué? Joder, me imagino lo que pensaría Esme si lo supiera. Fliparía. ¿Empezaste por lo de tu

otra hija, la muerta? Ah, sí, no me mires con esa cara. En el colegio todos sabemos que la atropellaron por tu culpa.

(Silencio. Respiración agitada).

J.: Hijo de puta. Como le digas algo a Esmeralda, te juro que…

I.: Qué, ¿eh?

(Silencio).

J.: No tienes ninguna prueba de lo que dices. Te lo estás inventando.

(Carcajadas).

I.: Sí, claro. Oye, si quieres pruebo a decírselo a ella, a ver si me cree. O mejor, a tu exmujer. Sabes que mi madre es jueza de violencia contra la mujer, ¿no? Pues yo no la escucho mucho en las comidas, pero recuerdo que un día dijo que el consumo de drogas es motivo para quitar custodias… Interesante, ¿a que sí?

(Silencio).

J.: ¿Qué cojones quieres?

I.: Ah, ahora nos entendemos. Pues tendré que pensarlo. Para hoy tengo suficiente con lo que llevabas en la cartera. Pero puede que en el futuro necesite una ayuda…

J.: Yo no pienso darte nada.

I.: Tú harás lo que me dé la puta gana, ¿entendido? ¿Cuál es tu número?

J.: ¿Mi número?

I.: De teléfono, hostia. ¿O prefieres que te escriba en la pizarra de clase lo que quiero?

J.: Yo no voy a…

I.: Ah, sí, claro que lo harás. ¿O quieres que llame a tu hija ahora mismo? Por cierto, algunas de esas chicas son amigas de ella,

¿verdad?

(Silencio)

J.: 666248117.

I.: Espera… Vale, ya está.

(Silencio. Al cabo de unos segundos, se oye una puerta que se abre y una voz femenina).

I.: Ah, mira, te reclaman tus chicas. No te molesto más.

(Risa breve y pasos que se alejan).

Santiago, atónito, despegó la vista de los papeles.

—Ya le dije que era importante —murmuró el inspector—. Y hay más.

El policía le tendió varias páginas repletas de mensajes de WhatsApp. El primero de ellos era un audio.

—¿Qué es?

—La conversación que acaba de leer. El chaval la grabó y se la envió poco después a Joaquín para dejarle claro que sí tenía pruebas de que se drogaba: sus propias palabras. Y empezó a chantajearlo. Hablaban por WhatsApp, por eso no aparecía nada en los registros de llamadas que nos mandaron las compañías telefónicas.

—Y como Apple no nos envió la copia de la nube, tampoco pudimos acceder a estos mensajes ni al audio…

—Bueno, aunque lo hubiera hecho, no habrían figurado —matizó Sorozábal—. Recuerde que el chico la tenía llena desde bastante antes. Y los teléfonos iPhone no realizan la copia de seguridad de ese tipo de archivos en la nube de Google, aunque haya espacio. Así que sin el móvil no podíamos hacer nada.

Santiago asintió pensativo.

—Entonces Nacho acudió al encuentro con todo planeado…

—Exacto. Sabía que Joaquín era entrenador de un equipo de baloncesto femenino y se presentó en el pabellón con toda la intención. Por eso esa noche los amigos lo vieron eufórico, como dijo Andrés en el juicio.

El juez se pasó la mano por la melena mientras asimilaba la información.

—¿Y el tusi? ¿También se lo dio él?

—Sí. Hay un mensaje en el que Joaquín le dice que es muy complicado encontrarlo. Al parecer, el camello le había dicho que él no vendía esa droga y que casi no se movía por la zona. Pero a Nacho le dio igual. Le respondió que, si no lo tenía para los carnavales, cantaría como un papagayo. Y Joaquín lo consiguió.

—Pero al final Nacho y sus amigos no fueron a los carnavales. O, mejor dicho, no fueron a los de Santoña, como tenían previsto, sino a la fiesta en casa de Víctor Hermoso —adujo el juez.

—Correcto. Y esa, creo, es la clave de todo lo que sucedió después. Aquella tarde Joaquín se enteró de que su hija coincidiría con Nacho en la misma fiesta. Se lo oyó decir a la amiga que estaba merendando con ella en casa. Y el mundo se le debió de venir encima.

—¿Cómo sabe eso?

—Esmeralda, su hija, lo declaró en el juicio. He hablado con los compañeros que han estado esta semana en la sala de vistas y me lo han contado. En ese momento, Joaquín tuvo que comprender que la droga que él había conseguido acabaría en la misma fiesta en la que estaría su hija. No sé si las seguiría hasta el chalet o conocía de antemano dónde se celebraría, pero lo que está claro es que aquella

noche, poco antes de las cuatro de la mañana, Joaquín tenía localizado a Nacho e iba tras él. La cazadora con el logo de Adidas en la capucha coincide con la del individuo que vio Andrés, y el número de teléfono de Joaquín figura en los listados de móviles enganchados a las antenas de El Sardinero a esas horas. Lo hemos comprobado en los registros que mandaron las compañías en su día.

Santiago se acordó de Saturnino Cuevas, el hombre que afirmaba haber oído voces.

—Entonces, lo que ese vecino escuchó…

—Parece que decía la verdad, aunque no estuviera del todo en sus cabales —admitió Sorozábal—. Todo apunta a que, en cuanto Andrés se metió en casa, Joaquín apretó el paso y alcanzó a Nacho.

El juez cerró los ojos mientras en su mente se dibujaba la secuencia de acontecimientos que el inspector narraba.

—Es difícil deducir qué pasó exactamente. Puede que Joaquín le exigiera que todo aquello terminara y que, ante la enésima negativa del chico, no supiera qué hacer o cómo reaccionar. Tendremos que esperar a que hable para saberlo, pero lo cierto es que después Alba solo vio a Nacho dirigiéndose al banco, y no a los dos. Si hubiera visto allí a Joaquín, lo habría dicho inmediatamente para sacudirse las sospechas. Así que la conclusión está clara: Nacho iba solo, y Joaquín se quedó atrás.

—Quizá el chico echó a correr o se fue rápido y, para cuando Joaquín quiso pararlo, ya no era posible hacerlo sin que Alba lo viera —especuló Santiago.

—Es posible, sí.

—De modo que usted no cree que Joaquín fuera preparado para matarlo.

—No, no lo creo —dijo Sorozábal, y su pelo plateado brilló bajo la luz de los halógenos—. Además, si lo hubiera planificado, lo lógico habría sido matarlo antes, sin dejar que bajara la cuesta.

—En cualquier caso, lo que parece evidente es que Joaquín tuvo que presenciar el encuentro entre Nacho y Alba —concluyó el juez—. Si no, quedaría sin explicación cómo logró apoderarse del móvil del chico y de la cartera de Alba.

—Exacto. Colocándose tras los coches aparcados en un lateral de la calle es fácil ver sin ser visto.

—Entonces ¿usted considera que, cuando Alba salió corriendo hacia el portal, él fue a por Nacho?

Sorozábal asintió con gravedad.

—Supongo que volvieron a discutir y que, al no obtener lo que quería, perdió el control, cogió el cuchillo y lo atacó. O quizá ya lo había cogido antes, mientras Nacho miraba cómo Alba se alejaba, para amenazarlo con que le entregara el móvil —dijo, e hizo una pausa—. Además, señoría, todo esto cuadra con la posición del cadáver, boca abajo y con la cabeza apuntando a lo alto de la cuesta. Si la asesina hubiera sido Alba y Nacho bajaba la cuesta, el cadáver tendría que haber estado colocado justo hacia el otro lado, apuntando hacia el paseo marítimo.

Santiago pensó en lo que el inspector acababa de decir y suspiró.

—Y hay otro detalle —añadió Sorozábal.

—¿Cuál?

—Las manchas de sangre. Joaquín también las tenía.

Santiago lo miró sorprendido.

—¿Había restos en la cazadora?

El inspector le explicó que, aunque a simple vista no se apreciaban, en el laboratorio habían detectado pequeñas manchas en la manga derecha utilizando un reactivo.

—¿Y si alega lo mismo que ella? —replicó Santiago—. ¿Que se manchó al tocar el cadáver pero que él no lo mató?

Sorozábal ya tenía respuesta para esa pregunta, porque él también se la había hecho.

—En su caso, eso no tiene sentido.

130

El robo que salió mal

—No tiene sentido por dos motivos —dijo Sorozábal, y levantó la mano para enumerar con los dedos—. El primero, porque alguien tuvo que matarlo. Si no fue él, tuvo que ser ella, pero es imposible que Alba supiera todo lo que le estoy contando o que, por pura casualidad, se inventara una versión que ahora encaje como un guante con lo que hemos descubierto. Y el segundo, porque Joaquín solo necesitaba llevarse el móvil de la víctima para hacer desaparecer la grabación y sus conversaciones de WhatsApp con el chico. Y, sin embargo, cogió algo más.

Las palabras del inspector iluminaron la mente de Santiago como un relámpago. Ahí estaba la pieza que faltaba. La que completaba el rompecabezas.

—Joder, ¡la cartera de hombre!

Sorozábal asintió y por un momento pareció que la animadversión que los dos se profesaban quedaba atrás, sepultada por el éxtasis de la revelación.

—El robo que salió mal fue lo primero que barajamos como hipótesis, y usted mismo lo sugirió cuando llegó a la escena del crimen, ¿recuerda, señoría?

—Perfectamente.

—El lugar, la hora, la gente que vive por allí… Las circunstancias invitaban a pensar en ello. Simular un atraco que se había descontrolado era su única posibilidad razonable para desviar nuestra atención del contenido del teléfono como motivo del crimen. De no ser porque Nacho tenía su cartera, habríamos seguido esa línea de investigación. Al menos inicialmente, hasta conocer la implicación de Alba. Pero eso Joaquín no podía saberlo. No podía saber lo que había sucedido durante la fiesta. Quizá ni siquiera de dónde había salido ese cuchillo que estaba en el suelo.

—Y por eso cogió la cartera de Alba, porque la confundió con la de Nacho —completó Santiago, y los ojos le centellearon como si una llama se hubiese encendido en su interior—. Daría por sentado que era de Nacho y que se le habría caído durante el forcejeo con la chica —añadió, y luego lo invadió una sensación de culpabilidad y apretó los dientes—. Joder, tendríamos que haber seguido indagando al ver que no aparecía el maldito teléfono.

—Yo también lo he pensado, señoría, pero los amigos habrían seguido sin hablar. No habríamos sacado nada en claro.

—Pero ¿cómo sabía Joaquín que llevándose el móvil enterraba su secreto para siempre?

Sorozábal, metódico, expuso dos teorías. Una: que el jefe de estudios no se planteó otra posibilidad y tuvo un golpe de suerte. Y otra: que, mientras seguía al chico por aquellas calles residenciales desiertas, escuchó los improperios a los que Andrés se había referido en el juicio.

—Según él, cuando vio que el móvil se le había apagado, Nacho empezó a soltar toda clase de barbaridades contra sus padres por no

haberle regalado uno nuevo y porque tampoco querían pagarle la ampliación de la nube y se había quedado sin un montón de archivos. A poco que Joaquín supiera de tecnología, ya podía deducir que no habría copias recientes.

Santiago pensó que eso encajaba con el hecho de que Joaquín hubiera conservado el teléfono de la víctima y la cartera de la chica, como si diera por sentado que la policía nunca sospecharía de él ni haría un registro de su domicilio. Según su experiencia, no era extraño que los culpables escondieran en su casa algunos objetos que podían incriminarlos. Preferían eso a correr el riesgo de que los vieran deshaciéndose de ellos o que, por azar, acabaran en manos de un tercero, como cuando la marea los devolvía a la orilla o alguien los encontraba en un lugar inesperado.

—¿El detenido sigue sin hablar? —preguntó el juez.

—Sí, pero está muy nervioso. Tenemos previsto ponerlo a su disposición en breve, cuando hayamos avanzado un poco más la investigación.

—De acuerdo. ¿Y Hamilton? Quizá sepa algo que nos ayude a arrinconar aún más al jefe de estudios. Él estuvo allí esa noche, inspector.

Sorozábal lo miró fijamente.

—¿A qué se refiere?

Santiago le reconoció que había cotejado el número de teléfono del camello con los listados remitidos por las operadoras en el caso del «crimen del Carnaval».

—¿Cree que puede estar implicado? —lo sondeó el juez.

El inspector balanceó la cabeza.

—No lo sé, tal vez fuese una casualidad. Pero algo sabe, está claro.

—Por cierto, ¿qué hay del teléfono y el ordenador portátil del jefe de estudios? ¿Han encontrado algo?

—Aún los estamos analizando, pero no creo que obtengamos nada útil. Los dos son relativamente nuevos, de hace unos meses, y por lo que hemos visto el sospechoso no volcó el contenido de los dispositivos antiguos. Y en el disco duro externo incautado tampoco parece haber nada reciente, aunque todavía es pronto para saberlo. Suerte que no llegó a deshacerse del móvil de la víctima…

Santiago coincidió en esa última observación.

—El encuentro con Hamilton debió de alarmarlo —murmuró el juez—. Y, a poco que leyera lo que había sucedido en el juicio, tuvo que atar cabos. Debió de suponer que tarde o temprano iríamos a por él y por eso quiso tirarlo todo al mar. —Hizo una pausa—. ¿Qué cree usted que hizo con el cuchillo?

—A saber. No olvide que el crimen se cometió en El Sardinero y que él vive en la parte alta de Valdenoja, a casi tres kilómetros. No parece razonable que recorriera tanta distancia con un cuchillo ensangrentado. Por eso nunca lo encontramos. Buscamos en la dirección equivocada.

Santiago suspiró mientras se levantaba. Pensó en los siguientes pasos que debía dar. El primero, sin duda, reunirse con Inés y con Murrieta para ponerlos al día. Y, después, hablar con los abogados Villar y Soler para informarlos de la decisión que iba a tomar ante las nuevas evidencias: la inmediata puesta en libertad de la acusada.

Le estrechó la mano a Sorozábal y le dio las gracias.

—Por cierto, enhorabuena por el éxito de anoche —lo felicitó el inspector.

Santiago hizo una inclinación de cabeza y sonrió.

131

Un seguro de vida

—¡Mamá, pon música! —protestó Martín mirando a Paula desde el asiento trasero del coche.

La última sesión del juicio empezaba a las diez y la abogada había decidido llevar a su hijo al colegio antes de dirigirse al complejo judicial. Eran ya demasiados días alejada de su familia. Sabía que no podía bajar la guardia en un momento como aquel, pero Teresa la había convencido de que ese rato con el pequeño la ayudaría a oxigenarse y pensar con más claridad. En la radio estaban informando de las numerosas detenciones que se habían practicado la noche anterior en el marco de una gran operación antidroga liderada por el mismísimo juez Belmonte. Ella quería seguir escuchando, pero cedió ante la insistencia del niño y cambió de emisora. En esos instantes no podía imaginarse que aquella investigación derivaba de un seguimiento realizado a Rafael Santamaría un año atrás. Tampoco que, con su actuación en el juicio, había provocado un efecto dominó que, entrelazando ambos casos, había culminado en el hallazgo del sospechoso alternativo que tanto tiempo llevaban buscando.

Alba se había salvado, pero su abogada aún lo ignoraba.

Paula empezó a intuir que algo inusual sucedía cuando le sonó el móvil y vio el número de una centralita. Extrañada, le pidió a Martín que guardara silencio y respondió. Era una de las funcionarias de la Audiencia Provincial. Necesitaban que se presentara allí cuanto antes.

Cuarenta minutos después, cuando la abogada ya estaba llegando al palacio de justicia, Santiago se reunía en su despacho con Edmundo Murrieta. Encima del escritorio había un teléfono con el altavoz activado. Al otro lado de la línea se encontraba Sorozábal para ponerlos al corriente de las novedades de última hora.

Abrumado por las pruebas de tráfico de drogas que le habían puesto sobre la mesa y por las insinuaciones sobre su posible implicación en el asesinato de Nacho Guerra, Hamilton se había desmoronado y acababa de hablar. A cambio, había conseguido que le garantizasen que a él y a su hermano se les rebajaría la pena sustancialmente, tanto como la ley permitiera.

Aún se estaba redactando la declaración formal, pero el camello había reconocido que Nacho Guerra fue su cliente hasta mediados de enero de 2023. Después, según él, no volvió a verlo. En cambio, otro de sus clientes, un hombre llamado Joaquín, de pronto empezó a demandarle más mercancía. Eso no le llamó la atención, pero sí el hecho de que el 10 de febrero de aquel año Joaquín le encargara tusi y que, al decirle que él no pasaba eso, se mostrara desesperado. Por aquel entonces muy pocos movían esa droga en la región y le costó mucho conseguirla.

Poco después, se enteró de que aquel chaval, Nacho, había muerto apuñalado. Y lo más extraño fue que, a los pocos días, uno de los amigos del chico, Andrés, le preguntó si él le había vendido

gramo y medio de tusi. Le pareció raro porque aquellos adolescentes no compraban ese tipo de droga y les habría sido difícil pagar esa cantidad. Se dijo que quizá se trataba de una casualidad y no le dio más importancia. Sin embargo, sí le sorprendió que, tras esa conversación, Andrés jamás volviera a comprarle nada.

Luego se olvidó del asunto, hasta que empezó el juicio. El martes por la tarde, mientras conducía el taxi, oyó en la radio que, según los informes forenses, la víctima había consumido la noche del crimen varias sustancias que habitualmente componían el tusi. También se enteró de que uno de los miembros del jurado había recibido un anónimo y que Andrés Gil, uno de los mejores amigos del chico asesinado, no se había presentado a declarar y estaba hospitalizado por una sobredosis. Varios tertulianos opinaban que sabía algo y se había puesto nervioso. Al parecer, la abogada de la defensa estaba destapando varias lagunas e incoherencias en la tesis de las acusaciones.

Al oír aquello, se preguntó si Andrés no sería el autor de ese anónimo. ¿Y si el chaval seguía pensando que él le había vendido todo ese tusi a su amigo? ¿Y si creía que la muerte podía deberse a un asunto de deudas y lo señalaba como camello de la víctima, aunque en realidad no le suministraba nada desde hacía tiempo? Empezó a inquietarse. La noche del crimen él estuvo trabajando con el taxi y paró varias veces en la zona del hotel Lábaro, donde se celebraba una fiesta. No solo fue a recoger a gente, sino también a pasar droga a algunos clientes que tenía allí. De hecho, incluso le presentaron a otros que, desde entonces, demandaban sus servicios. En resumen, estuvo muy cerca de la escena del crimen, y había varios testigos que podían confirmarlo. Si Andrés hablaba y lo

detenían como sospechoso de asesinato, la cosa podía complicarse. La policía diría que se trataba de un ajuste de cuentas. La gente como él era el blanco perfecto de la justicia, un candidato mucho más agradable para la sociedad que la chica a la que se estaba juzgando. Aunque no hubiera pruebas contra él, le sería difícil defenderse. Y aunque quedara libre, ya podía olvidarse de su negocio con las drogas y quizá hasta le retiraran la licencia de taxi.

Esa misma tarde indagó un poco más y, al leer una noticia sobre el juicio en un periódico digital, se topó con una fotografía que lo dejó de piedra. Era una imagen de un testigo declarando, tomada casi de espaldas. El tipo, calvo, alto y corpulento, tenía un gran lunar en un lado del cuello que se extendía a la parte posterior. Lo reconoció de inmediato sin necesidad de verle la cara. Se trataba de Joaquín, su cliente, el que una semana antes del crimen le había encargado desesperadamente un gramo y medio de tusi. No tardó en averiguar que ese hombre era el jefe de estudios del colegio del que era alumno Nacho Guerra en el momento de su muerte, y entonces ató cabos.

Se le ocurrió que, si le hacía una visita a ese profesor y lo grababa confesando que él le había suministrado el tusi a Nacho, estaría en condiciones de eliminar de un plumazo las sospechas que la policía pudiera albergar contra él en caso de que Andrés lo acusara de venderles drogas; si él no le había dado la droga a Nacho, obviamente tampoco podía haberlo matado, no había motivo. Y, además, tendría una baza para negociar con la fiscalía en el supuesto de que lo acusaran de tráfico de drogas. Quizá hasta lo dejaran libre.

Llamó a su hermano para contárselo y se vieron en un bar, pero Máximo le quitó importancia; la acusada era aquella chica y parecía que había indicios de sobra contra ella. ¿Por qué iba Andrés a creer otra cosa y a complicarlo todo? Aun así, se ofreció a acudir al juicio para comprobar si el chaval terminaba declarando y qué decía.

Finalmente, Andrés sí se presentó en la sala de vistas y acabó sucumbiendo a la presión de la abogada de la defensa. Habló más de la cuenta, aunque, por suerte, no llegó a dar su nombre. Pero aquella mujer pidió una nueva investigación y el magistrado anunció que tomaría la decisión al día siguiente.

Según Hamilton, si ese tal Murrieta se hubiera negado a abrir una nueva investigación, él no habría ido a ver a Joaquín. Pero, ante esa incertidumbre y el riesgo de que Andrés se fuera aún más de la lengua, acordó con su hermano que aquello no podía esperar. Se trataba simplemente de procurarse un seguro de vida por lo que pudiera pasar. ¿Qué perdía?

Llamó a Joaquín, que en ese instante salía del colegio, y se citaron en el punto de entrega habitual. Pero la estrategia de grabar la conversación no le funcionó. Tuvo la impresión de que había adivinado desde el primer momento lo que pretendía y que por eso se resistía a reconocerle lo evidente. Llegó a pensar que quizá había leído algo sobre el juicio por el camino y se olió la maniobra. Frustrado, quiso sacarle la verdad a golpes, pero entonces apareció una mujer mayor y no tuvo más remedio que montarse en el taxi e irse de allí. No se imaginaba, desde luego, que la Policía Nacional lo había seguido hasta Valdenoja.

Tampoco que, debido a esa vigilancia, se acabaría destapando todo.

—Que firme la declaración cuanto antes, inspector —ordenó Santiago acercando la boca al teléfono.

A su lado, Murrieta asintió satisfecho.

—Estamos en ello, señoría.

—Bien. Manténganos informados —dijo el juez de instrucción, y colgó.

Miró la hora. Los abogados y la fiscal tenían que estar a punto de llegar.

132

Un torrente de emociones

Paula entró jadeando en un amplio despacho. Sentados en torno a una mesa ovalada, la esperaban el magistrado Murrieta, la fiscal Calderón, el abogado Villar y el juez instructor Belmonte. Todos tenían el semblante serio.

Murrieta le pidió que tomara asiento y después le anunció a bocajarro su decisión de suspender el juicio, en vista de las nuevas circunstancias. Ella lo celebró por lo bajo, pero a la vez le dirigió una mirada de incomprensión. ¿A qué nuevas circunstancias se refería?

Belmonte tomó la palabra y le relató a grandes rasgos lo acontecido en las últimas horas, informándola de cómo se había producido la detención del jefe de estudios del colegio Picos de Europa y su situación actual. No le facilitó el nombre de los hermanos traficantes porque lo consideraba prematuro, pero sí le dio suficientes datos para que comprendiera por qué se había abierto una instrucción suplementaria de manera urgente y por qué iba a poner en libertad a su clienta. Todo quedaría reflejado en el auto de revocación de la prisión provisional, que le notificarían en breve.

—Entonces ¿Alba queda libre? —farfulló Paula sin ocultar su asombro. Todavía no se atrevía a dar crédito a lo que acababa de

escuchar.

Santiago se lo confirmó y la abogada se obligó a reprimir un grito de alegría.

—Entonces… entonces Nacho no era un camello. Y sus padres tampoco estaban implicados… —murmuró ella, casi en conversación consigo misma—. Todo se lo daba Joaquín Martos. Y él fue quien se llevó la cartera de Alba… Madre mía.

A Paula la teoría de la confusión de las carteras ya se le había ocurrido tiempo atrás. Por eso estuvo preguntando por su extraña desaparición a lo largo del juicio, con la idea de incidir en ello en su alegato final, pero jamás se habría imaginado que quien estaba detrás de todo aquello era Joaquín Martos, el único que aceptó reunirse con los padres de Alba tras la detención, el único que se prestó a ayudarlos en lo que pudiera. Ahora lo entendía: era el pretexto perfecto para obtener información, para enterarse de lo que Alba podía haber visto u oído aquella noche. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Recordó lo que Sofía le contó sobre ese hombre la vez que acudieron a su casa en busca de respuestas: la historia de la traumática pérdida de su hija pequeña, arrollada por una furgoneta cuando él la esperaba aparcado en doble fila; cómo, atormentado por la culpa, cayó en una depresión; el muro que acabó alejándolo para siempre de su mujer… Según le acababa de decir el juez, Nacho Guerra debió de suponer que fue en ese periodo cuando el hombre empezó con las drogas o recurrió a ellas, y así se lo soltó en aquella conversación grabada que estaba en su teléfono. Y el jefe de estudios no lo negó. Seguramente jamás se figuró que aquella decisión desesperada, y a todas luces equivocada, lo conduciría a ser

extorsionado por un alumno y a terminar matando para preservar su secreto.

Sintió náuseas al pensar en lo que aquel hombre había hecho y en la forma en que llevaba fingiendo durante más de un año, todo para evitar que la verdad saliera a la luz. En el juicio había mantenido cierta equidistancia, y quizá incluso deseara que Alba fuera absuelta, pero ¿y si el jurado hubiera acabado declarándola culpable? ¿Se habría quedado callado? ¿Habría tenido esa sangre fría?

Intentó quitárselo de la cabeza y concentrarse en Alba, en su clienta.

Necesitaba verla.

Necesitaba explicárselo todo y sacarla de allí.

—¿Y ahora cómo procedemos? —preguntó mientras un torrente de emociones le atravesaba el cuerpo.

Murrieta consultó su reloj. Iban con mucho retraso.

—Les veo en la sala de vistas —dijo mientras se ponía en pie con solemnidad—. Anunciaré la suspensión del juicio para proseguir con la nueva investigación abierta y daré unas explicaciones someras. Cuando transcurran los cinco días que prevé la ley, el jurado quedará disuelto.

—¿Y Alba?

—Podrá marcharse en cuanto termine el acto. La policía ya está informada.

—¿Está aquí?

—Sí, en los calabozos.

Paula se levantó atropelladamente y echó a correr.

133

Libertad

La ansiedad la estaba devorando. En aquel minúsculo calabozo del palacio de justicia, Alba siempre tenía la impresión de que el tiempo se arrastraba con lentitud, pero esa mañana era distinto. Le parecía que la espera se estaba alargando más de lo habitual. ¿Cuánto llevaba allí? ¿Más de una hora? ¿Por qué no la llevaban ya a la sala de vistas? En teoría, el magistrado se iba a pronunciar sobre la suspensión del juicio solicitada por Paula. ¿Podía deberse a eso la demora? Sin embargo, ella había entendido que lo comunicaría con ella delante… ¿O quizá no se estaban retrasando y todo se debía a una percepción exagerada de su mente, azotada por los nervios? Desde que concluyó la sesión del día anterior, la sangre no había dejado de martillearle la cabeza, como si en cualquier momento fuera a atravesarle las sienes, y un agudo e inquietante zumbido se había adueñado de sus oídos. A veces sentía vértigos, y por eso procuraba mantenerse sentada o tumbada, aunque el cuerpo le pidiera caminar deprisa o incluso correr, de haber podido hacerlo. Sabía que, al finalizar el día, pasara lo que pasase, su vida habría cambiado para siempre.

Unos gritos la sacaron de su ensimismamiento. Trató de ahogar sus jadeos para oír mejor. ¿Era Paula? Sí, juraría que era su voz. Parecía muy alterada y discutía con alguien, probablemente el agente encargado de la vigilancia. ¿Qué estaba ocurriendo? Notó que el pulso se le disparaba, y por un instante temió sufrir un colapso y que sus venas reventaran.

De pronto, se produjo un fuerte estrépito en el pasillo, y Alba dedujo que alguien había abierto la puerta que daba acceso a los calabozos y la hoja se había estrellado contra la pared. Se puso en pie de un salto y acercó el rostro a la mirilla de su celda, pero desde ese ángulo no podía ver qué ocurría.

Oyó pasos apresurados.

Y luego una risa. Una risa femenina y alegre que flotó hasta la celda.

La de Paula.

Con el corazón a punto de estallarle, Alba comprendió que aquello no podía deberse simplemente a que el magistrado hubiera accedido a suspender el juicio. Tenía que haber algo más.

Un instante después, el rostro radiante de la abogada se materializó ante ella.

Tenía los ojos llorosos, pero en ellos no había tristeza.

Era puro éxtasis.

—Ya está, Alba, ya está… —exclamó Paula mientras el guardia abría la puerta de la celda—. Van a liberarte. Lo tienen. Tienen al culpable —anunció, y entonces se lanzó a abrazarla.

134

Justicia

Santiago dejó correr el chorro de agua en el fregadero. Habían terminado de cenar hacía una hora y, después de jugar una partida de cartas con su madre, la había acostado. Enfrascado en sus pensamientos, empezó a limpiar los platos antes de meterlos en el lavavajillas.

Esa mañana había visto a la abogada Paula Soler y a los padres de Alba Ferrero saliendo del palacio de justicia con la chica. Todos emocionados y felices. Y aliviados. Ahora lamentaba haberla enviado a prisión durante más de un año. Sin embargo, seguía convencido de que el fallo no había sido suyo, ni tampoco de Sorozábal y su equipo. Los indicios apuntaban a ella desde el principio, y las mentiras o medias verdades de los testigos, incluida la magistrada Olivia Canals, habían estado a punto de condenarla. No había tenido oportunidad de hablar con la madre de Nacho Guerra, aunque se la imaginaba desconcertada por lo sucedido y, al mismo tiempo, reconfortada, porque a veces lo más importante no es hacer justicia, sino evitar que se cometa una injusticia. Y Olivia, como jueza, era quien mejor podía entenderlo. Con quien sí había hablado esa tarde era con Murrieta, y el magistrado le había reconocido que, aunque

solo era un pálpito, tenía la convicción de que, de haber llegado hasta el final, el veredicto habría sido de culpabilidad. Y el sistema habría fallado.

—Menudo día, ¿eh? —le dijo Macarena, y lo rodeó por detrás con los brazos.

Para la periodista también había sido caótico, con dos bombazos informativos que, además, estaban íntimamente relacionados. Por fortuna, ningún medio, tampoco su emisora ni el programa *Las tardes con Penélope*, se ensañaba con la labor de los investigadores y del juez instructor en el caso del «crimen del Carnaval».

—Ven a relajarte un rato, anda —le propuso ella.

Santiago cerró el lavavajillas y se dejó llevar de vuelta al salón.

Mientras tanto, en el número 26 de Joaquín Costa, Paula celebraba el triunfo con Alba, el pequeño Nico y sus padres. Esa tarde, después de haberse despedido efusivamente por la mañana frente al palacio de justicia rodeados de una nube de reporteros, Sofía la había llamado para invitarla a cenar y ella aceptó encantada. La imagen de Alba llorando de alegría a la salida de la sala de vistas, tras recuperar su libertad, se le había quedado grabada en la retina y no la olvidaría jamás.

Eran casi las doce y media cuando, tras una larga sobremesa, Paula se levantó para ir al servicio. Sofía se ofreció a guiarla por el lujoso dúplex que, según ella, venderían lo antes posible. No querían ver más aquel banco de madera que tan malos recuerdos les traía y estaban pensando en cambiar de ciudad para empezar de cero. Quizá en Madrid, donde no les faltaría trabajo.

—Es ahí, la primera puerta a la derecha.

Paula le dio las gracias a esa mujer que parecía haber vuelto a la vida tras aquel descenso a los infiernos y entró en un baño inmenso e impoluto. A un lado había una ventana que daba a la calle Joaquín Costa. Sin saber muy bien por qué, la abrió y se asomó. Corría una agradable brisa, pero sintió un escalofrío al divisar el lugar donde había yacido el cadáver de Nacho Guerra. Entendió perfectamente a Sofía.

Cerró la ventana, se frotó los brazos para entrar en calor y luego metió la mano en el bolsillo interior de la americana para coger el móvil y ver si tenía alguna notificación. Al hacerlo, tocó algo que había junto al teléfono: un paquete de pañuelos. Y, de pronto, algo se removió en su interior.

No supo identificarlo al instante, pero el vello se le erizó y fue como si un recuerdo le estuviera gritando desde el fondo de su memoria. Confusa, se sentó en la taza y se retorció un rizo. Entonces se produjo un estallido en su mente, como un trueno, y las imágenes del juicio se sucedieron en su cabeza envueltas en una espiral, enredándose unas con otras a un ritmo vertiginoso. Oyó la voz de Andrés retumbándole en los oídos y de repente lo comprendió. Se apresuró a sacar el móvil para hacer una comprobación y enseguida encontró en el correo electrónico el archivo que buscaba: el atestado del «crimen del Carnaval».

Pasó páginas febrilmente y se detuvo en el acta de la inspección ocular. Allí estaba: la descripción de la cartera de Nacho y su fotografía. Se trataba de un modelo de una marca de surf, de unas dimensiones de 14 x 9,1 centímetros, de color negro, con triple hoja y fabricada con lona de algodón y poliéster. Retrocedió unas páginas. Tal como había explicado uno de los miembros de la policía científica

durante su interrogatorio, los agentes la habían encontrado en uno de los dos pequeños bolsillos laterales de la cazadora de la víctima. En concreto, en el izquierdo. El mismo en el que, según Andrés, Nacho guardó el teléfono tras ver que se le había apagado.

En el juicio, había pasado por alto aquel dato mencionado por Andrés, y de repente se daba cuenta de la trascendencia que podía tener. Ella siempre había dado por sentado que la noche del crimen Nacho llevaba el móvil y la cartera en bolsillos distintos. Siempre había pensado que el asesino cogió del suelo la cartera de Alba creyendo que era de la víctima y que, a continuación, encontró el teléfono de Nacho nada más empezar a registrar el cuerpo. Y por eso se marchó sin imaginarse que en otro bolsillo estaba la cartera del chico.

Pero el hecho de que Nacho hubiera guardado su móvil y su cartera juntos, en el mismo bolsillo, podía cambiarlo todo.

Comprobó en internet las medidas del teléfono. La cartera de Nacho era más grande.

Teniendo en cuenta el reducido tamaño del bolsillo de la cazadora del joven y que el cuerpo estaba boca abajo, se antojaba muy improbable, por no decir imposible, que al deslizar la mano, Joaquín no hubiera notado que allí había algo con forma y tacto de billetera. Pero de ser así, tendría que haberse percatado de la existencia de dos carteras en el lugar. ¿Por qué entonces decidió llevarse la que estaba tirada en el suelo?

De pronto, una idea le sobrevoló la mente. No, no podía ser que hubiera cogido la cartera de Alba a propósito, sabiendo que le pertenecía. Eso no tenía sentido. ¿Para qué iba a hacerlo?

Sacudió la cabeza y se dijo que quizá Joaquín no se dio cuenta. Seguramente estaba tan alterado que no reparó en la cartera del bolsillo. Todo debió de suceder como Belmonte había expuesto esa mañana. Aunque aún faltaban algunas comprobaciones, como que se confirmara que las manchas de sangre halladas en la cazadora de Joaquín correspondían a la víctima, el caso estaba resuelto. ¿Para qué complicarse la vida? ¿Para qué dudar ahora?

—¿Todo bien, Paula? —le preguntó Sofía desde el pasillo.

Sobresaltada, comprobó que llevaba demasiado rato en el baño. Se apresuró a contestar que algo le había sentado mal y salió al cabo de unos segundos.

Al volver al salón, vio que la mesa ya estaba recogida.

—Ha sido una noche estupenda —le dijo Sofía sin poder reprimir un bostezo, y Julio lo corroboró con una sonrisa—. Paula, discúlpanos, nosotros estamos agotados y vamos a acostarnos ya. Ha sido un día de muchas emociones. Pero Alba y tú podéis quedaros el tiempo que queráis, por supuesto. Gracias por todo, de verdad. No sé si alguna vez podremos compensarte lo que has hecho por nosotros…

La abogada se obligó a devolverles la sonrisa y les dijo que había sido un placer. A continuación, anunció que ella también se marchaba y se dirigió a una salita cercana a coger el abrigo y el bolso.

Cuando se dio la vuelta, se encontró a Alba apoyada en el marco de la puerta. La estaba mirando fijamente. Y se retorcía la nariz.

—Entonces… ¿tú crees… tú crees que él declarará mañana?

Era la cuarta vez que se interesaba por la declaración de Joaquín Martos, y aquella pregunta aumentó la inquietud de Paula. ¿Acaso

Alba ocultaba algo? Durante la cena ya le había explicado que, hasta donde ella conocía, el jefe de estudios se había negado a hablar ante la policía y que en unas horas sería puesto a disposición judicial. Lo que hiciera ante el juez era un misterio.

—No conozco a su abogado. Lo siento, pero no puedo decirte lo que le aconsejará —murmuró mientras clavaba los ojos en sus pupilas, tratando de bucear en ellas.

Por un instante, tuvo la impresión de que la ansiedad estaba devorando a la joven, pero se dijo que no eran más que imaginaciones suyas. Necesitaba dormir.

Veinte minutos más tarde, estaba sentada en su coche, aparcado a pocos metros del edificio donde vivía esa familia. Había releído varias veces el atestado del caso y no podía evitar seguir dándole vueltas a lo mismo. Sentía la necesidad de llamar a sus compañeros, de compartir con ellos ese dato que no parecía encajar, aunque al mismo tiempo temía que ya estuvieran durmiendo. Le había mandado un wasap a Álvaro, pero no había recibido respuesta. Al final, marcó su número y probó suerte. El abogado contestó al quinto tono con voz somnolienta. Sin embargo, en cuanto ella le adelantó lo que ocurría, le prestó la máxima atención.

—No sé, Paula, puede que Joaquín no se fijara… —dijo después de que le hubiera expuesto sus reflexiones—. O igual Andrés se confundió: quizá Nacho se guardó el móvil en el otro bolsillo. Podría ser, ¿no?

Estuvieron debatiéndolo durante más de un cuarto de hora y Paula acabó convenciéndose de que se había preocupado de forma innecesaria.

—Venga, anda, vete a casa y descansa. Ha sido un día muy largo y ya deliras —le dijo Álvaro con sorna, y se despidieron.

Iba a poner el motor en marcha cuando algo captó su atención. Alguien salía del portal número 26. Una sombra que se movía con cautela, furtivamente.

Alba.

Paula apagó la luz interior del vehículo y aguardó. Alba acababa de meterse por una calle aledaña, la misma que tomó la noche del crimen.

Tras unos segundos de vacilación, la abogada decidió bajarse del coche y echó a andar tras ella manteniendo una distancia prudencial.

Alba accedió a la calle Duque Santo Mauro y Paula la vio apartarse del área donde una cámara la había grabado hacía algo más de un año. Después, contempló cómo seguía subiendo y giraba a la izquierda, en lugar de continuar hacia Reina Victoria.

Aquello confirmó su presentimiento. No podía ser una casualidad. Y no creía que Alba fuera a hacer una visita a su amiga Raquel a esas horas.

Apretó el paso y poco después dobló la esquina. La chica ya no estaba allí. Parecía haberse evaporado.

Se acercó al número 45 de la avenida Pérez Galdós con zancadas lentas y se asomó por encima del muro, que era bastante bajo y fácil de escalar para una persona joven. No había luz en la fachada, pero la claridad de la luna permitía atisbar los exteriores de la casa, y sintió que se mareaba. Allí estaba Alba, en el jardín que había en un lateral de la propiedad. La acompañaba el perro guardián, que no ladraba porque la conocía. La chica se encontraba de espaldas a ella,

a bastantes metros de distancia, y en ese momento se inclinaba sobre una caseta de aperos pegada al muro. Era la misma en la que ese martes había visto apoyado al padre de Raquel.

Oyó un crujido y se percató de que Alba estaba arrastrando la caseta unos centímetros. Corría un gran riesgo, porque si alguien se despertaba en la casa la descubrirían y sería complicado explicar qué hacía ahí. Debía de tener un motivo de peso, y Paula estuvo segura de qué se trataba en cuanto vio cómo la joven se estiraba y parecía coger algo detrás de la caseta, en el hueco que había quedado. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Se pasó la mano por la frente, impregnada de sudor. ¿Qué debía hacer? Se planteó llamar al timbre o buscar otra forma de alertar a los propietarios de la casa para que la sorprendieran en el acto. Sin embargo, eso supondría atentar contra el principio básico de la abogacía, el más elemental: la lealtad al cliente. No, no podía hacer eso, ni tampoco avisar a la policía. Sería traicionarse a sí misma.

De repente, vio que Alba colocaba la caseta en su sitio y daba media vuelta. En la mano llevaba algo que refulgía bajo la luz de la luna.

Paula retrocedió y se apresuró a cruzar al otro lado de la calzada. No debía saber que estaba allí. Corrió a esconderse tras un coche aparcado y, desde su posición, contempló con impotencia cómo la chica saltaba el muro y se perdía calle abajo.

135

Las máscaras

Sábado 13 de abril de 2024

Estaban sentadas en la playa de los Peligros. Sobre la cabeza de la abogada y su clienta, un manto de nubes tormentosas se desplegaba en el cielo y teñía las aguas de un color plomizo. Eran las once de la mañana, y Paula se había citado con Alba mandándole un mensaje a primera hora.

La chica miraba al infinito.

—Es bonito estar aquí otra vez. Esta semana llegué a pensar que… Bueno, ya sabes.

Paula se mantuvo impasible, sumida en sus pensamientos. Aún no le había dicho para qué quería que se vieran y buscaba la forma de hacerlo.

—El juez interrogará a Joaquín a la una y media —dijo al fin—. Me han llamado del juzgado.

Alba se volvió hacia ella. A diferencia de lo que había mostrado en la cena, ahora el asunto no parecía provocarle tanto desasosiego. Era lógico.

Paula decidió que había llegado el momento de dejar caer las máscaras.

—Alba, ayer te vi. Vi lo que hacías en casa de Raquel.

La expresión de la joven se transformó al instante, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y una mueca de temor se instaló en su rostro. Aquello no se lo esperaba.

Un silencio tenso se aposentó entre ambas. Transcurrieron unos segundos, y la abogada siguió taladrándola con la mirada. La vio boquear como si le faltara el aire. De pronto, su piel parecía de cera.

—No puedo decirle a la policía nada de lo que me cuentes. No tiene sentido que me mientas. Nunca lo ha tenido, en realidad. Pero es obvio que no confiabas en mí.

Alba farfulló unas sílabas ininteligibles.

—Él no lo hizo, ¿verdad? —la presionó Paula sin dejar de observarla—. Si hubiera sido Joaquín, tú no sabrías dónde estaba el cuchillo. Y si os hubierais compinchado para matarlo y esconder las pruebas, no te habrías preocupado tanto por su declaración ni habrías corrido a cambiar el arma de sitio. Joaquín solo fue un testigo accidental del crimen, ¿no es así? Cuando lo detuvieron y yo te conté lo que había averiguado la policía, comprendiste que debió de presenciarlo todo. No tenías la seguridad de que aquella noche no te siguiera hasta la casa de Raquel, y por eso fuiste a recuperar el cuchillo en cuanto tuviste vía libre. Así, llegado el caso, sería tu palabra contra la suya, y él no podría demostrar nada…

Un denso silencio las envolvió de nuevo. De pronto, los ojos de la joven se humedecieron y la barbilla se le descolgó. Su semblante estaba descompuesto.

—Pero tú… ¿cómo… cómo…?

Paula le habló de lo que había descubierto cuando entró en el baño de su casa y de la conversación telefónica que luego mantuvo en el coche con su compañero de despacho.

—Había algo que no terminaba de cuadrarme, pero no podía estar segura de nada —admitió la abogada—. Fueron tus preguntas sobre Joaquín las que me hicieron sospechar. Y cuando te vi en la calle a esas horas, siguiendo el mismo camino que aquella vez…

La chica no respondió y desvió la vista al mar. No lloraba, pero el terror se había apoderado de sus facciones.

—¿Tú mataste a Nacho, Alba? —le preguntó Paula a bocajarro.

Ella se encogió como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

—Te juro que yo no quería… Yo no quería…

—No creo que el cuchillo se le clavara solo. Y menos en dos ocasiones y con ese grado de perforación —replicó la abogada con voz gélida.

Alba negó con la cabeza. Le temblaba todo el cuerpo. Las lágrimas comenzaron a rodarle por la cara y a impactar en la arena dibujando círculos oscuros.

—Fue esa droga. Fue el tusi…

Paula la contempló atónita.

—¿El tusi? Pero ¿tú…?

—¡Él me obligó! —gimió con desesperación—. Yo solo quería encajar, impresionar a Carlos…

—El chico que te gustaba.

—Sí. Nacho iba muy pasado… Se había presentado en la fiesta con cocaína rosa y estaba invitando a sus amigos y a otra gente. Carlos la probó y entonces… —La voz se le entrecortó y tuvo que tragar

saliva—. Entonces a Nacho se le ocurrió que yo también lo hiciera. Creo que se dio cuenta de que estaba enamorada como una tonta de Carlos —se lamentó, y los ojos se le ensombrecieron—. Quiso aprovecharse de mí, divertirse a mi costa. Supongo que esperaba que yo me negara…

—Joder, Alba…

—Fue horrible —murmuró—. Todo me daba vueltas, y además había bebido… No sabía lo que hacía. Creo que por eso intenté besar a Carlos. Jamás lo habría hecho si no fuera por…

Rompió a llorar y Paula supo que no mentía. La conocía. Era tímida y apocada, y el *bullying* que había sufrido la había convertido en una persona aún más retraída. Ese amago de beso delante de tanta gente, y sobre todo delante de alguien que la había estado acosando tan solo unas semanas atrás, no encajaba con su forma de ser. Pero bajo los efectos de una sustancia psicotrópica que producía euforia y desinhibición tenía todo el sentido del mundo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Andrés mencionó en su declaración que Nacho estaba compartiendo la droga con otras personas. Una de ellas, ahora lo entendía, era Alba.

—Eso explica tu reacción cuando Nacho se rio de ti en la fiesta. Por eso cogiste el cuchillo y te lanzaste contra él, ¿no? —dedujo entonces Paula, hablando muy despacio—. Todo el mundo lo decía: que no eras violenta, que nunca te quejabas y que aquello no era propio de ti. Y tampoco matarlo después…

Alba suspiró con pesar. Negó que hubiese planificado vengarse de Nacho. Simplemente estaba sentada en el banco y él apareció.

—¿Qué pasó, Alba?

—Yo… yo no tenía ni idea de que él volvería a casa a esas horas. Entré en pánico. Me descontrolé… Te juro que yo no quería hacerle nada. Fue… fue por miedo.

Ya le había jurado muchas cosas a lo largo de aquel proceso y ninguna había resultado ser cierta. Sin embargo, en aquella ocasión parecía decir la verdad.

Las palabras del médico forense cuando explicaba los efectos del tusi resonaron en los oídos de Paula: «Puede producir sensación de euforia, aumento de la energía y desinhibición, pero también incremento del ritmo cardiaco, distorsión de la percepción, ansiedad, ataques de pánico e incluso paranoias. Todo ello se prolonga entre dos y ocho horas».

Ataques de pánico…

—Si me lo hubieras dicho, habríamos pedido una prueba, Alba. ¡Habríamos intentado demostrar que esa droga te influyó de forma decisiva! Que no eras tú misma.

—Sí, pero habría ido a la cárcel igualmente, ¿no?

Paula tuvo que reconocerle que sí. Quizá la pena hubiera sido inferior, pero eludir la condena se le antojaba imposible.

Entre sollozos, Alba le confesó que en aquel momento la aterrorizaba la idea de ir a la cárcel y que, si una cosa aprendió en el caso por acoso en el anterior colegio, fue que mintiendo podían ganarse los juicios. Ella dijo la verdad la otra vez y perdió. Perdió a pesar de ser la víctima. Así que decidió mentir para salvarse. No estaba dispuesta a pagar por la muerte de alguien como Nacho.

—Pero yo te habría ayudado, te habría aconsejado —insistió Paula —. A mí no tenías por qué mentirme. Tengo obligación de secreto profesional. Y tú lo sabías.

La chica se volvió hacia ella y la miró fijamente.

—¿Me habrías defendido igual sabiendo que era culpable? ¿De verdad? ¿Te habrías esforzado tanto como lo has hecho?

Paula acusó el golpe. En el fondo de su corazón, sabía que tenía razón. Inevitablemente, su entrega habría sido menor. Y jamás se habría atrevido a apuntar contra inocentes para salvarla. Ese era su mayor punto débil como abogada, y Alba parecía haberlo detectado desde el principio. ¿Tanto se notaba?

Se pasó la lengua por los labios y pensó que lo mejor era reconducir la conversación al momento del crimen. Aunque pareciera obvio que Alba era la asesina, había varias circunstancias que no lograba encajar del todo. Se había pasado toda la noche pensando en ellas sin dar con una respuesta satisfactoria. Para empezar, ¿cómo podía ser que el cuerpo de Nacho hubiera quedado con la cabeza apuntando a lo alto de la cuesta? Si Nacho bajaba la cuesta cuando se topó con Alba y, tras un forcejeo, ella lo apuñaló, el cadáver tendría que estar mirando hacia el paseo marítimo, en dirección a la Primera playa de El Sardinero.

Cuando se lo planteó a Alba, ella dejó salir el aire lentamente de los pulmones. Después le confesó que esa parte del relato contenía algunas mentiras. Había visto a Nacho bajando la cuesta, sí, pero ella no se levantó cuando él se acercó, como había declarado en el juicio. En realidad, se quedó en el banco muerta de miedo, incapaz de mover un músculo mientras él la llamaba Cuervo y le decía que ya no era tan valiente. Nacho la rebasó riéndose a carcajadas, como si fuese a pasar de largo, pero en el último instante se giró y se sentó a su derecha mientras la observaba con furia.

Paula visualizó la escena. Eso situaba a Alba mirando hacia el paseo marítimo y a Nacho de cara a lo alto de la cuesta. Ahora sí cuadraba con la situación del cadáver.

—Pero ¿cómo puede ser que Nacho no viera el cuchillo en el suelo al sentarse a tu lado? —inquirió entonces—. Podría incluso haberlo pisado.

Alba bajó la vista.

—Porque no había ningún cuchillo en el suelo. No se me cayó en ningún momento —reconoció sombría—. Estuvo siempre en el bolsillo de la cazadora. Cuando conseguí reaccionar, me puse de pie y quise escapar, pero él fue más rápido y me empujó. Me caí hacia atrás y él dio un paso hacia mí. Me miraba con odio y pensé… Me asusté mucho y al levantarme…

La voz se le estranguló y Paula comprendió cómo terminaba la frase.

—Fue algo instintivo, ¡lo juro! —gimió Alba haciendo un aspaviento—. Fue como lo del beso a Carlos… Como si no fuera yo… De repente, vi que Nacho caía al suelo y que el cuchillo tenía sangre…

Paula se mordió los labios y esperó a que continuara.

Con la mirada perdida en el otro lado de la bahía, Alba le confesó que se quedó junto al cuerpo, de rodillas, incapaz de reaccionar y sin poder creerse que aquello fuera real. Permaneció varios minutos así, inmóvil, hasta que de pronto comprendió que, si no se alejaba de allí, alguien podría descubrirla y acusarla del crimen. Se obligó a pensar que Nacho se merecía lo que le había pasado y corrió a refugiarse en una calle cercana a su casa. Comprobó a la luz de una

farola que no se había manchado de sangre. Después, sintió una arcada y vomitó sobre un trozo de césped.

—No sabía qué hacer. Estaba sola y ya no había marcha atrás. Entonces pensé en Raquel… Ella era la única que podía ayudarme. Creí que ella me entendería. Me diría qué hacer. Odiaba a Nacho tanto como yo…

—Pero no te cogió el teléfono.

Alba negó con la cabeza. Según ella, todo lo que había dicho en el juicio sobre eso era verdad. Fue hasta la casa de su amiga y allí volvió a llamarla con la esperanza de que contestase y saliera a la calle.

—Y entonces vi la caseta de aperos. Había estado varias veces en el jardín jugando con el perro de Raquel y sabía que el muro al que está pegada tiene bastantes irregularidades. Pensé que si separaba la caseta un poco, podría dejar el cuchillo encajado en algún hueco, oculto…

—Y no te equivocaste.

—No… La caseta pesaba mucho, pero conseguí moverla y colocar el cuchillo. Luego la devolví a su sitio. Creí que la policía no buscaría allí aunque se enterara de que antes había estado llamando a Raquel. Ella no me había cogido el teléfono, así que en principio no tenía sentido que fuera hasta su casa.

—Y creíste bien —concluyó Paula, muy a su pesar—. Pero ¿y tu cartera? ¿Qué pasó con ella?

Alba dijo que se dio cuenta de que no sentía su peso en la cazadora cuando se disponía a saltar el muro de la casa para esconder el cuchillo. Estaba convencida de que antes de cruzarse con Nacho la tenía consigo, porque en el banco sí la había notado.

Dedujo que se le habría caído cuando él la empujó, o al sacar el cuchillo. Tras ocultar el arma, volvió allí para buscar la cartera. Pero ya no estaba.

—Entonces ¿es cierto que moviste el cadáver y te manchaste así, buscándola?

Ella inclinó la cabeza con gravedad y le explicó que enseguida pensó que alguien debía de haber pasado por allí, porque al registrar el cuerpo se percató de que también faltaba el móvil de Nacho. Era demasiado extraño. Al menos en la fiesta él lo tenía.

—Y por eso, después de que la fiscal dejara entrever con sus preguntas de hace un año que podían demostrar que te cruzaste con Nacho, e incluso que sabían algo sobre tu cazadora, decidiste cambiar de estrategia, ¿no? —dedujo Paula—. Te diste cuenta de que todo podría complicarse y diseñaste la teoría de que el asesino era la persona que se había llevado tu cartera. Y, quizá, también el teléfono de Nacho.

—Pensé que sería lo más creíble, sí… —admitió con un murmullo.

—Y cuando fui a verte a la cárcel después de que se decretara la prisión provisional, hiciste que yo misma creyera que la idea se me había ocurrido a mí…

—Sí…

Paula suspiró, decepcionada.

—Pero ¿por qué se llevó Joaquín tu cartera? No lo entiendo.

Alba admitió que ella tampoco lo entendía. No había ningún motivo.

Paula redujo la distancia que las separaba y la miró a los ojos. Esa chica no había hecho más que manipularla y mentirle. ¿Cómo había sido tan ingenua?

—Alba, ese hombre es inocente. Tú lo sabes.

La joven tragó saliva.

—No puedo volver a la cárcel, Paula. No puedo… —musitó con desesperación.

A la abogada se le encogió el corazón. Si Alba no hablaba, ella tampoco podría hacerlo.

136

Saraz

Santoña, domingo 2 de marzo de 2025

La luz de la luna se filtraba por la ventana de aquella celda de la cárcel de El Dueso. Su ocupante, Joaquín Martos, estaba sentado en la cama con la espalda pegada a la pared, aunque sus pensamientos se hallaban muy lejos. Aun así, era plenamente consciente de su propia respiración, agitada e irregular. En menos de diez horas comenzaría su juicio, con un jurado distinto al que en su día se constituyó para Alba Ferrero. Ahora se lo juzgaba a él como asesino de Nacho Guerra.

Al cavilar sobre ello de nuevo, lo asaltó un impulso angustioso, animal, y se llevó las manos a la coronilla. Se clavó las uñas con ímpetu, hasta hundirlas varios milímetros y arrastrar piel y sangre. El dolor físico no era nada comparado con el tormento que lo perforaba desde el día en que lo detuvieron al borde de aquel acantilado. Todo por culpa de un error tan voluntario como imperdonable. Un error que ya no podía cambiar.

Hacía tiempo que todos lo habían abandonado. Su abogado le había recomendado que no dijera una palabra a nadie durante la

instrucción, pero a su hija, Esmeralda, y a su exmujer, Julia, sí les contó todo después de que el juez lo enviara a prisión provisional.

Aquel día, cuando les confesó la verdad, vio lo mismo en los ojos de ambas: una decepción infinita. Y escepticismo. Una desconfianza evidente ante quien llevaba años viviendo entre mentiras y engañándolas. Porque, pese a lo que les había hecho ver, nunca logró sobreponerse por sí mismo a la depresión por la muerte de su hija pequeña; a escondidas, se entregó al empuje de la cocaína, y luego prefirió ceder al chantaje de un menor de edad antes que sacar a la luz su secreto y pedir ayuda.

Joaquín les juró que no había matado al chico. Discutieron, sí, pero eso fue antes de que Nacho se negara a entrar en razón, lo empujara y empezara a bajar la cuesta a grandes zancadas. Él se quedó aturdido y, cuando logró reponerse, ya era tarde: Nacho se estaba acercando a un banco donde había una chica sentada. Iluminada por una farola cercana, le pareció que era Alba, con el mismo color de pelo rubio platino que la peluca que llevaba cuando la vio huir de la casa de los Hermoso y él estaba fuera al acecho, buscando su oportunidad para hablar con Nacho. Temiéndose lo peor, avanzó escondido tras los coches de la acera opuesta. Y de repente, espantado, presenció el crimen. No supo intervenir, no pudo evitarlo y tampoco se atrevió a salir de su escondite hasta que Alba se marchó. Comprendió entonces que no tenía más remedio que apoderarse del móvil de Nacho. Si lo dejaba allí, la policía descubriría esa grabación y los mensajes de WhatsApp, y no podía permitirlo. Además, sabía que el chico no tenía copia del teléfono porque, mientras los seguía a Andrés y a él, le había oído quejarse como un

energúmeno de que sus padres no querían pagarle la ampliación de la nube. Pensó que, si se lo llevaba, estaría a salvo para siempre.

Esa era la verdad, la única verdad.

Pero fue obvio que a Esmeralda y a Julia aquello no las convenció. Él les gritó desesperado que solo fue un testigo, un testigo mudo, que no podía hablar porque eso habría supuesto tener que contar demasiado. Además, había cometido un grave error que lo complicaba todo aún más y que se fraguó cuando estaba registrando el cadáver. Al buscar a tientas el teléfono en uno de los bolsillos, notó una cartera, y entonces se preguntó de quién era la que estaba en el suelo. La respuesta le vino de forma automática, y dudó. Dudó porque, al mirar hacia el lugar por donde había huido Alba, sintió una profunda lástima por esa chica que llevaba tanto tiempo sufriendo y que, humillada una vez más por Nacho, lo había matado. ¿Ese chaval merecía justicia, con lo que les había hecho a ambos?

Su propio dolor y la compasión por Alba se adueñaron de él en aquella cuesta silenciosa, y al final se agachó y la cogió. Comprobó que, pese a tratarse de un modelo masculino, era de ella y pensó que, si la policía la encontraba allí, la condenarían con total seguridad, y por muchos años.

Y fue en ese momento, con la foto de carnet de Alba ante sus ojos, cuando se acordó del atropello mortal de su hija pequeña, que aún lo mortificaba. Se acordó de cómo él le había metido prisa poco antes porque estaba mal aparcado y cómo ella cruzó la calle corriendo, sin pararse a mirar. De pronto, tenía en su mano ayudar a esa otra chica, salvarle la vida en cierto modo. Y así redimirse…

Y lo hizo.

Se llevó la cartera creyendo que obraba bien, que estaba evitando una tragedia mayor y que, en el fondo, Nacho se había ganado a pulso un final así. En cambio, Alba no. Alba no se lo merecía.

Nunca se le ocurrió que aquello acabaría volviéndose en su contra, y eso fue lo que les dijo a su hija y a su exmujer en la cárcel. Pero solo encontró recelo e incomprensión. Le pareció que Esmeralda quería creerle, pero que no podía.

Desde entonces las había visto muy poco, y era obvio que todo se había roto. Quizá para siempre. Por su culpa. Aunque ellas jamás llegarían a entender lo que había sufrido desde aquel accidente. Tampoco lo que la posibilidad de salvar de la cárcel a aquella chica, de pelo negro y nariz prominente como su pequeña Sara, representó para él. Sin embargo, que Alba estuviera en libertad ahora ya no le suponía ningún consuelo. No con su familia así. De haber podido, le habría gustado volver atrás.

Sentado en aquel camastro, se tragó un grito de frustración, de pura impotencia, y se inclinó para esnifar otra raya de cocaína. Aquello era lo único que en momentos como aquel le permitía mantenerse a flote, pero esa noche ni siquiera así lo lograba.

La droga se la había pasado esa tarde un recluso que la conseguía del exterior a través de sus familiares, y se dijo que debía reservar algo para el día siguiente, para ser capaz de llegar a la sala de vistas y enfrentarse a lo que le esperaba. Su abogado no dejaba de repetirle que pactara la pena de prisión que le ofrecían, pero ¿cómo iba a hacerlo si era inocente?

Estaba solo, como un náufrago braceando sin fuerzas en el mar en una noche tempestuosa, a punto de ser engullido.

Por su propia culpa.

Por sus equivocaciones.

Esnifó otra vez aquel polvo blanco que parecía brillar a la luz de la luna e intentó no pensar en nada más que en su pequeña Sara.

Cuando estaba viva.

137

Seguir adelante

Santander, lunes 3 de marzo de 2025

El denominado «Segundo Juicio del "crimen del Carnaval"» iba a comenzar y había muchísima prensa congregada en torno al palacio de justicia. Paula rebasó la entrada a la carrera, acompañada por Antonia y Álvaro, y no se detuvo a escuchar ninguna pregunta. En el vestíbulo, los vigilantes, que la conocían de sobra, le indicaron con un ademán que no era necesario que pasara por el arco de seguridad.

—Aunque ya no venga por aquí, sigue siendo de la casa —le dijo uno de ellos con aire cómplice.

En Santander, los abogados normalmente accedían directos a las entrañas del complejo judicial, sin someterse al detector de metales. Sin embargo, desde hacía unos meses, Paula ya no era uno de ellos. Todo el mundo sabía que había colgado la toga. Aunque solo sus antiguos compañeros de despacho y Teresa conocían el verdadero motivo.

—Estás a tiempo de volver —murmuró Antonia a su lado con añoranza, siguiendo el juego iniciado por el vigilante—. En realidad,

lo estarás siempre.

Paula le devolvió una sonrisa débil, pero no respondió.

La dueña de Pomposo y Asociados había conseguido superar su enfermedad y se había reincorporado al trabajo. Volvía a lucir su antigua melena y exudaba dinamismo y fuerza. Era ilusionante verla así. Además, no cabía duda de que su recuperación había ayudado a Paula a tomar la difícil decisión de dejar el bufete.

Lo hizo un tiempo después de aquella conversación con Alba en la playa. Al principio intentó espantar cualquier recuerdo del «crimen del Carnaval» y el modo en que la chica la había engañado, pero la situación acabó desbordándola. Como abogada, podía asumir que gracias a su trabajo un culpable burlara la acción de la justicia. Así eran las reglas del juego. Sin embargo, no podía soportar que un inocente estuviera en prisión en cierta manera por su culpa, o con ella de por medio, y seguir ejerciendo la profesión como si nada. Era plenamente consciente de que en aquel caso se habían dado varias concatenaciones de hechos que no le eran atribuibles, por supuesto. Pero, al mismo tiempo, tenía claro que el origen de todo estaba en su esforzada defensa de la acusada y en la incertidumbre que había generado en varias de las personas involucradas directa o indirectamente. Sin eso, jamás se habría puesto en marcha ese perverso efecto dominó.

Y lo peor era que, aunque conocía la verdad, no podía ayudar a ese hombre. Obligada por el secreto profesional, debía callar y no decir una palabra. Es más, si de repente se levantara y vociferara la verdad ante todos, de nada serviría, pues su testimonio sería considerado nulo, una prueba ilícita. Y, además, estaría cometiendo un delito castigado con pena de prisión.

No. Lo único que podía hacer era asistir como público y rezar para que el jurado se viera asaltado por una duda razonable. Había meditado mucho si debía acudir o no, pero lo necesitaba. Quería estar allí.

—Venga, Antonia, déjala —terció Álvaro sonriendo también—. Ahora vive mucho más tranquila en ese comité de prevención de delitos, ¿verdad?

Así era, ella vivía mucho mejor trabajando en la entidad financiera que la había fichado y al fin disfrutaba más de su familia. Pero el tono falsamente jocoso de su antiguo compañero no lograba enmascarar la tensión que los agarrotaba a los tres mientras se dirigían a la sala de vistas.

—¿Qué creéis que pasará? —les preguntó Paula en voz baja.

Habían hablado largo y tendido sobre ese caso y conocía la opinión de ambos, pero los temores la asediaban y sabía que conversar de nuevo sobre ello la ayudaría. A Antonia y a Álvaro, quienes por aquel entonces pertenecían al mismo despacho que ella, sí había podido contarles lo ocurrido con Alba, y compartir ese peso la aliviaba.

—Ese hombre lo tiene muy difícil —contestó Antonia, que evitaba llamar al acusado por su nombre para poner distancia—, aunque su abogado es bueno. No lo sé, Paula… Quizá salga bien…

—Hay una cosa innegable —le tomó el relevo Álvaro con el evidente propósito de levantar el ánimo de su antigua compañera—: no existe ni una sola prueba de que él empuñara el arma del crimen. De hecho, ni siquiera ha aparecido. Y sin esa prueba, todo se complica. Tú lo sabes bien —añadió.

—Sí… —suspiró Paula mientras recordaba el momento en que la chica se perdió con el cuchillo calle abajo—. No sé, quizá si el abogado alega lo mismo que yo descubrí aquella noche en la casa de Alba, lo de que el móvil y la cartera de Nacho estaban en el mismo bolsillo… Puede que con eso consiga sembrar la duda en el jurado, ¿no? Aunque durante la instrucción no dijo nada… —añadió con vacilación—. ¿Creéis que Joaquín no se dio cuenta? ¿Que no notó que había una cartera junto al teléfono?

—Si lo hizo, su abogado se estará guardando esa baza para el final —razonó Antonia—. Nosotros haríamos lo mismo.

—Sí, y seguro que se referirá constantemente a tu juicio —opinó Álvaro—. Que no se acreditara que Alba lo mató no significa que él lo hiciera. Fue sorprendido en una situación delicada, de acuerdo, pero ¿y si la policía ha vuelto a pasar algo por alto? —lanzó la pregunta al aire, como si de pronto estuviera actuando ante el jurado—. La otra vez la investigación fue un desastre. ¿Qué garantiza que esta no lo haya sido también? Yo explotaría todo eso.

Paula cabeceó en silencio, meditabunda.

—Anoche le mandé un wasap con una noticia sobre el comienzo del juicio —murmuró al fin—. A Alba…

—¿Y qué respondió? —preguntó Antonia.

—Nada.

—Ya…

—Lo último que sé es que está en Madrid con su familia, rehaciendo su vida, supongo…

—Si el jurado absuelve al acusado, no creo que Inés Calderón vaya a por ella —apuntó Antonia—. Imagínate, un tercer juicio y sin pruebas sólidas… No, no se arriesgará a algo así, por muy Fiscal

Superior de Cantabria que sea ahora. Está a salvo. De todos modos, vamos a ver qué pasa hoy con… —Se calló al adentrarse en el pasillo junto al salón de actos y oír el tumulto.

Los periodistas parecían enardecidos, y Paula detectó varios semblantes de estupor. A cierta distancia vislumbró a Félix Villar. El abogado estaba con los padres de Nacho, y ella no se atrevió a ir hacia él e interrumpirlos. Sin embargo, Villar la vio enseguida y, tras unos instantes, se aproximó con pasos rápidos. Su rictus era de gravedad.

—Félix, ¿qué ocu…?

—Joaquín ha muerto —musitó Villar.

Al escucharlo, a Paula se le heló la sangre, y tardó varios segundos en reaccionar, como si de pronto todo se ralentizara en su interior. ¿Muerto? ¿Joaquín? Un sudor frío le impregnó la espalda. Intercambió una mirada de espanto con Antonia y Álvaro, que tampoco acertaban a articular palabra.

—¿Qué? Pero ¿cómo…?

—Lo han encontrado sin vida hace unas horas —contestó Villar con una mezcla de indignación y abatimiento—. En su celda. Acabamos de enterarnos…

Paula enmudeció, y fue Antonia la que formuló la pregunta que en ese momento planeaba sobre ellos como un fantasma:

—¿Se ha suicidado?

El abogado meneó la cabeza.

—No lo parece. Tenía restos de cocaína en los dedos y en la nariz y un envoltorio casi vacío en la cama. Todo apunta a un infarto provocado por la droga. Quizá los nervios por lo de hoy también ayudaron… —murmuró—. Según su abogado, a él no le había dado

ninguna señal de que fuera a quitarse la vida. No cree que sea buscado.

Paula se mordió los carrillos con fuerza. Se acordó de lo que le había sucedido a Andrés un año atrás, que afortunadamente fue hospitalizado de urgencia y se salvó. Maldijo por lo bajo. ¿Es que esa gente no se daba cuenta de que refugiarse en esa clase de sustancias solo traía más dolor y sufrimiento, e incluso la muerte?

—Joder… —masculló con voz temblorosa.

Antonia se percató de que varios periodistas los estaban observando y la cogió del brazo con delicadeza. Se sentaron en un banco algo apartado, adonde las siguió Álvaro. Allí, la dueña del despacho miró a Paula a los ojos y, tras unos segundos de silencio, le tomó las manos.

—Oye, que Joaquín buscara una manera equivocada de afrontarlo no tiene nada que ver contigo, lo sabes, ¿no? —le dijo muy seria—. Tú no eres la responsable de las malas decisiones de ese hombre. Nunca lo has sido, ¿vale? Y Alba, en realidad, tampoco. Ella simplemente ejerció su derecho de defensa con tu ayuda. Utilizó las herramientas que le daba el sistema. Y ya está… —le insistió apretándole los dedos con fuerza.

Paula tuvo la sensación de que aquellos iris verdes la absorbían.

—Sí, pero él era inocente. Y ya nadie lo sabrá…

—Y tendría que haber luchado por demostrarlo. Venir y explicarlo todo. Sobrio. En perfecto estado. Él no podía anticipar lo que habría dicho el jurado. Nadie podía —sentenció la veterana letrada.

—Pero vosotros y yo sabemos…

—Y será nuestra carga, Paula. Será nuestra carga. Pero no nuestra culpa. Y eso es muy diferente. Venga, aquí ya no hay nada que

hacer —añadió al tiempo que se ponía en pie y le ofrecía la mano—. Olvídate de todo esto, por favor. Ha acabado. Definitivamente. Y tú has hecho lo que debías.

Paula dio una larga bocanada de aire y asintió. Su antigua jefa tenía razón. Era mejor marcharse. Nada cambiaría lo ocurrido. Y, en el fondo, ella solo había ejercido como abogada, nada más.

Despacio, se encaminaron a la salida, cada uno encerrado en sus reflexiones. Cuando estaban a punto de abandonar el palacio de justicia, se cruzaron con Santiago Belmonte. El juez aminoró el paso y los saludó con un lacónico «Buenos días». Por su expresión, fue evidente que estaba al corriente de las novedades. Se quedó escrutando unos segundos a Paula y luego, cuando ella apartó la vista, siguió su camino. Jamás alcanzaría a sospechar los pensamientos que en ese momento ocupaban la mente de la antigua abogada de tribunales. Tampoco la verdad que se le había escurrido desde el principio. Y que nunca conocería.

Un cuarto de hora más tarde, sola en el coche, Paula mandó un mensaje.

A cientos de kilómetros, mientras paseaba a su perra Luna en el parque del Retiro, Alba notó una vibración en el pantalón. Cogió el teléfono y vio un wasap de su antigua abogada. Solo contenía un enlace. Pinchó en él y se apartó un mechón de la frente para poder leer bien. Después de salir de la cárcel, había vuelto a dejarse el pelo largo.

El corazón le dio un vuelco cuando la noticia se desplegó ante sus ojos.

Las piernas le fallaron y tuvo que sentarse en el césped para no caerse. La garganta le empezó a quemar y el cuerpo se le contrajo

mientras hacía esfuerzos por no soltar la correa de Luna. ¿Cómo había podido suceder aquello? Jadeando, volvió a leer la noticia y una lágrima se estrelló en la hierba. El pulgar le temblaba, y no se vio capaz de contestar a Paula.

Mucho tiempo después, guardó el teléfono y suspiró.

Se obligó a levantarse. A seguir adelante.

Agradecimientos

A mis padres, por su cariño, su ayuda permanente y el ímpetu con el que siempre me empujan hacia delante, incluso en los momentos en los que me asaltan las dudas.

A Pilar, por su apoyo incondicional y la ilusión con la que comparte conmigo este camino literario que empezó hace ya casi cuatro años y que espero que nos conduzca a muchos más lugares, reales e imaginarios.

A mi hermana, Nuria, por su entusiasmo con mis historias y su emoción contagiosa.

A Toni Hill, por su confianza en mí, por todos sus consejos y sugerencias y, en definitiva, por haber sido fundamental para que esta novela sea una realidad.

Al equipo de Grijalbo y Penguin Random House, por su trabajo, su buen hacer y su esfuerzo para que los lectores tengan en las manos una edición inmejorable de *La doble víctima*.

A mi amigo Tomás, por su respaldo constante y, además, por sus explicaciones sobre algunos aspectos de carácter informático.

A mi amigo Diego, por estar siempre dispuesto a echarme una mano y por sus aclaraciones sobre el acoso escolar.

A mi amiga Helena, por sus precisiones en cuestiones médicas.

A mis compañeros de despacho, por volcarse tanto con mi faceta literaria y por las facilidades que me dan para que pueda combinar mis dos mundos. Es un placer estar tan bien rodeado cada día. Gracias en especial a Enrique, Luis y Mamen por sus aportaciones.

A Isidoro, cabo primero de la Guardia Civil, que suma ya tres novelas asesorándome de manera infatigable sobre protocolos de policía judicial y métodos de investigación.

A Nacho, inspector de la Brigada de Policía Científica en Santander, por la información que me proporcionó sobre procedimientos de policía científica y su paciencia ante el pliego de tres páginas, repleto de preguntas, con el que me presenté aquella tarde.

A Stephan, inspector de la Brigada Provincial de Policía Judicial en Cantabria, por todos los datos que me facilitó sobre el tráfico de drogas.

A Sixto, teniente de la UCO, que me atendió con gran amabilidad para resolverme cada duda.

A Pilar, directora del Instituto de Medicina Legal de Cantabria, que, una vez más, ha sido esencial para que pudiera documentarme sobre medicina forense.

A Jaime, magistrado instructor en Zaragoza, y a Enrique y Alejandro, fiscales de la Comunidad Autónoma de Cantabria, por sus opiniones y comentarios tan útiles sobre algunos extremos jurídicos que afectaban a la trama.

A Arsenio, miembro de la Inspección Educativa de Cantabria, por sus orientaciones sobre procedimientos sancionadores y protocolos en el ámbito de la convivencia educativa.

A Iñaki, siempre preparado para hacer que mis palabras lleguen más lejos.

A los libreros, bibliotecarios, periodistas y creadores de contenido en redes sociales, por todo su interés y sus recomendaciones.

Y a los lectores, por estar ahí, al otro lado. Gracias por confiar en mis novelas. Sin vosotros, todo esto no sería posible. Espero que hayáis disfrutado de *La doble víctima*. Nos vemos en la próxima aventura.

Un adolescente apuñalado en el barrio más rico de Santander.
Una chica víctima de bullying.
Dos familias poderosas enfrentadas en el banquillo y en los medios.



El asesinato de un joven en una de las calles más exclusivas de Santander durante la noche de Carnaval conmociona a la ciudad. El escándalo estalla cuando se hace público que la principal sospechosa del crimen es Alba Ferrero, la hija de un influyente ejecutivo y una famosa actriz.

Con dieciocho años recién cumplidos, Alba arrastra las cicatrices de un largo episodio de acoso escolar. Aunque durante meses fue la víctima, ahora todas las pruebas la señalan como culpable de la

muerte del chico, un compañero de clase cuya madre es jueza y también novelista de éxito.

A pesar de las explicaciones de la sospechosa, las pruebas en su contra y los perfil les públicos de ambas familias desencadenarán un juicio enormemente mediático en el que la abogada de Alba llegará hasta donde sea necesario para demostrar su inocencia.

Con inmenso talento, Pablo Alaña, escritor y abogado, nos ofrece un retrato psicológico y a la vez trepidante de un caso lleno de sorpresas que nos hace sentir como si fuéramos un miembro más del jurado. ¿Quién es víctima y quién verdugo?
¿Cuál sería nuestro veredicto?

Pablo Alaña (Castelló de la Plana, 1991) es un escritor con raíces vascas y gallegas que vive en Santander desde los ocho años, ciudad donde trabaja como abogado. Es licenciado en Derecho por la Universidad de Cantabria y ha cursado el máster en Derecho de la empresa de las universidades de Deusto e ICADE.

Con su primera novela, *La sospecha eterna*, obtuvo el Premio València Nova de narrativa en castellano 2022. Su siguiente obra, *El hijo del asesino* (Grijalbo, 2025), fue un absorbente thriller literario ampliamente celebrado por la crítica y los lectores. En esta ocasión, con *La doble víctima*, un thriller judicial y psicológico, Pablo Alaña da un paso adelante en su carrera para confirmarse como uno de los autores jóvenes más relevantes del género negro.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Pablo Alaña
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imágenes de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7489-0

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

La doble víctima

Primera parte

1. Carnaval
2. Trajes blancos
3. La guardia
4. Colgar la toga
5. El cuerpo
6. La escena del crimen
7. Testigos
8. Meterse en líos
9. El que salió mal
10. Voces
11. Arenas movedizas
12. Refugio
13. Los padres de la víctima
14. Todo iba bien
15. Mentira
16. El partido
17. La fiesta
18. La desaparición
19. La fila
20. La Cuervo
21. La clienta
22. Algunas hipótesis
23. Información esencial
24. Alba
25. Una situación delicada
26. Infierno
27. El buen camino
28. La autopsia
29. Los chicos
30. Antonia

31. Humo negro
32. Pomposo y Asociados
33. Moguer & Cía.
34. Derrumbarse
35. Nada más
36. Una monstruosidad
37. Juicios paralelos
38. Juego de cuchillos
39. Faldas
40. Un huracán
41. Discreción
42. Presión
43. Un buen equipo
44. Sangre
45. Oculto
46. Creer
47. Las cartas sobre la mesa
48. La decisión
49. Algo que cubrir
50. La llave de un sueño
51. Inclinar la balanza
52. El tren
53. El último adiós
54. El trato
55. El cerco
56. El pozo
57. Darle la vuelta
58. Cambiar de bando
59. Un grave error
60. Declarar
61. No mientas
62. Una espiral
63. El interrogatorio
64. Luchar
65. Destino sellado

Segunda parte

66. El traslado
67. El jurado
68. La acusación
69. La defensa
70. Abrirse en canal
71. Hacer justicia
72. Giro de guion
73. La secuencia del crimen
74. Impulsos homicidas
75. Abrir fuego
76. Vaguedades
77. Paranoia
78. Hasta el veredicto
79. Un chico difícil
80. Familias adineradas
81. Un despiste
82. La vida por delante
83. Las tardes con Penélope
84. El Dueso
85. La nota
86. Otros métodos
87. Una tontería
88. La citación
89. Euforia
90. El tercer testigo
91. Caer
92. Sin señal
93. Cortar de raíz
94. Fallar
95. Sanar
96. Otra persona
97. La doble víctima
98. Precipitarlo todo
99. Venganza

100. La exclusiva
101. La llamada
102. Por su padre
103. Todo el sentido
104. Cortar el cuello
105. La voz
106. Una mera coincidencia
107. Una imprudencia
108. El ensayo final
109. El plan
110. Los amigos
111. Perder el control
112. Los expertos
113. El último testigo
114. Algo más
115. Alguien
116. Remordimientos
117. Embrollarlo todo
118. Una investigación adicional
119. Un hilo de esperanza
120. La acusada
121. Confiar
122. Cosa juzgada
123. Volar hacia el cielo
124. El objetivo
125. Ráfaga
126. La orden
127. Muy cerca
128. Adrenalina
129. Las respuestas
130. El robo que salió mal
131. Un seguro de vida
132. Un torrente de emociones
133. Libertad
134. Justicia

135. Las máscaras
136. Saraz
137. Seguir adelante
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Pablo Alaña
Créditos